PAUL DE JAEGHER, S. I.

# CONFIANZA

## MEDITACIONES

«SE OBTIENE DE DIOS CUANTO
DE ÉL SE ESPERA.»
*(Santa Teresa del Niño Jesús.)*

TRADUCIDO DE LA TERCERA EDICIÓN FRANCESA
POR
IGNACIO SICARD, S. I.

QUINTA EDICIÓN ESPAÑOLA

1960

Editorial El Mensajero del Corazón de Jesús
Apartado 73.—Bilbao

*Imprimi potest*:
F. X. BAEZA, S. I.
Praep. Prov. Cast. Occid.

*Nihil obstat*:
HENRICUS DE LARRACOECHEA
Censor Eccles.

*Imprimatur:*
✠ PAULUS, Episcopus Flaviobrigensis.
Bilbai, 24 aprilis 1960

Depósito legal. BI. 1019-1960

Artes Gráficas GRIJELMO, S. A.—Uribitarte, 4.—Bilbao

A LA GRAN HEROÍNA DE LA CONFIANZA
LA AMABLE
**SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS,**
COMO HOMENAJE DE RECONOCIMIENTO,
ESTÁN DEDICADAS HUMILDEMENTE
ESTAS PÁGINAS

# INTRODUCCIÓN

Nuestro principal, por no decir nuestro único objeto, al escribir estas páginas, es consolar y animar a las almas, y robustecer cuanto sea posible en ellas la virtud tan preciosa y necesaria de la confianza. No podíamos, por tanto, detenernos a insistir reiteradamente sobre la grandísima importancia, para la vida espiritual, de una ascética fuerte, viril, enérgica, condición necesaria de toda santidad; de una ascética enteramente impregnada de abnegación y sacrificio; de una ascética como la que heroicamente practicaron y enseñaron admirablemente San Ignacio de Loyola y San Juan de la Cruz, para no nombrar más que dos grandes maestros de la vida espiritual. El amor de Dios tiene dos aspectos: el que mira a Dios, y se llama, la caridad divina; y el que se refiere a nosotros mismos, y tiene por nombre, odio de sí mismo. El verdadero amor de Dios es inseparable del santo odio del yo, el gran enemigo de Dios. Amar ardientemente a la soberana Amabilidad es despreciar y odiar profundamente al horrible egoísmo, fuente de tantos pecados y de tantas miserias. El lector atento fácilmente se dará cuenta, en muchas páginas de este libro, de que concebimos la vida espiritual precisamente en función de este principio, y la reducimos toda entera a estas palabras del gran precursor de Jesús: *Oportet Illum crescere, me autem minui:* conviene que Él crezca y que yo disminuya.

De este principio se deriva otra gran verdad, a saber: que nadie podría pretender una vida de elevada espiritualidad, una vida de unión con Cristo, si no se ha ejercitado generosamente de antemano en la expiación de sus pecados y en la extirpación de sus vicios, en la vía purgativa, y no se ha entregado con animosa perseverancia a la

adquisición de las virtudes, en la vía iluminativa. Querer construir la bóveda de ese templo consagrado a Dios, que es nuestra vida espiritual, sin haber puesto de antemano un fundamento sólido y haber levantado un buen edificio, sería una evidente locura. No parecía, sin embargo, inútil recordar aquí esta verdad en un tiempo en que se ha visto a más de una alma generosa, en su impaciente deseo de unirse con Dios por medio del amor, omitir imprudentemente las etapas y comprometer por esto mismo toda su perfección.

Esta obra va dirigida a todas las almas, porque todas tienen necesidad de confianza. Y las más santas, sometidas a pruebas más duras, tienen mayor necesidad de ella que las demás. Entre estas almas santas hay algunas a quienes Dios purifica en el terrible crisol de las pruebas místicas. Las hace pasar por esas noches espantosas de los sentidos o del espíritu, que describe tan admirablemente el místico doctor San Juan de la Cruz. No podíamos olvidar a esas almas tan caras a Dios. A ellas hacemos alusión muchas veces al hablar de las noches, a ellas hemos consagrado también un capítulo entero sobre la confianza durante las noches místicas. Las almas que no pasan por estos estados se darán cuenta de ellos, pues saben que en la casa de nuestro Padre celestial hay muchas mansiones.

Agreguemos, finalmente, que hemos creído deber animar y tranquilizar a nuestros lectores, dirigiéndonos no solamente a su espíritu para instruirlo y convencerlo, sino también a su corazón para consolarlo y reanimarlo. Esta obra sobre la confianza no debía tener el aspecto de un curso más o menos árido de teología ascética; de ahí el tono afectuoso y sencillo de estas páginas, cuyo fin es introducir a esa confianza amorosa y filial, de la que ha sido en nuestros días modelo perfectísimo Santa Teresa del Niño Jesús[1].

[1] Hemos creído conveniente conservar intactos tanto la Introducción como el Prólogo del autor, cuyas ideas compartimos y hacemos enteramente nuestras. (N. del T.)

# PRÓLOGO

«Jamás se tiene demasiada confianza en un Dios tan bueno.» «Se obtiene de Él cuanto de Él se espera.» Estas palabras de la gran heroína de la confianza, Santa Teresa del Niño Jesús, cuya misión fue aquí abajo, y es todavía allá arriba, suscitar por todas partes una legión de almas confiadas, tales palabras, decimos, son la mejor recomendación que pueden ambicionar estas páginas, dedicadas a ella y escritas con la mira de aumentar en las almas la preciosa virtud de la confianza. En cualquier estado de vida social en que nos encontremos, en cualquier grado de la vida espiritual a que hayamos llegado, todos, justos y pecadores, tenemos necesidad de una confianza tan inmensa como nuestras inmensas necesidades. Esta obra está dirigida, por consiguiente, a todas las almas.

Está dirigida, sin embargo, más especialmente a las almas generosas y valientes a quienes el amor divino ha conquistado ya, en parte al menos, y en las cuales ha hecho germinar y crecer inmensas necesidades de santidad personal y de un apostolado que irradie hasta el infinito. A estas almas principalmente decidamos estas páginas de meditaciones, por dos motivos especiales[1].

En primer lugar, tienen más necesidad de confianza, y por consiguiente, más necesidad de estímulos a la confianza que las demás. Esto puede parecer extraño y paradójico a primera vista. Esas almas no desean más que una cosa: darse, entregarse a Dios por amor. No quieren conocer más que una sola dicha en la tierra, la dicha purísima y amantísima de hacer feliz al mismo Jesús. ¿Cómo

[1] Como nos dirigimos principalmente a las almas generosas, no insistimos en este libro repetida y especialmente sobre la buena voluntad que debe siempre acompañar a la confianza: la suponemos.

podrían tener ideas de desconfianza respecto de ese Salvador que conoce todas sus ansias de amor puro y arde en deseos de satisfacerlas? Y sin embargo, es un hecho profundamente verdadero: esas almas tienen más necesidad de confianza.

Es que para llegar a la perfección, a la santidad que ellas sueñan y que Dios les destina, deben pasar por muchas sequedades y desolaciones. Deben conocer la continua alternativa de un amor cuya viva llama las abrasa y las consume, y de un amor que se esconde bajo la ceniza, dejándolas frías y sin generosidad aparente. ¿Y qué decir de esas noches místicas tan dolorosas, «noche de los sentidos», por la cual entran de lleno en la vida interior intensa, y «noche del espíritu», más torturante aún, que debe conducirlas hasta los umbrales de la verdadera santidad?

En estas pruebas de purificación pasiva, Dios se complace en poner a prueba sus virtudes teologales, de fe, esperanza y caridad. Las prueba y purifica de manera singular y admirable. Parece empeñarse en destruir la virtud tan necesaria de la esperanza. Por sus «repetidos juegos de amor» con el alma, crea en ella la impresión vivísima de que retrocede en la vida espiritual, de que es demasiado fea para agradarle, de que ya no le ama ni es amada por Él. ¡Oh, cuán infinitamente dignas de compasión son estas almas! Y la mayor compasión que se puede tener para con ellas ¿no es acaso el sostenerlas, consolarlas, animarlas y hacerlas creer, a pesar de todo, en el amor grandísimo y fidelísimo de Dios?

La segunda razón por la cual destinamos más especialmente estas meditaciones a las almas deseosas de santidad, es porque esas almas están sedientas de amor. Han entrevisto algo de las divinas amabilidades y han comprendido que Dios es amable, es digno de ser amado por encima de cualquier amor que pudieran jamás manifestarle. Y este pensamiento es en ellas como un fuego devorador. Las hace buscar ávidamente y en todas partes ese amor que



es el único que puede satisfacerles. Para ellas la vida entera se convierte en una expresión, en una manifestación de amor. Tienen sed de amor, y por eso mismo tienen sed de *todas* las formas, de todas las manifestaciones de amor, sed de expiación, de reparación, de inmolación, de apostolado redentor. Quisiéramos descubrirles, o hacerlas conocer mejor a estas almas, una mina preciosa y bastante desconocida de amor. Quisiéramos hacerlas comprender y gustar experimentalmente, con la gracia divina, todo el amor que la confianza amante puede contener. Quisiéramos que tuvieran también sed de amor confiado. Quisiéramos inducirlas a practicar una confianza amorosa, en medio de las sequedades, de las tentaciones, de las noches. Ojalá que gracias a estas páginas puedan recurrir con más gozo y ardor a esa forma maravillosa, a ese ejercicio de amor infinitamente caro a Jesús, la confianza pura e incansable.

Hay en nuestros días, gracias a Dios, muchas almas enamoradas de la reparación por amor, de la expiación por amor, de la inmolación por amor. ¡Oh, si nuestros pensamientos pudieran encontrar eco en algunas almas valerosas y crear también en ellas una necesidad apasionada de confianza amorosa, cuál no sería nuestra dicha! Habríamos aumentado así el número de los consoladores de Jesús. A las almas tan numerosas que se esfuerzan por consolarle con su amor y sus sufrimientos reparadores, habríamos añadido, con la ayuda de Dios, algunas almas que le consuelen con su amor esencialmente confiado.

Ojalá que estas páginas, escritas para las almas generosas, contribuyan también, con la gracia divina, a mantener en su corazón esos vivos deseos de santidad, que son un elemento esencial de la confianza, esos deseos que Dios mismo ha puesto en ellas, y que son la garantía más preciosa de la misma santidad. Ojalá contribuyan a conservar siempre ardientes esos deseos, a despecho de las faltas, de las sequedades, de las tentaciones, de las impotencias, de las noches.

Que la amable santa de la confianza, Santa Teresita del Niño Jesús, a quien hemos dedicado esta humilde obra, cuyos escritos nos han inspirado tan a menudo, y que nada desea tanto como aumentar el número de las almas heroicamente confiadas, se digne obtener a nuestros lectores las gracias necesarias, sin las cuales serían siempre estériles todas sus meditaciones y esfuerzos por aumentar en sí mismos la hermosa virtud de la confianza.

PAUL DE JAEGHER, S. I.

*The Presbitery*
*Ranchi*
*(Chota Nagpur)*
*Indias Inglesas.*

3 octubre de 1929,
fiesta de Santa Teresa
del Niño Jesús.

CAPÍTULO I

# NATURALEZA DE LA CONFIANZA

**Necesidad de la confianza.—Objeto de nuestra esperanza.—Sus razones. Sus condiciones.**

## *Necesidad de la confianza.*

La esperanza y la confianza, que es como su florecimiento y fruto, son en el mundo moral como el sol, que con su luz y su calor lo fecunda todo, hace vivir, crecer y florecer todas las cosas. En dondequiera que sus rayos enfriados penetran con dificultad, o sólo durante una parte del año, se halla la desolación, la ausencia de la vida, la muerte. Sin la esperanza, todo languidece, se debilita, se extingue. No hay entusiasmo, ni actividad, ni vida. Todo muere. Sin la confianza, ni siquiera sería posible la vida aquí abajo. Imaginaos dos esposos que desconfían el uno del otro. Su vida no tiene ya encantos, ni dulzura, ni amor. ¿Qué sería de un niño sin la confianza en su madre? ¿Cómo viviría?

Esto mismo sucede en la vida espiritual. Nosotros, que somos hijos de Dios, hijos debilísimos e impotentes, no podemos vivir, crecer ni desarrollarnos, si esa hermosa virtud teologal de la esperanza no se mantiene viva en el corazón. Si no tenemos una confianza grande y firme en Dios, no haremos más que vegetar. Si en vez de buscar en Él las gracias, los socorros, los alimentos de nuestra vida sobrenatural, nos atenemos a nosotros mismos y procuramos vivir por nuestra cuenta, seremos como niños que han perdido a su madre.

Importa, pues, soberanamente que trabajemos por hacer crecer y desarrollar nuestra esperanza, nuestra confianza en Dios. Mientras más firme y más viva sea, más plena, más risueña será también nuestra vida, más alegremente palpitará nuestro corazón, y arderá con más fuerza el amor en nuestro pecho.

*Objeto de nuestra esperanza.*

Pero ante todo, ¿qué es la confianza? El Doctor Angélico dice que es una forma de la esperanza, y la define: «Una esperanza fortalecida por una sólida convicción»[1].

Además, dice también: «La palabra confianza significa principalmente, la esperanza que se concibe porque se da crédito a las palabras de alguno que promete su ayuda»[2]. Puede decirse por consiguiente que la confianza, como afirmábamos antes, es como el desarrollo, la dulce floración de la esperanza[3].

Conviene, ante todo, saber lo que podemos y debemos esperar de Dios. En otros términos, ¿cuál es el objeto de nuestra esperanza?

Todos sabemos desde la infancia. Nos lo enseña el catecismo. Esperamos de Dios nada menos que a Él mismo, el Bien supremo, nuestra Bienaventuranza eterna, y esperamos también todos los medios que pueden conducirnos a Él. Dios nos ha creado para Él, a fin de que le poseamos ya un poco aquí abajo, por la fe y el amor, para que vivamos de Él y por Él, y para que le poseamos un día perfectamente en el cielo. Y lo que esperamos de Él es: la consecución misma de nuestro último fin.

[1] Santo Tomás: *Summa Theologica*, 2.ª 2.ªe, Qu. 129, art. 6.º, ad 3um. «Est enim fiducia spes roborata ex aliqua firma opinione.»

[2] Ibid. 2.ª 2.ªe, Qu. 129, art. 6.º

[3] Sin dificultad se comprende que, si la palabra confianza se toma en sentido activo, significa la virtud de la esperanza, su ejercicio activo; tomada en sentido pasivo, significa el conjunto de las sentimientos de paz, de seguridad, de abandono, que son el fruto de nuestra práctica de la esperanza.



Estas pocas palabras son muy breves en su sencillez, pero ocultan un horizonte ilimitado. Siendo, como somos, pobres creaturitas, granitos de polvo ante Él, Dios nos ha llamado para que nos levantemos hasta Él, para unirnos con Él, la perfección infinita, y hacernos encontrar en la contemplación amorosa de sus divinos atributos un éxtasis eterno de amor beatificante.

Éste es el designio de Dios sobre nosotros, éste su deseo, éste su plan. Y a fin de que aspiremos incesantemente hacia Él, ha puesto en el fondo de nuestro corazón un hambre y una sed insaciables de Él. *Fecisti nos ad te, Domine, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te:* Hicísteños, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descanse en Ti[4]. Somos esencialmente como un apetito de Dios. Él nos ha marcado desde nuestro nacimiento con un sello divino. Conscientes o no de ello, santos o pecadores, todos somos atraídos misteriosamente por Él, el eterno y universal amante. Lo somos en tanto grado y tan fuertemente, que esa necesidad innata de Él, el Ser y el Bien, que es al mismo tiempo la necesidad de dicha, viene a ser, en resumidas cuentas, el móvil inconsciente y secreto de todas nuestras acciones.

Dios no solamente permite, sino que ordena al cristiano esperar la satisfacción perfecta y total de esa profunda y ardiente aspiración de nuestro ser; y al mismo tiempo que la vida sobrenatural recibida en el bautismo, ha puesto en su alma, junto con la fe y el amor, la esperanza sobrenatural.

Esa aspiración sobrenatural, dicho sea de paso, comprende un doble sentimiento: 1) el deseo de la felicidad sobrenatural que Dios nos ha asignado como término y fin último de nuestra vida, y 2) la seguridad de llegar a la posesión de esa felicidad, obteniendo de Dios todo lo que es necesario para llegar a ella.

[4] San Agustín: *Confesiones*, lib. I, cap. 1.º

Estos dos elementos se desarrollan simultáneamente, aunque a veces uno u otro parece dominar, según las circunstancias y las vías por las cuales Dios nos conduce. Debe sernos de mucho consuelo el pensar que esa viva estima práctica que tenemos de la perfección, esos deseos ardientes de santidad que a veces hacen estremecer y suspirar a nuestra alma, son una preciosa señal de que nuestra virtud teologal de la esperanza se ha desarrollado y es muy viva, gracias a Dios. En las grandes pruebas espirituales, en las noches místicas sobre todo, el segundo elemento de la esperanza, la seguridad de obtener la felicidad y los medios necesarios para llegar a ella, se purifica en el crisol de las tribulaciones. Nos parece entonces que esa seguridad es muy pobre y vacilante. Pero no es más que una apariencia. La vivacidad de esos deseos ardientes, que constituyen el primer elemento, es para nosotros una preciosa garantía, que debe animarnos y estimularnos grandemente. La prueba pasará, y el segundo elemento, la tranquila seguridad de obtener la santidad, reaparecerá más fuerte y firme que nunca.

*Sus razones.*

Si debemos esperar a Dios y todo lo que a Él nos conduce, de Él es también de quien debemos esperarlo todo. Él es no solamente el objeto, sino también la razón y el apoyo de nuestra esperanza. En Él, y solamente en Él, debemos poner nuestra esperanza. Esperamos, porque Dios es infinitamente poderoso y nada le es difícil. Esperamos también y sobre todo, porque Dios es nuestro Padre amantísimo, infinitamente bueno e infinitamente misericordioso. Esperamos, finalmente, porque Él es fiel en las promesas que ha hecho.

Notémoslo desde ahora, esperamos en Dios, porque Él es bueno, porque Él es poderoso, no porque nosotros somos buenos o tenemos conciencia de nuestro poder. La



esperanza basada sobre el sentimiento, sobre la conciencia de nuestras fuerzas, no es ya la esperanza cristiana y sobrenatural. Una confianza que no es más que un cálculo de probabilidades no es ya digna de su nombre, no es ya la hermosa virtud teologal. Veremos más adelante cómo, por desgracia, la cizaña de una falsa esperanza se mezcla a menudo con el buen grano, cómo el parásito de la confianza en nuestros recursos humanos se alimenta a expensas de la hermosa flor de la esperanza cristiana.

Desde ahora comprendamos bien una cosa: que para esperar en Dios con una esperanza viva, práctica, tranquila, debemos tener también una idea viva, y no solamente teórica, sino práctica de los divinos atributos, y en particular del Poder, de la Bondad, del Amor misericordioso de Dios. Si tantos hombres carecen de confianza práctica en Dios, una de las razones principales de ello es que no tienen más que una idea muy abstracta, muy pobre, de Dios. Poder, bondad, amor divinos, son otros tantos títulos que no les dicen gran cosa. Es menester, por el contrario, que esas perfecciones de Dios, con las cuales estamos en contacto continuo, sean para nosotros realidades vivas, tangibles, ardientemente amadas. Es menester, en una palabra, que una fe más viva proyecte sobre ellas más luz. Siendo nuestra fe defectuosa, es muy natural que nuestra esperanza apenas sea mejor. Es, pues, muy cierto que mientras más rico, concreto y vivo sea nuestro conocimiento de Dios y de sus inefables atributos, y nuestro conocimiento de Jesucristo, nuestro divino Salvador, más viva y hermosa será también nuestra confianza.

Es menester para esto que meditemos a menudo los libros sagrados; los salmos, esos himnos magníficos a la misericordia y a la omnipotencia divinas; el Evangelio, aquellos cuadros vivos y concretos, en los cuales se desenvuelve a nuestros ojos la vida tan amante, tan llena de bondad y de misericordia, de Jesús. La lectura de los místicos es también muy propia para enriquecer nuestro

conocimiento de las divinas perfecciones. Esos grandes amigos de Dios se han acercado a Él más que los otros, y los pocos rayos de las amabilidades divinas que se han filtrado hasta ellos los han conducido al deslumbramiento, al éxtasis de amor. Al contacto de sus obras cálidas, vibrantes aún de emoción, nos estremecemos un poco, y esas perfecciones tan frías, tan estériles para nosotros hasta ahora, se coloran y se iluminan maravillosamente, y nos parecen mucho más cercanas y vivas.

Pero es menester, sobre todo, que nuestro conocimiento de Dios sea un conocimiento práctico, vivido, que *se refiera a mí*. Es menester, a toda costa, salir del dominio de las teorías para entar en la realidad concreta. Es menester que yo sepa y sienta por la meditación, por la contemplación y por toda mi vida espiritual, por sus luchas y sus derrotas lo mismo que por sus triunfos, que Dios es *mi* Dios, que Jesús es *mi* Salvador. Es menester que experimente poco a poco, de una manera múltiple, que Dios es bueno para *mí*, que me ama a *mí*, que Jesús ha muerto por *mí*, por amor a *mí*. Es menester, por fin, que sienta que aquí abajo mi vida está enteramente dependiente de Dios, que mi vida y la gracia de Jesús se entrelazan como la yedra se abraza a la encina que le sirve de apoyo.

*Sus condiciones.*

La esperanza tiene sus condiciones. Dios es infinitamente bueno, misericordioso, compasivo, pero no es un bonachón. Es celoso de su gloria. Sobre todo, debe a su santidad y a su sabiduría el no malgastar sus gracias, el no sembrarlas al azar en un terreno estéril. Y lo debe también a su bondad, porque sabe muy bien que toda gracia rechazada, todo favor de que se abusa, atraerá los efectos de su divina justicia y se convertirá en castigo. Importa, pues, que nuestra confianza sea ilustrada y sabia, y que no esperemos neciamente lo que no debemos esperar.



Recordemos cuál debe ser el objeto de nuestra esperanza: es la unión final con Dios, o sea, la felicidad eterna, y todo lo que puede conducirnos a ella. Fuera de esto, nada podemos esperar de Dios. Salud, prosperidad material, éxito en nuestras empresas, estima de los hombres, o también, en el campo de los bienes espirituales, consolaciones divinas, ayuda de tal director, término de tal prueba, todo debe estar siempre subordinado a la consecución de nuestro último fin. Esperar otra cosa no sería ya confianza cristiana; sería insensatez. Por amante que sea una madre, o más bien, precisamente porque lo es, no podría dar a su hijo el cuchillo que quiere para jugar, ni menos aún el veneno que quisiera tomar. Dios dejaría de amarnos sapientísimamente si nos concediera un favor, cualquiera que sea, que por su misma naturaleza perjudique nuestra salvación.

Y como muy a menudo no sabemos si tal o cual cosa nos es conveniente, si tal o cual gracia espiritual, por buena que parezca a primera vista, nos será en definitiva verdaderamente útil, como ignoramos los planes de la divina sabiduría y los caminos por los cuales quiere conducirnos, debemos forzosamente condicionar nuestra confianza en la mayor parte de los casos. Esperar absolutamente lo que quizás nos perjudicaría, sería una insensatez que necesariamente nos llevaría al desencanto.

Muy a menudo perdemos de vista este hecho importante. En el teatro de la vida espiritual, sobre todo, ni siquiera pensamos en poner condiciones a nuestra confianza. ¡Nos parece tan evidente que tal consolación espiritual, que tal gracia de unión amorosa con Dios y de contemplación, que tal santo director nos será esencialmente útil! Sí, en nuestros propios planes de santidad así podría ser quizás, pero nuestros planes no son los planes de Dios. *Cuanto se eleva el cielo sobre la tierra, tanto se elevan mis caminos sobre los vuestros*, dice el Señor[5].

[5] Is. LV, 9.

Los planes de nuestra corta sabiduría humana no coinciden con los planes de la infinita sabiduría divina. ¡De ahí tantas angustias, tantas amarguras, tantas desilusiones, que son otros tantos golpes asestados a nuestra confianza en Dios! ¡Habíamos esperado tanto en Él, habíamos orado con una confianza tan viva, que *debíamos* ser escuchados! Sí: si hubiéramos puesto nuestra confianza en una cosa mejor, si hubiéramos esperado condicionalmente, si hubiéramos esperado lo único que puede y debe ser objeto de nuestra confianza en Dios.

Y no debemos olvidar que algunas gracias y algunos dones que son objeto de nuestros deseos, entran en los planes de la divina providencia. Dios quiere concedérnoslos, pero no exactamente en el día y a la hora en que nosotros deseamos, ni de la manera que nosotros lo prevemos. Por ejemplo, nada hay que Dios desee más que nuestra santidad. Trabaja incesantemente en ella. Podemos tener confianza de que Dios nos la dará finalmente, si hacemos, claro está, de nuestra parte, todo lo que podemos, y si se la pedimos con confianza perseverante y en las condiciones requeridas. Pero aun la elección y los medios de esta misma santidad hay que abandonarlos a la divina sabiduría. Si tarda un poco en responder a nuestro llamamiento no debemos por ello perder un átomo de nuestra confianza. *Scio cui credidi*[6]. Sé que he confiado en Dios y en mi Salvador Jesús[7]. *In Deo speravi, non confundar in æternum:* he puesto mi esperanza en Dios y no será confundido[8].

Hemos podido quizás admirar a los pintores en el momento mismo en que ejecutaban sus obras maestras. Seguíamos unos instantes con la mirada su hábil pincel. No pensábamos siquiera en dudar de su arte, en preguntarnos con incrédula sonrisa lo que podrían significar esas informes manchas de blanco y azul, esas caprichosas mezclas de colores que acababan por ser un cielo, unas nubes, una casa, árboles u hombres. Dios, el artista divino, pone infinito cuidado en el lienzo maravilloso de nuestra vida. No investiguemos sus planes, no queramos imponer nuestras miras. Él sabrá muy bien mezclar los colores, las sombras y las luces, hasta hacer una verdadera y divina obra maestra.

[6] II Tim. I, 12.

[7] Hemos conservado las citas de la Sagrada Escritura tales como las trae el autor, aunque a veces no estén tomadas o traducidas textualmente, pues las variantes son muy ligeras y se explican casi siempre por el fin mismo de la obra. (N. del T.)

[8] Ps. XXX, 2.



Hecha esta importante reserva, veamos en qué condiciones puede tener libre curso nuestra confianza.

La más indispensable de las condiciones es un poco de humildad, el sentimiento de nuestra pequeñez, de nuestra indignidad y también de nuestra impotencia. Si nos acercamos a Dios con algo que recuerde los sentimientos de orgulloso fariseo, sabemos de antemano cuál será el resultado de nuestra oración. Ni aquí abajo podríamos aguantar a un mendigo orgulloso y que pretendiera tener derecho a nuestra largueza. No hay nada más insolente, nada más fastidioso. Dios tampoco podría soportar en nosotros, pobres mendigos, el orgullo, ni la suficiencia. Nada le aleja tanto de nuestro lado. Pero si vamos a hacer un llamamiento, no ya a nuestros méritos, sino a su infinita compasión, a su bondad ilimitada, a su amor condescendiente, si vamos a mostrarle sin falsa vergüenza las necesidades de nuestro cuerpo y las horribles úlceras de nuestra alma, entonces estemos seguros de que el gran Rey del cielo se abajará con inmensa compasión hacia nosotros para aliviarnos, para ayudarnos, para sanarnos.

La más preciosa de las disposiciones, la más dulce, la más fácil también, es la de un niñito ante su padre o su madre. Es bueno acercarnos a veces a Dios como mendigos desarrapados al Rey de los reyes e invocar su real munificencia y liberalidad. Es mejor aún, y sobre todo, infinitamente más delicioso, acercarnos a todas horas a Dios

como un niño a su padre o a su madre amantísima. Vayamos a decirle que tenemos hambre, que tenemos sed, vayamos a decirle que nos hemos lastimado, a contarle filialmente nuestras ligeras penas, nuestros disgustos, nuestros deseos. Y tratemos de mostrar a Dios, al menos, tanta confianza cuanta mostraríamos a nuestro padre aquí en la tierra. Esto será ya mucho, tal vez mucho más de lo que le mostrábamos de ordinario, y sin embargo, ¿no tendría derecho a mucho más aún, Él, el mejor de los padres?

Se objetará quizás que, si es necesaria la humildad para esperar con plena confianza, desde luego la confianza no es para la mayoría de los hombres, para los pecadores, como nosotros. ¿Acaso no nos falta precisamente la humildad? ¿No es ésta una de las gracias que esperamos alcanzar? ¡Ah, si al menos fuéramos humildes!

Entendámonos. No hace falta una humildad perfecta para acercarnos a Dios. Esto se cae de su peso. Pero nos es necesario un poco de humildad, un poco de humildad que no debiera ser difícil al que tiene conciencia de sus miserias, al que ve sus necesidades y los males que sufre. Este poco de humildad natural tan espontánea, ¿cómo podría dejar de exigírnoslo Dios? Por lo demás, poco a poco esa humildad crecerá, y con ella crecerá también nuestra confianza. Todas las virtudes tiene una influencia recíproca y se ayudan mutuamente. A medida que crezca nuestra humildad, se hará también más perfecta nuestra confianza.

Es menester añadir que debemos tener verdadero deseo del bien que pedimos a Dios. Si nuestros deseos son débiles, lánguidos, si acudimos a Dios por rutina, ¿cómo nos atreveremos a esperar en Él? Cuanto mayor sea la gracia que pedimos, con más ardor, evidentemente, la debemos desear. *Beatus vir desideriorum:* Bienaventurado el hombre de grandes deseos. Dios ve en el fondo de nuestros corazones las más íntimas, las más secretas de nuestras aspiraciones; y nuestros deseos ardientes, nuestros deseos de las cosas santas sobre todo, son para Él una verdadera alegría. Son una oración incesante, que desde el altar de nuestra alma sube como incienso hacia Él en ondas perfumadas, y le lleva sin cesar las íntimas peticiones de nuestro ser entero.



Es necesaria también, para algunas cosas, la insistencia, una santa perseverancia en nuestras súplicas. Jesús nos lo dijo claramente: *Petite et accipietis, quærite et invenietis, pulsate et aperietur vobis:* pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Debemos a veces importunar aparentemente a nuestro Padre celestial, hacerle una santa violencia. Debemos hacer como aquel hombre de que habla Nuestro Señor, que importunó a su amigo durante la noche, hasta que al fin se levantó para darle los tres panes deseados. Dios, a veces, parece hacerse el sordo. No nos dejemos desanimar por sus aparentes repulsas. Dios se deja pedir para dar después mejor y más abundantemente. Su promesa es formal, clara, explícita. *Accipietis:* recibiréis. Mónica oró durante veinte años por la conversión de su hijo, pero ¡qué conversión! ¡Obtuvo de Dios un San Agustín!

No podríamos tener modelo más perfecto de los sentimientos que deben vivificar nuestras oraciones que la cananea del Evangelio. Jesús mismo le decía y le repetía que el tiempo de los *gentiles* no había llegado aún. Dijérase que esa siro-fenicia que se presentó ante Jesús fue atraída providencialmente por Él para que le ofreciera la ocasión de darnos una magnífica y concreta lección sobre la confianza.

Todos hemos meditado con emoción, con lágrimas tal vez, esa conmovedora página del Evangelio. ¡Ah! ¡Qué humildad, qué intenso sentimiento de su bajeza y de su indignidad! ¡Ella, una pagana, ante el gran profeta judío! ¡Y qué insistencia, qué perseverancia! Ha venido para implorar la curación de su hija y no se irá sin haberla

obtenido. *Sí, Señor, es verdad, no conviene dar el pan de los hijos a los perros, pero, sin embargo, los perros comen las migajas que caen de la mesa de su Señor*[9]. Y Jesús dice con admiración: *Oh mujer, grande es tu fe; hágase según tu deseo*[10].

Queda, por último, una gran condición de éxito muy a menudo olvidada, por desgracia. Nuestras oraciones, en sí tan indignas de Dios, deben serle dirigidas, explícita o implícitamente, en nombre de Jesús, *in nomine Iesu*. Tal es la voluntad santa de Dios: que Jesús, nuestro Mediador, nos sea todo en todas las cosas. Fuera del suyo, «no hay otro nombre dado a los hombres, por el cual podamos salvarnos»[11]. Y Jesús mismo nos lo repitió bastante: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por Mí*[12].

En su admirable discurso después de la cena, el Salvador nos dijo muy claramente que debíamos orar en su nombre. En esa hora solemne de las supremas recomendaciones, entrega a sus discípulos y a nosotros esa receta infalible que debe hacer omnipotente nuestras pobres oraciones. *Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre*, dice, *os lo concederé a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si pidiereis algo en mi nombre, os lo concederé*[13]. Nada más claro ni más preciso. Y sin embargo, unos momentos más tarde, vuelve otra vez sobre este importante asunto: *En verdad, en verdad os digo, todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederé. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo*[14].

Jesús no hubiera podido ser más explícito. También nuestra madre la Iglesia, movida por el espíritu de Jesús,

[9] Matth. XV, 26.
[10] Ib. XV, 28.
[11] Act. IV, 12.
[12] Ioan. XIV, 6.
[13] Ioan. XIV, 13.
[14] Ioan. XVI, 24.



observa fielmente esa gran recomendación de nuestro Salvador. Está de tal manera penetrada de ella, que jamás dirige una oración a Dios sin terminarla con estas palabras tan llenas de sentido: «Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.»

¡Ay! Estas palabras han perdido quizás demasiado, para nosotros, su profunda significación, y nos producen el efecto de un final más bien monótono y fastidioso. Son muy pocas las almas fervorosas que no tienen nada que reprocharse a este respecto. Si tienen en la oración el sentimiento profundo de su pequeñez, no tienen lo bastante aquel otro que viene a ser como su complemento, el sentimiento de la mediación omnipotente de Jesús. Se presentan con frecuencia ante Dios enteramente solas, sin ese amable Salvador cuya compañía sería un apoyo tan dulce para su confianza. Quizás puede ser esto, para nosotros, materia de un examen muy saludable.

Dichosas las almas que han aprendido no solamente a pedirlo todo a Dios en nombre de Jesús, sino cuya vida entera se desliza como una oración y un amor, en nombre de Jesús. Su único ideal aquí abajo es dejarle vivir en sí mismas, identificarse con Él, perderse en Él. Penetradas, impregnadas de Jesús y de su divino Espíritu, claman sin cesar a Dios, con la boca y con el corazón, con la acción y con el afecto: *Abba!* ¡Padre mío! Están seguras de ser escuchadas, porque es el mismo Jesús el que ora en ellas, a Él es a quien dejan orar en sí mismas. ¿Cómo podría el Padre rehusarles nada, negar algo a Jesús?

## Capítulo II

# VENTAJAS DE LA CONFIANZA

**I. Sostiene nuestro ánimo, sobre todo en las desolaciones y en las noches místicas.—Arranca de nuestra alma la presunción, obstáculo a la gracia. Es un talismán que nos lo obtiene todo.—Nos hace muy agradables a Dios.**

*Sostiene nuestro ánimo, sobre todo en las desolaciones.*

Podría decirse de la confianza lo que Salomón decía de la sabiduría: todos los bienes me vinieron juntamente con ella.

Una de las santas más ilustres de nuestros tiempos, y podríamos decir de todos los tiempos, Santa Teresa del Niño Jesús, modelo perfecto de las almas confiadas, nos cuenta cómo, hasta cierta edad, la falta de alegre confianza paralizaba su vuelo en la vida espiritual. Un día el R. P. Pichón, S. I., tuvo una entrevista con ella y la tranquilizó perfectamente. Le declaró que no había perdido jamás su inocencia y que agradaba mucho a Dios, y debía abrir su alma enteramente a la confianza. Aquello fué como una metamorfosis. Ese encuentro aparentemente fortuito, del jesuíta y de la joven santa, fué un suceso providencial que dió a Teresa las alas inmensas de una confianza audaz, y la hizo volar como águila caudal hacia las más elevadas cimas del amor puro y del perfecto abandono.

A muchas almas lo que más les falta tal vez, y no piensan suficientemente en ello, es una confianza inquebrantable en Dios. Y cosa extraña a primera vista, son las almas más favorecidas de Dios, las almas a quienes lleva



por las vías superiores de la vida espiritual, las que más necesidad tienen de ella. Dios las despoja gradualmente de su actividad propia y humana. Su parte de acción en la vida espiritual disminuye cada vez más, a medida que aumenta la de Dios. Es menester que lleguen a ser cada vez más pasivas, cada vez más sumisas y dóciles a la acción de Dios. Su actividad debe cambiar de aspecto. Debe consistir casi exclusivamente en ser dócil y activamente pasivas bajo la influencia de Dios[1]. Dios quiere, poco a poco, ser todo en ellas. Quiere transformarlas, uniéndolas íntimamente a Él.

Ahora bien, en el despojo de todo recurso humano, en la aparente inercia he sus facultades, en la santa ociosidad de la contemplación, el alma se siente como desorientada y perdida. El vértigo se apodera de ella. Se siente al borde de un abismo, del abismo de su impotencia humana y de la inactividad de sus facultades. Ve que no puede nada por sí misma. Y si entonces le falta la esperanza, si no tiene las alas de una confianza intrépida para cernerse por encima y aún más allá del abismo, está en peligro de caer o intentar volver atrás.

Esto es verdadero, sobre todo cuando el alma pasa por las dos grandes pruebas de la vida mística: la que introduce en ella, o sea, la noche de los sentidos, y la más temible aún, llamada noche del espíritu, que debe conducir al alma hasta las cumbres.

San Juan de la Cruz ha descrito de manera conmovedora los horrores de esas noches oscuras en las que el alma angustiada parece caminar sola y a tientas, como abandonada de Dios. ¡Oh, cuánta necesidad tiene el alma de confianza en esas pruebas torturantes, cuánta necesidad tiene de esperar en Él contra toda esperanza, contra toda apariencia! Si el alma se desespera entonces, o aunque no se desespere del todo, si se agita demasiado y se turba

[1] Véanse las notas de Tanquerey: *Précis de Théologie ascétique et mystique*, 4.ª edic., núm. 1.300, sobre la contemplación infusa.

en exceso, impide la acción iluminadora y purificante de Dios, contrarresta la operación del grande y divino cirujano, y Dios, muy a pesar suyo, se ve obligado a apartar de ella sus gracias más preciosas y a llevar al alma por caminos menos arduos, que no llevarán jamás a la cumbre.

*Arranca de nuestra alma la presunción, obstáculo a la gracia.*

La confianza no es preciosa únicamente para las almas selectas a quienes Dios conduce por las vías superiores del amor pasivo; lo es también para todas las almas, en cualquier grado de la escala espiritual en que se hallen. La verdadera confianza en Dios, la confianza filial, arranca de nuestra alma el obstáculo a tantas gracias, que es la presunción en nosotros mismos, el apoyo en nuestras fuerzas y en nuestra actividad humana. Cuando Dios ve que un alma se apoya en sí misma y confía en sus recursos naturales, no puede verter su gracia en ese vaso enteramente lleno de la confianza en sí misma. Es menester, ante todo, que la humilde confianza en Dios haga el vacío en esa alma demasiado llena de sí misma. Es menester que desespere de sí, para esperar en Dios. Entonces podrá Dios verter en ella el precioso licor de sus divinas gracias.

*Es un talismán que nos lo obtiene todo.*

Pero la confianza hace algo más que disponernos a la obtención de las gracias, por medio de un trabajo negativo, de un trabajo de eliminación y purificación. Tiene un papel más positivo. Ella misma nos obtiene las gracias más señaladas. Ya lo hemos visto más arriba, Dios lo promete todo, lo da todo a la verdadera confianza.

Volvía un día el Salvador de Betania a Jerusalén. *Tuvo hambre, y viendo una higuera cerca del camino, se acercó a ella, pero no encontró allí más que hojas, y le dijo: Que jamás nazca de ti fruto. Y al instante la higuera se secó.*



*Viendo esto los discípulos, dijeron admirados: ¿Cómo se ha secado en un momento? Y Jesús les respondió: En verdad os digo, si tuviereis fe, si tuviereis confianza y no dudareis, no solamente haréis lo que se ha hecho con esta higuera, sino que, aunque dijerais a este monte: quítate de ahí y échate al mar, lo haría. Todo lo que pidiereis con fe en la oración, lo obtendréis*[2].

Pidamos con fe, con confianza verdadera, que no duda, que no calcula la magnitud de la gracia pedida, y podemos estar seguros de recibir. ¡Oh, qué cosa tan preciosa es la confianza, la perla de infinito valor que compensa todos los tesoros, el mágico talismán que obra todo lo que deseamos, que nos obtiene cuanto podemos imaginar!

*Nos hace muy agradables a Dios.*

No es raro que la confianza nos lo obtenga todo. Esta perla preciosa y tan rara nos gana el corazón del gran Rey, que es al mismo tiempo nuestro Padre celestial. Le encanta y le cautiva. Es que entre sus innumerables hijos, a quienes tanto ama y colma de sus ternuras y favores, ¡hay tan pocos que confíen verdaderamente en Él y que vivan como verdaderos hijos de Dios! ¡Hay tan pocos que respondan a su bondad con una confianza filial y llena de fe! Por eso, ¡con cuán amorosa predilección acoge a las poquísimas almas que viven como amorosos hijos suyos y que, en la adversidad lo mismo que en la alegría, en las pruebas lo mismo que en las consolaciones, creen inmutablemente en su paternal amor! Sí, estas almas han encantado, han fascinado el corazón de su Padre celestial. Son sus hijos mimados. No hay nada que no esté dispuesto a concederles. Pídeme la mitad de mi reino, dice al alma confiada, y Yo te la daré.

Procuremos ser nosotros también de esas almas demasiado escasas que se hacen tan agradables a nuestro Padre

[2] Matth. XXI, 18-22.

celestial. Procuremos consolarle de tantas desconfianzas, procuremos tener confianza en Él por tantos otros que no la tienen, y seremos el objeto de sus divinas predilecciones y cantaremos también nosotros un día las misericordias del Señor, *Misericordias Domini in æternum cantabo.*

---

**II. La confianza supone mucho amor y es un ejercicio maravilloso de él. Lleva a la más encumbrada cima del amor, la infancia espiritual.**

*La confianza supone mucho amor y es un ejercicio maravilloso de él.*

Haber mostrado que la confianza es sumamente preciosa y necesaria a todas las almas, y más particularmente a las almas interiores; haber mostrado que es la llave que nos abre todos los tesoros del cielo; haber mostrado, en fin, que esta virtud, tan rara por desgracia, es muy agradable a nuestro Padre amantísimo, ¿no es haber agotado todos sus títulos a nuestra estima? No, ni mucho menos; porque la confianza tiene un aspecto al cual casi nunca se atiende y que debería hacerla especialmente amable a las almas ansiosas de amor divino. Queremos examinar un momento sus relaciones con la reina de las virtudes, el amor.

La confianza no es en sí misma el amor, como tampoco lo es la humildad, ni la mortificación. Y sin embargo, ¿cuánto amor no encierra a menudo un acto de humildad? Cuando Magdalena, en un acto supremo de humillación, retractaba toda su vida, regando con sus lágrimas los pies de Jesús, amaba ya muchísimo a su amable Salvador. Lo mismo sucede con la confianza. Un acto de confianza en la desolación o el sufrimiento, es con frecuencia un estuche que encierra la joya de un grandísimo amor.



Cuando la prueba nos visita, cuando estamos abismados en la tristeza y como abandonados de Dios, esperar aún en el amor infinito y manifestarle la misma absoluta confianza que en la alegría y la prosperidad, esto supone, esto revela un gran amor.

En el fondo, en la vida espiritual toda entera, el amor es el gran resorte de toda actividad, la savia generosa que hace florecer los actos de múltiples virtudes. *Ama et fac quod vis,* decía San Agustín; ama y haz lo que quieras. Amad a Dios, y llegaréis a ser caritativos, mansos, pacientes, humildes, mortificados, olvidados de vosotros mismos. Todos hemos hecho la experiencia de ello: es el amor el que nos hace superar todos los obstáculos y correr valerosamente en el camino de las virtudes. Y mientras más sube el alma hacia las cumbres, más invade el amor toda su vida espiritual. Él informa todas las demás virtudes y llega a ser como su alma. El amor se convierte en el principio de todos sus actos, porque su amor es el que se desborda en actos de humildad, de paciencia, de caridad, de celo y de confiado abandono. Y es el amor que emplea para ejecutar todos sus actos el que transforma en miel el ajenjo de todas sus cruces, como también es el amor el que la hace buscar en la práctica de todas las virtudes como un alivio al ardor que la consume.

Pero si todas las almas amantes están prendadas del sufrimiento, de las humillaciones, de la caridad, del apostolado y de otras formas del amor, hay muchas que no están bastante prendadas de la confianza, la forma exquisita del amor. Parece que no adivinaran ni hubieran experimentado todo el amor, y amor ardentísimo, que también la confianza puede contener en sí misma. La razón de ello es, quizás, que la confianza se ejercita sobre todo en la prueba, en las arideces, en las noches, precisamente cuando nuestro amor, por no ser ya en manera alguna sensible, parece haberse extinguido. El alma que se obstina entonces en confiar en Dios, en creer en el amor infinitamente

misericordioso, no tiene conciencia del inmenso amor de que da pruebas.

La gran santa de Lisieux había comprendido perfectamente cuánto amor supone y demuestra la confianza en medio de las desolaciones, y he aquí por qué mostraba una marcada preferencia por las desolaciones. Era feliz de poder amar a Jesús en la sequedad y creer obstinadamente en su amor fiel, contra toda apariencia. No ignoraba que muchas almas se quejan y se inquietan en la desolación, impidiendo así la libre acción de Jesús en ellas. Y queriendo consolarle de la imperfecta confianza de esas almas, le decía que no se preocupara por ella. ¡Oh, cuánto y cuán fuerte y delicado amor supone y manifiesta semejante disposición! La confianza de una de estas almas es como el continuo crecimiento, la larga floración de su amor.

Hay almas y, gracias a Dios, parece que se van haciendo cada día más numerosas, que arden en deseos de amar a Dios cada vez más. Las gracias de contemplación las han acercado a la fuente de toda belleza y de todo amor. Han comprendido íntimamente que jamás, ¡oh!, jamás, por mucho que se esfuercen, llegarán a amar a la infinita amabilidad como ella lo merece. Y esta conciencia de la mezquindad de su amor, que nunca las abandona, es como un fuego devorador, como un deseo insaciable. No podrán amar y hacer amar al amor y a la infinita amabilidad cuanto conviene; al menos le amarán y le harán amar cuanto puedan. Para estas almas la vida entera llega a ser una manifestación de amor. En todas partes buscan medios de amar; acciones indiferentes, contemplación, sufrimientos, apostolado, todo les sirve para manifestar al amor infinito el ardor en que se abrasan.

A estas almas especialmente les hace un llamamiento apremiante la confianza, hermana predilecta de la caridad: no me olvidéis, venid a Mí vosotras las que tenéis sed de amor y de inmolación. Venid y gustad cuán suave soy.



Trabajad por Jesús, sacrificaos, consumíos por amor, sufrid por amor, enhorabuena; pero también y sobre todo, tened confianza *por amor y para manifestar vuestro amor.*

Sí, almas amadas, la confianza es un bálsamo precioso que puede aliviar vuestras heridas de amor divino. Cuando la prueba os abate y Jesús os hace sufrir, creed aún en su amor inmenso y responded a él con un amor confiado. Cuando la sequedad os desconsuela y vuestras miserias toman un aspecto espantoso, creed aún en el amor misericordioso, y, en pago de ese amor, confiad plenamente en él. Cuando la noche os rodea y Jesús se oculta y parece abandonarnos, entonces sobre todo, clamad aún a Jesús: ¡Oh Dios mío, todo lo quiero, todo lo bendigo, pero sobre todo, creo aún en vuestro amor! ¡Vos sois mío y yo soy todo vuestro para siempre!

Este grito angustiado del alma, grito de amorosa confianza, vale por sí solo más que muchas austeras mortificaciones.

Meditemos a menudo sobre la confianza, a fin de conocer mejor esta mina de oro que todos poseemos y que hemos explotado tan poco hasta ahora. Tratemos de conocer íntimamente, por medio de la meditación, y sobre todo, tratemos de experimentar por medio de la práctica reiterada de la confianza, todo el amor que puede haber en ella. Llegará un día en que el solo recuerdo de estas experiencias de amorosa confianza nos haga estremecer de alegría.

Y además, procuremos, especialmente, de este modo, consolar y regocijar el corazón del Maestro, nosotros los grandes consoladores de Jesús. Muchas almas le ofrecen tal vez amor y sufrimiento reparador. Muy pocas le ofrecen verdadera y pura confianza. La confianza perfecta, he ahí una forma insospechada de amor reparador y consolador que le *debemos* a Jesús, al menos nosotros sus privilegiados, y que no le damos con bastante frecuencia. He ahí la prueba y la práctica de un gran amor que Dios espera de

nosotros y que *debemos* a su amorosa *bondad*. Porque se podría amar tal vez a la amabilidad infinita por sí misma y sin gran confianza, porque nos atrae y nos encanta, pero no al amor infinito. El que ha comprendido y sentido el amor infinito, ese amor enteramente penetrado de bondad, de ternura, y de una condescendencia inaudita, para amar bien en retorno, debe no solamente experimentar y manifestar un gran afecto, sino también una entera confianza. En una palabra, no hemos comprendido bien el amor divino, la bondad divina, no la amamos como conviene, de una manera integral y completa, si la vista de nuestras miserias e infidelidades paraliza aún nuestra confianza y le impide ser ilimitada.

*Lleva a la más encumbrada cima del amor, la infancia espiritual.*

Todo lo que hasta ahora hemos visto acerca de la confianza es muy propio para aficionarnos a ella e infundirnos un gran deseo de esta maravillosa virtud. Nos falta, sin embargo, presentar el más hermoso florón de su corona.

La confianza, ya lo hemos dicho, es una manifestación de amor, y a menudo, de amor intenso. He aquí por qué nos conduce insensiblemente a la cumbre del amor, que es el abandono, y a su cima más elevada, la infancia espiritual.

La palabra misma de abandono evoca algo muy dulce y tranquilizador. La vida de abandono es la vida serena del niño en los brazos de su madre. Sin cuidados, sin temor, sin deseos. Vivir, para ese diminuto ser, es reposar amorosamente entre los brazos de aquella que le ama, es alimentarse de su leche, acariciarla con amor, besarla con delicia. La dichosa criatura lo tiene todo en su mamá a quien abraza con amor. Ella es todo su amor y todo su tesoro. Sólo a ella ve, sólo a ella conoce, y más allá de ella no hay ningún horizonte para él.



Tal es también la vida de esos hijuelos de Dios, las almas que han llegado, por medio de la vida de confianza, a la vida de abandono y de infancia espiritual. ¡Oh, cuán unificada y sencilla es su vida! No tienen ningún cuidado. Los detalles materiales de esta vida terrestre se desvanecen a sus ojos como cosas fútiles. No tienen ninguna preocupación, ni aún para encontar el mejor camino de la perfección; se dejan de combinaciones sabias y de planes laboriosos de santidad. ¿No sabe Dios lo que les conviene, infinitamente más que ellas, y no es su más ardiente deseo el guiarnos a la santidad como guía una madre a su hijo?

Gracias a la confianza todo se reduce para ellas a dejarse santificar por Dios, a dejarse llevar por Él, a hacerse amorosa y activamente blandas y dóciles a la acción de Dios, a identificarse con el impulso divino. Reposan como un niño con amorosa confianza entre los brazos de la caridad infinita.

Jesús, el hijo ideal y perfecto, viene además en su ayuda. Vive en ellas, las hace vivir de su vida. Les da su espíritu de infancia; y ellas comprenden perfectamente ese oficio de Jesús. Todos sus deseos, toda su actividad, se reducen a dejarle vivir libremente en ellas, a dejarse subyugar, penetrar y como impregnar por Él. Ya no tienen deseos, ni temores, ni tristezas, ni alegrías personales conscientemente acentados o deseados. No tienen ya voluntad. La voluntad de Jesús Niño es su única señora. Su voluntad se hace aquí abajo, en el cielo de su corazón, como allá arriba en el cielo de los ángeles y de los santos. Toda su vida se resume en estas dos palabras: *se dejan divinizar al antojo de Jesús. Vita vestra abscondita est cum Christo in Deo:* su vida está oculta en Jesús[3].

Por eso el divino Niño de Nazaret vive cada día más plenamente en ellas. Unidas a Él aman, o más bien, Jesús Niño ama en ellas y por ellas a su Padre celestial, reposa

[3] Col. III, 3.

entre sus brazos con amor, le abraza con ternura, y cree revivir sus hermosos días y sus goces de Nazaret.

Jesús les da sus ojos y su corazón. Su corazón, para no amar más que a Dios, sus ojos para no verle más que a Él. Dios es todo su horizonte. Todo a su alrededor está irradiado y nimbado de divinidad. Ven a Dios en todas partes. Se sienten sumergidas, abismadas en el gran océano del amor divino. Las inmensas olas de la divina ternura vienen a cada instante a balancearlas, a envolverlas y a penetrarlas. Dios alrededor de ellas y en ellas. Jesús amando en ellas a sus anchas a su amadísimo Padre, he aquí su divina vida y como el preludio he su vida del cielo. He aquí a dónde conduce poco a poco la confianza, unida a su amadísima hermana la caridad.

¿Qué es, pues, la vida de abandono? ¿Es una amorosa confianza, o más bien un amor confiado? ¿Es la confianza la que prevalece, o más bien el amor? Las dos hermosas virtudes, la esperanza y la caridad, se han como fusionado en una sola. ¿Quién podrá distinguir en el fondo del océano del amor las dulces aguas del río de la confianza que se ha abismado en él?[4].

¡Cuán preciosamente debemos cultivarla, cómo debemos buscar mil ocasiones de practicarla, y sobre todo, cuán ardientemente debemos pedir a Dios, por medio de nuestras oraciones y de nuestros deseos, esta confianza que florece en la celeste vida de la infancia espiritual!

Y no vayamos a pensar que la vida de abandono es una quimera, un sueño que no es para nosotros o que, en todo caso, no tiene nada que ver con nosotros por el momento. Es menester, ya desde ahora, vivir un poco esta vida, desde ahora somos invitados a respirar a veces el aire vivo y bienhechor de esta vida etérea. La vida de abandono es para todas las almas que tienen sed de olvidarse, que se han entregado sin reserva, o al menos, de-

[4] Véanse las exquisitas páginas que monseñor Gay consagra a la vida de abandono, en su libro *Vie et vertus chrétiennes*, t. II.



sean hacerlo. Es para todas las almas cuya dicha consiste en ceder el lugar a Jesús, en desaparecer, en morir para que Él viva y crezca en ellas.

Es sobre todo para vosotras, oh almas que os habéis entregado a una espiritualidad de identificación con Jesús, y cuyo ideal es poder exclamar un día con toda verdad: *Vivo, iam non ego, vivit vero in me Christus:* vivo yo, o más bien, ya no vivo yo, Cristo es el que vive en mí[5]. A vosotras sobre todo os pide Jesús la deliciosa dicha de vivir en vosotras esa forma maravillosa de amor puro, la confianza perfecta. De vosotras mendiga la exquisita alegría, que tanto se le niega, de poder amar aún al Padre en vosotras y por vosotras, con un amor serenamente confiado.

¡Oh, no tardaremos más en vivir aquí abajo la vida del cielo! Es menester habituarse desde este destierro a la vida de lo alto. La vida espiritual plena, risueña, iluminada, que deben vivir todas las almas generosas es como un noviciado del cielo. Jesús mismo nos lo ha enseñado: *El reino de los cielos es para los pequeñuelos y para los que a ellos se asemejan*[6].

[5] Gal. II, 20.

[6] Entre las almas más ilustres que se han santificado en la vida de infancia espiritual, hemos visto, casi en nuestros días, a la amadísima Teresa del Niño Jesús. Su autobiografía es una viva ilustración y un continuo ejercicio de este delicioso sendero.

## Capítulo III

# VERDADERA Y FALSA CONFIANZA

**I. Confianza falsa, basada en nosotros mismos; confianza verdadera y pura, enteramente basada en las divinas perfecciones.—Las pruebas, crisol donde nuestra confianza se revela y purifica.—Aplicación a las dificultades materiales.—A las dificultades espirituales.**

*Confianza falsa, basada en nosotros mismos; confianza verdadera y pura, enteramente basada en las divinas perfecciones.*

Nuestro Señor mismo lo ha dicho: en el campo del padre de familia el enemigo siembra cizaña en medio del buen grano. ¡Desgraciadamente, lo sabemos demasiado por experiencia! Entre las plantas de amor puro y de confianza verdadera, el demonio y nuestra perversa naturaleza cosechan en abundancia la cizaña del amor propio y de la confianza en sí mismo.

Hemos visto cómo esas dos virtudes, la esperanza y la caridad, la confianza y el amor, están íntimamente unidas y se desarrollan juntamente. Sus comunes enemigos son también dos adversarios muy unidos entre sí, la cizaña del amor puro es el amor de sí mismo, la cizaña de la confianza pura, o sea de la confianza en Dios solo, es la necia confianza en sí mismo.

Para caer mejor en la cuenta de lo que es la verdadera y pura confianza, nos es necesario distinguirla de su imitación, la falsa confianza. El amor de Dios y la confianza en Él son dos metales preciosos. Son un oro muy escaso para que se le encuentre en estado puro. ¿Cómo distin-



guiremos el amor puro del amor mezclado, la confianza verdadera y pura, de su aleación y falsificación, la falsa confianza? Los metales preciosos se purifican en el crisol. Allí se separan de los metales más bajos.

Lo mismo sucede en la vida espiritual. El crisol de las pruebas y de las tribulaciones separa el amor de Dios del amor de sí mismo, la confianza en Dios de la confianza en sí mismo. Solamente entonces aparecen los diversos elementos de esta amalgama.

Es un hecho psicológico experimental y cotidiano, que en la enfermedad, en el sufrimiento, en las contradicciones, en las tentaciones, en las sequedades, en las faltas, nuestra confianza se debilita y nos traiciona. Habíamos manifestado tantas veces a Dios nuestra confianza en su paternal bondad, y he aquí que la enfermedad nos abate y nos hace sufrir. Nos impide trabajar como quisiéramos, y sacrificarnos por Dios. Todo se turba ante nuestros ojos. El vértigo se apodera de nosotros. Comenzamos a dudar de la bondad de Dios, de su solicitud respecto de nosotros, de su sabia providencia. Y aun quizás nos invade una espesa niebla de materialismo.

O bien, nos encontrábamos en la consolación espiritual. Nuestro corazón estaba cálido e inflamado, y de buena gana querríamos exclamar como el ardiente y presuntuoso apóstol: *Señor, iremos contigo a la muerte*[1]. Y he aquí que Jesús desaparece. Su dulce y cálida presencia no nos sostiene ni nos encanta ya. Nos sentimos pobres, fríos, perezosos, y quizás, ¡ay! nos basta muy poco, una bagatela, las risas de una criada, para hacernos cambiar nuestras disposiciones. Nuestra confianza se ha desvanecido.

Sí, el crisol de las tribulaciones y de las mil cruces, cuyo enlace forma el tejido de nuestra vida espiritual, nos revela y nos hace tocar con el dedo la mala calidad de nuestra confianza.

---

[1] Matth. XXVI, 35.

Pues por eso precisamente nos traicionan las fuerzas de nuestra confianza, porque no era pura, porque estaba llena de la aleación de las falsas confianzas humanas. La confianza pura es la confianza enteramente basada en las infinitas perfecciones de Dios, en su poder, en su sabiduría, en su vigilante providencia, en su bondad, en su amor misericordioso. Su mirada está enteramente vuelta hacia Dios. Las impurezas que desgraciadamente la echan a perder y hacen de ella una imitación, una vulgar falsificación, son nuestras esperanzas humanas, la confianza en nuestras fuerzas, en nuestro talento, en nuestros planes, en nuestros amigos, en nuestras pobres virtudes, en lo que llamamos nuestras justicias. Es la mirada fija en nosotros mismos.

¡Ah, cuán numerosas son esas falsificaciones de la hermosa confianza! Las hay de todas clases, de todos los precios, desde el oropel hasta la plata dorada. Hay una confianza que no es en el fondo más que un cálculo de probabilidades. Creemos tener confianza en Dios y caminamos alegremente en la vida, seguros del éxito y del resultado de nuestros esfuerzos. Pero Dios frustra nuestros planes. El roce de un dedo le basta para derribar nuestro castillo de naipes. Hay una confianza en Dios basada en un conocimiento insuficiente y muy poco vivido de su bondad y de su amor infinito, confianza más pura ya y de cierto valor, pero que la vista de nuestras miserias y de nuestras faltas debilita singularmente, en ciertas ocasiones. Pero sea cual fuere el grado de impureza de nuestra confianza, viene a ser siempre lo mismo: una amalgama más o menos variada de la confianza en Dios, de la confianza en nuestros medios humanos.

La confianza de muchas almas es como la casa de que habla Nuestro Señor. Está construida sobre la arena movediza de nuestros recursos humanos. Hermosa, grande, parece desafiar al tiempo. Pero he aquí que el viento, la lluvia o la tempestad se desencadenan y muy pronto la casa se derrumba lastimosamente. Raras son las almas selectas que han construido su confianza como un templo dedicado al Señor, sobre la roca de las divinas perfecciones. La lluvia, el huracán, nada puede derribar esta confianza inquebrantable.



*Las pruebas, crisol donde nuestra confianza se revela y purifica.*

Ya se puede entrever lo que puede llevarnos a la verdadera y pura confianza, libre de toda aleación. Son las pruebas de toda clase que Dios nos envía, las cruces de todo género que su sabia providencia sabe proporcionarnos con tanto amor, para darnos un conocimiento profundo y vivido de su bondad y de su poder infinitos, como también de nuestra propia villanía e impotencia. Como en otros tantos crisoles, el oro de nuestra confianza debe purificarse en ellas y separarse de la confianza en nosotros mismos y en nuestros medios humanos.

Tal vez serán necesarias muchas para mostrarnos de manera sorprendente la vaciedad de nuestros recursos creados, la insuficiencia de nuestros amigos, de nuestros protectores, de nuestras riquezas, de nuestros talentos; para hacernos desesperar de todas las cosas y, sobre todo, de nosotros mismos. Será necesario que, más de una vez, reducido al último extremo, tienda desesperadamente mis brazos hacia el Señor, y que después de haber gustado la amarga traición de mis medios humanos, saboree la revelación deliciosa del poder de Dios y de su amorosa providencia respecto de mí.

En la vida espiritual, sobre todo, serán necesarias repetidas manifestaciones de nuestra pobreza, de nuestra insuficiencia, de nuestros vicios y de nuestras miserias, para hacernos morir verdaderamente a la confianza en el yo. Será necesario el contraste muy vivo entre el poder,

la santidad y la bondad divinos, y nuestra absoluta pobreza e innumerables miserias, para hacernos desesperar enteramente de nosotros y creer en Él solo, así como es necesario el contraste renovado entre la soberana amabilidad de Dios y su belleza, y nuestra fealdad y odiosa deformidad, para hacernos odiar el yo y amar a Dios.

Todos nosotros somos como los apóstoles de Jesús. Nuestra formación es lenta y laboriosa. Son necesarias manifestaciones frecuentes, numerosos milagros de su bondad, de su amor, de su poder, para hacernos creer en Él. Después de repetidas experiencias de su poder, cuando animados por la consolación creíamos caminar a pie firme sobre las olas, basta el viento de una sequedad, las olas de una desolación, para hacernos clamar: *Señor, sálvame, porque perezco*[2]. ¡Oh, cuántos milagros de Jesús serán necesarios, cuántas pruebas de su bondad para con nosotros, para conmigo, su amigo predilecto, a fin de que mi confianza en Él llegue a ser sólida y a toda prueba! Tal vez por mucho tiempo aún mi confianza será mezquina, vacilante, y cuando yo la creía firme y segura, bastará el escándalo de la cruz, la desaparición, la muerte de Jesús, para desvanecer completa o casi completamente toda mi esperanza.

Y sólo cuando haya venido el Paráclito, el Espíritu Santo, cuando Jesús haya desaparecido de mi vista, cuando la «noche de los sentidos y la del espíritu» hayan producido la muerte de todo lo sensible, solamente entonces, gracias al don de piedad, ese don de amorosa confianza y de amor filial para con Dios, me resolveré al fin a creer y a confiar en Dios con una confianza digna de este nombre.

Pidamos a menudo con instancia al Espíritu Santo este don infuso de piedad, este don tan precioso, que es el único que puede elevar nuestra confianza por encima de todas las vicisitudes humanas. Este don es una pura

[2] Matth. VIII, 25.



misericordia, y Él lo concede gratuitamente al alma humilde y deseosa de confianza. Ese don de piedad es el que, en medio de todas las agitaciones humanas y de todas las alternativas de nuestra vida espiritual, nos hará reposar serenamente en el seno de Dios, como un niño en los brazos de su madre. Él es el que hará nuestra confianza audaz y heroica, como la ha hecho en tantos santos, en un Javier, un Cottolengo, una Teresa del Niño Jesús.

### *Aplicación a las dificultades materiales.*

No será difícil hacer la aplicación de estas ideas a las mil circunstancias de nuestra vida en que nuestra confianza parece doblegarse y mostrar su impureza.

Ante todo, por lo que concierne a los detalles materiales de nuestra vida, nuestra salud, nuestra pobreza o riqueza, nuestras relaciones con los demás, nuestras empresas, nuestro apostolado, debemos velar cuidadosamente por no apoyarnos en nosotros mismos y en nuestras propias fuerzas.

¡Es tan natural, tan humano, tener la que llamamos confianza, cuando todo parece marchar bien, cuando todo nos sonríe y la vida tiene para nosotros los encantos de la primavera! Es bien conocido el proverbio: «Ayúdate, que Dios te ayudará». No tenemos mucha necesidad de inculcárnoslo a nosotros mismos. En medio de la atmósfera natural y un poco materialista de nuestra vida, creemos demasiado en él, y aun a menudo lo exageramos. Ponemos toda la fuerza en la primera parte: ayúdate, y la segunda parte parece perder del todo o casi del todo su sentido. Vienen entonces las enfermedades, los sufrimientos, los fracasos, los peligros, y esa presunción, esa confianza en nosotros mismos se encuentra muy pronto desconcertada. Éste es el momento de acordarnos de la omnipotencia y de la amorosa providencia de Dios, que juega con las

dificultades y con frecuencia llega a su término por un camino que a nosotros nos parece diametralmente opuesto.

Acordémonos del gran apóstol de las Indias, Francisco Javier, cuando rehusaba aceptar el contraveneno que sus amigos le ofrecían en el momento de partir para la Isla del Moro. Sus cartas nos han conservado sus sentimientos a este respecto: «Muchos de mis amigos y devotos—escribe—procuraron conmigo que no fuese a tierra tan peligrosa...; por cuanto la gente della es muy llena de traición, por la mucha ponzoña que dan en el comer y beber...; y viendo que no podían acabar conmigo que no fuese, me daban muchas cosas contra ponzoña; yo, agradeciéndoles mucho su amor y buena voluntad, por no cargarme de miedo sin tenerlo, y más por haber puesto toda mi esperanza en Dios, por no perder nada della, dejé de tomar los defensivos que con tanto amor y lágrimas me daban, rogándoles que en sus oraciones tuviesen memoria de mí, que son los más ciertos remedios contra ponzoña que se pueden hallar»[3].

No queremos decir, como bien se comprende, que no podamos recurrir a medios naturales, pero estas palabras del gran apóstol de las Indias nos revelan sus sentimientos íntimos, y nos muestran hasta qué heroica serenidad puede elevarse la confianza, fruto de los dones del Espíritu Santo. Javier era digno hijo de su padre Ignacio, que decía que estaba dispuesto a hacerse a la mar en una barca sin velas ni remos: tan grande era la confianza que ponía en Dios.

*Aplicación a las dificultades espirituales.*

A las pruebas de la vida natural corresponden las dificultades tan variadas de la vida espiritual. Todas las almas interiores conocen esas infidelidades a nuestras resoluciones, esas desolaciones, esas tentaciones, esos fracasos que

[3] *Mon. Hist. S. I.—Mon. Xav.*, t. I, pág. 400.



parecen a veces tan grandes que nuestra pobre alma se ve entre ellos completamente desamparada y no sabe ya a qué santo encomendarse. Parece que Dios nos abandona y nos encuentra demasiado perversos y demasiado repugnantes para continuar amándonos. Y en vano raciocinamos, en vano nos decimos que la tempestad pasará, que las nubes se disiparán y que el sol reaparecerá; la pobre navecilla de nuestra confianza parece a punto de ser sumergida por las olas de la duda y del desánimo.

He aquí el momento propicio para intensificar nuestra confianza, para esperar firmemente en Dios contra toda esperanza, para esperar en María, nuestra madre amantísima, *stella maris*. El sentimiento de nuestra pobreza es inmenso. ¿Debe quebrantarse por ello nuestra confianza? No, muy al contrario, porque este sentimiento debería evocar muy naturalmente el sentimiento paralelo de la Misericordia divina, base de nuestra confianza.

Las almas perfectas lo saben muy bien; la plena conciencia de nuestra pobreza debe ser como el viento propicio que dilate nuestra confianza y nos haga bogar a velas desplegadas por el mar de la perfección. Mientras más pobres seamos, más grande será nuestra confianza, *si es de buena ley*. Mientras más desconfiemos de nosotros mismos, más nos apoyaremos en Dios. Mientras más desesperemos de nuestras fuerzas, más plenamente confiaremos en la omnipotencia divina. «*Cum infirmor tunc potens sum:* cuando soy débil, entonces soy poderoso», decía el gran apóstol de las gentes. Cuando todo apoyo humano se ha desvanecido ante nuestros ojos, entonces, si alguna vez, es el momento de esperar en la bondad de nuestro Padre celestial, que nos tiende los brazos de su omnipotencia.

Si se creyera que nuestra confianza debe disminuir con la conciencia íntima de nuestra pobreza y de nuestra impotencia, ¿quiénes serían más dignos de compasión que los santos? Nadie ha tenido como ellos el sentimiento más

vivo y profundo de su impotencia, nadie comprende como ellos su natural miseria. A la luz deslumbrante de las divinas perfecciones, los santos descubren los mil átomos de sus innumerables imperfecciones. ¡Cómo desesperan de sí mismos! ¡Cómo van conociendo una a una las desilusiones causadas por las fuerzas humanas! ¿Se entristecen o se desaniman por eso? Lejos de ello, Dios no les ha revelado su propia nada y malicia sino para penetrarlos mejor del sentimiento de sus infinitas perfecciones. La conciencia de su impotencia no los abate. Unida al sentimiento de la omnipotencia divina les da, al contrario, las alas inmensas del águila que, muy por encima de nuestras humanas miserias, emprende su vuelo infinito hacia las más altas esferas.

---

**II. Santa Teresa del Niño Jesús y la confianza pura.—Tenemos quizás la humildad requerida, pero no la fe necesaria.—Nuestras mismas faltas no deben disminuir nuestra confianza.—Al contrario, conviene tener confianza, como los mendigos, a causa de nuestras miserias e impotencias.**

## *Santa Teresa del Niño Jesús y la confianza pura.*

¡Cuánta necesidad teníamos de lecciones para aprender la verdadera y pura confianza! Afortunadamente Dios ha tenido compasión de nosotros y nos ha enviado, en nuestro siglo de duda y de materialismo, a la gran santa de la confianza, Teresa del Niño Jesús.

¿Quién no ha leído con un sentimiento siempre creciente de confianza sus páginas tan encantadoras sobre la confianza en el amor misericordioso de Dios? ¡Cuán dulces y deliciosas son estas páginas a todas las almas deseosas de santidad y perfección! Hablando del amor condescendiente de Dios, dice: «¡Oh Jesús, déjame decirte que tu amor llega hasta la locura!... ¿Cómo quieres que ante esta locura no se lance mi amor hacia Ti? ¿Cómo habría de



tener límites mi confianza?... ¡Oh Jesús, que no pueda yo manifestar a todas las almas pequeñas tu condescendencia inefable! Siento que, si por un imposible, encontraras una *más débil* que la mía, te complacerías en colmarla de favores más grandes aún, con tal que se abandonara con entera confianza a tu misericordia infinita»[4].

Bien se ve que si tenía confianza no era porque se sintiera grande, fuerte, santa. Muy al contrario, se sentía extremadamente pequeña e impotente, y el sentimiento vivísimo de su impotencia sólo hallaba igual en el inmenso sentimiento del amor misericordioso de Dios.

He aquí en el fondo nuestro gran defecto: también nosotros tenemos en parte el sentimiento de nuestra pobreza espiritual, de nuestra radical impotencia. Después de tantas desolaciones, de tantas infidelidades, de tantos planes de santidad reducidos a la nada, de tantos ejercicios hechos sin resultados aparentes, ¿cómo no habíamos de tenerlo? A medida que avanzamos en la vida, las cumbres deslumbrantes de la santidad parecen retroceder indefinidamente en el horizonte, y adquirimos necesariamente cierto conocimiento de nosotros mismos y de nuestra nada, cierta humildad interior. Pero la humildad no es más que un ala de la confianza. Para volar le hace falta otra ala. Le hace falta, gracias a una fe viva y eficaz, el conocimiento íntimo y práctico de Dios, y de sus divinas perfecciones, de su bondad, de su ternura vigilante, de su poder siempre en acción. ¡Por desgracia, nuestra fe es a menudo muy inerte! Si nos hemos dado cuenta, a veces sobre todo, de nuestra impotencia, nos damos muy poca cuenta del amor infinito de Dios y de su bondad misericordiosa, siempre en vela, siempre llena de solicitud respecto de *mí*. Nuestra confianza no tiene más que una ala, la de la humildad; la otra ala, el sentimiento vivido, íntimo, práctico, de la bondad amorosa de Dios, le falta o está atrofiada. ¿Será

---

[4] *Historia de una alma*, cap. XI, pág. 221. Edición de Tarragona, 1923.

extraño, según eso, que nuestra confianza nos deje por tierra cuando quisiéramos elevarnos o nos traicione y nos haga caer cuando debemos volar por encima de las dificultades?

¡Ah, cuán necesario me es pedir con frecuencia a Dios esta doble gracia de una humildad sentida y experimental para conocerme perfectamente y desesperar del todo de mí mismo, y de una fe activa y luminosa para conocer esas amables perfecciones de Dios, que sin que yo lo sepa, desgraciadamente, están sin cesar en contacto conmigo, y dirigen amorosamente toda mi vida! Si soy generoso, si pido con perseverancia a Dios, Él me dará todo lo que es necesario para purificar y perfeccionar mi confianza.

Tiene para hacerlo mil medios de una eficacia maravillosa. Las pruebas espirituales más variadas descubrirán a mis pies el anchuroso abismo de mi nada y me impregnarán de una profunda humildad, mientras que las gracias de contemplación y una generosa efusión de los dones de sabiduría y de entendimiento perfeccionarán mi fe de manera tan sorprendente que proyectará sobre los atributos divinos una luz deslumbrante.

Aquí está el secreto de la confianza sorprendente e inquebrantable de los santos. Porque, no lo olvidemos, la confianza es una virtud *sobrenatural* que sobrepuja nuestra naturaleza y nuestras fuerzas, en su desarrollo lo mismo que en su nacimiento. Y la formación de nuestra confianza es mucho más obra de Dios y de sus gracias de elección, que obra de nuestra actividad y fruto de nuestras meditaciones, tan saludables sin embargo.

Por eso Dios, queriendo darnos preciosas lecciones sobre la hermosa virtud tan necesaria de la confianza, «depositó» en el alma de Teresa de Lisieux, según su propia expresión, esos sentimientos tan profundamente vividos y tan admirables sobre el amor misericordioso de Dios hacia nosotros.

Escuchemos de nuevo a la amable santa dándonos sus



hermosas lecciones de confianza respecto de la santidad: «Sabe V. R., madre mía, que mi constante deseo ha sido llegar a ser santa; mas por desgracia, cuantas veces me he comparado a los santos he comprobado que existe entre ellos y yo la misma diferencia que vemos en la naturaleza entre el monte cuya cima se pierde en las nubes y el oscuro grano de arena hollado por los pies de los transeúntes.

»En vez de desanimarme, me he dicho: Dios no podría inspirar deseos irrealizables; puedo, pues, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad. Me es imposible engrandecerme. Debo, pues, soportarme *tal cual soy, con mis innumerables imperfecciones:* pero quiero buscar el medio de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto, un caminito enteramente nuevo. Estamos en un siglo de inventos: ahora ya nadie se toma el trabajo de subir los peldaños de una escalera; en las casas de los ricos un ascensor la reemplaza con ventaja. También yo quisiera encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, porque soy muy pequeña para subir la ruda escalera de la perfección... ¡El ascensor que debe elevarme hasta el cielo son tus brazos, oh Jesús! Para esto no tengo necesidad de crecer; es menester, al contrario, que permanezca pequeña, que lo sea cada vez más. ¡Oh Dios mío! Tú has sobrepujado mi esperanza, y yo quiero cantar tus misericordias».[5]

¿Podría encontrarse una página más animadora para tantas almas que en nuestros días aspiran a la santidad? Y esta página se debe a una santa contemporánea, a una santa que ha vivido al mismo tiempo que nosotros, cuyas hermanas viven todavía, a una gran santa, a quien Pío XI ha llamado la mayor santa de nuestros días.

*Nuestras mismas faltas no deben disminuir nuestra confianza.*

Pero se dirá: en la vida espiritual no hay solamente sequedades, desolaciones, tentaciones; hay además lo que

[5] *Historia de una alma*, cap. IX, págs. 153-154.

podríamos llamar más propiamente, nuestras miserias: faltas de fidelidad y de correspondencia a la gracia, indocilidades, ligerezas, faltas de generosidad, debilidades y aun caídas. Parece que todos estos defectos que llamamos nuestras miserias naturales sí deben disminuir, al menos, nuestra confianza y, no hay que dudarlo, muchas almas pierden su entusiasmo y su esperanza a la vista de todas estas debilidades.

¿Por ventura, no tienen razón? ¿Nuestra infidelidad no es un obstáculo a tantas gracias? ¿Cómo podríamos atrevernos a esperar lo mismo que antes, después de tantas caídas? ¡Ah, si fuéramos inocentes y sin faltas como Teresa, también nosotros sentiríamos gran confianza!

Hablar así es mostrar muy a las claras que no se ha comprendido aún la naturaleza de la verdadera confianza. A esta objeción, nuestra gran santa responde por sí misma, de una manera perentoria: «Ah, si las almas débiles e imperfectas como la mía sintieran lo que yo siento, ninguna desesperaría de llegar a la cima del monte del amor». Y va más lejos; invita a los pecadores a la confianza: «No porque haya sido preservada del pecado mortal me elevo a Dios por medio de la confianza y el amor. ¡Ah! Estoy segura de que aunque tuviera sobre mi conciencia todos los crímenes que puedan cometerse, no perdería nada de mi confianza: iría con el corazón deshecho por el arrepentimiento a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo. He oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la samaritana. No, nadie podría espantarme, porque sé a qué atenerme respecto a su amor y misericordia. Sé que toda esa multitud de ofensas se abismaría en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua arrojada a una ardiente hoguera».[6]

El hecho es muy claro. La confianza de Teresa es ilimitada porque tiene un sentimiento intenso de la infinita

[6] *Historia de una alma*, cap. X, pág. 205.



bondad de Dios, como también nuestra confianza es mezquina porque nuestro conocimiento de esa bondad es muy pobre e ineficaz. Juzgamos de nuestro Padre celestial como juzgaríamos de los hombres aquí abajo. Nuestras indelicadezas, nuestras faltas reiteradas, acaban por enajenarnos la buena voluntad de nuestros mejores amigos. ¿Sería posible que fuera de otro modo tratándose del Dios justísimo y santísimo, ante el cual los ángeles mismos aparecen manchados? He aquí ciertamente, en el fondo, nuestros sentimientos íntimos después de nuestras infidelidades.

Y lo que es más, no sabemos ni aun atribuir a aquel a quien llamamos ordinariamente el Dios bondadoso, la amorosa bondad de una madre para con su hijo. Sucede a veces que una madre tiene un hijo más enfermizo y también más caprichoso, más difícil que los demás. ¡Pues bien! Si es una de esas madres nobles y sacrificadas, como se encuentran tantas, ¿amará menos a este hijo? ¿No le amará más, por el contrario, puesto que este hijo tiene más necesidad de sus cuidados y solicitudes? Cuanto más se sacrifique por ese débil ser, ¿no crecerá su amor en vez de disminuir, a consecuencia de tantas molestias, pero también de tantos sacrificios?

Ahora bien, Dios que ha hecho el corazón de todas las madres, es incomparablemente más tierno que la mejor de todas ellas. Ya en la Ley antigua nos lo declaraba expresamente por boca del profeta Isaías: *Si una madre puede olvidarse de su hijo, Yo no os olvidaré jamás*[7]. Después de nuestras infidelidades, de nuestras caídas, acordémonos del amor compasivo de Dios y obremos como los niños. Vayamos a abrazar a nuestro Padre celestial, vayamos a decirle con sencillez: «No lo volveré a hacer, seré formal en adelante.» Y estas caricias de amor confiado, compensarán ampliamente el corazón de nuestro Padre celestial.

[7] Is. XLIX, 15.

*Conviene tener confianza, como los mendigos, a causa de nuestras miserias.*

¡Desconfiar a causa de nuestras debilidades y miserias! ¡Ah! ¡Pero si es menester todo lo contrario! Sin duda, esto parece una paradoja a nuestros ojos demasiado humanos, pero en realidad lo que se necesita es precisamente tener confianza *en nuestras miserias*... valernos de ellas a menudo, servirnos de ellas como de un título a la compasión amantísima de Dios.

Todos nosotros somos mendigos del Rey de los reyes. ¡Oh, cuántos necios hay que ocultan sus cicatrices, sus heridas, sus úlceras, por temor de ofuscar a Dios...! ¿Es ésta la costumbre de los mendigos? ¿No muestran al contrario, no ostentan lo más que pueden todo el horror de sus males, a fin de excitar más la compasión? Y aun hay quienes llegan a hacerse llagas artificiales, en vista de su oficio de mendigos.

¡Y nosotros nos cubrimos por vergüenza! Tenemos miedo de Dios, desconfiamos de Él. ¡Qué engaño! Mostremos nuestras heridas a Dios, lamentémonos ante Él de nuestras faltas, lloremos para excitar su compasión. Estamos seguros de conmover su corazón, porque somos algo más que mendigos, somos sus hijos queridos que están adoloridos, que sufren, que han caído y sangran. Descubrámosle humildísimamente y con inmensa confianza nuestras llagas, y Él tendrá infaliblemente compasión de nosotros. Cuando Dios ve el abismo de nuestra extrema pobreza, el abismo de su misericordia se inclina y se abaja hasta nosotros, su amor supermaternal se enternece por nuestras miserias, nos mira con infinita compasión, y por poco humildes que seamos, por tímidamente que le tendamos los brazos, nos levanta hasta Él y nos acaricia con infinita ternura.

¡Cuán lejos estamos tal vez de esta hermosa confianza en nuestra pequeñez, en nuestra extremada pobreza y en nuestros pecados! ¡Y cuántas almas que tienen una perversa confianza, diametralmente opuesta a esta confianza pura! Su confianza es la secreta y necia confianza en sus justicias, en sus virtudes, en sus prácticas de penitencia. ¡Oh, qué perversa confianza es ésta, porque es a base de complacencia en nosotros mismos y de un secreto orgullo! No seamos más o menos confiados, no creamos que podemos aproximarnos a Jesús más o menos porque nos sintamos menos distraídos, más generosos, más fervorosos. ¡Ay! Esta confianza de mala ley es muy frecuente, y muchos se admirarían si se les dijese que su confianza se parece un poco a la del fariseo que oraba delante del publicano.



---

**III. Falso concepto que vicia nuestra confianza.—Dios escoge a menudo para sus gracias singulares a las almas más miserables.—Temor exagerado de las faltas involuntarias.**

*Falso concepto que vicia nuestra confianza.*

En el fondo de nuestra desconfianza después de nuestras miserias y de nuestras caídas, hay de ordinario un falso concepto de la bondad divina. Nos imaginamos fácilmente que las gracias de Dios están medidas exactamente por nuestra fidelidad y generosidad. A tal coeficiente de generosidad, corresponde fatalmente tal gracia más o menos grande. Dios, pensamos a veces, sigue para con todas las almas una tarifa uniforme, y por tal o cual acto, da tal o cual gracia, como salarios bien merecido. Nos olvidamos de la parábola que Nuestro Señor mismo nos enseñó, esa parábola que fascinaba a la Santa de Lisieux, del obrero llegado a última hora y que recibe por su trabajo lo mismo que los obreros que llegaron a la hora de prima.

Desengañémonos. La generosidad de Dios no se com-

pone únicamente de justicia, está compuesta principalmente de amor, y de amor gratuito. No está sujeta a proporciones. Da liberal y espontáneamente, y con mucha frecuencia, muy por encima de nuestros méritos, sin otra medida que la que su generosidad tiene a bien señalar. Es verdad: mientras más generosos somos, más nos dan. En esto no cabe duda. Pero, sin embargo, nadie puede decir: he recibido tal gracia de elección; es porque he sido más fiel que Fulano o Zutano. El secreto de las generosidades divinas es un misterio para nosotros. A unos les da más, a otros les da menos, según los secretos de su eterna sabiduría. La perfección de las almas es el resultado de la gracia, dada por la bondad divina, que sostiene y santifica sus esfuerzos, pero esos dos factores no están en relación constante. Dios nos santifica como quiere y porque quiere.

Y por no entender esto, carecemos de humildad y alimentamos una secreta complacencia en nosotros mismos, a la vista de las gracias que recibimos. No podemos reprimir un sentimiento secreto que nos dice que si recibimos más que los otros es porque somos más generosos. Falta de humildad que naturalmente trae consigo, llegado el caso y en la primera ocasión, la correspondiente falta de confianza.

Nos ha faltado generosidad, docilidad a la gracia, tal vez hemos caído, y evidentemente, tenemos menos confianza. ¿No mide Dios exactamente sus gracias por nuestros esfuerzos y nuestra generosidad? Y henos ahí tristes, descontentos, recriminándonos a nosotros mismos y también un poco a Dios. Y entonces, naturalmente, además de nuestro falso concepto de la gracia, olvidamos que un acto de verdadera humildad repararía abundantemente nuestra falta. Nos olvidamos de recurrir a ese gran arte de reparar nuestras infidelidades, el besar en cierta manera a nuestro Padre con un ósculo tanto más lleno de amor cuanto más afligidos estemos por haberle desagradado o aun por haberle ofendido.



*Dios escoge a menudo para sus gracias singulares a las almas más miserables.*

No tenemos necesidad de ir a buscar muy lejos ejemplos para mostrar que las almas, aun las que han caído, pueden abrir su corazón a una dulce confianza.

Agustín resistió veinte años a las oraciones de Mónica, pero ¿cuán santo no llegó a ser? Y la más ilustre de todas las pecadoras, ¿qué no debió a la confianza audaz y llena de amor con que se puso a lavar y besar los pies de Jesús, en presencia de los soberbios fariseos? ¡Y la célebre pecadora de Egipto que, al día siguiente de su conversión, murió en un transporte de amor!

A todas las almas les ofrece Dios la ayuda de su amor misericordioso. Y sepámoslo bien, escoge a menudo para sus designios maravillosos los instrumentos más imperfectos y más viles. Quiere glorificar su *poder*, realizando grandes designios con instrumentos inadecuados. Convirtió al mundo por medio de doce apóstoles, escogidos entre los humildes y pescadores de Galilea. Quiere glorificar su *sabiduría* elaborando planes y empleando medios que a nosotros nos parecen insensatos. Quiere, en fin, con frecuencia, glorificar también su *bondad* infinita y su *amor* misericordioso, escogiendo para la santidad a los que parecen menos aptos para ella. Derriba a Saulo en el camino de Damasco, para hacer de él el incomparable apóstol de las gentes.

Si únicamente tuviéramos confianza gracias a una idea más justa de las divinas perfecciones y de los caminos de Dios, que están muy por encima de nuestros caminos, al ver la grandeza de nuestras miserias diríamos: ¡Ah, cuán imperfecto y pobre soy! ¿Me irá a escoger Dios a causa de esto mismo para su amor privilegiado? ¿No seré yo también una de esas almas que tienen más necesidad de su ternura y de su amor compasivo, y a quienes prefiere

a otras porque puede derramar más abundantemente en ellas las olas de su bondad misericordiosa? Y este pensamiento dilataría deliciosamente nuestro corazón por medio de una confianza sin límites, en vez de que la vista de nuestras miserias la monoscabe de un modo extraño.

Pero quizás somos ya de esas almas privilegiadas a quienes Dios ha dado sus gracias más especiales de contemplación perfecta. Entonces, en vez de pensar siquiera en enorgullecernos, diremos: Dios me ha escogido porque era más imperfecta y más abyecta, para agotar en cierto modo en mí su amor infinito y dar libre curso a su bondad. Y este pensamiento nos mantendría muy lejos de toda complacencia en nosotros mismos, ante el cuadro justo y verdadero de nuestras miserias.

Sí, el amor misericordioso de Dios, incontenible ya, quiere a veces llegar al colmo y busca fuera de Él, encenagada en la nada de sus miserias y aun de sus maldades, a tal o cual alma más imperfecta y más indigna, sobre la cual quiere derramar más amor gratuito. Y si esta alma puede reconocer su pequeñez y su miseria, y aun a veces, con tal que llegue a fuerza de gracias a reconocerla un poco, Dios la levanta hasta Él, en el abrazo inefablemente amoroso de su divina ternura.

No nos dejemos, pues, abatir ni desconcertar jamás a la vista de nuestras repetidas infidelidades. No digamos nunca: la santidad no es para mí, soy demasiado imperfecto. No digamos jamás: es demasiado tarde ahora para llegar a ser santo; apenas he hecho algún progreso; yo sé a qué atenerme respecto de mí. No: sino cultivemos con celoso cuidado ese deseo de santidad que Dios ha puesto en el fondo de nuestro corazón como un germen precioso, y que por sí solo es ya una gran gracia. Tengamos confianza siempre y a pesar de todo. Dios no tiene necesidad de tiempo para obrar sus prodigios. *Para el Señor, un día es lo mismo que mil años*[8].

[8] Ps. LXXXIX, 4.



La verdadera confianza en Él no nos traicionará; es una brújula fiel, que a través de los escollos y a pesar de las tempestades, nos conducirá seguramente al puerto de la perfección.

Cuando hayamos dejado esta tierra de destierro y nuestros ojos se abran a los esplendores deslumbrantes del más allá, todo nos será revelado. ¡Cómo nos felicitaremos entonces, seguramente, de nuestra terca y obstinada confianza! ¡Cómo nos regocijaremos entonces de haber tenido una confianza tan inmensa como nuestra inmensa miseria!

En el jardín delicioso del divino Jardinero, donde floreceremos para siempre jamás, descubriremos con admiración entre las magníficas rosas, los soberbios tulipanes y los graciosos crisantemos, esas flores más delicadas y más ingratas, que le han costado más incesantes cuidados y más amor. Quizás estaremos también nosotros entre esas plantas que han costado al divino Jardinero tantos esfuerzos, pero cuyas flores raras e incomparables, glorifican más su poder y su amor, y le compensan ampliamente de sus desvelos.

*Temor exagerado de las faltas involuntarias.*

¿Qué pensar ahora de un sentimiento demasiado frecuente entre las almas generosas y que hace que sirvan a Dios con una especie de ansiedad escrupulosa? Tienen miedo de entristecer al Corazón de Jesús y de perder las gracias de Dios por la menor falta involuntaria. Si en la sequedad y la desolación son un poco menos generosas y valientes—y ¿quién no lo será?—, se imaginan que van a comprometerlo todo. Y no es tanto el amor cuanto el temor el que les inspira este miedo exagerado. ¡Estas almas pusilánimes han comprendido muy poco el corazón del buen Maestro! Jesús conoce mucho mejor que nosotros toda nuestra pobreza natural. Sabe que aun al justo cae siete veces al día. Sabe que nuestras fuerzas traicionan

a menudo nuestros deseos y nuestro amor. Sabe distinguir las faltas voluntarias y las faltas de pura fragilidad, que no le ofenden ni le causan tristeza. En su bondad amantísima sabe mejor que nosotros disimular e ignorar nuestras falticas involuntarias. Conoce, sobre todo, mejor que nadie la inmensa diferencia que causa la presencia de su gracia, y no se admira en manera alguna de vernos llevar la cruz a tropezones en la desolación, mientras que la consolación nos la hacía llevar alegremente y sin dificultad.

Sirvamos, pues, a Jesús con gozo, con alegría; sirvámosle con perfecta fidelidad. Evitemos por amor las menores faltas que sean en algún modo voluntarias. ¡Enhorabuena! Sintámonos felices de sufrir las penas más grandes por satisfacer los más pequeños deseos de Jesús. ¡Oh, qué cosa más excelente! Jesús vale mil veces más que nosotros. Él es todo y nosotros no somos nada. Una sola sonrisa de sus labios divinos vale cualquier sacrificio. Éste es el verdadero amor. Pero no creamos que la menor falta de correspondencia de nuestra parte, el menor aturdimiento, le causa tristeza y nos hace perder sus gracias de predilección. Según esto, las almas generosas no serían nunca felices. No: «lo que ofende a Jesús, lo que lastima su corazón es la falta de confianza»[9]. Por lo que hace a esas faltas de fragilidad, que se escapan a la mejor buena voluntad, Jesús sabe distinguirlas de las faltas voluntarias y de nuestras desobediencias conscientes. De ellas decía amablemente Santa Teresa del Niño Jesús: «Sí, yo creo, desde hace mucho tiempo, que el Señor es mucho más tierno que una madre, y conozco a fondo más de un corazón de madre. Sé que una madre está siempre dispuesta a perdonar las pequeñas indelicadezas involuntarias de su hijo.»[10]

[9] Santa Teresa del Niño Jesús: *Historia de una alma*, 1.ª *carta a María Guérin.*
[10] *Historia de una alma*, cap. VIII, pág. 137.

## Capítulo IV

# JESÚS, DOCTOR DE LA CONFIANZA

**I. La bondad compasiva de Jesús manifiesta la de Dios.—Parábolas que esclarecen la bondad de Dios; es nuestro Padre.—Se impone una confianza filial.**

### *La bondad compasiva de Jesús manifiesta la de Dios.*

Seríamos tal vez excusables de nuestras desconfianzas pusilánimes, si hubiéramos vivido en tiempo de la Ley antigua. Los libros santos tienen, sin duda, palabras sublimes sobre el poder y la bondad de Dios. Los salmos de David son un himno incomparable a su misericordia, y harán para siempre las delicias de las almas confiadas o arrepentidas. Pero para la mayoría del pueblo judío, Dios aparecería entonces principalmente como el Jahvé terrible a quien sólo se nombra temblando. El castigo impuesto a Oza por haber tocado, aunque con intención loable, el arca santa, estaba siempre delante de sus ojos.

Nosotros, más felices, vivimos bajo la Ley nueva. Jesús, el divino sol de la sabiduría divina, ha iluminado al mundo y lo ha transformado. *Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum:* Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo[1].

Jesús vino para hacernos conocer al Dios misterioso y desconocido, para revelárnoslo, para hacérnoslo como tangible y palpable. Él, el eterno confidente de los secretos

[1] Ioan. I, 9.

divinos, vino a manifestarnos los sentimientos de Dios respecto de nosotros, su amor infinitamente misericordioso y compasivo, su amor paternal. Para conocer al Padre no tenemos más que mirarle a Él, verle obrar y hablar. *El que me ve a Mí, ve al Padre*[2], dijo a Felipe. Él es su expresión más fiel y como su reproducción perfecta en el orden visible.

Ahora bien, si hay una nota característica de la persona de Jesús, ¿no es ante todo su pasmosa bondad que invita aun a los más miserables a la confianza? ¿No es acaso su increíble amor de predilección por los enfermos y pecadores, por todos aquellos que tienen más necesidad de la bondad divina? Abre enteramente a todas las miserias físicas y morales los brazos de su misericordiosa ternura.

Y bien lo saben todos. Se le acusa aun de dejarse llevar a excesos de compasiva bondad. ¿No le reprochan los fariseos amargamente que escucha los clamores de su corazón más bien que la ley de Dios, y que cura las enfermedades aun los días de sábado? ¿No es también demasiado bueno, bueno hasta el exceso, verdaderamente, para con los pecadores y pecadoras? ¿No permite a una infame pecadora que le toque y le contamine en cierta manera, a Él, el gran profeta, regando sus pies con sus lágrimas arrepentidas?

Y aun llegan a tenderle lazos a este respecto. Conducen ante Él a una pobre mujer cogida en adulterio, para tentarle, para medir su bondad y ver si llegará su atrevimiento hasta el absurdo, a despecho de la ley de Moisés. Mas ¿qué la importa al Salvador que su bondad inmensa escandalice al orgullo desdeñoso y cruel de los fariseos? Su odio no hace más que aumentar su reputación de compasiva bondad.

Y para hacer conocer mejor el fondo de su corazón, para mostrar que aun los pecadores aparentemente abocados a la desesperación deben abrir completamente su

[2] Ioan. XIV, 9.



alma a una entera confianza, cuenta aquellas deliciosas parábolas tan bien adaptadas al genio oriental de sus oyentes. Se describe a sí mismo en la parábola del buen Samaritano. Se muestra abiertamente como el Buen Pastor que da su vida por sus ovejas. Nos revela también, de una manera viva y llena de imágenes, los sentimientos que le animan y que animan también al Padre celestial, de quien es imagen perfecta y fiel espejo.

*Parábolas que esclarecen la bondad de Dios.*

No es esto todo. Si las manifestaciones de la exquisita bondad de Jesús nos dejaban un tanto incrédulos respecto del Padre, si nos obstinábamos, como a veces nos vemos un poco tentados a hacerlo, en atribuirle exclusiva o casi exclusivamente el poder y la sabiduría, reservando el amor para Jesús, el Salvador mismo se nos presenta para desengañarnos.

Él nos manifiesta al Padre en cuanto que es su imagen perfecta. Pero hace más. Él, que ha visto al Padre, que es perfecta y eternamente uno con Él, nos descubre los secretos insondables de la augusta Trinidad y la inmensidad del amor de Dios respecto de nosotros.

Jesús, ya lo hemos visto, nos ha descubierto, sobre todo, su propia infinita bondad en las parábolas del Buen Pastor y del Buen Samaritano. En parábolas semejantes nos revela el amor paternalmente misericordioso de Dios, para con todos, aun para con los pecadores más envilecidos. Todos conocemos las parábolas de la dracma y de la oveja perdida, en la que Jesús llega hasta decirnos, en una audaz hipérbole, que habrá más gozo en el cielo por un pecador penitente que por noventa y nueve justos. Todos hemos saboreado, sobre todo, la incomparable parábola del hijo pródigo, esa parábola que ha devuelto el arrepentimiento y la confianza a tantos pecadores desesperados.

Henos aquí, pues, bien instruidos y bien asegurados

sobre los sentimientos de Dios respecto de nosotros. Estos sentimientos pueden resumirse en los sentimientos de un amor idealmente paternal: el Padre de Jesús es también nuestro Padre. Es Padre, y lo es de una manera infinitamente superior, como únicamente Dios, el amor infinito, puede serlo. Su amor paternal para con nosotros supera el amor de los padres de la tierra, cuanto el amor de Dios supera al amor de una creatura.

En cada página del Evangelio Jesús hace resaltar en Dios ese carácter de Padre respecto de nosotros. Y aun lo hace de tal manera que ésta es una de las características más notables de la enseñanza de Jesús, que ha llamado la atención de exégetas incrédulos, protestantes, como Harnack. Continuamente el Salvador llama a Dios *vuestro Padre que está en los cielos.*

Cuando sus discípulos le piden que les enseñe a orar, les enseña esa oración, la más hermosa de todas, que llamamos el Padrenuestro. Ahora bien, ¿no es en verdad sorprendente que las primeras palabras de esa oración sean: «Padre nuestro»? Se creería a primera vista que la primera palabra que se impone en nuestras relaciones con Dios es la de Señor o Maestro. «Oh Señor Santísimo, santificado sea tu nombre», he aquí cómo habríamos comenzado nosotros, al igual que los judíos, nuestra oración. Jesús, nuestro divino preceptor, juzgó de distinta manera, y nos dijo: *Oraréis así: Padre nuestro*[3]. *Cuando oréis, decid: Padre*[4].

*Se impone una confianza filial.*

Conociendo los sentimientos paternales de Dios respecto de nosotros, sabemos por el mismo hecho cómo conviene orar. Se impone una entera y filial confianza.

[3] Matth. VI, 9.
[4] Luc. XI, 12.



Jesús, por lo demás, la exige incensantemente de sus discípulos. No citemos más que un ejemplo.

Después de haber enseñado el Padrenuestro, Jesús continúa su hermosa lección sobre la oración y la confianza con la cual debemos orar: *¿Qué padre hay entre vosotros, dice, que si su hijo le pide pan, le dé una piedra? ¿O si le pide un pez, le dé una serpiente en vez de un pez?... Pues si vosotros, malos como sois, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden?*[5].

Esto es de una lógica perfecta, irreprochable. El argumento del Salvador es un argumento a fortiori, al alcance de los más sencillos. Pero se apoya íntegramente sobre esa firme creencia de que Dios es nuestro Padre y nos ama como el mejor de los padres. Él, el Padre celeste, ideal. Una vez admitido esto, y Jesús lo supone fuera de duda, se impone imperiosamente la confianza. Seríamos inexcusables si no tuviéramos plena confianza cada vez que pedimos algo a Dios.

¡Oh Jesús, cuán lejos estoy de tener esta confianza filial, basada en la persuasión viva y práctica de que Dios es mi Padre! Ten compasión de mí, dame este espíritu de adopción que me es tan necesario. Tú lo has dicho: nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo. Revélame a este Padre a quien conozco tan poco. Compadécete de mí. Que no pase toda mi vida como un huérfano, teniendo un Padre tan bueno, un Padre ideal. Yo te suplico como Felipe: *Domine, ostende mihi Patrem et sufficit nobis*[6]*:* Muéstrame, hazme conocer a Aquel cuya ternura paternal conozco tan poco; haz que le ame como un hijo ama a su padre, y esto me basta. Conociéndolo sabré a quién acudir para obtener todo lo que necesito. Me presentaré a Él con filial confianza, seguro de ser escuchado. Sí, muéstrame al Padre y tendré

[5] Luc. XI, 11-13.
[6] Ioan. XIV, 8.

todo lo que me hace falta. Entonces iré a exponerle todos mis deseos, sobre todo mis ardientes deseos de mi propia perfección y de la de los demás, mi sed de amor puro y de inmolación. Sacerdote del Señor, religioso o religiosa, iré a pedirle lo que necesito para mi santa vocación. Le pediré la virtud, el celo propio de mi sacerdocio, la santidad que debe aureolar mi apostolado y hacerlo fecundo. Los padres de la tierra, los paganos mismos, dan pan y huevos a sus hijos. Estoy seguro de que mi Padre celestial me concederá, mucho más generosamente aún, ese Espíritu Santo que, según tu irrecusable testimonio, da a todos los que se lo piden.

---

**II. Promesas de Jesús: la confianza perseverante lo obtiene todo.—Sus milagros, lecciones de cosas.—Orad en mi nombre, dice con insistencia.**

*Promesas de Jesús: la confianza perseverante lo obtiene todo.*

Dios es nuestro Padre, no podría rehusar nada a sus hijos. ¿Quiere esto decir que me concederá siempre, al instante, exactamente lo que yo le pido?

Debemos recordar ante todo aquí, lo que dijimos al principio sobre la naturaleza y las cualidades de la verdadera confianza. Debe ser condicionada, es decir, aunque tenemos la firme esperanza y la seguridad de que Dios nos escuchará, debemos siempre suponer desde luego, y sobreentender, al menos virtualmente, que el objeto de nuestros deseos nos será útil para nuestro último fin y entra en el plan de la divina providencia. Porque, volviendo a tomar la parábola del Salvador, es evidente que, si creyendo pedir un pez, pido un escorpión, mi Padre celestial no me lo podría dar[7]. Conviene recordar siempre esta

[7] Podemos, sin embargo, estar seguros y *ciertos* de ser escuchados, en el sentido de que Dios será fiel a su promesas y nos concederá lo que le pedimos, o una cosa equivalente y, con frecuencia, superior.



verdad a fin de no tener necias decepciones. Pero no abusemos tampoco de ello: cuando no recibimos en seguida lo que necesitamos, no nos apresuremos a decir: esto no me es conveniente. Eso sería poner un fin prematuro a nuestras oraciones. Con frecuencia el recurso demasiado rápido a este pensamiento, encubriría en el fondo nuestra falta de confianza, nuestro temor de ser desatendidos.

Sí, es necesario ser a veces atrevidos, perseverantes y aun importunos en nuestras oraciones. Hay que saberlo ser, tanto más cuanto más grande, cuanto más insigne sea la gracia que pedimos. Hay que saber importunar a nuestro Padre celestial. Nuestro Señor mismo nos lo enseñó en esa otra parábola que tanto conviene meditar: *Si alguno de vosotros tiene un amigo y éste va a buscarle a media noche, diciéndole: Amigo mío, préstame tres panes, porque uno de mis amigos que va de viaje ha llegado a mi casa y no tengo qué ofrecerle; y desde el interior de la casa el otro responde: No me importunes más, la puerta está ya cerrada, mis criados y yo estamos en el lecho, yo no puedo levantarme para darte nada; yo os digo, aun cuando no se levantara a dárselos por ser su amigo, se levantará a causa de su importunidad y le dará tantos panes cuantos necesite. Pues yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá*[8].

La conclusión es evidente; si aun entre los hombres una oración perseverante consigue vencer la pereza o la mala voluntad, cuánto más obtendrá de nuestro Padre amantísimo que está en los cielos todo lo que deseemos. Sin duda, Él puede hacerse el sordo, puede aparentar que no nos escucha. Pero insistamos. Nuestro Señor mismo nos lo dijo. No dudó en comparar a su amadísimo Padre con ese hombre que no quiere conceder lo que se le pide. Él nos dijo: *Pedid, y se os dará...; llamad, y se os abrirá.*

No tengamos, pues, miedo de seguir el consejo de

[8] Luc. XI, 5-10.

Jesús. Nos lo ha hecho comprender bastante: Dios también se hace a veces de rogar, y se hace de rogar largo tiempo. Con frecuencia parece que las cosas toman un curso desfavorable y contrario a nuestros deseos. Esto puede suceder aun en las cosas espirituales y santas. ¡Pues bien! Nos dice Jesús: sed atrevidos, osados, importunos para con vuestro Padre celestial. Id a Él, decidle como el amigo aludido: yo no me iré sin que me hayas escuchado, cuento con las promesas de Jesús. Y también nosotros sabremos obligar a Dios a conceder lo que parece que se obstina en negar, pero que en realidad su corazón de Padre amantísimo desea ardientemente conceder. Nos daremos cuenta entonces de que sus demoras en escucharnos son queridas y calculadas con el fin de recompensar nuestra confianza obstinada con gracias más abundantes y más insignes.

Se ha hecho la juiciosa observación de que el amigo del Evangelio no habría sido tan importuno y atrevido si se tratara de él mismo o de su familia. No habría insistido así por sus necesidades ordinarias. Pero tenía que ofrecer a su amigo esa hospitalidad que toda alma bien nacida no podría rehusar. ¡Pues bien! Yo también pido a menudo a Dios no lo que me hace falta a mí o a mi familia; le pido por los demás; le pido la caridad, la paciencia, la bondad, la humildad, que indispensablemente necesito para acoger y tratar a mis hermanos como conviene. Pido esas virtudes también y sobre todo, para acoger a Jesús, el amigo por excelencia, cuando viene Él mismo a mí en la comunión, cuando desea quedarse conmigo y ser mi huésped permanente, cuando desea vivir en mí libremente y a su antojo. Estoy cierto de ser escuchado. Nuestro amigo del cielo, nuestro Dios amantísimo que no duerme jamás y está siempre dispuesto a escuchar nuestras demandas, es feliz, mil veces feliz de que se le importune así para pedirle lo que es necesario para acoger a Jesús de una manera perfecta.



*Sus milagros, lecciones de cosas.*

El Salvador nos aseguró solemnemente que nuestras oraciones confiadas serían siempre eficaces. Sus enseñanzas a este respecto son muy claras y precisas. Sin embargo, a fin de convencernos más seguramente aún, nos dio innumerables lecciones de cosas. Confirmó en muchas ocasiones sus promesas y sus enseñanzas con los ejemplos más persuasivos. Abramos el Evangelio al azar, y en todas partes veremos que atribuye Él mismo los más admirables prodigios que obra a la confianza de los que le invocan. *Fides tua salvam te fecit:* tu confianza te ha salvado, te ha curado[9]. He aquí una expresión muy familiar en los labios del Salvador. No dice ni siquiera: Yo te curo a causa de tu confianza, sino: tu confianza te ha curado, queriendo acentuar así la necesidad soberana de la confianza, sin la cual su omnipotencia misma se encuentra como atada. La confianza de los enfermos que le imploran le entusiasma. La elogia sin cesar. Diríase que quiere aprovecharse de cada milagro para adelantar más sus lecciones sobre la confianza. Así lo hace con el centurión, con el paralítico bajado por el techo, con la cananea sobre todo.

Enseñanzas de Jesús, promesas formales, milagros en su apoyo, esto debería bastar suficientemente para vencer para siempre todas nuestras desconfianzas y todas nuestras dudas. *Domine, doce nos orare.* Señor Jesús, enséñame la confianza perfecta, la confianza santamente obstinada e importuna de que tengo tanta necesidad.

*Orad en mi nombre.*

Nuestro Señor nos enseñó a afianzar nuestra confianza sobre el vivo sentimiento de la paternal bondad de Dios.

[9] Luc. VII, 50. Creemos poder insistir en el elemento de confianza que encierra la fe.

Nos enseñó a reforzarla además con el recuerdo de sus promesas formales de concederlo todo a la oración confiada. Sólo faltaba poner nuestra confianza al abrigo de todo ataque que pudiera dirigir contra ella el recuerdo deprimente de nuestras innumerables miserias. Esto lo hizo Jesús en la última cena, en el discurso de despedida. *En verdad, en verdad os digo: todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre, os lo concederá. Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo... En aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que Yo oraré al Padre por vosotros; porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que Yo salí del Padre*[10].

He aquí en último término el misterioso secreto de la eficacia de nuestras oraciones. Estoy seguro de obtenerlo todo de Dios, no, en resumidas cuentas, a causa de las cualidades inherentes a mis oraciones, sino a causa de Jesús, porque el Padre le ama y quiere glorificarle. Por esto es necesario que, explícita o implícitamente, ponga mi confianza en las virtudes y en los méritos infinitos de mi Salvador.

Todas las oraciones litúrgicas de nuestra santa madre la Iglesia terminan con esta fórmula tan hermosa: *Per Dominum nostrum Iesum Christum*, por Jesucristo Nuestro Señor. Estas palabras finales son como nuestro último recurso, como el asalto supremo que hacemos a la bondad de nuestro Padre, para conquistar seguramente el objeto de nuestros deseos. En estas pocas palabras tan breves le representamos en un instante toda la vida amantísima y llena de méritos del Salvador. Le mostramos, sobre todo, la Cruz donde Jesús muere de amor por Él, y levantamos así entre la justicia infinita y nuestros innumerables pecados la infalible enseña, el seguro estandarte de nuestra reconciliación.

Pedir a Dios en nombre de Jesús es echar a un lado

[10] Ioan. XVI, 23-27.



toda necia confianza en nuestras imperfectas virtudes, en nuestras justicias farisaicas, en el fervor mismo de nuestra oración. Es no apoyarnos más que en los méritos infinitos de la vida y sobre todo de la pasión santísima de Cristo. Es recordar al Padre los deseos intensos, las súplicas ardientes de Jesús en favor nuestro. *Pater sancte, serva eos in nomine tuo... sanctifica eos in veritate...* Padre santo, consérvalos en tu nombre... santifícalos en la verdad[11]. Es recordar a Dios, sobre sodo, la oración suprema de Jesús agonizante en la cruz: *Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen*[12]. Es hacer resonar aún el grito omnipotente de Jesús: *Sitio*, tengo sed[13], ese grito dirigido a nosotros, pero dirigido aún más a su Padre amantísimo. Es, pues, divina, inefablemente poderosa, esa oración en nombre de Jesús, que nos asegura todo el poder de los méritos del Salvador, uniendo nuestras oraciones a las suyas.

Sin embargo, orar en nombre de Jesús es más aún. Es asociarme no solamente a las súplicas de Jesús crucificado en el Calvario, sino unirme además a las oraciones incesantes que Jesús dirige incansablemente por todos y por mí a su amantísimo Padre. Sí, actualmente y sin descanso, Jesús ora todavía e intercede en mi favor. *Semper vivens ad interpellandum pro nobis:* vive siempre para interceder por nosotros[14]. Misterio inefable de amor. Jesús se ocupa siempre en mí, su pobre creaturita. Pasa su vida del cielo adornando mi alma, obteniéndome las mil gracias que mis pecados hubieran debido hacerme perder: *No ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en Mí por su predicación, para que todos sean uno como Tú, Padre mío, estás en Mí y Yo en Ti*[15].

Oh Maestro divino, concédeme el ser más a menudo, más actualmente consciente de mi unión contigo. Concé-

[11] Ioan. XVII, 11, 17.
[12] Luc. XXIII, 34.
[13] Ioan. XIX, 28.
[14] Hebr. VII, 25.
[15] Ioan. XVII, 20-21.

deme el no ir nunca a la oración enteramente solo. Que vaya siempre apoyado en tu brazo, confiado en tu nombre, en tu poder cerca de mi Padre celestial. Hazme participar en las oraciones tan santas que dirigías a Dios cuando estabas en la tierra, a fin de que su riqueza cubra la indigencia de las mías. Hazme participar también y sobre todo en las súplicas que diriges sin descanso a tu Padre, allá arriba en el cielo o aquí abajo en nuestros tabernáculos, mostrándole los sagrados estigmas de tu pasión.

---

**III. Lecciones de abandono: mirad los lirios del campo.—Abandono para la vida material.—Y sobre todo para la vida espiritual.**

*Lecciones de abandono: mirad los lirios del campo.*

Jesús nos enseñó con cuán plena y perseverante confianza debíamos orar a fin de obtener seguramente el objeto de nuestros deseos. Pero la confianza no debe limitarse a las horas de oración formal. Encuentra a cada instante ocasiones de ejercitarse. Extendida así a todas las cosas, a todos los detalles y a todos los sucesos de nuestra vida, florece en el abandono. Ella es la que nos hace vivir como verdaderos hijos de Dios. Escuchemos de nuevo al divino Maestro dándonos sus lecciones incomparables. El Evangelio no tiene quizás páginas más bellas ni más sabrosas que aquellas en que Jesús nos enseña la hermosa virtud del confiado abandono.

Quería librar a sus discípulos de toda preocupación excesiva en lo concerniente al aspecto material de la vida, a fin de que tuvieran el alma más abierta del lado del cielo. Todos hemos meditado sin duda esas páginas y jamás podríamos hacerlo bastante. Saboreemos una vez más, lentamente, deliciosamente, las sublimes palabras del Salvador.

*Por eso os digo: no os inquietéis por vuestra vida, qué comeréis o qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, con qué lo vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, no siembran ni siegan; no recogen nada en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Quién de vosotros a fuerza de cuidados podría añadir un codo a su estatura? ¿Y por qué os inquietáis por el vestido? Mirad los lirios del campo cómo crecen; no trabajan ni hilan. Y sin embargo, os digo que ni Salomón en toda su grandeza se vistió como uno de ellos. Pues si Dios viste así a la yerba del campo que hoy es y mañana será arrojada al horno, ¿cuánto más lo hará con vosotros, hombres de poca fe? No os atormentéis, pues, diciendo: ¿qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Son los gentiles los que buscan todas estas cosas, y vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de ellas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura. No os preocupéis, pues, por el mañana; el mañana tendrá cuidado de sí mismo. Bástale a cada día su propio afán*[16].



*Abandono para la vida material.*

¡Cuánto nos aprovecha oir estos acentos encantadores del divino Maestro! Se siente uno poco a poco levantado por encima de las agitaciones de este mundo y transportado a una esfera más serena, cercana el cielo. ¡Cuán persuasivas son estas palabras tan deliciosas en su poesía oriental, plena de imágenes! No se podría imaginar nada más sencillo ni más lógico al mismo tiempo, nada más irresistiblemente convincente.

Ellas nos enseñan a mirar todas las cosas a la luz de la fe más viva, a considerar el mundo entero como el teatro continuo de la sabia y amante solicitud de nuestro Padre celestial. Él es el que se ocupa en todas las cosas, por

[16] Matth. VI, 25-34.

pequeñas que sean. Cada brizna de yerba, cada florecilla de los campos es el objeto de sus cuidados. El menor insecto, el más pequeño pajarillo recibe de Él su alimento. Piensa en todos los detalles materiales de esos seres inferiores que tienen tan poco valor. ¡Cuánto más cuidado tendrá por consiguiente de lo que nos es tan necesario a nosotros que somos sus verdaderos hijos y que le llamamos nuestro Padre! No nos preocupemos, pues, *como paganos*... Nuestro Padre celestial sabe que tenemos necesidad de todo esto.

Estas enseñanzas de Jesús, dirigidas hace dos mil años a la multitud de los discípulos, han encontrado ecos infinitos a través de todos los tiempos y en todos los países. Ellas son las que han alimentado y fortificado la confianza de tantos santos, de tantos fundadores de Órdenes, sobre todo de esas Órdenes mendicantes que aguardan su sostén del Padre celestial. Ellas son las que en nuestros días han suscitado también esos millares de Congregaciones religiosas que lo dan todo a los pobres: su tiempo, sus cuidados, su amor y hasta sus últimos recursos. En medio de la lucha cada vez más áspera por la vida, en contraste conmovedor con las preocupaciones excesivas de nuestro siglo ultracivilizado, millares de almas formadas por las sublimes palabras del Salvador, viven al día, con perfecta serenidad, aguardándolo todo del Padre celestial, que alimenta a las aves y a los lirios del campo.

Yo mismo tengo tal vez mucha necesidad de meditar a menudo estas palabras tan bienhechoras. Mi concepto habitual, no teórico sino práctico de este mundo, ¿no está un poco impregnado de materialismo? Cuando me abate la enfermedad, cuando me entristece un fracaso, cuando alguna palabra me hiere, ¿una fe viva me hace ver la mano de Dios en todas las cosas? ¿No olvido acaso que todo lo que forma el tejido de mi vida, todo, hasta el detalle más insignificante, es querido o amorosamente permitido por mi Padre celestial? Todo le sirve de instrumento para desligarme de la tierra, para desligarme de mí mismo y adherirme a Él solo. Una madre no tiene más cuidado del hijo a quien alimenta con su leche, que el que tiene Dios de cada uno de nosotros y de mí mismo en particular. Me protege, me alimenta, me hace vivir natural y sobrenaturalmente, como si estuviera ya solo en el mundo.



A menudo, por falta de confianza y de abandono, sufro penosamente. ¡Ay! Mis sufrimientos no son la cruz que Dios me envía. Son una cruz que yo mismo me fabrico. Rumio inútilmente y sin fin las penas, los disgustos, las pruebas de ayer; suelto la rienda a mi imaginación, y en una solicitud inquieta me atormento previendo males que probablemente no llegarán jamás. Me crucifico a mí mismo con mis tristes recuerdos y mis importunos temores. ¡Cuánto más animoso sería, cuánto más feliz, cuánto más alegre, si dejara todos estos cuidados inútiles y siguiera a la letra el consejo del Salvador! *Nolite solliciti esse in crastinum: crastinus enim dies sollicitus erit sibi ipsi. Sufficit diei malitia sua:* No os preocupéis por el mañana; el mañana tendrá cuidado de sí mismo[17].

*Abandono para la vida espiritual.*

Debo abandonar a Dios el cuidado de mi cuerpo y de los detalles materiales que a él se refieren. Debo abandonarle más todavía el cuidado de mi alma. Esto es mucho más evidente. Si Dios se ocupa minuciosamente de todas mis necesidades físicas, ¡cuánto más amorosamente se ocupará a cada instante de esa alma mil veces más preciosa que mi cuerpo! Toda florecilla es objeto de su solicitud amante. ¡Cuánto más cuidará en mi alma esas mil flores de virtudes que su amor hace abrir en ella sin cesar y que encantan su paternal mirada! Cada uno de mis mismos deseos es como una flor en botón, cuyo brote vigila con

[17] Matth. VI, 34.

amor, y se preocupa por llevarla a la plena madurez de un sabroso fruto.

Su acción amante está sin duda muy de ordinario escondida. A veces se hace sentir dulcemente; regocija mi alma con su dulce influencia, me concede quizás, algunas veces, el sentimiento pasivo de su amable presencia. En esos dichosos momentos exclamo con San Bernardo: *Expertus potest credere quid sit Iesum diligere:* Sólo el que lo ha experimentado puede creer lo que es amar a Jesús[18]. Pero más frecuentemente, se oculta, me deja aparentemente sólo para orar, para combatir, para trabajar por su amor. Su acción enteramente espiritual no es en manera alguna sensible. Quizás hasta me infunde el sentimiento torturante, místico de su alejamiento. Creo haberle desagradado, haber desmerecido de Él. La sequedad, la desolación, se han apoderado de mí.

¡Confianza entonces! No, Jesús no me deja solo trabajando, sufriendo. No se desentiende de mí. No me deja perder inútilmente un tiempo precioso para la santidad. Si se oculta quizás algún tiempo, mucho tiempo, éstos no son para Él más que medios disfrazados de avivar mi amor. ¡Confianza en Él! *¿No se venden los pajarillos por un as? Y ni uno solo de ellos cae en tierra sin permiso del Padre. Aun los cabellos de vuestra cabeza están todos contados*[19]. No temamos pues. Mi alma divinizada por la gracia y adornada de celestiales virtudes vale mucho más que muchos pajarillos.

¡Oh Jesús! Repíteme a menudo en el fondo de mi alma tus palabras tan animadoras. Enséñame allí, en el silencio de todas las cosas, el sentido profundo y oculto de tus divinas enseñanzas. Ayúdame a librar mi alma de todas las preocupaciones de mi vida material, de todos los cuidados intempestivos de mi vida espiritual. Son éstos como otros tantos lazos que retienen mi alma cautiva. Que tu

[18] Himno: *Iesu, dulcis memoria.*
[19] Matth. X, 29.



confianza, una confianza cada vez más plena y más absoluta, la liberte y le permita emprender su vuelo hacia las regiones de las celestes claridades, para embriagarse allí de luz y de amor, bajo el reflejo de tus divinas perfecciones.

## Capítulo V

# JESÚS CRUCIFICADO Y LA CONFIANZA

**I. Jesús crucificado es el Rey incomparable del amor.—Cuán amable es esta realeza.—Es el amor infinito hecho carne.—Muere para conquistar todo mi corazón y hacerme santo.**

*Jesús crucificado es el Rey incomparable del amor.*

Hay una fuente abundante de confianza, demasiado olvidada desgraciadamente por muchas almas fervorosas. Es la fuente que brotó de la roca desnuda del Gólgota a los pies de Jesús crucificado. Fuente fecunda, jamás agotada, pero conocida únicamente de algunos privilegiados. ¡Cuántas almas deseosas de perfección la olvidan demasiado; cuántas, en sus arideces y en sus noches, se olvidan de ir al Calvario a contemplar a Jesús y reconfortarse en esta fuente refrescante de perfecta confianza!

Contemplemos, pues, detenida, silenciosamente, a nuestro Jesús agonizante en la cruz. ¡Si pudiéramos contemplarle con los ojos de un ardiente amor, en parte al menos, con esos sentimientos que animaban a las grandes extáticas de Jesús crucificado, a una Catalina de Ricci, a una Catalina Emmerich o a nuestra contemporánea Gemma Galgani, la seráfica virgen de Luca! Ellas estaban inmóviles de respeto, de humildad y de amor cuando sentían aproximarse las visiones acostumbradas.

Contemplemos a ese Jesús que muere por todos. Que muere por *mí* en particular. Pálido, desfigurado, sangriento, coronado de espinas, víctima de su amor por mí. No hay necesidad de grandes esfuerzos de imaginación, no hay necesidad de comprender vivamente hasta qué punto sobrepasan los dolores de Jesús cualquier otro dolor jamás sufrido por una creatura humana. No hay necesidad de analizar uno a uno todos los sentimientos de su corazón y los quebrantos de su alma. Basta que lo vea allí sencillísimamente, silenciosamente, con una vista intuitiva y amorosa, y que lenta, dulcemente, llegue a darme cuenta con gran viveza de esta sola verdad: ¡Jesús, mi dulce crucificado, mi amado, está ahí, por mí, muriendo por mí, mártir de su amor a mí! ¿Es esto verdad? ¿Es realmente verdad? ¡Jesús, mi gran Dios, muriendo por mí, su ínfima creatura!

Y cuando haya comprendido un poco esta verdad, cuando se haya apoderado de mi corazón, entonces Jesús me aparecerá enteramente transformado, encantador sobre toda expresión, incomparable en su realeza de amor.

¡Sí! Jesús agonizante es realmente el Rey del amor, el Rey incomparable del amor. Ante Él todo amor humano es nada. Los amores más célebres palidecen ante Jesús crucificado como se extingue la luz de las estrellas al aproximarse el sol. ¿Qué son Orestes y Pílades en comparación de mi Jesús? ¿Qué es el amor de las madres más amantes en comparación del de mi Dios moribundo?

Jesús crucificado es realmente la cumbre del amor, es lo que hay de más hermoso, de más inmenso, de más inaudito *in linea amoris*, en materia de amor. Es la obra maestra del amor.

En ese gran concurso de amor que comienza en el paraíso terrenal y que terminará el día del juicio final, Jesús es sin comparación el primero; es el grande, el insigne vencedor, el verdadero Rey del amor.

Para esto, ni siquiera debo multiplicar los pensamientos, pensar que Jesús es mi Dios infinito y yo su inmunda e ingrata creaturita. Ese pensamiento puede ser necesario

para una comprensión más viva aún y más profunda del amor de Cristo. Pero mirando las cosas sencillísimamente, desde el punto de vista humano, juzgando con ojos humanos, considerando a Jesús como nuestro igual, en la inmensa galería de los ejemplos de amor y sacrificio, el cuadro de Jesús crucificado es la obra maestra por excelencia. El amor del divino crucificado, el amor de Cristo que muere por mí, su ingrata creaturita, por mí, para conquistar mi corazón rebelde y mi amor fugitivo, si se lo considera con un poco de viveza, aparece en seguida y a primera vista como un amor jamás sobrepujado.

*Cuán amable es en esta realeza.*

Jesús es infinitamente hermoso, infinitamente adorable en esta manifestación inaudita y triunfal de su amor incomparable. Jamás la creación visible ha ofrecido un espectáculo de belleza tan encantadora como éste de mi Dios amor. Jamás en la historia del mundo ningún paisaje encantador, ninguna hazaña espléndida, ningún sacrificio de amigo o de madre, ninguna belleza creada, cualquiera que sea, jamás nada de lo visible ha tenido la belleza y las gracias soberanas de mi Jesús así crucificado, jamás nada iguala al atractivo indecible de este drama de amor del Calvario. Él fue la cumbre de toda belleza visible.

¡Ah! Si el corazón me lo dice, si mi alma se siente un tanto enternecida de amor a la vista de Jesús crucificado, si sobre todo, mientras le contemplo, me hace Él sentir una centella de su amor pasivo, me dejaré arrullar dulcemente y como embriagar por sus inefables amabilidades. Jamás me ha parecido tan hermoso y tan divinamente encantador como hoy. Los esputos que manchan y desfiguran su rostro le hacen más hermoso aún y más atrayente a mi amor. Esos ojos, casi extinguidos, que a través de sus lágrimas mendigan mi amor, hacen desfallecer mi corazón. Esas gotas de sangre que enrojecen sus cabellos y su rostro son como rubíes que me fascinan. *Dilectus meus candidus et rubicundus. Comæ capitis eius sicut purpura regis:* mi amado es blanco y sonrosado. Los cabellos de su cabeza tienen el brillo de la púrpura real[1]. Su corona de espinas es como una corona de laurel, la corona del gran triunfador del amor. De buena gana exclamaría como la esposa de los Cantares: *Fulcite me floribus... quia amore langueo:* fortalecedme con ramas floridas, porque desfallezco de amor[2].



¿Y será extraño por lo tanto que Jesús, el amor infinito sensibilizado sobresalga por encima de cualquier amor creado? ¡Porque realmente sobresale Jesús hecho hombre, Jesús crucificado, sobre todo! Es el amor infinito e inefablemente encantador hecho presente a mí, hecho visible a mis ojos de hombre. Jesús es el amor eterno que se deja contemplar por mis ojos, que se deja besar por mis labios, que se deja, en fin, estrechar contra mi corazón en un abrazo inefable. ¿Será extraño, pues, que Jesús, el amor infinito hecho sensible, palpable, sobresalga mil veces por encima de cualquier otro amor?

¿Qué mortal pensaría en comparar su poder de pigmeo con el de la gran inteligencia creadora? ¿Qué genio se atrevería a medirse con la sabiduría infinita, cuya grandeza nos revelan los átomos, esos minúsculos sistemas solares, lo mismo que los astros inmensos del cielo? ¿Y se dejaría Dios vencer en amor y solamente en amor? ¿Cedería la palma del amor a algún hombre o algún querubín o serafín? ¿Sólo en materia de amor dejaría de ser infinitamente superior a su ruin creatura?

Pobres mundanos que os imagináis tener el monopolio del amor, sabed que vuestro amor no es nada, no es más que vil egoísmo ante el amor de Jesús crucificado. Cuanto se eleva el cielo sobre la tierra y el Creador sobre la creatura, tanto se eleva infinitamente sobre cualquier amor

[1] Cant. V, 10.
[2] Ibid. II, 5.

humano el amor de Dios hecho visible en Jesús y por Jesús.

¡Oh mi Jesús amado, cuánto te amo y te adoro en tu realeza de amor, en tu triunfo de amor! ¡Ante Ti todo amor enmudece! ¡Cuánto me gusta contemplarte así, deliciosamente! ¡Qué encantos, qué atractivos, qué dulce magia se desprenden de tus rasgos divinos! Tu amor, que hace las delicias de los elegidos, cautiva y fascina también mi corazón. *Vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum:* has herido mi corazón, ¡oh Dios mío![3].

*Muere por conquistar todo mi corazón y hacerme santo.*

Y Jesús, desde el trono sangriento de amor de la cruz, me tiende sus brazos doloridos y me dice con entera verdad: «Jamás, jamás, mi pobre creaturita, me amarás como Yo te he amado. Mira, muero en la cruz por conquistar tu corazón. Tengo hambre y sed de tu corazón. Ardo en deseos de poseer tu amor fiel, absoluto, integral.»

Motivo poderoso de confianza, como también de amor. ¿Lo entenderé por fin? Jesús está allí, en la cruz, para ganarme para Él. No está allí únicamente para salvarme. Para esto, una sola de sus palabras, uno solo de sus pensamientos habría sido más que suficiente. Está allí para conquistar mi corazón, para desterrar de él todo otro afecto, para excitar en mi alma un amor celoso, desinteresado, olvidado de sí mismo, un amor unitivo. Está allí, en la cruz, en fin, para hacer de mí un santo, una santa.

*Sitio!* Tengo sed, clama Él a toda la Humanidad. Y su voz moribunda repercute a través de los siglos. Sí, tiene sed de amor, sed de todo el amor de todos los hombres a quienes quiere librar del infierno, pero más aún, sed del amor ardiente de las almas generosas y dispuestas a todo, sed del amor de sus sacerdotes y de sus religiosos y religiosas, sed de su santidad.

[3] Cant. IV, 9.



¡Ah, cuánto conviene oír todo esto después de las aridezes y de las ansiedades de la oscura noche, en que a menudo me parece que estoy amando solo, en que Jesús parece olvidarme, en que suspiro y me consumo en vano por Él, por su amable presencia!

Jesús tiene sed de mi unión perfecta, sed de unirme a Él como una esposa, sed de mi transformación en Él. Desea hacerme humilde, olvidado de mí mismo, hacerme, en fin, amante hasta la locura de la cruz, hasta la verdadera santidad, y lo desea tanto y más, infinitamente más que yo.

Cuando creía estar solo amando, cuando pensaba que mis infidelidades, mis miserias habían alejado a Jesús, que mi alma era demasiado repugnante, en fin, para ser aún amada por Él, ¡cuánto me engañaba! Ese Jesús que muere por mí, no podría pasar un instante sin acordarse de mí, sin tratar de conquistar mi corazón, sin trabajar por hacer de mí una esposa verdaderamente santa.

Abraza con amor, oh alma mía, a ese amable crucificado, muerto por tu amor. Dile mil cosas tiernas y afectuosas y sobre todo consuélale de la pena que le has causado tan a menudo con tus pusilánimes desconfianzas. Desconfiando, dudabas de su afecto, desconocías tristemente su inaudito amor a ti.

Mírale largo tiempo aún. Permanece con Él, y no le dejes antes de sentir en ti una confianza más al abrigo de toda sorpresa.

Jesús me tiende sus brazos doloridos y me dice también: Yo soy la infinita bondad, la infinita ternura, el amor infinito. Yo soy el océano inagotable e inmenso de la divina caridad. Sus olas desbordan sin cesar, como una marea creciente, y sólo tratan de difundirse. Yo soy el infinito amor y el infinito deseo de ser amado. Ardo en deseos de comunicar el amor. El comunicarlo es para Mí una necesidad continua, irresistible y dolorosa. Oh, tú que suspiras por el amor verdadero, ven a Mí con entera confianza.

Todo lo que puedas desear en materia de amor, para ti y para los demás, pídemelo a Mí, Jesús crucificado. Es para Mí una dicha indecible el comunicarlo. Concédeme esta dicha. Estás seguro de ser escuchado. Mi cruz es el trono desde donde distribuyo con profusión todos mis dones de amor. Pide, pide mucho, no temas pedir demasiado. Tu deseo de recibir el amor verdadero no igualará jamás a mi deseo de dártelo.

---

**II. Jesús muere sobre todo por amor a su Padre.—Mirado así es encantador; es una fuente de alegría pura.—Muere para conquistar nuestros corazones y nuestras vidas y multiplicar hasta el infinito su amor al Padre. ¡Cómo no tener confianza!**

*Jesús muere sobre todo por amor a su Padre.*

Hasta ahora no hemos considerado más que un aspecto, una fase del amor de Jesús crucificado. Pero hay otro aspecto más hermoso, más amable aún, si cabe, para el alma verdaderamente amante. Jesús muere en la cruz por mí, pero también y sobre todo, muere por amor a su Padre. He aquí el aspecto más atrayente del amor de Jesús. ¡Aspecto muy olvidado por desgracia! Nuestra espiritualidad es demasiado egoísta, demasiado concentrada en nosotros mismos. Amar al divino crucificado porque nos ama; amarle en retorno de su amor a nosotros, está bien. Sin embargo, el alma verdaderamente noble y amante no podría contentarse con este amor. Jesús muere en la cruz, víctima de su amor al Padre. El divino agonizante es el amor infinito de Jesús a nosotros, pero también es el amor infinito de Jesús a su Padre. El Calvario es la invención del amor inaudito de Jesús hacia Él. Es la sublime manifestación, a nuestros ojos y en el tiempo, del eterno amor con que Él ama a su Padre en la Trinidad santísima.



¡Ah! Si amo verdaderamente, con un amor desinteresado, con un amor que se olvida a sí mismo, Jesús coronado de espinas, crucificado, muerto por amor a su Padre, me parecerá más celestial, más atrayente ahora. Este pensamiento ilumina como un nimbo de oro la faz ya tan hermosa de mi amado Salvador. Jesús, ofreciéndose en holocausto de amor a su Padre, es a los ojos del mismo Dios la cumbre del amor. Su hijo único así moribundo, le parece infinitamente hermoso y le causa inefables delicias, como causa a los serafines y a los elegidos un eterno éxtasis de amor.

¡Oh, que embriagadora alegría brota de la cruz! Jesús es realmente el océano infinito de amor, donde todos los pecados, todas las villanías, todas las monstruosidades de esta pobre raza humana vienen a abismarse como una gota de odio y de egoísmo. ¡Qué consuelo para mí que amo a Dios! El amor de Jesús me consuela no solamente de esas mil miserias que manchan la faz de mi alma y me hacen gemir tan a menudo, sino también de todos esos egoísmos que me rodean y me afligen.

¡Oh mi amable y querido crucificado! He encontrado en Ti el amor puro que buscaba desde hace tanto tiempo. ¡Qué hermoso eres, cómo atraes mi alma con tu amor al Padre! ¡Cuánto te amo, y cuánto te agradezco el que le ames así, hasta el infinito! Aunque no hubieras muerto por mí, para conquistar mi corazón, aunque no hubieras tenido otra intención que la de manifestar en el tiempo tu eterno amor a tu amado Padre, yo te amaría sin embargo con todas mis fuerzas. Sí, he encontrado por fin el amor que me faltaba, el amor cuyo solo nombre me ha fascinado desde hace tanto tiempo. He encontrado, no una centellita como quería, sino un horno devorador, un incendio inmenso, infinito de amor. Lo he encontrado, no en mi corazón, ni en el de ninguna creatura, sino en tu corazón de Dios-Amor hecho hombre.

*Jesús muere para conquistar nuestros corazones y nuestras vidas.*

Jesús crucificado es un encanto de amor a su Padre, de amor puro y de olvido de sí mismo. Es también, por este aspecto, infinitamente persuasivo para la confianza. Me dirige de nuevo esa palabra divina, la más exquisita de todas quizás, la que me conmueve más profundamente: «Mira, estoy en la cruz por amar a mi Padre, muero por Él. Pero mi amor no morirá. Muero para multiplicarlo hasta el infinito. Muero para conquistar para Dios millones de corazones. Pierdo mi vida para encontrar un número ilimitado de vidas. El grano de trigo, si muere, produce mucho fruto. Mi amor germinará y se multiplicará en sinnúmero de espigas hasta el fin del mundo.

»He aquí mi mayor deseo, mi mayor alegría y uno de los motivos de mi pasión. Muero para que tú te entregues a Mí, y tu corazón, de ahora en adelante, palpite puramente por mi amor. Dame ese corazón. Ábrelo a mi amor ardentísimo; que él te abrase, te consuma, y consuma en ti tanto amor propio, tanto egoísmo.

»Dame tu corazón, dame tu vida. Tengo sed de satisfacer también en ti y por ti mi inmenso amor a mi Padre, tengo necesidad de millones de corazones, de millones de vidas para aliviar mi pasión de amor a Dios. Dame tu vida, como si ya no existieras, como si ya no vivieras tú, sino Yo solo en ti. *Vivo, iam non ego, vivit vero in me Christus.* Déjame obrar en ti a mi antojo, déjame libre para hacer resplandecer en ti mi amor a Dios, bajo mil formas y con mil virtudes. Entrégate a Mí para siempre, como si hubiera perdido tu alma, como si yo me hubiera convertido en tu alma y animara todos tus pensamientos, todas tus palabras, todas tus acciones. *Christi bonus odor.* Quiero poseerlo todo en ti, transformarlo todo, a fin de amar a Dios cada vez más en ti, hasta que hayas llegado a ser



como la hostia del tabernáculo, que no tiene más que las apariencias de lo creado, pero enteramente transformada, divinizada en su interior.»

¿Tendré por fin una confianza ilimitada e inquebrantable en Jesús? ¿Habré comprendido al fin sus miras, sus deseos sobre mí? ¿Habré caído un poco en la cuenta de que si yo deseo, y si tal vez deseo ardientemente, amarle y amar al Padre hasta la locura, Jesús desea esto mucho más que yo? Su deseo supera infinitamente mis inmensos deseos. Y además, en el fondo, si quiero olvidarme cada día más, si aspiro a morir a mí mismo y a amar la cruz, si quiero, en fin, transformarme en mi divino crucificado, todo esto no es, en suma, más que los deseos de Jesús en mí. Él es en realidad el que pone, el que vive en mí estas aspiraciones. No me inspiraría tales deseos si no quisiera realizarlos. Estos deseos son las arras de las gracias especialísimas que quiere darnos. Cuanto más ardientes sean, más seguro debo estar de obtener por fin lo que espero.

¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué caminos? ¿Por medio de qué noches todavía? Éste es el secreto de Jesús. ¡Qué me importa a mí! Estoy seguro de llegar a agradarle perfectamente, seguro de regocijar un día al Corazón de Jesús como sólo los santos pueden hacerlo. ¡Qué me importa lo demás! Estoy seguro del éxito final, seguro de llegar un día, aquí abajo, a la unión perfecta con mi amado. Si le conservo a Jesús mi buena voluntad, si, sobre todo, no confío en manera alguna en mí, sino enteramente en Él, estoy cierto de ver un día realizado mi ideal de ver vivir a Cristo plenamente en mí.

## Capítulo VI

# JESÚS EUCARISTÍA Y LA CONFIANZA

**I. SACRIFICIO PERPETUO.—Jesús perpetúa sobre el altar el drama del Calvario, para conquistar mejor aún mi amor y mi confianza.—Me pide mi vida para amar en mí al Padre. Por lo tanto, ¡confianza!**

*Jesús perpetúa sobre el altar el drama del Calvario...*

Hemos bebido a los pies del divino crucificado, en la fuente inagotable de confianza que brota del Gólgota. Muriendo por nosotros, Jesús ha serenado nuestras almas, ha calmado nuestros temores, ha disipado nuestras dudas y ha reavivado nuestra esperanza. Pero la fuente que brota del Calvario brota también todos los días sobre los calvarios incruentos de nuestros santos altares. La gran prueba de amor, la gran obra maestra de amor del Gólgota la renueva y la perpetúa Jesús en todo tiempo y lugar, en la divina Eucaristía.

Es que después de todos los abatimientos del pesebre y de Nazaret, después de todos los sacrificios de su vida pública, después de todas las dolorosas humillaciones de la pasión, el amor de Jesús no estaba aún satisfecho. La infinita caridad, como también la infinita sabiduría no se habían agotado en sus invenciones de amor hacia nosotros. Para conquistar más seguramente nuestros corazones, Jesús no quiso que tuviéramos que trasladarnos con la imaginación dos mil años atrás, para asistir al sangriento drama de su amor. Quiso hacernos presente este drama por medio de una invención, la más inimaginable, de su



infinita sabiduría. Instituyó el Santo Sacrificio de la Misa, para renovar, para perpetuar hasta el fin del mundo su gran drama de amor. Quiso que, como Magdalena y como Juan, pudiera yo también verle en cierta manera, con mis ojos, morir por amor y para mendigar mi corazón; que pudiera yo, yo su sacerdote, tocar entre trasportes sus benditos pies. Un milagro a cada hora, a cada instante, y aun el mayor de los milagros, que supera infinitamente todos los milagros que hacía para curar a los enfermos y resucitar a los muertos, no le pareció demasiado a Jesús para conquistar mi amor, todo mi corazón.

Desde el altar, como desde el Calvario, todos los días me repite: «Mira, oh alma querida, cómo deseo tu corazón: sobre el pesebre del altar he nacido hoy para ti; sobre la cruz del altar muero también por ti, para mendigar tu amor. ¡Ah! Dame tu corazón que es necesario para mi dicha, ese corazón sin el cual no podría hallar reposo ni paz. Dame tu amor, dame tu confianza, una confianza entera y sin límites. ¿Cómo podrías ahora dudar aún de mi bondad, más grande que todos tus pecados y todas tus miserias? ¿Cómo, sin lastimar mi corazón, podrías dudar de mi afecto, cuando muero todavía místicamente, en cuanto puedo, por amor a ti y para hacerte santo? ¿Puedo hacer alguna cosa más para conquistar tu amor y asegurarme tu más entera confianza? *¡Ah! Dímela, y la haré.*»

No, Jesús no podría hacer nada más. Ya lo ha agotado todo para hacerme creer en su amor personal hacia mí, no de una manera teórica, sino práctica, viva, concreta, para hacerme caer en la cuenta de su amor de una manera que atraiga necesariamente la perfecta confianza.

Jesús me ha dado todo lo que tenía, todo cuanto era. Ha dado su vida, su sangre por mí. Ha practicado el don de sí mismo hasta la locura. Ante todo esto, todo lo que yo pueda aún pedirle es nada. Ninguna gracia, ningún favor puede tenerse en cuenta ante el don de sí mismo. ¿Cómo no habría de pedirle con ilimitada confianza? Todo

lo que no sea perjudicial a mi salvación, a mi perfección, me lo dará Jesús de seguro, con tal que espere firmemente en Él. Y si quiero alguna gracia de elección, alguna gracia más poderosa, para ser humilde, para ser puro, para morir más plenamente a mí mismo y transformarme totalmente en Él, ¿no se la pediré con entera seguridad? Desde el altar, como desde el Calvario, me dice Jesús: «Pide todo lo que quieras en materia de amor, para ti mismo y para los demás, y puedes estar seguro de ser escuchado.» ¡Oh, no tengamos miedo de pedir demasiado! Para la bondad de Jesús, para su amor, nunca será demasiado, jamás será bastante. Pidamos con perfecta confianza y con la certeza de ser escuchados, al menos como lo pedimos, y quizás mejor aún, de una manera supereminente, por encima de todos nuestros deseos.

*Me pide mi vida para amar en mí al Padre.*

Como hemos visto anteriormente, Jesús murió en la cruz por nuestro amor, murió sobre todo por amor a su Padre, a fin de conquistar nuestras almas, de apropiárselas, para poder, con nuestros corazones y nuestras vidas hechos ya suyos, amar todavía al Padre en millones de corazones y en millones de vidas. Hemos comprendido esta súplica, este deseo de Jesús. Pero para que oigamos a menudo ese grito del Salvador que nos pide nuestra vida, quiere también todos los días durante la misa reiterar la misma petición. Si nos olvidamos de meditar en la Pasión santísima, oiremos al menos todos los días su voz amante que clama hacia nosotros desde el altar: «Hijo mío, quiero tus ojos, tus manos, tus pies, tu espíritu, tu corazón, todo tu ser, en fin, para amar aún al Padre en ti y por ti. ¡Oh, calma mi deseo, extingue mi sed ardiente de amor a Él! Tengo *necesidad* de tu corazón, tengo necesidad de toda tu vida para satisfacer enteramente mi pasión de amor a Él.»



Estos deseos ardientes del divino Maestro ¿no son precisamente vuestros deseos, oh almas generosas que estáis desde hace mucho tiempo decididas a no rehusar nada de Jesús? Vuestro sueño cotidiano ¿no es disminuir vosotras, desaparecer, para que Él viva, y viva plenamente en lugar vuestro? No deseáis morir a vosotras mismas sino para resucitar en Él. ¡Ah, dilatad vuestra confianza en Jesús-Eucaristía, víctima de nuestros altares! Manifestadle mil veces vuestros deseos de elevada perfección. ¡Él escucha con tanto agrado esos deseos que no son más que el eco de sus propios divinos deseos! Para oír vuestras amantes súplicas se calla a veces, se esconde y os deja en la soledad y el abandono. Creedlo firmemente, Jesús no se callará para siempre; no prolongará la prueba por encima de vuestras fuerzas. *Facit cum tentatione proventum ut possitis sustinere*[1]. No os deja esperar sino a fin de haceros orar más y mejor. Sabe que cada grito, cada aspiración de vuestro corazón le hace deudor para con vosotras. Quiere que esta deuda se acumule y crezca inmensamente, porque sabe muy bien que en el tiempo por Él señalado os la pagará con usura, escuchando todos vuestros deseos y sobrepujándolos mil veces.

Manifestadle, pues, todos vuestros inmensos sueños de amor, suplicadle que os atraiga cada vez más con los encantos irresistibles de su infinita amabilidad. Vuestros deseos, vuestras angustias por no amarle bastante, vuestras súplicas desconsoladas, le son inefablemente dulces, y no podría dejar de escucharlas superabundantemente en el momento escogido por Él.

[1] I Cor. X, 13.

**II. SACRAMENTO DE AMOR.—No envidiar a los apóstoles, ni a Magdalena.—«Magister adest et vocat te; si quis sitit, veniat et bibat»; me envía a mí en busca de amor, como a sus discípulos.—¡Ay! Nuestra confianza es como un barómetro.—¡Cuántos motivos para atrevernos a esperarlo todo de Jesús-Eucaristía!**

*No envidiar a los apóstoles, ni a Magdalena.*

Hemos dicho que con el sacrificio perpetuo de la Eucaristía, Jesús había puesto el sello a su amor, había agotado todos sus excesos. Y sin embargo, no. Nada de eso. Nos engañábamos. Jesús ha hecho más todavía. Para hacernos comprender cada vez mejor su amor ilimitado, para hacer llegar más seguramente su amor a cada uno de nosotros, para hacer suya toda nuestra vida, hizo más todavía. La Eucaristía no es solamente el sacrificio único y perpetuo de la nueva ley; es también un sacramento de amor, el sacramento que nos entrega a Jesús mucho más plenamente, más inconcebiblemente aún.

Jesús hostia está en cada uno de nuestros altares, y no sólo durante la corta duración de la misa; está allí día y noche por cada uno de nosotros, por mí, su pobre e indigna creaturita.

A veces me sucede lo que a tantos otros, que me pongo a envidiar a los amables discípulos del Salvador, siento envidia de Pedro, de Santiago y Juan, y de Magdalena. ¡Qué dicha la suya!

Podían ver con sus ojos a Jesús, el más hermoso de los hijos de los hombres; podían oír su voz, tan dulce que encantaba a las multitudes; podían admirar el poder de sus milagros, conversar íntimamente con Él, exponerle sus necesidades. Dichosos privilegiados que fueron escogidos entre millares para ser los contemporáneos y compañeros de nuestro dulce Salvador.

¡Cuánto le habría amado yo, si hubiera estado con ellos; cuánta confianza habría tenido en Él, si hubiera asistido



a sus milagros! Yo no habría merecido como ellos, después de tantos prodigios, el reproche entristecido de Jesús: *O modicæ fidei!* ¡Oh hombres de poca fe!

Pues bien, si mi fe es viva, si no vivo solamente de la vida de los sentidos, no los envidiaré. Yo poseo a Jesús como ellos. Puedo a cada momento acercarme a Él. Más feliz que Magdalena, puedo, si quiero, no algunas veces sino todos los días, derramar a sus plantas el perfume de mi corazón y de mi humildad. Puedo asistir todos los días al mayor de los milagros que Jesús haya hecho jamás, el milagro de la transubstanciación, de la cual el milagro de Caná no era más que una sombra.

Si mi fe no está muerta, sé que poseo al Salvador en el tabernáculo, y no tengo que abrirme paso penosamente a través de las multitudes para descubrir ante sus ojos y hacerle curar mis enfermedades del cuerpo o del alma. El mismo Jesús que, en su inefable bondad, curaba los cuerpos y las almas, consolaba, perdonaba y daba sus gracias de santidad, ese mismo Jesús está ahí, guardándome constantemente, dispuesto a curar, a consolar, a hacer aún milagros. Está ahí en la hostia blanca, con ese poder y con esa amorosa compasión que siempre se ganaba la confianza, todo entero para mí, únicamente para mí, como si sólo tuviera que escucharme, curarme y santificarme a mí.

Oh, bendita la fe *que así me entrega a Jesús*, con su poder y su amor; fe preciosísima, sin la cual todas sus bondades, todos sus dones, son impotentes para hallar entrada en mi corazón y establecer en él el reino de la confianza y del amor.

Sí, me presentaré a menudo a Jesús-Eucaristía, le hablaré sin temor. No hay nadie que pueda escuchar mis confidencias ni mis deseos. Se lo diré todo, todo lo que pienso, especialmente lo que quisiera casi ocultar, casi no decir, por falta de confianza. Esto es lo que Él quiere principalmente oír de mis labios. Esto será lo que le

entregue algo de mi ser, que será el mejor don que podré hacer de mí mismo, en cambio del don incomparable que Jesús me hace de sí mismo.

*Me envía a mí en busca de amor, como a sus discípulos.*

¡Cuántas veces me sucede en la vida el tener necesidad de un confidente, de un consolador! La cruz me ha visitado bajo una forma cualquiera, y sufro. Mi alma está fatigada, rendida y un poco desalentada. Los mejores amigos de este mundo sólo imperfectamente podrían comprender lo que hay de más íntimo y de más secreto en mis sufrimientos. Es el momento de acercarme a Jesús-Hostia con entera confianza. «*Magister adest et vocat te:* el Maestro está ahí y te llama.» Como Magdalena, estoy deshecho en lágrimas, pero Jesús está ahí. El tabernáculo no está muy lejos. Sobre todo si soy sacerdote o religioso, puedo en seguida correr a Él y abrirle mi corazón. Él comprende sus aspiraciones más profundas, sus más secretos pesares, mucho mejor que yo mismo.

Él es todavía, como en otro tiempo, la fuente de agua viva y refrescante que salta hasta la vida eterna. Como entonces, me dice: «Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba.» Sí, Jesús, yo tengo sed, tengo hambre, sufro. Te presento mis miembros doloridos, te traigo mi corazón enfermo. Consuélame y cúrame como lo has hecho tantas veces en lo pasado.

A veces cambiarán los papeles. Mi alma, en ciertas ocasiones, se siente toda encendida, toda vibrante de amor. El soplo de la gracia ha pasado sobre ella, quizás un sentimiento delicioso de amor pasivo e infuso lo ha hecho estremecer. Mi corazón se desborda de amor. Tengo necesidad de derramar este amor excesivo en el corazón de mi amigo. También entonces me llama Jesús. Esta vez soy yo su consolador. Soy yo el que se acerca a Jesús, para consolarle con mis ardientes efusiones de toda la frialdad



de tantas almas a quienes ama. Él es el que está triste, el que sangra, el que llora. A mí me corresponde el papel infinitamente dulce de ofrecerle un amor consolador y reparador. A mí me toda estrecharle entre mis brazos y contra mi corazón y decirle lo que mi vibrante amor me inspire.

¡Quién dirá cuán íntima y confiadamente familiares se tornan nuestras relaciones con Él, por medio de estas mutuas pruebas de amor, por este mutuo cambio de atenciones! Ser consolado por Jesús es, sin duda, excelente para la confianza. Ser su consolador es quizás mejor aún. Ser alternativamente consolado y consolador, ser alternativamente amante y amado, he aquí lo que cimenta nuestra profunda amistad y nuestra confianza ilimitada en Jesús.

Sin embargo, mi amor particular no le basta a Jesús. ¡Ay! Demasiada cuenta me doy de ello. A veces me envía en busca de amor. Me envía en misión ante las almas. Me delega, como delegaba a sus discípulos para enjugar las lágrimas, para visitar a los enfermos, y sobre todo, para curar las almas y cosechar su amor. A veces mi misión es bendita, próspera. Otras veces el socorro de lo alto es menos visible. La mala voluntad de los hombres parece irreductible. Y luego, una vez cumplida mi misión, vuelvo, y me presento de nuevo a Jesús. Como los apóstoles, vengo a contarle mis éxitos y mis sinsabores, mis consuelos y mis pesares.

Y Jesús me escucha con inmenso interés. Encomia mis éxitos y me anima en mis esfuerzos aparentemente inútiles. También me instruye. Me dice quizás, como a sus amados discípulos: esta clase de demonios sólo se vence con la oración y el ayuno. Me enseña a sufrir, a mortificarme por las almas rebeldes a la gracia. Me enseña también, para consolarme, que mis oraciones confiadas son siempre eficaces, siempre escuchadas, de una manera literal, o quizás, más perfecta. Me hace comprender que,

si la mala voluntad de las almas es a veces obstáculo invencible a la gracia, mis oraciones reiteradas, importunas, por estas almas cosecharán una mies abundante de amor en otras tierras que pueden serme conocidas o desconocidas[2].

¡Oh, qué amigo tan incomparable e infinitamente delicioso es Jesús-Eucaristía, el horno de amor tierno y compasivo, donde debemos, sin cansarnos jamás, ir a templar nuestra confianza, embotada por los accidentes y los choques de la vida! No tengamos miedo de cansarle, de importunarle, ni de empobrecerle.

Nuestro amigo del altar no es como los mortales. Aquí abajo en la tierra, nuestra confianza muy a menudo se va debilitando. Nuestro amigo, al fin y al cabo, no es tan poderoso como lo creíamos, no nos puede ayudar según sus deseos. O quizás, nuestros defectos le repelen y, no sin razón, su amistad por nosotros se resfría. O si no, no tiene tiempo para escuchar sin cesar nuestras confidencias; tiene otras ocupaciones que reclaman su atención, otras necesidades que requieren su ayuda.

Jesús-Hostia, al contrario, mientras más le conozcamos más crecerá nuestra confianza. Las innumerables gracias que nos concede no le empobrecen, los mil beneficios que ha tenido que prodigarnos ya en lo pasado, no le cansan. Son, al contrario, como un estímulo. Piden un complemento de gracias, son un título a nuevos favores. Sí, mientras más frecuentemos a Jesús en su sacramento de amor, más cuenta nos daremos de sus sentimientos respecto de nosotros y más ilimitada se irá haciendo también nuestra confianza.

Dichosa experiencia que conocen todas las almas interiores, experiencia que nos dan las continuas lecciones de

[2] Conviene distinguir siempre las oraciones por nosotros y las oraciones por los demás. La eficacia de nuestras súplicas supone siempre la buena voluntad. Como ésta, tratándose de los demás, puede faltar, a pesar de inmensas gracias, nunca podemos estar seguros de que nuestras oraciones por ellos serán literalmente escuchadas.



la vida, los sucesos providenciales, nuestros sufrimientos, nuestras enfermedades. Experiencia que se hace sobre todo en lo íntimo del corazón, que Él mismo nos hace sentir en el fondo del alma y, a veces, con deliciosos trasportes de amor y abandono.

*Nuestra confianza es como un barómetro.*

Desgraciadamente, hay que confesarlo, nuestra confianza de mala ley es como un barómetro: baja con la lluvia y sube con el buen tiempo. Experimentamos al pie del tabernáculo, en nuestro corazón, algún dulce sentimiento de amor, algún delicioso transporte por Jesús nuestro amigo; al punto sube nuestra confianza. Y luego, una hora después, apenas nos hemos apartado del altar para volver al trabajo, y ya nuestro corazón vuelve a su nivel normal. Nos parece estar tibios y aun fríos. Nada ha cambiado. Nuestra fe, nuestro amor hacia Jesús son los mismos. Todo es lo mismo evidentemente, salvo en apariencia, nuestra confianza.

Y más tarde viene la lluvia, la borrasca y aun la tempestad. Nuestra confianza está muy baja. La pobre navecilla de nuestra alma es sacudida violentamente, nuestro corazón, nuestra confianza sienten horribles vértigos a la vista de los abismos entreabiertos a nuestros pies. ¿Dónde está, pues, Jesús? ¿Qué hace? ¿Duerme? Y después de tantas experiencias pasadas, después de tantos milagros de la bondad de Jesús, exclamo yo, yo tan valiente, lo mismo que los apóstoles: Señor, sálvanos, que perecemos.

En el fondo nuestra confianza no es menor que antes. La disminución no es más que aparente. Nuestro Señor la ha cribado, la ha escogido y la ha separado de la confianza natural, de la paja: el apoyo en nuestros sentimientos, en nuestras fuerzas, en nosotros mismos. Creíamos muy grande nuestra confianza. Le vemos ahora en su

realidad: un puñado de buen trigo, entre una multitud de granos estériles.

No tengamos miedo de estas pruebas, de estas noches, de estas tempestades. No son muy saludables. Nos ayudan a descubrir lo que es quizás nuestro mayor defecto en la vida espiritual: nuestra confianza en nosotros mismos. Esa confianza natural que tan a menudo tiene las apariencias de la verdadera y legítima confianza, es a la virtud de la esperanza y de la confianza sobrenatural, lo que nuestro amor propio, nuestro amor a nosotros mismos es a la virtud de la caridad. Una y otro nos causan inmensos engaños. Por desgracia, nos olvidamos más tal vez de combatir nuestra confianza impura que nuestro amor mezclado. Por eso Dios se encarga de hacerlo en lugar nuestro, por medio de las desolaciones, de las tentaciones, de las noches, que jamás habríamos escogido por nosotros mismos.

No nos dejemos, pues, influenciar por nuestras sequedades y miserias; no, ni aun por nuestras mismas caídas y pecados. Ahora es el momento de esperar en Nuestro Señor, de mostrar que no esperábamos en nuestras truncas virtudes. En vez de impacientarnos contra nosotros mismos, en vez de reprendernos, acudamos a Jesús-Hostia, como un niño a su madre. Un niño, después de sus caídas, va a llorar y a hacerse curar su herida a los brazos de su madre. Hagamos lo mismo con Nuestro Señor. Él, la infinita bondad, que conoce nuestra pobreza natural, no se admira de nuestras faltas. En su bondad condescendiente, sólo tiene más compasión de nosotros, mayor deseo de socorrernos: «Vayamos a arrojarnos en sus brazos. Él no se apartará para dejarnos caer.»[3] Vayamos a abrazarle con ternura, y nuestros testimonios de amor repararán abundantemente nuestra debilidad.

[3] San Agustín.



*¡Cuántos motivos para atrevernos a esperarlo todo de Jesús-Eucaristía!*

Una gran mística contemporánea, que vivió en París y cuyo verdadero nombre ha quedado oculto bajo el seudónimo de Lucía-Cristina, recibió un día luces infusas y maravillosas que le descubrieron la inmensa bondad de Jesús. Escribió entonces en su diario esta nota tan breve, pero tan sugestiva: «Agosto, 25 de 1882. Bondad de Jesús sentida en la comunión. Morimos sin haber conocido la bondad de Nuestro Señor, a pesar de estas inefables comunicaciones.»[4]

Sí, por más que hagamos, jamás conoceremos a fondo los abismos de bondad de Jesús-Eucaristía, y jamás corresponderá un tanto adecuadamente nuestra confianza a la grandeza de su ternura respecto de nosotros. Tenemos miedo de pedir demasiado, de ser imprudentes pidiendo gracias demasiado insignes. No nos atrevemos a pedir la gracia de morir enteramente a nosotros mismos, la gracia de contemplación infusa, una amplia efusión de aquellos dones del Espíritu Santo que son el gran factor en la vida mística y llevan al alma a la total transformación en Jesús y a la verdadera santidad.

¿Pero no está Jesús en el tabernáculo precisamente para enriquecernos y colmarnos de sus beneficios? Él experimenta una verdadera necesidad de dar, y de dar con largueza. Es para Él como un tormento, que nosotros acrecentamos con nuestra falsa humildad. ¡Ah, cuán malas jugadas nos hace nuestra falta de confianza, cuán maravillosas e innumerables gracias nos hace perder!

Los Santos Padres nos aseguran que la medida de las gracias que Dios nos concede corresponde a nuestra confianza en Él. San Cipriano nos dice: «Según sea la profun-

[4] *Journal de Lucie-Christine*, publicado por el P. Poulain, S. I., págs. 86-87.

didad del vaso de la confianza, tal será la cantidad de las aguas celestiales que Dios derramará en él. Mientras más lejos vaya la esperanza, mayores cosas obtendrá.» En nuestros días, Santa Teresa del Niño Jesús decía lo mismo: «Jamás se espera bastante de Dios. Se obtiene de Él cuanto de Él se espera.» ¡Qué locos tan infelices somos nosotros! Por temor de pedir demasiado, por un sentimiento de falsa humildad, permanecemos siempre pobres en vez de enriquecernos inmensamente[5].

¿Por qué no desplegar verdaderamente, de una vez, las velas de nuestra confianza? ¡Cómo haría cambiar esto nuestra vida! ¡Cuán rápidamente nos haría bogar hacia el fin tan deseado de la unión perfecta con Jesús! La misma Santa Teresa del Niño Jesús, la gran santa de la confianza, no comenzó a correr por los caminos del amor divino sino cuando hubo fortalecido su confianza. A partir de aquel día se transformó su vida. ¿No será esto lo que necesitamos también nosotros? ¡Ah, si también para mí pudiera realizarse este cambio sin demora, hoy mismo! ¡Si pudiera por fin, en un esfuerzo supremo por corresponder plenamente a la bondad infinita de Jesús-Eucaristía, decir adiós para siempre a todas mis pusilanimidades, a todos mis vanos temores, a todo lo que en mí no proviene más que de una confianza viciada, de una confianza natural, basada en mis méritos y virtudes!

Mis méritos, mis virtudes son los méritos infinitos y las perfectas virtudes de Jesús. Mi confianza es la ternura infinita, la bondad incomprensible de Jesús-Eucaristía. ¿No reconoceré por fin en Él un poco de bondad? ¿No le manifestaré tanta confianza cuanta manifestaría a un padre o a una madre amantísima? Si yo fuera a contar mis sufrimientos a mi madre de aquí abajo y ella pudiera aliviarlos, si fuera a mostrar mis heridas a mi padre médico

[5] San Bernardo: «Poseeréis todas las cosas a las cuales se extienda vuestra confianza. Si esperáis mucho de Dios, Él hará mucho por vosotros; si esperáis poco, Él hara poco.»



y él pudiera curarlas, ¿no estaría seguro de ser socorrido? ¿Y Jesús, el infinito amor, no hará otro tanto? ¿Él, el océano de bondad, se dejaría vencer por una gota de bondad escapada de su seno?

Y sin embargo, ¡ay! debo reconocerlo. No tengo en Jesús-Eucaristía la confianza que tendría en una madre. Yo no sé qué falta de espíritu de fe, qué atmósfera de materialismo, qué necia confianza en mis virtudes y en mis esfuerzos me impiden confiar plenamente y sin reserva alguna en la bondad misericordiosa de mi Salvador.

¿Acaso se me pone delante lo pasado para disminuir mi confianza? ¿Acaso las lecciones de mi experiencia cortan las alas a mi esperanza? ¿Me ha engañado jamás la bondad de Jesús, me ha faltado jamás, cuando había esperado no en mí, sino plenamente en Él? ¿He tenido una vez siquiera, en toda mi larga vida, demasiada confianza en mi amado Salvador? ¿Me ha sucedido alguna vez que después de la noche, de la tempestad, haya tenido que arrepentirme de mi confianza? ¿Me ha reprochado Jesús, una sola vez, en el fondo del corazón, mi excesiva confianza? No, mil veces no. ¡Todo lo contrario! ¡Cuántas veces, como los apóstoles, he oído el *modicæ fidei quare dubitasti?!* «Oh hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?»[6] ¡Cuántas veces me he dicho con amargo pesar: también esta vez la confianza estaba a la orden del día, y me ha faltado ahora una vez más!

Oh Salvador mío, Jesús amado, perdón por mis desconfianzas pasadas, perdón por todas esas necias confianzas en mí mismo que me abandonan en el momento del peligro. Perdón por haber dudado tan frecuentemente de tu amante bondad, por haber rehusado tan a menudo a tu corazón la prueba de amor perfecto de una inquebrantable confianza. *Domine, credo sed adiuva incredulitatem meam.* Señor, cura el profundo, el incurable cáncer de mi perversa confianza.

[6] Matth. XIV, 31.

**III. JESÚS HUÉSPED DEL CORAZÓN.—Ofrecer a Dios Padre el amor de Jesús que muere por su gloria, y después, esperarlo todo de Él. Goces indecibles de la comunión.—¡Ha hecho tanto Jesús por mí! ¡Qué motivo de confianza!**

*Ofrecer a Dios Padre el amor de Jesús que muere por su gloria y después esperarlo todo de Él.*

Cuando Jesús se inmola misteriosamente y de manera incruenta en el altar, cuando renueva el supremo don de sí mismo que hizo en el Calvario, si yo quiero de veras, baja también hasta mí en la sagrada comunión. Lo poseo entonces en mí en el momento mismo en que acaba de ofrecerse en inmolación suprema a su Padre. Su corazón está ardiendo enteramente, enteramente palpitante de amor a Él, y yo le poseo allí, en mí, a ese Jesús, el gran mártir de amor, mártir del Calvario, mártir del altar.

¿No he olvidado demasiado este aspecto de Jesús víctima, cuando recibo la sagrada comunión? Pienso en adorar a Jesús como a mi rey, en amarle como a mi esposo o como a mi hermano, en implorarle como a mi médico, pero me olvido quizás de Jesús víctima de amor a su Padre y a mí, de Jesús que renueva su gran acto de supremo amor.

¡Qué confianza despertaría esto en mi alma si me acordara más de ello! ¡Cuán hermosa ocasión de súplica omnipotente dejo pasar por olvido! ¡Cuán delicioso sería, cuán infinitamente animador el ofrecer en aquel momento a mi Padre amado el amor inmenso de Jesús que muere por Él! ¡El ofrecerle ese corazón que palpita en mí, y que místicamente está aún agonizando por Dios! ¿No estoy cierto de agradar infinitamente al Padre celestial, si le hago esta oblación de infinito valor? Sus ojos se inclinan hacia mí con incomparable ternura, porque ve en mi pecho a Jesús que se inmola por amor a Él.



Todo lo que yo pueda pedir luego en retorno a mi amado Padre, ¿no estoy seguro de obtenerlo? Cualquiera que sea el favor que espere de Él, por inmenso que sea, ¿no es poca cosa en comparación del don que acabo de hacerle? No, ahora no me puede rehusar nada, pues por más que me dé, será siempre mi deudor.

*Goces indecibles de la comunión.*

Después de esta oblación conmovedora, patética, de mi Jesús víctima de amor, puedo ahora adorar a Jesús, amarle y conversar íntima y largamente con Él, o bien, si lo prefiero, descansar en un reposo lleno de amor, y en silencio, sobre su corazón.

¡Qué feliz creaturita soy yo! Jesús ha venido a mi corazón para ser todo entero mío, solamente mío. Es el mismo Jesús de Galilea y de Judea, pero no tengo que abrirme paso a través de la multitud para llegar hasta Él y mostrarle mis enfermedades; no tengo que desafiar miradas humillantes y soberbias para besarle los pies con amor y regárselos con las lágrimas de mi arrepentimiento. No tengo que espiar el momento en que pueda, al pasar, tocar sin ser visto la orla de su vestidura. No tengo que trepar sobre el sicomoro para detener un instante su misericordiosa mirada. Jesús es mío, es para mí verdaderamente, y no hay multitud ninguna que pueda apartarme de Él.

Me acuerdo del Jesús infinitamente bueno y afectuoso, tierno y compasivo del Evangelio. Más de una escena conmovedora se desenvuelve ante los ojos de mi imaginación: la samaritana, Magdalena, la mujer adúltera. ¿Cómo no había de dilatarse mi corazón con la confianza?

Él mismo me dice: *Venid a Mí todos los que estáis fatigados y cargados, que Yo os aliviaré*[7].

[7] Matth. IX, 28.

Él mismo me dice: *Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie va al Padre sino por mí*[8].

Médico, puede y quiere también curar mis enfermedades del cuerpo, si me conviene. Puede y quiere curar sobre todo mis innumerables enfermedades espirituales. Buen Samaritano, ha venido para curar mis heridas, para consolarme, para animarme. Buen Pastor, me levanta con ternura en sus brazos, para hacerme olvidar mis pequeños disgustos.

Él, el encantador de las multitudes, puede también encantarme, como lo ha hecho ya tal vez, con esas palabras tan suaves que murmura en el fondo del alma. Puede atarme también, como a Magdalena, con los dulces y fuertes lazos de su amor; darme, si lo quiere, como a ella, ese amor infuso y pasivo que me hará encontrar mis delicias a sus pies; favorecerme como a ella, con sus grandes gracias de contemplación. Yo puedo, en fin, como Juan, el grande, el único privilegiado, reposar sobre su Corazón y hacerle mis confidencias tan dulcemente que nadie podrá oírme.

*¡Ha hecho tanto Jesús por mí! ¡Qué motivo de confianza!*

¡Ah! Si mi fe fuera más viva y más activa, si conociera mejor la bondad incomparable de Jesús, si la conociera como Magdalena, también yo tendría como ella una confianza audaz e ilimitada. ¿Ha hecho Jesús por ti, oh alma mía, menos que por ella? ¡Piénsalo bien! ¿Qué no ha tenido que hacer para llegar hasta ti tu amado Jesús? Le ha sido necesario nacer en un pesebre, vivir una vida de sufrimiento por ti, morir muerte de cruz, y gracias a los dolores de su pasión, engendrarte a la vida sobrenatural. Ha tenido, en fin, que volver a bajar de su cielo para hacerse tu manjar. He aquí las etapas de su largo y penoso viaje hasta tu corazón. ¡He aquí los milagros de

[8] Ioan. XIV, 6.



amor que ha tenido que hacer previamente antes de poder entrar en tu alma!

¿Qué más habría podido realizar para hacerte creer en su amor y conquistar tu confianza? Sí, Jesús puede decirte muy bien: Hijo mío querido, mi amada esposa: ¿crees por fin en mi amor, tienes al fin confianza en mi bondad? O por el contrario, ¿quieres tú también como Tomás, meter tu mano en las llagas de mis pies, de mis manos, de mi corazón? *Noli esse incredulus sed fidelis:* no seas incrédulo sino fiel[9].

Muy poco he comprendido de seguro su bondad y su amor, si no le amo inmensamente en retorno y no confío en Él, si no me abandono a Él sin reserva ninguna, si después de tanto amor, todavía dudo en pedirle una gracia, por insigne que pueda ser; si me imagino que Jesús está resentido por mis infidelidades pasadas, que no me ama ya sino a medias, a causa de mis aturdimientos e inconsecuencias; si no me atrevo a presentarme a Él más que como un pecador o un enfermo y no me atrevo a hablarle de amor, a confiarle mis deseos más íntimos, a pedirle la santidad.

Sí, no tengas miedo de hablar a Jesús de amor. Esto es lo que principalmente desea oír de ti. ¡Ha hecho tanto para conquistar tu corazón, para poseerlo enteramente para Sí solo y arrojar de él todo otro amor, todo amor propio! Dile cuánto deseas amarle en retorno, cuánto sufres por tus travesuras, por tus frialdades. Jesús, tan bueno, es muy sensible a tus pesares y sufrimientos, sobre todo a tu pesar de no ser tan fervoroso como quisieras. Y si sientes el tormento de todos los grandes amigos de Jesús, el tormento de no amarle inmensamente, hasta la locura, si sufres de esas aspiraciones hacia el amor perfecto, ¡oh!, díselo, repíteselo mil veces a tu amado. Él ama este tormento increíblemente, siente por él una infinita compasión.

[9] Ioan. XX, 27.

## Capítulo VII

# JESÚS, VERBO DIVINO, HUÉSPED PERMANENTE DEL CORAZÓN

**El alma, ciborio permanente de Jesús, Verbo divino.—Verdad muy poco conocida.—Feliz el que se apoya para todo en el brazo de Jesús.—Su confianza es de todos los instantes.—Tiene confianza sobre todo para la santidad, porque Jesús la desea más que él.—Mensaje de Jesús al corazón del sacerdote.**

*El alma, ciborio permanente de Jesús, Verbo divino.*

Son muy dulces esos preciosos instantes inmediatos a la venida de Jesús a mi alma, que me permiten reclinar mi corazón sobre el suyo para hablarle confidencialmente. ¡Cuán aprisa pasan esos dichosos instantes, que tanto se quisiera prolongar! ¡Ah Jesús! ¿Será menester dejarte ahora, despedirme de Ti hasta la comunión bendita de mañana?

¡No! Mi divino amigo no ha llegado aún al colmo de su amor. No se dirá que, en cierto sentido al menos, los mundanos son más favorecidos que los amigos de Jesús, que pueden permanecer juntos y conversar entre sí más largo tiempo que el alma amante con su amado Salvador. Jesús no ha querido ser vencido en nada. Ha vencido a todos los hombres en poder de amar; los vencerá también en ingeniosidad e intimidad.

Como Hombre-Dios, con su carne y su sangre, no reside ya en mi corazón una vez que se han consumido



las sagradas especies. Pero el Verbo divino, Él, permanecerá día y noche realmente en mí. Mi alma, por la gracia santificante, que Jesús alimenta sin cesar por medio de la santa comunión, es como el ciborio y el altar de su divinidad[1]. A toda hora del día y de la noche reside en mí, y la pequeña lamparita que arderá día y noche ante Él no es otra que la lámpara de mi amor fiel y de mi intimidad incesante con Él.

Muchas almas fervorosas no han comprendido jamás esta presencia real de la Santísima Trinidad en el alma justa, y también de Jesucristo como Verbo divino. Saben que están unidas a Él con los lazos del amor, saben que Él es nuestra cabeza mística y que nosotros somos sus miembros, que Él es la vid divina y nosotros los sarmientos que Él vivifica. Pero que Cristo está verdadera, realmente presente en ellas; que para conversar con Él no tienen necesidad de levantar sus ojos al cielo, a fin de contemplarle allí, sentado en la gloria de su Padre; que ellas mismas son un trono y un cielo donde Él está sentado y aguarda a cada instante sus confidencias, esto es lo que jamás han comprendido. Como a su fiel sierva Catalina de Siena cuando aún era joven, podría decirles Jesús: «No te desconsueles demasiado por no poder ir a la iglesia tanto como quisieras; Yo estoy en tu corazón, haz allí tu oratorio, donde podrás encontrarme de día y de noche.»[2]

Si tal vez yo tampoco había comprendido bien hasta ahora la presencia real de Jesús, Verbo divino, en mi alma, por medio de la gracia santificante, si la entendía en un

---

[1] Evidentemente, para mi consuelo, esta divinidad está inseparable y muy estrechamente unida a la santa humanidad, lo cual no quiere decir, en manera alguna, que allí donde se encuentre la divinidad de Jesús, se encuentra también su humanidad.

[2] Véase: *La vie d'identification au Christ-Jésus*, por el Padre P. De Jaegher, obra traducida al castellano con el título: *La vida de identificación con Jesucristo* (3.ª ed. española. Editorial Fides. Salamanca, 1933.)

Cfr. también las obras del P. Raul Plus: *Dieu en nous y Vivre avec Dieu*. De éstas, la primera está traducida al castellano con este título: *Dios en nosotros*, por el P. Raul Plus, S. I.—Versión castellana de Josué Guadalupe Treviño, M. E. S.—(F. J. C. A.). Buenos Aires, 1935.

sentido más o menos metafórico de no sé qué vaga unión de afecto y de simpatía, procuraré meditar a veces sobre esta presencia bendita. No nos admiremos de nuestro error. Muchas son las almas, aun generosas, que nunca, o sólo muy insuficientemente, se han *dado cuenta* de la inhabitación divina en nuestra alma, y que, por consiguiente, no han tenido jamás la excelente costumbre de esos coloquios íntimos y afectuosos con Jesucristo, huésped del corazón. Santa Teresa consideraba estos coloquios como la mejor disposición para llegar un día a la cumbre de la contemplación. Hablaba por experiencia: había pasado ella misma por estos senderos y hacía pasar por ellos a muchos otros. A menudo se quejaba a sus carmelitas, tan fervorosas sin embargo, de que tantas almas de oración buscan a Dios muy lejos de ellas, en un cielo lejano, en vez de buscarle en el cielo tan próximo de su propio corazón.

Ved, pues, cuán hermosa ha hecho Jesús la herencia de los que verdaderamente le aman. Su amor supera también en estos todos los amores de la tierra. Una madre tiene que separarse muy a menudo de su querido bebé; el esposo tiene que trabajar para vivir, y las horas de confidencia y amor son raras. Pero los que han encontrado a Jesús en su corazón, *los que han hecho este gran descubrimiento,* saben bien que no se separa jamás de ellos, que no deja jamás el ciborio de su corazón, y que a cualquier hora pueden recurrir a Él en sus necesidades y en sus sufrimientos.

*Feliz el que se apoya para todo en Jesús.*

Por eso no dejan de recurrir sin cesar a Jesús, el huésped omnipotente y omni-misericordioso de su alma. ¡Es tan fácil para ellos! Ni siquiera se necesita una oración formal, por breve que sea. Una mirada del alma, un grito interior del corazón, una aspiración ardiente les basta. En medio de las dudas, de las dificultades, de las penas,



brotan de su corazón espontáneamente y sin reflexión. Mientras que otros olvidan a menudo el recurrir a Dios y se apoyan demasiado en sus propios recursos, en sus talentos, en sus probabilidades naturales de éxito, estas almas confían continuamente en Jesús. Su intimidad con Él y su confianza crecen a la par. Muy pronto no se separan ya de su amado huésped. Ya no hacen nada solas. Se sentirían contrariadas, les faltaría algo si lo hicieran. Todo lo hacen con Jesús, y esta coincidencia continua de la presencia de su divino amigo es para ellas muy dulce. Dulce sobre todo, infinitamente, en las horas benditas en que Jesús, para recompensarlas, para animar aún más su intimidad y aumentar su confianza, se hace sentir pasivamente en el fondo de su alma por medio de ese sentimiento de la presencia divina que conocen bien las almas místicas, y que se apodera de ellas, las circunda, por decirlo así, no solamente en las horas de tranquila contemplación, sino también en las horas de trabajo y de acción.

Se cuenta de Santa Rosa de Lima que era al principio muy miedosa y tímida, y no se atrevía, una vez llegada la tarde, a aventurarse sola en su jardincito. Una noche vio avanzar tranquila y sin temor, a través de las tinieblas, a una joven esposa apoyada en su amado. Aquello fue como un rayo de luz, y a partir de aquel día Rosa no tuvo ya miedo.

Esta graciosa historia es una imagen del alma que vive íntimamente con Jesús en el fondo de su corazón. Se le pueden aplicar las palabras de los Cantares: *¿Quién es ésta que sube del desierto, apoyada en su amado?*[3] Se apoya para todas las cosas en el brazo omnipotente de aquel a quien ama, y con una confianza perfecta atraviesa serena y alegre las asperezas de la vida.

[3] Cant. VIII, 5.

*Tened confianza, sobre todo para la santidad, porque Jesús la desea más que vosotros.*

El alma unida con Jesús en el fondo de su corazón, confía en Él en todo y para todo. Tiene confianza, sobre todo allí donde los demás se tornan pusilánimes. Tiene confianza de llegar un día, a despecho de todas sus debilidades y de todas sus cobardías, a la unión plena y perfecta con Jesús, a la unión de la verdadera santidad y de la total transformación en Él. Jesús, el Verbo divino, está diciéndole sin cesar, en el fondo de su corazón: Yo estoy en ti, Yo que he muerto por tu amor: ¿no me amarás tú también? Y a veces esa voz de Jesús se hace tan dulce, tan amante, tan atrayente, que el alma se deshace de amor. ¿Cómo no habría de amarle, cómo no habría de tener plena confianza en Él, su amable cautivo de amor? «Ámame ardientemente como Yo te amo —dice Jesús—, dame tu confianza; Yo soy todo tuyo, sé tú también toda mía.»

¿Es posible, oh Jesús? Pero ¿qué? Tú lo sabes muy bien, éste es todo mi deseo. No sueño otra cosa. No seré perfectamente feliz sino cuando sea toda tuya por medio del amor puro y perfecto. Tu deseo es mi deseo; tu sueño es mi sueño; tu ideal es mi ideal: «*Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum ita desiderat anima mea ad te, Deus meus:* como el ciervo sediento suspira por el agua de las fuentes, así mi alma suspira por Ti, oh Dios mío.» ¿Entonces quién podría impedir la realización perfecta de nuestros comunes deseos? ¿Qué obstáculo podría impedir lo que constituye nuestra íntima y común aspiración? Mis imperfecciones y mis faltas mismas se deshacen bajo tu amor, oh Jesús, como la nieve bajo el sol. ¡Ah, mi divino amigo, lo siento muy bien ahora, tengo la dulce seguridad de ello, llegará un día, llegará seguramente un día en que mi alma estará unida contigo íntima y perfectamente con los lazos del amor puro, en que todos mis



deseos y todos los tuyos serán enteramente realizados, en que habré llegado a ser santo!

¡Ah!, ¿cuándo llegará ese día bendito, ese día que invoco con todas mis ansias? ¿Cuándo estará muerta mi alma, muerta para siempre, para vivir la vida de Jesús? ¡Oh, cuánto tarda en llegar esto!

Un poco de paciencia. Será más meritorio para ti y más glorioso para Jesús, más dulce, más consolador para Él, si conquista tu alma paso a paso. Tus deseos impacientes, si a ti te hacen sufrir, le causan a Él una alegría inefable. Son como una oración incesante que sobre el altar de tu corazón hace subir el incienso perfumado de tu amor. La soberbia encina, orgullo de nuestros bosques, no se hizo en un solo día. Fueron necesarias muchas primaveras y también muchos inviernos. Fueron necesarias numerosas rachas para arrancar las ramas débiles y fortalecer las vigorosas. Tu amor será también un día, como la soberbia encina, el orgullo y la alegría de Jesús. ¿No nos lo enseña Él mismo?: *El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza. Es la menor de las semillas, pero cuando ha crecido y se ha desarrollado, llega a ser la mayor de todas las hortalizas, y las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas*[4].

*Mensaje de Jesús al corazón del sacerdote.*

Hace algunos años encomendó Jesús a una de sus confidentes un mensaje muy conmovedor, conocido con el nombre de «mensaje del Sagrado Corazón de Jesús al corazón del sacerdote». Es un llamamiento ardiente, suplicante, a la vida de intimidad y de estrecha unión con Jesús, un llamamiento a vivir en el fondo del alma. Se leen en él estas vibrantes palabras: «¡Oh, lleva el llamamiento de mi Corazón a los confines de la tierra: llévalo sobre todo a mi sacerdote, a quien amo tanto! ¡Mi sacer-

[4] Matth. XIII, 31.

dote! Mi otro Yo, mi *alter ego!* ¡Ah, si comprendieran ellos el deseo intenso que tengo de unirme íntimamente a cada uno de ellos!... Muy raros son los que llegan a esta unión en el grado en que mi Corazón se la ha preparado en la tierra... ¿Y qué se necesita para ello? ¡Recoger, reunir en cierto modo todos sus afectos y concentrarlos en Mí, que estoy allí, en lo más íntimo de su alma! ¡Ah, anúnciales a todos, a los que sufren por Mí en los hielos del Norte; a los que se consumen bajo los ardores del Mediodía; a los valientes luchadores que combaten bajo mis estandartes; a los que se sacrifican día y noche en servicio de las almas y se encuentran abrumados de persecuciones y de disgustos en mi servicio; a todos, en fin, anúnciales cuánto los amo; suplícales que oigan el llamamiento tan amoroso y apremiante de mi Corazón, mi tierna invitación a descender al fondo de su alma, a unirse allí con aquel que no los deja jamás, a identificarse conmigo en cierto modo... y entonces, cuántas bendiciones les prometo...

»Esta divina y misteriosa unión será principio de una vida mucho más santa y fecunda que la que han llevado hasta ahora...

»Muchos sacerdotes conocen muy bien la teoría de la unión del alma conmigo; muchos aspiran a ella; pero ¡cuán pocos la conocen prácticamente; cuán pocos, entre los sacerdotes piadosos y aun entre mis amigos más sacrificados, saben que estoy allí, en el fondo de su alma, ardiendo enteramente en deseos de hacerla una conmigo!

»¿Por qué? Porque viven como en la superficie de su alma: ¡Ah, si quisieran sustraerse a las cosas sensibles, a las impresiones humanas, para descender así, solos, a lo íntimo de su alma, muy hondo, donde Yo estoy, me encontrarían muy pronto, y qué vida de unión, de luz y de amor sería la suya!»

Esas ardorosas palabras de amor, que parecen en realidad salidas del horno ardiente del Corazón de Jesús,



deberían ser muy dulces a las almas que en lo más íntimo de su corazón han oído el llamamiento de Jesús, que viven una vida de perfecta intimidad con Él. Si Jesús promete a todos sus sacerdotes, aun a los que hasta ahora vivían en la superficie de su alma, una unión maravillosa y una vida mucho más santa y fecunda que la que habían llevado antes, ¡cuál no debe ser la deliciosa confianza de aquellos que han aprendido desde hace mucho tiempo el camino del corazón y se han habituado a esa vida de familiar intimidad, objeto de los deseos ardientes del Salvador!

## CAPÍTULO VIII

# JESÚS VIVIENTE EN EL ALMA IDENTIFICADA CON ÉL

**Lo que es la vida de identificación con Jesús.—Preparación que supone; llamamiento eficaz de Jesús.—Hacer provisión de confianza.**

### *La vida de identificación con Jesús.*

Cuando el alma se ha ejercitado durante algún tiempo en la vida de intimidad, y en esa compañía casi continua del Salvador ha conformado poco a poco sus miras, sus gustos, sus deseos con los de Jesús, entonces Él invita al alma a avanzar más adelante. *Duc in altum*, dice; guía hacia alta mar[1]. La primera etapa está franqueada. Propone al alma fiel una vida, no ya de simple intimidad, sino de identificación con Él.

Es que Jesús-Hostia no viene únicamente a nosotros para recibir nuestras adoraciones. Jesús, Verbo divino, no reside allí permanentemente sólo para recibir nuestras súplicas o nuestros homenajes de amor. Viene y reside allí, sobre todo, para vivir en nosotros y transformarnos en Él, para divinizarnos.

San Pablo es muy explícito, muy claro en esta materia, y éste era el tema favorito de sus predicaciones. Por el bautismo quedamos muertos a la vida natural, muertos con Cristo: *commortui, conresuscitati.* Cristo está en nos-

[1] Luc. V, 4.



otros para desarrollarse hasta la edad perfecta. Todos los cristianos son miembros de Cristo. «Vosotros sois el cuerpor de Cristo, sois sus miembros.»[2]

Es menester que nos revistamos de Jesucristo: *induimini Christum*[3]. A mí, como a todos sus miembros, me pide Jesús que le dé lugar, que le deje vivir libremente, plenamente, superabundantemente. Porque su vida en la tierra no terminó en el Calvario... Quiere aún vivir místicamente en todos los cristianos, y en ellos y por ellos prolongar, perpetuar su vida de treinta años. Quiere en ellos y por ellos, continuar adorando, amando y glorificando a su amado Padre.

«Cristo se encarnó por amor a su Padre celestial. Vivió aquí abajo treinta y tres años consagrados enteramente a amarle y a glorificarlo. Drama inefable de amor divino, cuyo episodio más patético tuvo lugar en el Calvario. Pero Cristo resucitó. Muerto, vive aún. Su amor inmenso de Hombre-Dios no se extinguió en la tumba. Desborda de los estrechos límites de la vida terrestre de Jesús. El *sitio* del Gólgota lo siente aún Jesús glorificado. ¿Qué quiere decir esto? ¿Significa esto simplemente que Jesús se contentará con amar a su Padre infinitamente en el cielo y en cada uno de nuestros tabernáculos? No, aun esto mismo, por grande que sea, no pudo bastar a los ardores de amor de Cristo. Quiso más. El gran drama del amor de Jesús hacia su Padre se continuará aquí en la tierra. Porque Jesús con su vida y su redención se ha formado un cuerpo místico, en el cual Él mismo continúa viviendo, amando y glorificando a su Padre. Se ha unido, a fin de amar aún a nuevas humanidades, a millones de humanidades, no ya hipostáticamente es verdad, pero sin embargo, con una unión muy real, muy estrecha y maravillosa. Cristo completo es Cristo unido al conjunto inmenso de los fieles que han de vivir en todos los tiempos; el amor

[2] I Cor. XII, 27.
[3] Rom. XIII, 14.

completo de Jesús es el amor del Corazón de Jesús unido el amor de los millones de cristianos que amarán en unión con Él y en Él, hasta el fin de los tiempos. He aquí la obra maestra del amor divino. Únicamente esto ha podido contentar y extinguir la sed infinita de amor de Cristo hacia su Padre.»[4]

Jesús mendiga, pues, mi corazón, mi cuerpo, mi espíritu, mi voluntad. Me lo pide todo. Él se me ha dado todo. Me ha dado su carne, su sangre, su vida. Ahora me pide en cambio la mía. «Déjame vivir en tu lugar; déjame sustituirme a ti, me dice, porque quiero aún por ti y en ti amar al Padre hasta la locura.» Esta súplica de Jesús, yo ya la he oído. ¿Sobre su cruz, Jesús agonizante no me había hecho esta misma petición? ¿No había pedido mi corazón, para amar al Padre en mí y por mí?[5]

«Jesús tiene sed de amar aún a su Padre hasta la locura; sed de amarle no en su sola vida propia, por divina que sea, no en su solo corazón propio, por ardiente que sea: arde en deseos de amarle en millones de corazones y en millones de vidas, hasta el fin de los tiempos. Su amor infinito quiere manifestarse y exhalarse infinitamente. ¿Qué quiere, pues, Jesús? Quiere corazones que se le entreguen, que se abandonen a Él y le dejen libre para satisfacer en ellos y por ellos su infinita pasión de amor divino. A cada uno de nosotros, sus miembros, nos pide todo nuestro ser, nuestro cuerpo y nuestra alma con todas sus potencias, para asimilárselos y apropiárselos y vivir en ellos su vida de amor a su amadísimo Padre. ¡Oh, no: treinta y tres años no le bastan! En su insaciable amor, quiere amar aún, trabajar aún, orar aún, sufrir aún. Nos pide a cada uno de nosotros una humanidad de repuesto, según la hermosa expresión de Sor Isabel de la Trinidad. Nos dice: Hijo mío, dame tu corazón, para que por él y en él, unido

[4] P. De Jaegher, S. I.: *La vida de identificación con Jesucristo*. 3.ª edición española. Editorial Fides, Salamanca. Págs. 21-22.

[5] Véase el capítulo: *Jesús crucificado y la confianza*.



a tu vida, ame, o más bien, amemos juntos ardientemente al Padre; dame tus labios para que juntamente cantemos sus alabanzas; dame tu espíritu, tus ojos, tus manos, todo tu ser. Quiero en ti y por ti vivir como una segunda vida, toda de amor, que sea como el complemento y la prolongación de mi vida de Nazaret y de Palestina.»[6]

*Preparación que supone; llamamiento eficaz de Jesús.*

Este llamamiento de Jesús a la vida de identificación es general. A todos los fieles les pide que permanezcan unidos con Él, que le sirvan de miembros, que vivan una vida de verdadero miembro. Pero hay un llamamiento más inmediato, más atrayente, más eficaz, que Jesús hace en el fondo del alma, en la intimidad. Este llamamiento, ¡ay!, Jesús no lo hace a todos, no puede hacerlo a todos, ni mucho menos. Sabe muy bien que su llamamiento sería prematuro, despreciado u olvidado. Este llamamiento lo hace al corazón de las almas valientes, que se han habituado a morir a sí mismas, en una estrecha intimidad con Él.

Es menester que el alma haya quitado antes una a una todas sus afecciones, todas sus voluntades personales. Es menester que haya gustado bastante la amarga visión de su propia fealdad, para experimentar un saludable y profundo disgusto de sí misma y de su amor propio. Es menester que, en las horas de amor más ardiente, Jesús haya levantado un poco los velos que le ocultaban su belleza, a fin de encantarla y cautivarla. Es menester que este contraste sentido a menudo, entre su propia fealdad y la belleza divina de Jesús, le haya arrancado muchas veces este ardiente grito: «Para mí, vivir es Cristo, y morir una ganancia.»[7] *Oportet illum crescere me autem minui:*

[6] *La vida de identificación con Jesucristo*, págs. 22-23.

[7] Philip. I, 21.

es necesario que Él crezca y que yo disminuya[8]. Ahora, disminuir, desaparecer, morir, no es ya para ella una pérdida, una amargura, un sacrificio. Es una ganancia. Es su sueño más querido, su ideal. El pobre leproso que se ve en vías de curación, no llora ya, no lamenta el pus infecto ni los nauseabundos residuos que caen de su cuerpo. Morir para vivir en Cristo, dejar de existir en sí mismo para convertirse puramente en Jesús: he aquí la gran dicha, el deseo más íntimo de las almas que están dispuestas a la vida de identificación: *Christianus alter Christus:* el cristiano es otro Cristo.

Jesús, ya lo hemos dicho, las invita en el fondo del corazón a esa vida nueva, y esa invitación es como un estremecimiento. Ese llamamiento mismo es como una prenda de la nueva vida que va a comenzar y que Jesús no dejará incompleta. *Qui cœpit in vobis opus bonum, perficiet usque in diem Christi Iesu*[9]. Ese llamamiento puede hacerlo Jesús al presente, porque lo ha preparado en el alma por medio de gracias de toda especie, de visitas, y sobre todo, de ardientes deseos. Propone con confianza esta vida nueva y divina, porque sabe que el alma misma la desea con ardor. Los deseos y las aspiraciones de Jesús y de su amada se armonizan perfectamente. Se confunden y se identifican. He aquí la mayor garantía del triunfo final, he aquí las arras preciosas de la unión perfecta con Jesús, y de la santidad, a la cual seguramente conducirá Jesús al alma que le ama.

*Hacer provisión de confianza.*

Almas benditas a quienes Jesús ha modelado a su gusto en el secreto de su intimidad, y a quienes inspira ahora esos deseos impacientes de vida más perfecta, de muerte entera a vosotras mismas y de identificación con Él, regocijaos y

[8] Ioan. III, 30.
[9] Philip. I, 6.



estremeceos de alegría. *Gaudete, iterum dico vobis, gaudete.* Abríos enteramente a la confianza amorosa en vuestro amado Jesús. No os habría inspirado Jesús estos deseos de perfección y de santidad, si no quisiera seriamente realizarlos. Esos deseos los pone y los vive Él mismo en vosotras. Son *sus* deseos de amar al Padre en vosotras y por vosotras los que Él os hace experimentar y hace resplandecer en vosotras.

Ya más de una vez quizás, vosotras mismas habréis hecho la dulce experiencia de ello. Esas aspiraciones ardientes, esos deseos inflamados de amar a Dios, esas delicias que en ciertas ocasiones os hacía encontrar contemplándole, no son ya vuestro propio amor, el fruto de vuestros esfuerzos y de vuestros pensamientos. Es el amor suyo, su amor infuso, pasivo, unitivo. Corred, pues, volad de ahora en adelante con confianza, en los senderos de la perfección. Si vuestros deseos se confunden con los de Jesús, si vosotras no queréis más que lo que Él quiere, ¿dónde se detendrá Jesús? Su deseo de amar al Padre en vosotras y por vosotras es inmenso, ilimitado. ¡Ay, son tantos los que no se acomodan a sus miradas y no les prestan un corazón para amar! Vosotras os halláis entre las almas felices que le consuelan y le resarcen. ¡Cuán plenamente se entregará a él! Amará tanto más al Padre en vosotras y por vosotras, dejará desbordar tanto más sobre vosotras las olas infinitas de su ternura y de su amor a Dios, cuanto menos ha podido derramarlas sobre los demás. Sí, esperadlo todo de Jesús.

La amable Santa Teresa del Niño Jesús había pasado por vuestros caminos de amoroso abandono, y sus deseos audaces, temerarios, no la engañaron. Podía exclamar entre transportes en el ocaso de su corta vida: «Vuestro amor, oh Dios mío, me ha prevenido desde la infancia. Ha crecido conmigo, y ahora es un abismo cuya profundidad no puedo sondear.»

Imitad a Teresa en su amor generoso y en su esperanza

ilimitada. Haced amplia provisión de confianza y abandono. Creed en la voz tan dulce de Jesús en las horas benditas en que le sentís en el fondo de vuestro corazón. Vendrán otras horas, largas horas tal vez, de noche, en la ansiedad y en la angustia, cuando el astro amado de amor se ocultará lejos de vosotras. Jesús parecerá no desear ya vuestro amor. Creeréis tal vez que os ha abandonado a vuestra triste suerte, como mendigos demasiado asquerosos, demasiado miserables, demasiado irremediablemente imperfectos para ser unidos con Él, el Rey de los reyes. Haced provisión de confianza para esos largos días, quizás largos años, de la «noche del espíritu». Grabad bien en vuestro corazón los deseos de Jesús y esas invitaciones apremiantes a una apacible confianza, que os hace oir ahora en los ratos de quietud amorosa y de divina alegría. Prometedle no desconfiar jamás de Él, no dejar jamás de creer en su «excesivo amor», aun en los días en que se oculte para probar vuestro amor y vuestra confianza. Decidle con el gran Apóstol: *Quis me separabit a caritate Christi?*... ¿Quién me separará del amor de Cristo? ¿Acaso la tribulación, o la angustia, o la persecución, o el hambre?... Tengo la seguridad de que ni la muerte, ni la vida, ni los principados, ni ninguna otra creatura podrá separarnos del amor de Dios en Jesucristo Nuestro Señor[10].

Y vosotras, en fin, almas más felices aún en vuestra dicha no sentida, vosotras a quienes la «noche del espíritu» ha invadido ya, y que marcháis en medio de la angustia hacia la liberación y la unión final, acordaos al presente de lo que Jesús os decía en los días tan dulces en que reposabais sobre su Corazón. Él os pedía una confianza ciega e invencible, una confianza eterna en Él, el amigo siempre fiel. Os decía: No temas por tus miserias y tus impotencias; bien sabré Yo vencerlas. No temas, aun cuando todo parezca perdido; bien sabré Yo escoger entre

[10] Rom. VIII, 35-39.



millares el sendero secreto y desconocido de ti, que a despecho de todo, te llevará a la cima deslumbrante de la transformación de amor. Él os decía esto, y vosotras le hacíais en cambio mil protestas de amor y de fidelidad.

Pues bien, ahora ha llegado el momento de esperar contra toda esperanza, de creer contra todas las apariencias, de creer que Jesús os ha permanecido fiel, que os ama y os amará siempre inmensamente, como en otro tiempo, no porque vosotras sois buenas, sino porque Él es bueno. No temáis, no cambiéis nada de vuestros sentimientos anteriores. Es el momento de la confianza pura y enteramente sobrenatural. Un poco más de ánimo aún. La noche es larga, la noche es penosa, pero no es eterna. Apuntará seguramente el alba, apuntará muy pronto, y Jesús, el astro amado, brillará más radiante y más encantador que nunca.

## Capítulo IX

# EL CORAZÓN DE JESÚS Y LA CONFIANZA

**I. La devoción al Sagrado Corazón reservada para un mundo resfriado por el jansenismo; su importancia; su maravillosa propagación.—Promesas del Sagrado Corazón.—Confianza, a pesar de mis imperfecciones; abismos del Sagrado Corazón; esperanza de llegar a ser santo.**

### *La devoción al Sagrado Corazón reservada para un mundo resfriado por el jansenismo.*

Nuestro Señor Jesucristo es un abismo insondable de amor y de misericordia, y también un abismo inagotable. Jamás sabemos qué nueva invención nos reserva aún el amor del Salvador. La vida de Jesús, su pasión dolorosa; el sacrificio de la misa, su pasión perpetua; el sacramento del amor, que pone a Jesús continuamente a nuestra disposición, que aun nos lo entrega totalmente como manjar y alimento de vida divina, son otros tantos anillos maravillosos de esa cadena de oro, con la cual el Salvador quiere encadenar verdaderamente nuestros corazones. Ya parece completa. ¿Qué más podría añadir Jesús a ella?

Sin embargo, tenía reservada una nueva efusión de su amor. Quería hacer aún más para hacernos tocar con el dedo su afecto tan tierno para con cada uno de nosotros en particular, y hacernos comprender mejor lo que quiere de nosotros en retorno. Es la devoción al Sagrado Corazón, que había reservado para un mundo resfriado por el jansenismo.



Margarita-María, la heroica sierva del Sagrado Corazón, fue escogida para manifestarnos el ardor de su divina caridad y hacernos conocer las maravillosas promesas de su Corazón. Ella nos ha manifestado lo que Jesús pensaba, lo que sufría. Nos ha manifestado sus ardientes deseos de encontrar entre las almas generosas, consoladores de su Corazón afligido. Todos conocemos esas revelaciones, esas súplicas del Corazón de Jesús. Todos conocemos también esas promesas especiales, inauditas, que nos hizo. Esas manifestaciones del amor inmenso que Jesús experimenta, no sólo por el género humano tomado en su conjunto, sino también por cada uno de nosotros en particular; esas revelaciones del deseo infinito que Jesús tiene de ser amado de todos nosotros hasta el extremo, son verdaderamente maravillosas. Si no hubiéramos tenido la pasión sangrienta de Jesús, si no tuviéramos la Eucaristía, ¿no nos hubieran bastado por sí solas las revelaciones de Paray-le-Monial para manifestarnos las íntimas disposiciones de Jesús respecto de nosotros, para calmar nuestros temores estrechos y mezquinos e invitarnos a la más entera confianza?

Hay que leer los escritos de los primeros apóstoles del Sagrado Corazón, de Margarita-María sobre todo, del Beato de la Colombière, del Padre Rolin y de otros. Hay que volverse a sumergir un poco en la atmósfera resfriada, helada, del jansenismo de aquel tiempo, para comprender todo el alcance de esta devoción tan nueva del Sagrado Corazón que, desde la muerte de Jesús, es uno de los acontecimientos más grandes en la historia de la Iglesia, y fue ciertamente la más maravillosa manifestación de su amor. Cuando uno ha vuelto a sumergirse en esa atmósfera que iba a crear tantos obstáculos a la difusión de la nueva devoción, se comprenden mejor las admirables promesas de Jesús a los que le ayudaran a hacer conocer el amor infinito de su Corazón para con cada uno de nosotros.

En los primeros siglos de la Iglesia, Jesús crucificado

tuvo sus apóstoles y discípulos para manifestar su amor inefable al mundo entero, y los colmó de gracias poderosas para transformar la sociedad pagana. En el siglo diecisiete, el Corazón de Jesús encontró también sus apóstoles que, a despecho de la rabia de Satán y de los esfuerzos del jansenismo, la peor de todas las herejías, debían hacer conocer por todas partes las maravillosas ternuras del divino Corazón respecto de nosotros. A esos apóstoles los armó también con toda clase de bendiciones nuevas, de gracias insignes de toda especie, con todo género de influencias maravillosas para sí mismos y para las almas que habían de convertir.

Las promesas que les hizo son siempre valederas, son para todos los tiempos, son eternas, porque la misión de manifestar el misterioso amor del Corazón de Jesús no terminará sino con el fin de los tiempos. Cada siglo traerá un nuevo esplendor a la revelación triunfal de ese amor. El siglo diecinueve se cerró con una victoria deslumbrante para la devoción al Corazón de Jesús, la consagración, hecha por León XIII, del género humano a este divino Corazón. Y recientemente, en nuestro siglo veinte, el Santo Padre, el Papa Pío XI, nos otorgó la magnífica encíclica *Miserentissimus Redemptor*, en la que incita a todos los fieles a cooperar a la redención de Jesús y a consolar a su divino Corazón, continuando su pasión expiatoria y reparadora en nosotros mismos, miembros de su cuerpo místico.

Esta encíclica, la institución de la práctica universal de la reparación solemne, la introducción de la fiesta del Sagrado Corazón, como también la nueva fiesta de Cristo Rey, son como la apoteosis gloriosa y el coronamiento de la devoción al divino Corazón.

*Promesas del Sagrado Corazón.*

Todos conocemos las magníficas promesas hechas por el Sagrado Corazón a Margarita-María en favor de las



almas consagradas a su Corazón. Estamos quizás tan habituados a ellas que ya no nos llaman la atención tanto como debieran. Sería bueno releerlas a veces o meditarlas atentamente. Abarcan todo el campo de nuestras necesidades para la vida del cuerpo, como también para la de nuestra alma. No insistiremos aquí sobre cada una de ellas. Nos contentaremos con deducir la preciosa lección de confianza que encierran.

Nos prometen las bendiciones más abundantes sobre todas nuestras empresas materiales o espirituales.

Todos conocemos tal vez ejemplos conmovedores de bendiciones materiales extraordinarias que se siguieron a la simple erección de una estatua del Sagrado Corazón o a la recitación pública de oraciones en su honor. Llevan a veces un carácter de tan sorprendente intervención divina, que es imposible no ver en ellos la realización de las promesas del Corazón de Jesús.

Pero especialmente para la vida espiritual son infinitamente animadoras estas promesas. Nos muestran, sin dejar lugar a duda, que el Corazón de Jesús, ese océano de todas las virtudes, ese abismo de toda santidad, está enteramente dispuesto a inundarnos de sus divinas perfecciones, con tal que le honremos según sus deseos. Ellas nos muestran que el brazo del Señor no se ha abreviado, y que el Sagrado Corazón tiene en reserva gracias eficaces y maravillosas para transformar nuestros corazones egoístas y orgullosos y hacerlos enteramente conformes al suyo.

Deseamos llegar a ser mansos y humildes. Vayamos al Corazón tan manso y humilde de Jesús. Vayamos a mostrarle las llagas que nuestro orgullo nos ha hecho. Vayamos a confiarle nuestras inmensas dificultades para hacernos pequeños como un niño. Contémosle nuestras resoluciones cien veces renovadas y cien veces violadas. Él sabe nuestras dificultades. Conoce los medios de vencerlas. Él mismo nos ha invitado: *Venid, y aprended de Mí,*

*que soy manso y humilde de corazón*[1]. Digámosle a menudo con confianza: «¡Jesús manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo!» Él, tan rico en humildad, tan deseoso de hacernos semejantes a Él, no dejará pasar ninguna de esas oraciones sin hacernos un poco más conformes con Él.

Deseamos olvidarnos de nosotros mismos, amar a Dios con un amor desinteresado y puro. Vayamos a Él, llevémosle nuestro corazón tan frío, tan egoísta.

Aproximémonos al horno inmenso de amor donde se han inflamado los corazones de tantos santos. Supliquémosle que nos dé una centellita de su divina caridad, a fin de que nosotros también seamos ardorosos en su servicio. «Corazón de Jesús, abrasado de amor por mí, abrasa mi corazón en amor por Ti.»

Tenemos sed de perfección y de santidad, pero ¡ay! demasiada *cuenta nos damos* de cuán lejos estamos de esa santidad tan deseada. Parece que jamás llegaremos al ideal tan amado. Vayamos a manifestar al Corazón del divino Maestro todos nuestros deseos de perfección, vayamos con entera seguridad de ser un día perfectamente escuchados. ¡Oh, cuánto ama Él nuestros menores deseos de perfección, nuestras más secretas aspiraciones de amor, nuestros más débiles suspiros por la santidad! No tengamos miedo de decírselo cien veces, de importunarle con nuestras continuas súplicas. Él, el bien infinito, la infinita santidad y perfección, ama con amor incomparable la menor partícula del bien, el menor soplo de vida divina, la menor chispa de amor. Arde en deseos de avivarla, de acrecentarla, de hacer de ella una gran hoguera, un incendio de amor. Él, que no teme dejar las noventa y nueve ovejas fieles por buscar la oveja perdida, ¿qué no hará por aquellas de sus ovejas que son las predilectas de su corazón? Desea con inmenso deseo hacernos perfectos, santos como Él: *Estote perfecti sicut Pater vester perfectus est*[2].

[1] Matth. XI, 29. [2] Matth. V. 48.



*Confianza, a pesar de mis imperfecciones.*

Nuestras imperfecciones son numerosas; nuestros esfuerzos, lánguidos y estériles; frecuentes nuestras caídas. ¡Ah, seguramente el divino Corazón debe estar harto de mí! Debe estar disgustado y desesperado al ver mi poca generosidad. Le conocemos muy poco, si abrigamos semejantes pensamientos. Él, el infinito amor, ve con placer germinar y crecer sobre la árida tierra de nuestra alma, entre las zarzas y los espinos, las menores florecillas de amor. Jardinero infinitamente paciente y longánime, cultiva nuestras almas con celoso cuidado. Sabe que esas pequeñas orquídeas son muy delicadas y exigen continuos cuidados. Él riega, abona, o poda a veces. Cada yema, cada hojita, cada botón de flor es vigilado con amor. Las menores señales de vida, de fertilidad, regocijan su corazón.

¡Ah, cuánta compasión tiene de la impotencia de nuestros deseos! ¡Cuánto desea ayudarnos, levantarnos por encima de nosotros mismos, *hacer lo que nosotros no podemos!* ¡Cómo trabaja incansablemente en rehacer, en reparar lo que nuestra torpeza o nuestras infidelidades han echado a perder! Cuando nuestra propia paciencia parece enteramente agotada, la suya está aún intacta. Nada le desanima, nada le parece demasiado caro, porque más allá de todos nuestros desfallecimientos, más allá de todas las solicitudes y de todos los enojos que le causa nuestra cobardía, ve esas maravillosas flores de amor puro que un día, a despecho de todo, coronarán sus esfuerzos y cuya vista le regocijará eternamente.

Debería meditar con frecuencia sobre los abismos del Sagrado Corazón, esos abismos donde puedo anegar todos mis vicios y todas mis villanías, y de los cuales nos ha hablado tan elocuentemente Margarita-María:

«El Sagrado Corazón de Jesús es un abismo de amor, donde hay que sumergir todo el amor propio que existe

en nosotros, con todas sus malas consecuencias, que son los respetos humanos y los deseos de satisfacernos a nosotros mismos.

»Si os halláis en un abismo de pobreza y desnudez de vosotros mismos, id a abismaros en el Sagrado Corazón; Él os enriquecerá.

»Si os encontráis en un abismo de debilidad, donde caéis a cada momento, id a abismaros en la fuerza del Sagrado Corazón que os fortalecerá y os librará.

»Si estáis en un abismo de miserias, id a abismarlas en ese adorable Corazón, que está enteramente lleno de misericordia.

»Si os encontráis en un abismo de orgullo y de vana estima de vosotros mismos, abismadlo en el de la humildad del Sagrado Corazón.

»Si os encontráis en un abismo de tinieblas, Él os revestirá de su luz, por lo cual es menester que os dejéis conducir como un ciego.

»Cuando os encontréis sumergidos en un abismo de tristeza, id a abismarla en el de la divina alegría del Sagrado Corazón, donde encontraréis un tesoro que disipará todas vuestras tristezas y aflicciones de espíritu.

»Cuando os encontréis en la turbación y en la inquietud, id a abismaros en la paz de ese adorable Corazón, que nadie os podrá quitar.

»Si os encontráis en un abismo de temor, abismaos en el de la confianza del Sagrado Corazón, y allí reemplazaréis el temor por el amor.»[3]

Meditaré a veces sobre estos abismos de perfecciones del Corazón de Jesús, abismos donde puedo anegar todos mis desfallecimientos y todas mis infidelidades. Mientras mejor los comprenda, más íntimamente me daré cuenta de que he encontrado en Jesús el remedio de todas mis impotencias y de todos mis males, más ilimitada e inconfundible se hará mi confianza.

[3] Santa Margarita-María: *Écrits divers*, t. II, pág. 463.



¡Oh Corazón de Jesús, océano infinito de bondad y de ternura!, en Ti pongo toda mi esperanza. De ahora en adelante quiero esperarlo todo de Ti, todo lo que mi corazón puede desear, también y sobre todo ese gran deseo que es como el resumen de todos mis deseos, la gracia inefable de agradarte perfectamente y de amarte con un perfecto amor de santo. Tú me has manifestado y testificado de mil maneras tu afecto y tu bondad. Tú quieres darme la paz y la dicha perfecta, en cuanto nuestra condición de desterrados lo permite aquí abajo. Esta dicha perfecta es tu deseo, tu alegría. Pues bien, Jesús, yo te lo digo sencillísimamente, candorosísimamente, como un niño: no seré jamás verdaderamente feliz si no me concedes la realización del mayor de mis deseos, del único deseo de mi alma: la dicha de poseerte a Ti mismo en la unión perfecta de mi alma con la tuya, en el amor puro y en la verdadera santidad. Que llegue un día en que pueda yo exclamar con toda verdad: *Dilectus meus mihi et ego illi!*[4]

Puedes darme todas tus bendiciones, todas tus amantes ternuras, todas tus gracias de contemplación; si no me das esta gracia, no seré jamás feliz. ¡Oh Jesús, tan bueno!: sí, esta gracia que es la única que puede hacerme feliz; Tú me la darás ciertamente. Me la prometes desde ahora, ¿no es cierto? ¿Para cuándo? ¿De qué manera? ¿Después de cuántas pruebas y desolaciones todavía? Esto no me importa. Pero partiré de aquí con esta dulce e íntima seguridad de que Tú me has escuchado desde ahora, de que un día seré yo todo tuyo y Tú todo mío. *Quid retribuam Domino pro omnibus quæ tribuit mihi?*: ¿Qué devolveré yo al Señor por todos los beneficios de que me ha colmado?[5] ¡Ah Jesús, soy más feliz ahora, lo siento, más confiado, y te amaré de ahora en adelante con un nuevo título, por haber satisfecho al fin la aspiración más íntima, más profunda de mi alma!

[4] Cant. II, 16.
[5] Ps. CXV, 12.

**II. Aguardémoslo todo del Corazón de Jesús, nosotros sus consoladores. Octava promesa del Sagrado Corazón.—La gran promesa.**

*Aguardémoslo todo del Corazón de Jesús, nosotros sus consoladores.*

En la cálida atmósfera del Corazón de Jesús, ya lo hemos visto, nuestras almas se abren muy naturalmente a la esperanza más vivificante. Ante las prendas de amor de nuestro divino amigo, después de sus invitaciones personales y apremiantes a amarle y de sus promesas especialísimas de ayudarnos, imposible conservar en algún repliegue de nuestro corazón un secreto escondrijo para nuestras incrédulas dudas. Esto es verdadero para todos los que honran al Corazón de Jesús. Pero es verdadero particularísimamente para aquellos que le hacen honrar de otros y que se esfuerzan en ser para con Él expiadores, reparadores, consoladores, procurando sobre todo ser santos.

Sea que la voluntad de Jesús nos haya retenido en el mundo, sea que nos hayamos consagrado a su servicio en el sacerdocio o en la vida religiosa, poco importa. Todos podemos, todos debemos reservar en nuestra vida un lugar para la expiación y la reparación, todos debemos y queremos ser consoladores de su corazón afligido. Y a nosotros sobre todo nos están aseguradas las infinitas riquezas y liberalidades del divino Corazón.

Jesús se lo repitió a menudo a Margarita-María. Lo que buscaba por encima de todo eran consoladores, almas dispuestas a expiar y a sufrir por los demás, almas dispuestas a amarle por tantos corazones ingratos, almas que con una generosidad incansable, por medio de sus sufrimientos reparadores y de su amor desinteresado, pusieran un bálsamo sobre sus tristezas y extinguieran un poco su sed de amor.

Pero Jesús sabía muy bien que el amor de la cruz, de



la expiación, el amor puro y olvidado de sí mismo no germinan espontáneamente en la tierra estéril de nuestras almas. El que quiere el fin, quiere los medios. Él quería cosechar mucho amor reparador, mucha santidad. A Él le tocaba derramar abundantemente las semillas de santidad de las gracias extraordinarias, a Él le tocaba desarrollarlas y llevarlas, a pesar de todas las malezas de nuestro amor propio, hasta la plena madurez. Jesús lo sabía muy bien, y su liberalidad no se ha hecho esperar. Él ha prometido a todos los que se esforzaran por corresponder con amor al amor de su divino Corazón sagrado, a todos aquellos que se consagraran a una vida de reparador y de consolador, esas gracias insignes que son las únicas que pueden hacer posible nuestra santidad, a despecho de las iras de Satán y de las astucias de nuestro egoísmo.

Vayamos, pues, a Él con confianza, si conmovidos por los sufrimientos de su divino Corazón, experimentamos verdaderos deseos de generosidad, si queremos salir de los bajíos de nuestro amor propio en los cuales nos sentimos retenidos. Vayamos a Él, si estamos decididos a no rehusarle nada, a entregarle toda nuestra voluntad. Vayamos a manifestarle nuestros deseos de amor reparador y consolador, nuestras aspiraciones hacia la santidad, y también nosotros recibiremos de Él, sin duda ninguna, gracias preciosas que ni siquiera nos imaginamos.

¿Cómo no nos habría de escuchar? De lejos espía Jesús a las almas que han comprendido su amor, a las almas deseosas de elevada perfección: «*En ipse stat... respiciens per fenestras, respiciens per cancellos:* Él está atisbando por las ventanas, por las celosías»[6] para ver si alguna alma nueva viene hacia Él con estos santos deseos. ¡Desea tanto tener almas a quienes pueda hacer santas, pero hay, por desgracia, tan pocas que se acerquen a Él, tan pocas

[6] Cant. II, 9.

que se acomoden a sus deseos, tan pocas que, olvidadas de sí mismas, sientan íntimamente las aflicciones de su divino Corazón y experimenten la necesidad de venir a consolarle y a amarle ardientemente! La mayor parte están demasiado ocupadas en sí mismas: o bien, no son generosas sino a medias. Confían demasiado en sí mismas, tienen miedo de pedir demasiado, miedo de pedir gracias de elección. Saben que Jesús da con abundancia, pero que pide sacrificios en retorno. Saben que para consolarle perfectamente hay que saber sufrir con Él y por Él. Saben que sus gracias dan hambre y sed del sufrimiento, que conducen al alma inevitablemente por el camino real de la santa cruz. Y he aquí por qué prefieren ahogar en sí mismas esos deseos de santidad que sienten a veces. Tienen miedo de los sacrificios, miedo, sobre todo, de tener sed de sufrimientos, miedo de ir demasiado lejos. Y pasan sin atreverse a llamar a la puerta de Jesús.

Vosotros los que sentís dentro de vosotros mismos los sufrimientos del Corazón de Jesús y experimentáis grandes deseos, deseos verdaderos, tenaces y aun impacientes de virtudes heroicas y de santidad, a fin de regocijarle, no paséis, no, de largo, sino id a llamar a las puertas de Jesús. De lejos os verá venir. Os tiende los brazos con impaciencia. ¡Ah, cuán bien recibidos seréis! Por fin habrá encontrado Jesús un consolador más, por fin habrá encontrado un vaso vacío de sí mismo, en el cual pueda derramar sus gracias de predilección. Id a Jesús con inmensa confianza. Id a decirle: Señor, quiero de veras, pero, Tú lo sabes, no puedo. Dame lo que me mandas hacer, y entonces, mándame todo cuanto quieras.

Vayamos a Él, no una vez, sino a menudo. Recurramos a Él sin dejarnos jamás desanimar por nuestras caídas reiteradas, por nuestras inconstancias, por nuestras impotencias. Vayamos a depositarlas humildemente a sus pies. Él, la inmensa piedad, la infinita compasión, conoce infinitamente mejor que yo mi miseria nativa. Sabe que por



mis propios esfuerzos no podré jamás morir a mí mismo, ni vaciarme de mí mismo. La obra de mi perfección es ante todo y sobre todo, obra suya. Yo no puedo por mi parte limpiar, cortar y quemar más que lo exterior. Él solo es el que puede trabajar el más íntimo fondo de mi alma, llegar hasta la raíz de mis orgullos, de mis egoísmos, de mis desconfianzas. Y si son necesarios para esto favores señalados, está dispuesto a dármelos. Si son necesarios resplandores de luz para revelarme la encantadora amabilidad de mi Dios y mi repugnante fealdad, si son necesarias gracias de amor pasivo e infuso, intervenciones maravillosas de los dones de entendimiento, de sabiduría, de ciencia, no me los escatimará.

Lo que Él quiere únicamente, lo que pide de mí a toda costa es que me apoye solamente en Él, que tenga plena confianza en Él, y en Él solo, que me abandone a Él sin reservas. Debo renunciar a querer obrar por mí mismo, a complacerme secretamente en la actividad propia de mis facultades humanas, a querer conservar la parte predominante en la obra de mi perfección. Debo resignarme alegremente a un papel cada vez más desvanecido, cada vez más pasivo. Para subir a las esferas etéreas de la elevada perfección, debo estar dispuesto a arrojar por la borda mis pequeñas miras personales, mis medios de santidad propios, mis propios planes de perfección. Debo fiarme enteramente de Él, aun cuando todo parezca ir al revés de mis concepciones humanas, aun cuando el vértigo se apodere de mí y esté enteramente desorientado. *Scio cui credidi:* sé de quién me he fiado[7]. Debo renunciar al placer de comprobar la acción de Dios, de contar las etapas que me hace coronar, de tener conciencia clara de mis progresos, de saber en qué punto estoy precisamente en el camino de la santidad. Todo esto denotaría aún cierta desconfianza natural. Todo esto mostraría que no

[7] II Tim. I, 12.

me fío sino a medias de Él, que, como tantos otros, me reservo mis medios supremos de acción, mis propios recursos últimos, para el caso en que su sabiduría o su amor pudieran fallar.

Yo le pido que haga de mí un santo, pero debo dejarle la elección de esa misma santidad, y más aún, la elección de los medios que a ella me han de conducir. «*Per semitas* TUAS; *duc nos quo tendimus ad lucem quam inhabitas:* Oh Jesús, sí, condúceme por tus caminos, no por los míos, a la luz donde tienes tu morada.» Yo me abandono totalmente a Ti. Vive en mí libremente, a tu antojo. Obra en mí según tu beneplácito. Es menester que Tú crezcas y que yo disminuya. Es menester que gradualmente llegues a vivir Tú solo en mí, como si yo ya no existiera. Desaparecer, morir, para que Tú crezcas y vivas plenamente en mí y en lugar mío: he aquí toda la santidad. Sí, oh Corazón de mi Salvador, tengo la dulce seguridad de ello, Tú escucharás plenamente este deseo profundo, vivo, insaciable de santidad, que Tú mismo has puesto en mi alma, porque sabías bien que algún día llevarías este deseo a su perfecta realización. *Veni ut vitam habeant et abundantius habeant:* Tú viniste a este mundo para darme la vida espiritual en abundancia[8], para darme la santidad.

*Octava promesa del Sagrado Corazón. La gran promesa.*

Sólo el deseo que Jesús tiene de encontrar numerosos consoladores, de formar muchos santos, únicos perfectos consoladores de su Corazón, es para nosotros una prenda preciosa de las gracias que nos reserva. Y sin embargo, si ni esto bastara para convencernos, para darnos esa preciosa seguridad de llegar a ser santos, que intensifica tanto nuestra generosidad en el servicio divino, ahí están las promesa explícitas del Corazón de Jesús para disipar

[8] Ioan. X, 10.



nuestras menores dudas. «Las almas fervorosas —dice la octava promesa— se elevarán rápidamente a una gran perfección.» Una gran perfección, la santidad, he ahí la promesa que Él ha hecho a todos los que honren su divino Corazón; he ahí la promesa que me ha hecho a mí, que no solamente honro su Corazón y me esfuerzo en consolarlo y en regocijarlo por mí mismo, sino que también me empleo lo mejor que puedo en hacerlo honrar y amar de los demás, en propagar la devoción maravillosa que Él ha reservado para salvar nuestros siglos de indiferencia.

Jesús está, pues, infinitamente deseoso de concederme la santidad. Diríase que en su inmenso deseo ha querido asegurar mi santidad, ponerla al abrigo de todo peligro, ligando su poder con una promesa que le obliga solemnemente. Ocúpate en honrar mi divino Corazón y en hacerlo honrar de los demás, ocúpate en hacer conocer el ardor en que se abrasa, y entonces puedes estar seguro de llegar a una gran perfección. Jesús no pone ningún género de condiciones, no formula ninguna reserva, no: sé devoto de mi divino Corazón, y Yo haré lo demás. ¿Hace falta algo más para afianzar en mi alma una confianza inmutable y al abrigo de todas las tempestades?

Hay en esta tierra horas de melancolía en que los pensamientos de amor no nos mueven ya, en que aun las almas más fervorosas sienten zozobrar su confianza, invadidas como están por las furiosas olas del temor y de la duda. La santidad de Dios les parece tan deslumbrante, su justicia tan inexorable, el problema de la predestinación tan angustioso, que se preguntan con espanto si se encontrarán un día entre «el pequeño número de los elegidos». Y cosa extraña, son sobre todo las almas que parece que deberían estar más al abrigo de estos temores, las almas que caminan a grandes pasos hacia la santidad, las que más sufren por ellos.

Pasan por esas purificaciones pasivas de la «noche del espíritu», en que Dios purifica su fe, su esperanza y su

caridad en el crisol de terribles tribulaciones. Les parece en ciertos momentos como evidente que están condenadas y son dignas de la cólera divina.

En esas horas de angustia y de duda es cuando conviene estrecharse contra el Corazón de Jesús y afianzar nuestra confianza recordando sus admirables promesas. La undécima nos dice: «Las personas que propagaren esta devoción tendrán su nombre escrito en mi Corazón, y jamás será borrado de Él.» ¡Qué palabras tan deliciosas para una alma amante, presa de la duda! Tener su nombre escrito en el Corazón de Jesús y haberlo escrito en el libro de la vida, todo es uno. ¿Qué cosa más tranquilizadora?

Pero sobre todo, la duodécima promesa, esa promesa extraordinaria, casi increíble, del Corazón de Jesús, que se ha llamado la gran promesa, y que se olvida tal vez demasiado en estos críticos momentos: «Los que comulgaren nueve primeros viernes de mes seguidos, recibirán la gracia de la penitencia final.» Dulce consuelo en las horas de duda el pensar que, no una sino muchas veces, hemos cumplido las condiciones tan explícitamente puestas por Jesús. Esa promesa tan preciosa, tan clara, esa promesa que nos ha hecho en un «exceso de misericordia», según su propia expresión, es muy propia para cortar por lo sano todos nuestros temores y restablecer una serena paz en nuestras almas angustiadas.

---



**III. Gracias inmensas del apostolado, con tal que no nos apoyemos en nosotros mismos.—Jesús debe escuchar las oraciones de sus apóstoles. La promesa de mover los corazones más empedernidos.**

*Gracias inmensas de apostolado, con tal que no nos apoyemos en nosotros mismos.*

La santidad y la salud eterna: he ahí nuestro gran deseo, he ahí lo que podemos, lo que debemos esperar firmemente del Corazón de Jesús. Pero un santo no se santifica solo, no va solo al paraíso. En sus oídos resuena incesantemente el *sitio* del Gólgota. En el fondo de su corazón repercuten como un eco las divinas quejas del Corazón de Jesús a Margarita-María, del Corazón de Jesús que mendiga el amor de los hombres. Él le da sin duda al Salvador todo el amor personal de que es capaz, y nadie mejor que él ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas. Pero ¿qué es este amor que lo abrasa, que lo consume, por ardiente que sea, para extinguir la infinita sed de amor del Salvador?

No, eso no es nada. Lo siente dolorosamente. Lo que él quisiera es amar a Jesús con millones de corazones; tener millones de vidas para satisfacer el ardor de su amor. Esos millones de corazones y de vidas los encuentra en Jesús. Sabe que es miembro de su cuerpo místico, unido estrechamente a todos los demás miembros. El sufrimiento, las necesidades de esos otros miembros, son también suyos. Sus corazones son también algo de su propio corazón. Él puede amar a Jesús por medio de esos millones de corazones, infundiéndoles algo de sus virtudes y de su amor hacia Él. Y he aquí lo que constituye a la vez su mayor alegría y su mayor tormento. Quiere amar al divino Maestro con las almas de los demás, pero ¡ay! cuán mal se prestan a su pasión de amor, cuán imperfecta es su labor sobre ellos y cuánto sufre por eso! *Zelus domus tuæ*

*comedit me*[9]. El celo del Corazón de Jesús lo devora. Segador infatigable de amor, quisiera traer todas las tardes al Maestro una abundante mies de afectos y de simpatías, quisiera consolarle y regocijarle sin cesar con nuevas conquistas, traerle nuevas ovejas descarriadas.

Si somos generosos y fervientes, también nosotros sentimos estos deseos. Los sentimos y sufrimos por ellos tanto más cuanto más cercanos estamos a la perfección. Qué importa que estemos ocupados en la vida activa o en la contemplativa. Contemplación o acción, ambas son inseparables del celo, ambas son medios eficaces para llevar las almas a Dios.

Sólo que, así como para llegar uno mismo a la perfección, es indispensable una confianza libre de todo apoyo humano, así también para conducir a los demás a la perfección, para alcanzarles las gracias tan necesarias sin las cuales los esfuerzos de nuestro celo están de antemano encaminados a la esterilidad, se necesita una gran confianza en Dios, una confianza desprendida de toda aleación natural y que se revele en todos los detalles de nuestro apostolado.

Desgraciadamente, muchas almas celosas están lejos de ser irreprochables por este aspecto. Experimentan tan vivamente el sentimiento de sus talentos naturales, de sus aptitudes y recursos humanos, que no sienten bastante la necesidad de acudir al Corazón de Jesús para implorar los socorros de lo alto, sin los cuales no podemos ni decir: Padre. Sus oraciones no corresponden a sus esfuerzos, o más bien, se olvidan demasiado de unir a los esfuerzos naturales de su actividad humana los esfuerzos sobrenaturales de sus oraciones. No aprecian bastante el valor de ese grande y principal factor de éxito, la súplica plenamente confiada. Su actividad es demasiado natural. Por eso sus esfuerzos son muy a menudo vanos y sus éxitos

[9] Ps. LXVIII, 10.



no son más que aparentes o debidos tal vez a las oraciones de otras almas más sobrenaturales.

No es extraño que se quejen a menudo de la inutilidad de su celo, que lloren el fracaso de sus obras. Apenas han implorado al Corazón de Jesús, océano de todas las gracias y fuente de toda santidad, o si lo han hecho, ha sido insuficientemente y con una confianza muy defectuosa.

Desconfiemos santamente de nosotros mismos. No nos apoyemos locamente sobre la frágil caña de nosotros mismos. Entonces podemos esperarlo todo del Corazón de Jesús, para los esfuerzos de nuestro celo, para las empresas a las cuales nos hemos consagrado en su honor. Podemos recurrir a Él y pedirle todo lo que nuestra sed de apostolado y la grandeza de nuestra confianza nos inspiren, bien seguros de que nuestras oraciones serán escuchadas por Él, en la medida misma de esa confianza.

Hay sin duda almas singularmente rebeldes a la gracia, y Dios no quiere violentar en modo alguno nuestra libertad. Podrá, pues, sucedernos que escuche nuestras oraciones pero de una manera equivalente o superior, aplicándolas a otras almas escogidas por Él. ¿Qué importa, con tal que se realicen los deseos del divino Corazón, con tal que Él sea amado?

Sin embargo, de manera general, acordémonos de que Dios tiene secretos maravillosos para vencer la obstinación irreductible de las almas, tiene gracias eficaces cuya acción es prodigiosa. Nosotros mismos hemos sido sin duda testigos o quizás también beneficiarios de esos milagros de la gracia obtenidos del Corazón de Jesús por sus amados apóstoles.

En nuestros días, el célebre asceta irlandés, Padre Doyle, solía decir que jamás una alma había resistido a los esfuerzos de su celo y de su oración. Los pecadores más desesperados parecían rendirle las armas como por una secreta magia. Esa magia era la de su inmensa con-

fianza en el Sagrado Corazón de Jesús. Unía a ella además, por su parte, todo lo que podía añadirse: amor ardiente e incansable, sacrificio sin límites, austeridades heroicas en favor de los pecadores.

*Jesús debe escuchar las oraciones de sus apóstoles.*

Esperemos también nosotros mucho, esperemos enormemente, pero esperemos puramente en Jesús, sin apoyarnos en nosotros mismos, sin complacernos en nuestras aptitudes naturales, en nuestra desbordante actividad. Imploremos a su divino Corazón y pidámosle esas gracias poderosas que subyugan la voluntad de los pecadores endurecidos o encantan a las almas fervorosas y las elevan por encima de sí mismas hasta la santidad. Que nuestra confianza sea tanto más audaz cuanto que mendigamos no para nosotros, sino en definitiva *para Él*. A fin de poder consolar a su divino Corazón, a fin de poder aliviar su inmensa sed de amor.

Nuestras oraciones en favor de las almas fervorosas o pecadoras, por poco penetradas que estén de amor y de confianza, le son tan agradables, que es para Él una verdadera dicha y como una necesidad imperiosa el escucharlas. Respecto de ellas principalmente debemos acordarnos de su infalible promesa: *Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.*

Si rehusara escucharnos a nosotros, sus generosos apóstoles, que nos sacrificamos incansablemente por Él, que unimos la penitencia a la oración, si rehusara escucharnos cuando intercedemos por las almas que le son tan caras, ¿quién podría entonces tener confianza en Él? Santa Teresa del Niño Jesús decía en el ocaso de su vida: «Siempre he cumplido los deseos de Jesús, he aquí por qué Él cumplirá también todos los míos». Esto es verdadero también, en cierto modo, respecto de nosotros. Desde hace mucho tiempo hemos tenido la costumbre de no rehusarle nada



voluntaria y conscientemente. Nuestra mayor dicha, o por mejor decir, nuestra única dicha, es agradarle y satisfacer todos sus variados deseos. Por eso nos esforzamos en conquistarle almas, por eso nos sacrificamos y oramos. Podemos, pues, decirle también sin temor de ser rechazados: «Oh Jesús, mi dicha y mi vida es hacerte feliz a Ti. Yo no te pido sino esta dicha. Cumplo siempre tus voluntades y deseos, en cuanto lo permite mi debilidad humana; cumple Tú, en retorno, para tu gloria, los míos, en cuanto lo permite tu divino poder.»

Oremos, imploremos, no nos cansemos jamás. No nos dejemos desanimar ni abatir por la aparente esterilidad de nuestras oraciones y de nuestro apostolado. No queramos comprobar siempre su eficacia. Dios gusta de trabajar en la sombra y el secreto, a fin de salvaguardar mejor el mérito de nuestra fe y de nuestra humildad. Mientras nuestros esfuerzos son estériles en torno nuestro, al menos por el momento, convertiremos tal vez gran número de almas en el otro hemisferio. Por lo demás, ciertas almas exigen para ser sacadas del vicio o guiadas a la perfección una oración incansable y perseverante. Oración que debe ir acompañada de las súplicas íntimas e incesantes de nuestros santos deseos, oración que debemos apoyar con nuestros sacrificios, con nuestras penitencias, con nuestros actos de generosidad, con nuestra vida de expiación y reparación, pero que finalmente nos obtendrá con seguridad todo cuanto hemos pedido, o mucho más y mejor tal vez. La oración de la dominica undécima después de Pentecostés es muy sugestiva a este respecto: «Oh Dios eterno y todopoderoso, que por la abundancia de tu bondad superas a la vez nuestros méritos y nuestros deseos, derrama sobre nosotros tu misericordia, para perdonar lo que nuestra conciencia parece reprocharnos y otorgarnos aun lo que nuestra oración no se atreve a pedirte, por Jesucristo Nuestro Señor, Amén.»

*La promesa de mover los corazones más empedernidos.*

No dejemos de recordar, por último, las magníficas promesas que el Sagrado Corazón de Jesús ha hecho en favor de los que trabajan en la salvación de las almas: «Derramaré abundantes bendiciones sobre todas sus empresas. Daré a los sacerdotes el poder de mover los corazones más empedernidos.»

No podríamos soñar nada más claro ni más explícito, nada más animador para nuestro apostolado. Cuando nuestra confianza parezca a punto de rendirse y doblegarse al ver que las almas resisten a nuestro celo, recordemos estas promesas, *recordémoselas sobre todo a Jesús*, estas promesas que son para Él como otras tantas obligaciones, de las cuales no podría ni querría libertarse. Tengamos esta santa audacia que tanto agrada al Salvador, de decirle que está en juego su honor divino, de mostrarle la inexorable pero dulcísima necesidad, a la cual se ve forzado de hacer frente a sus obligaciones y de concedernos integralmente el objeto de nuestras peticiones.

El Beato de la Colombière fue el primero que hizo la prueba de estas consoladoras promesas, y con un éxito que le sorprendió a él mismo. También nosotros estamos llamados a hacer la deliciosa y confortable experiencia de ellas. Como el santo apóstol del Sagrado Corazón distingámonos por una confianza, ilimitada enteramente basada en la bondad del Corazón de Jesús y en sus infalibles promesas, y podremos cantar un día también nosotros las misericordias y los triunfos del Señor. *Misericordias Domini in æternum cantabo*[10].

[10] Ps. LXXXVIII, 2.

## CAPÍTULO X

# JESÚS, NUESTRO DIVINO REMEDIO EN LA EUCARISTÍA

**I. Gran necesidad de la suficiencia de Jesús.—Jesús necesario y perfecto remedio para la adoración, para la reparación, para la acción de gracias, para el amor.**

*Jesús necesario y perfecto remedio para la adoración.*

Las meditaciones que hemos hecho hasta ahora nos han dado preciosas lecciones sobre la confianza en Jesús. En su vida pública, en el Calvario, en el altar o en nuestro corazón, Jesús nos ha consolado invariablemente y nos ha invitado a una confianza pura y perfecta en Él.

Sin embargo, para ser serenamente felices, nos es necesario tener plena confianza no solamente en Jesús, nuestro Salvador, sino también en Dios, nuestro Creador y Señor. A primera vista, parece que el respeto y sobre todo el temor deberían ser los sentimientos habituales y espontáneos de nuestro corazón en sus relaciones con el Altísimo. ¡Si al menos no fuéramos más que nada! Pero ¡ay, somos también y, sobre todo, pecado! Y cuando nos presentamos ante Dios, ¿no surge en primer plano el recuerdo de nuestras faltas? ¿La primera palabra que brote de nuestros labios no debe ser un humilde *confiteor?* ¿Qué será lo que pueda inspirarnos confianza en Dios? ¿La sola vista de nuestra sórdida indigencia no debe apartar las miradas del Señor, cuyas gracias imploramos, y condenar de antemano al fracaso todas nuestras oraciones?

Entonces es cuando interviene Jesús, nuestro divino Mediador, reparador y suficiente en todo y por todo, para confortar nuestros corazones y devolverlos a una serena confianza. Él, cuyos sentimientos de amor compasivo para con nosotros conocemos sin temor de equivocarnos, es nuestro fidelísimo abogado ante el Padre celestial. Él es el puente único y segurísimo lanzado sobre el abismo que nos separa de Él. Es nuestro mediador omnipotente, nuestro reparador perfectísimo. Es nuestro tesoro incomparable y suficiente para todas nuestras necesidades, con tal que sepamos aprovecharnos de Él. Él es el alfa y el omega. En el plan divino, Jesús es el sol deslumbrante de santidad y de amor alrededor del cual gravita toda la historia del mundo. Sin Él, todo es tinieblas y desolación. Como nos lo dice el Apóstol: «Dios no nos ha dado otro nombre fuera del de Jesús, para conseguir la salvación.»

Tratemos de comprender mejor el papel que desempeña nuestro amable Salvador en favor nuestro delante de Dios, y de afianzar nuestra confianza por medio de un recurso frecuente a Jesús, nuestro divino remedio.

Examinemos ante todo cómo Jesús es nuestro divino remedio en la Eucaristía.

Nos olvidamos quizás un poco de este papel de Jesús en la Eucaristía. Nos acercamos de buen grado a Él como a nuestro amigo, a nuestro médico, a nuestro Padre, a nuestro esposo, pero muy poco quizás como a nuestro reparador universal y a nuestro divino remedio.

Ante todo, Jesús-Hostia es a la vez nuestro necesarísimo y perfectísimo remedio para la adoración.

La adoración es el primer deber que como creaturas tenemos para con Dios. ¡Ay! ¿No es éste acaso el que peor cumplimos? ¡Cuán mal adoramos! Nosotros, a pesar de ser tan pequeños y tan débiles, no sabemos ni aun humillarnos como conviene ante el Altísimo. Perdidos en nuestra nada, comprendemos muy mal lo infinito de Dios. Nos damos muy poca cuenta del contraste espantoso que existe



entre su inmensa grandeza y nuestra extremada pequeñez, y nos cuesta trabajo abajarnos humildemente ante Él. Y sin embargo, sin verdadera humildad, ¿cómo podrán ser aceptos al Señor nuestros homenajes de adoración?

¿Qué haremos en nuestra impotencia? ¿Desesperarnos? No, sino recurrir con un humildísimo sentimiento de esa impotencia, a Jesús, nuestro perfecto adorador. Él, Jesús-Eucaristía, el Hombre-Dios, mide perfectamente la inmensa distancia que existe entre Dios y el hombre. Como Hombre-Dios, infinitamente grande e infinitamente pequeño a la vez, escruta hasta el fondo, de un solo e inmenso pevistazo, el abismo que separa la nada de la creatura de la grandeza divina. Por eso la adoración perfecta le es enteramente natural. Brota constantemente de su alma como de una fuente inagotable. Él, y sólo Él, ha adorado y adorará eternamente, con una humildad adecuada, al Señor Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra.

Toda la vida de Jesús fue un acto de perfecta adoración al Padre. Él, el único perfecto adorador, desde su encarnación hasta el sacrificio perfecto de sí mismo en el Calvario, no hizo más que adorar al Padre de una manera perfectamente adecuada. El Padre infinitamente adorable fue infinitamente adorado por Él. Y esa adoración la continúa no solamente en el cielo, sino también, sin descanso, en el altar. A la hora de la misa, se inmola de nuevo místicamente, para renovar su anonadamiento del Calvario y ofrecer de nuevo un homenaje de adoración digno de Dios. Es lo que tan hermosamente dice el sacerdote después de la consagración: *Per ipsum et cum ipso et in ipso...*: Por Él y con Él y en Él, recibe, oh Padre omnipotente, en unión del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria. Además, como prisionero de nuestros altares, perpetúa anonadado hasta la hostia esa adoración santísima e infinitamente agradable a Dios.

La adoración perfectísima, plenamente adecuada de Jesús, he ahí el abismo santísimo en el cual debemos

arrojar nuestros pobres homenajes propios. Ella es la que debe consolarnos de nuestras insuficiencias. Ella debe ser la base de nuestra confianza. Cuando nos ha faltado para con Dios esa humildad tan necesaria a una creatura, tan esencial a nuestros homenajes de adoración, y se apodera de nosotros la tristeza, vayamos a consolarnos al pie del altar. Ofrezcamos a Dios por nuestras faltas de orgullo y de necia vanidad, la humildad inaudita de Jesús, prodigiosamente abajado hasta las apriencias de pan. Esa ofrenda saludable, acompañada de un acto de humilde arrepentimiento, reparará superabundantemente nuestra falta y nos devolverá las gracias que nuestro loco orgullo iba a alejar de nosotros.

*Suficiencia de Jesús para la reparación.*

Jesús es también nuestro divino remedio para la reparación, y por eso mismo es un tesoro tanto más precioso cuanto que tenemos una necesidad inmensa y continua de reparación. ¡Cuántas faltas en nuestra vida, cuántos pecados! El sendero de nuestra vida está enteramente sembrado de ellos, sin contar esas faltas desconocidas de que habla el salmista: *ab occultis meis munda me*[1]. Nuestras faltas son más numerosas que los cabellos de nuestra cabeza, y cada día se añaden algunas a esa serie demasiado larga ya. ¡Ah, si no tuviéramos a Jesús para reparar y borrar nuestras faltas!

Felizmente, Jesús se ha inmolado por nosotros. Una sola gota de su sangre basta para lavar el mundo entero. Y esa sangre corre sin cesar en los sacramentos, para purificarnos. Corre en el bautismo, en el sacramento de la penitencia. Corre siempre también en el sacrificio del altar, que perpetúa místicamente el sacrificio del Calvario. En cada misa Jesús extiende de nuevo, en cierta manera, sus brazos sobre la cruz, para salvarnos; muere de nuevo

[1] Ps. XVIII, 13.



místicamente, para reparar nuestras faltas, y mostrando sus miembros desgarrados, doloridos, al Padre, nos obtiene el perdón, del que tenemos tanta necesidad.

En la desolación o en la prueba, nos asalta muy a menudo la duda. Tenemos como el sentimiento de que Dios está resentido con nosotros por nuestras faltas pasadas, de que existe cierta frialdad entre Él y nosotros. Pensemos entonces en Jesús-Eucaristía, para reavivar de nuevo la perfecta confianza en nuestros corazones. Tenemos sin duda mil infidelidades que reprocharnos, y si guiados por una falsa confianza nos esforzamos en disculparnos, si escrutamos farisaicamente nuestra conciencia para encontrar paliativos a nuestras faltas o para persuadirnos de que no las tenemos, nos engañamos extraordinariamente. *Non respondebit ei unum pro mille*[2]. Entre mil reproches que el Señor podría hacernos, no podríamos encontrar una sola excusa verdadera. No es esto lo que nos devolverá la paz y la dicha. Lo que nos conviene es confesar nuestra total indignidad y poner toda nuestra confianza en Jesús-Eucaristía, nuestra Víctima purísima; anegar nuestras faltas conocidas y desconocidas en la sangre del Cordero inmaculado que se inmola por nosotros.

*Suficiencia de Jesús para la acción de gracias.*

Otro deber muy imperioso, y para el cual somos también muy impotentes, es el reconocimiento por los innumerables beneficios de Dios.

Una fiel sierva de Jesús escribía un día: «Oh Dios mío, aunque no me hubieras dado más que una hilachita de estopa, Tú tan grande a mí tan indigna, yo debería agradecer tu don con inmenso respeto y amor. Me entristezco al pensar en mis ingratitudes y en mi insuficiencia.» ¡Cuán verdadero es esto! Pero no tenemos necesidad, en manera alguna, de representarnos la grandeza de Dios y nuestra

[2] Iob, IX, 3.

nada para quedar como aplastados por el recuerdo de las divinas liberalidades. Creación, Redención, Eucaristía, esas tres palabras tan breves, contienen un mundo de beneficios. Y aun dejando a un lado esos tres dones inmensos del amor divino, de los cuales todos somos beneficiarios, nada más que al considerar los beneficios hechos personalmente a cada uno de nosotros en particular, ¿no experimentamos todos una penosa insuficiencia para tributar a Dios acciones de gracias un tanto adecuadas?

En ciertos momentos ese sentimiento se hace más agudo y nos parece que si nuestra vida estuviera consagrada únicamente a este dulcísimo deber de reconocimiento, si cada uno de nuestros instantes se empleara únicamente en dar gracias amorosamente a Dios por su amantísima bondad, no haríamos aún bastante.

También entonces Jesús viene en socorro de nuestra impotencia. La Eucaristía, como su nombre lo indica, es un homenaje de reconocimiento al Señor. San Juan Crisóstomo dice a este respecto: «El hombre es impotente para dar gracias al Señor como conviene. He aquí por qué el Hijo de Dios se pone en lugar nuestro y saca de sus propios tesoros todo lo que es necesario para hacer en nombre nuestro lo que no podríamos hacer nosotros mismos.»

Este pensamiento debería causarnos una dulce alegría y hacernos recurrir a menudo a Jesús-Hostia, para hacerle pagar en nombre nuestro nuestras deudas de gratitud para con nuestro Padre celestial. Nadie, creemos, ha recurrido a Jesús, nuestro divino remedio, mejor que Santa Gertrudis, la santa de la humanidad de Jesús, como se la ha llamado. Son conocidas las hermosas oraciones que compuso y que en su mayor parte se inspiran en esta idea de que Jesús es nuestro mediador, nuestro reparador, nuestro divino remedio. Deberíamos imitar más su ejemplo. Esto dilataría inmensamente nuestra confianza pura y verdadera en Dios y nos libraría de nuestra necia confianza en nuestras justicias manchadas y en nuestras imperfectas virtudes. Digamos a menudo, como ella, a Jesús: «Oh Jesús mío, Tú a quien tanto amo, dígnate dar gracias a tu Padre en lugar mío, de una manera perfecta y adecuada.»



*Suficiencia de Jesús para el amor.*

El corazón humano está hecho para amar. El amor desempeña un papel primordial en nuestra vida, y sin él esta vida no valdría la pena de ser vivida. Todos nosotros amamos. Todos sentimos la necesidad de entregar nuestro corazón a algún objeto digno de nuestro amor. Los mundanos aman también, pero ¡ay! ellos prodigan su corazón, ese corazón hecho para Dios, esa alma sedienta de infinito, en mezquinas creaturas.

Su amor es fatalmente muy pobre. El verdadero amor, infinitamente más noble, más fuerte, más ardiente, no se encuentra sino en el alma que ha escogido como su todo a Dios, para el cual está esencialmente hecha.

Felizmente, somos del número de esos privilegiados a quienes Dios se ha revelado como el verdadero tesoro de su corazón. A medida que avanzamos en la vida Dios nos ha descubierto más su amabilidad única y la nada de todas las creaturas. El amor ha crecido en nosotros, de una manera secreta tal vez, pero segura. Ha llegado a ser un fuego devorador. ¡Sentimos tanto deseo de amar inmensamente a ese Dios cuyos irresistibles atractivos hemos sentido a veces, y a quien, por desgracia, jamás podríamos amar como debe serlo! El amor, en fin, ha llegado a ser como una llaga en el fondo de nuestro corazón. ¡Oh! ¿Quién nos dará el secreto del divino amor? ¿Quién nos dará el salir enteramente de nosotros mismos y, por medio de un perfecto don de sí mismo, entregarnos sin reservas a nuestro amado Dios? ¿Quién nos dará el amar hasta la

locura a Aquel que por sí solo debería absorber y cautivar todo nuestro amor?

¿Cómo aliviar esa necesidad dolorosa de nuestra alma? Amar por nosotros, y no solamente por nosotros, sino también por tantos otros que no aman o aman muy poco, amar por esos millones de hombres que son hermanos nuestros en Jesucristo, que son, como nosotros, miembros suyos y que, siendo algo de Él, son también algo de nosotros mismos. Su corazón es en cierto modo nuestro corazón. ¡Ah, si nuestro propio corazón arde un tanto en el fuego del amor divino, el suyo está completamente helado! ¡Oh, cómo quisiéramos reanimar esos corazones que Jesús nos ha dado para verter en ellos nuestra caridad y hacerlos palpitar de amor divino!

¿Quién me consolará en este penoso e insatisfecho deseo de amor inmenso? ¡Ay! Por mí mismo nada puedo. En vano redoblaría mis esfuerzos por ser más generoso, más amante. Mi amor impuro y versátil permanecerá siempre mucho más acá del ideal que sueño, mucho más acá del amor sin límites que quisiera tributar a Dios. Entonces, ¿quién me ayudará? ¿Quién me dará, y con creces, el amor que necesito para amar a Dios?

Jesús-Eucaristía me invita y me dice: «Toma mi Corazón amantísimo, y en ese océano de amor sumerge tu corazón y el de todos aquellos en quienes y por quienes quisieras amarme, y luego ofréceselo todo a mi Padre celestial como un homenaje de perfecta caridad. Ofrécele sobre todo el esfuerzo supremo de mi amor, las últimas palpitaciones de mi corazón al inmolarse por Él en la cruz, y hoy mismo sobre el Calvario del sagrado altar.»

¡Ah, cuán grande es mi dicha, con tal de que no me aisle en mí mismo, con tal de que recurra también en esto a Jesús, mi divino remedio! Sí, he encontrado el amor tan soñado, no un amor imperfecto y mezclado de egoísmo como el mío, sino el amor perfecto y encantador del Corazón de Jesús, del amor mismo. He encontrado un horno



ardiente de amor, y por medio del Corazón sagrado de mi Salvador puedo dar al Amor infinito que me ama, un retorno infinito de amor.

¡Oh mi Jesús, cuánto te amo por esta alegría radiante y deliciosa que me concedes amando conmigo y por mí al amado Padre! ¡Cómo colmas todos mis deseos, satisfaciendo así la necesidad más íntima, más ardiente, o mejor, la única necesidad de mi corazón! Gracias a Ti puedo ofrecer, en unión contigo, a la infinita belleza y amabilidad de Dios, el inmenso amor que le es debido.

Muchas almas pierden un poco de vista este papel del divino Corazón en la Eucaristía. Demasiado replegadas sobre sí mismas, demasiado egoístas en su espiritualidad, aman sobre todo a Jesús en retorno del amor inmenso de que ellas mismas son objeto de su parte. Apenas si piensan en amar a Jesús por el amor infinito que ha tributado y tributa incesantemente a su Padre. Pero a las almas más olvidadas de sí mismas, y cuyo amor a Dios es más puro y desinteresado, Jesús les parece infinitamente atrayente en su papel de divino remedio para el amor, y sienten por ello un especialísimo amor hacia Él.

Con frecuencia asistimos a la santa misa, o mejor tal vez, le ofrecemos nosotros mismos como sacerdotes del Altísimo. Visitando a menudo a Jesús en su prisión de amor. De ahora en adelante no nos olvidemos más de considerarle por este aspecto, de confiarle nuestras ansias de amor, y de escogerle para ser nuestro intérprete ante su Padre. Digámosle a menudo entonces, al menos de corazón, con la amable Santa Gertrudis: «En el divino incensario de tu divino Corazón, en el cual arde eternamente el perfume de tu eterno amor, yo arrojo, oh Jesús, mi corazón, como un granito de incienso. Oh Padre adorabilísimo, yo te presento a tu Hijo amadísimo. El ardor de su Corazón suplirá plenamente todas mis insuficiencias.»

**II. Jesús, nuestro divino remedio para todas nuestras peticiones.—Mientras más aumentan nuestras necesidades, más las colma Jesús.—Cómo recurrir más a menudo a la divina suficiencia de Jesús.**

*Jesús, nuestro divino remedio para todas nuestras peticiones.*

Nos haríamos demasiado largos si quisiéramos agotar esta materia y mostrar cómo Jesús es verdaderamente nuestro divino remedio en nuestras innumerables necesidades. Nos contentaremos con ver además, cómo viene en nuestra ayuda en la impotencia de nuestras oraciones.

Somos demasiado pequeños, demasiado pobres, demasiado pecadores sobre todo, para poder por nosotros mismos dirigir a Dios nuestras oraciones con plena seguridad. Pero si, con frecuencia, como conviene, se apodera de nosotros el sentimiento de nuestra indignidad, acordémonos al punto de nuestro poderoso intercesor ante Dios, que es Jesús, el Hombre-Dios. Como dice el gran Apóstol: «Él puede salvar perfectamente a los que se acercan a Dios por medio de Él, puesto que está siempre vivo para interceder en su favor.»[3] Si tenemos el cuidado de confiarle nuestras causas a Él, nuestro perfecto abogado, no quedará jamás fallida nuestra esperanza. Él es todopoderoso ante Dios y gana todas las causas que se le confían. ¿No es Él el objeto de las complacencias infinitas del Padre, perfectamente semejante a Él? Cuando el Padre ve acercarse a su Hijo para interceder en favor nuestro, se enternece al punto. Le basta echar una mirada sobre su amado Hijo, tan amable a sus ojos, para quedar vencido y obligado a concederle todo lo que le pida. Pedir algo por nosotros mismos, sin Jesús, es trabajo perdido. Pedir algo en unión con Jesús y por Él, es ganar de antemano.

¿No nos lo ha declarado en términos solemnes el mismo Jesús, para afianzar nuestra convicción? *Amen, amen*

[3] Hebr. VII, 25.



*dico vobis, si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis*: En verdad, en verdad os digo: todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá[4]. Ha querido con esta afirmación categórica, que es al mismo tiempo una promesa solemne, quitarnos toda duda a este respecto. Él mismo nos ha entregado, al confiarnos este gran secreto, la llave que nos abrirá todos los tesoros del cielo. No podríamos tener razonablemente dudas ni vacilaciones. Estamos seguros de que si llamamos, la puerta se abrirá, con tal de que llamemos en nombre de Jesús y apoyemos nuestra confianza en su divina promesa.

El nombre de Jesús es la contraseña que desarma a Dios. Cuando Él oye este nombre, nos considera por el mismo hecho como sus amigos. Desde el primer momento somos bien acogidos.

No olvidemos jamás la gran receta que Jesús mismo nos ha dado para conseguirlo todo, el medio infalible de llegar a ser inmensamente ricos en gracias del cielo. En nuestro siglo de inventos se buscan remedios específicos para todas las enfermedades, se elogia tal o cual medio nuevo de hacer fortuna. ¿Acaso los hijos del siglo serán siempre más prudentes que los hijos de la luz? Nosotros que sabemos lo que debemos hacer para llegar a ser ricos y que hemos aprendido del mismo Jesús esta magnífica receta, ¿por qué la olvidamos tan a menudo? ¿No merecemos, hasta cierto punto al menos, el reproche del Salvador a sus apóstoles: *Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid para que vuestro gozo sea completo?*

Se puede pedir sin duda en unión con Jesús de una manera inconsciente. Pedimos ya realmente en unión con Él por el mismo hecho de estar en estado de gracia y ser sus miembros místicos. Como dice San Agustín: «Es Cristo, nuestra cabeza, el que ora en nosotros.»[5] Todas las oraciones de Jesús durante su vida mortal, todas sus ora-

[4] Ioan. XVI, 23.
[5] Sanctus Augustinus, *In Psalm.* LXXXV.

ciones y sus intercesiones en la Eucaristía y en el cielo, son en cierta manera nuestras, si somos miembros suyos. Sus súplicas son nuestras súplicas. Al vernos a nosotros, miembros de Jesús, Dios ve a su mismo Hijo Jesús.

Pero no es menos cierto que sus oraciones, que nos han sido dadas como un tesoro, pueden ser explotadas por nosotros de una manera muy diferente. Si por vivir en la tibieza, apenas nos acercamos a este tesoro, ¿de qué nos aprovechará? Si al contrario, unidos por una parte íntimamente a Jesús por medio del amor, y recordando por otra expresamente su promesa, vamos a llamar a la puerta de nuestro Padre celestial, en nombre de su divino Hijo, entonces, ciertamente, estamos seguros de ser escuchados. Somos infinitamente ricos en Jesucristo, pero es menester que nos apropiemos sus riquezas viviendo tan unidos con Él cuanto nos sea posible y recordando también frecuente y explícitamente que orar en su nombre es orar de manera irresistible. ¿Cómo podría negarnos Dios alguna cosa cuando le recordamos la promesa que nos ha hecho por la boca de su amadísimo Hijo?

*Mientras más aumentan nuestras necesidades, más las colma Jesús.*

Hemos podido entrever ya la inmensa riqueza que tenemos, en medio de nuestra extrema pobreza, con la posesión de Jesús: *Tanquam nihil habentes, sed omnia possidentes.* Somos como si no poseyéramos nada, pero lo poseemos todo[6]. Sin duda que son grandes nuestras necesidades, y mientras más avanzamos en la vida espiritual, más nos parece crecer, por el hecho mismo de que tenemos de ellas una conciencia cada día más viva y más perfecta. El alma fervorosa experimenta necesidades sin cesar crecientes de adoración, de reparación, de reconocimiento,

[6] II Cor. VI, 10.



de amor, de impenetración, y muchas otras. Estas necesidades al crecer deberían hacerla cada vez más inquieta, más atormentada, más desgraciada.

Pero Jesús no ha querido abandonar al alma amante a sí misma, presa de sus necesidades insatisfechas. A medida que va avanzando en la senda del divino amor, comprende mejor su unión con Jesús. Ve cada día más claramente cuán poca cosa es por sí misma, pero también cuán inmensamente poderosa es por su Jesús y con su Jesús. Y naturalmente recurre por eso cada vez más a Él, a su divino remedio para todas las cosas. Puede exclamar con toda verdad: *Sufficientia mea ex Deo:* «Mi suficiencia me viene de Dios.»[7]

Gime al ver su poca humildad, pero para presentársela a Dios la une a la infinita humildad de Jesús-Eucaristía; se desconsuela cada día más al asistir a las continuas manifestaciones de su amor propio y al ver cuán poco ama, pero posee como suyo el horno de amor puro que arde en el Corazón de Jesús; se siente tan poco mortificada, tan poco amante del sufrimiento, pero tiene a Jesús-Hostia que en su sed infinita de inmolación, se inmola aún todos los días místicamente en los altares. Sufre al ver cómo recae aún cada día en tantas imperfecciones y faltas, pero posee como suya la santidad deslumbrante de Jesús.

Cualquiera que sea la necesidad de que sufra, encuentra su alivio en Jesús, su tesoro. Cualquier deseo que tenga, lo ve, gracias a Él, realizado con creces. Jesús, el bien infinito, la fuente inagotable de todos los bienes, con sus méritos infinitos y sus perfectas virtudes, es suyo y le dice con amor: *Omnia mea tua sunt*: «Todo lo mío es tuyo». Puede siempre con plena confianza presentárselo a Dios por sus necesidades sin número. Puede repetir respecto de sí misma aquella frase tan sencilla y a la vez tan sublime de una gran amiga de Jesús: «Oh Padre eterno, yo

[7] II Cor. III, 5.

te pido tal o cual gracia, por los méritos de tu divino Hijo. Toma sus méritos; págate Tú mismo, y devuélveme el resto.»

*Cómo recurrir más a menudo a la divina suficiencia de Jesús.*

Si hemos comprendido un poco mejor todas las riquezas que poseemos en Jesús-Eucaristía, ¿no hemos sentido también que no somos enteramente inculpables a este respecto? Hagamos un examen sobre nosotros mismos y sobre la manera de explotar esa mina de oro del Corazón de nuestro Salvador. Podemos, ya lo hemos visto, apropiarnos sus inmensos bienes, sus virtudes de amor, de humildad, de paciencia, de olvido de sí mismo, sus méritos infinitos. Podemos apropiarnos a Jesús entero para ofrecérselo a nuestro Padre como un homenaje dignísimo de Él, el infinito. Hay muchas maneras, lo hemos visto también, de apropiarse y de aprovecharse de sus inagotables riquezas. Ante todo, mientras más unida esté nuestra voluntad a la suya, más grande será nuestra intimidad con Él y mejor nos aprovecharemos de ella. Pero podemos hacer más. Podemos esforzarnos por recurrir más a menudo *explícitamente* a Él, en nuestras necesidades de todo género. Podemos esforzarnos por tener una conciencia cada vez más clara y a menudo más actual de la suficiencia del huésped divino de nuestros tabernáculos.

Cuántas veces, por ejemplo, recitamos la hermosa oración del Padrenuestro. ¡Con cuán sabrosa devoción deberíamos recitarla! Si la recitamos en nombre de Jesús, irá directa al corazón de Dios, nuestro Padre común, de Jesús y nuestro. Al oírnos, el Padre creerá con delicia oir aún a su amado Hijo.—Podemos también oir la misa con algo más de este espíritu, que es por excelencia el espíritu de la Iglesia. Ella no pide nada sino por Jesucristo, y todas sus oraciones terminan invariablemente con esa fórmula tan llena de sentido y con frecuencia tan poco apreciada:



«Por Jesucristo Nuestro Señor, que vive y reina, etc.»

Sobre todo si somos sacerdotes del Señor, pero aun como simples fieles, podemos todos los días depositar sobre la patena todas nuestras acciones, todos nuestros pensamientos, todos nuestros sufrimientos, todos nuestros arrepentimientos, para ofrecerlos al Dios santísimo, unidos a los méritos de Jesús.—Cuando hagamos nuestras visitas a Jesús-Eucaristía, podemos acercarnos más a Él como a nuestro mediador, reparador y divino remedio para todas nuestras necesidades. Y aun podemos a cada instante del día, sin ir a la iglesia, ofrecer a Dios nuestro Jesús-Hostia, que en aquel momento, en alguna parte del globo, se inmola por amor a nosotros y a su Padre.

Nos sentiríamos mucho más felices y llenos de entusiasmo, si practicáramos habitualmente este santo ejercicio del recurso a Jesús, nuestro divino remedio. En nuestras desolaciones, en nuestras sequedades, cuando no encontramos nada bueno en nosotros, cuán conveniente sería recurrir así a Él, y olvidando nuestra propia miseria, ofrecer su Corazón eucarístico, modelo de todas las virtudes, como una joya de infinito valor, a nuestro Padre del cielo. Esto nos haría menos triste, más animosos y más santamente alegres en el olvido de nosotros mismos. Y cuando hayamos caído de cualquier manera, en vez de entristecernos y despecharnos, cuán bueno sería recurrir también a Jesús, nuestro mediador, y reparar nuestra falta con un humilde arrepentimiento y una oblación de sí mismo a Dios.

En fin, esta práctica bien comprendida, repetida a menudo, nos haría amar más a Jesús. Le amaríamos por un nuevo título, le amaríamos como a nuestro divino remedio y encontraríamos nuevas ternuras de amor para agradecerle, no ya el amor que nos tiene a nosotros, sino el amor que tiene a aquel que es al mismo tiempo su Padre y nuestro Padre. Cada día crecería nuestra unión con Jesús por medio de este excelente ejercicio. Nos uniríamos más

íntimamente a Él, para llegar a ser como la yedra que se une a la encina y que, por débil que sea en sí misma, se confunde con ella en el goce común de una misma invencible fortaleza.

CAPÍTULO XI

# JESÚS, DIVINO REMEDIO DE LAS ALMAS QUE SE IDENTIFICAN CON ÉL

**I. La vida del alma que se identifica con Jesús es un continuo recurso a su divina suficiencia.—Cuánto agrada a Dios.—Está siempre alegre y confiada.—Jesús colma sus inmensas necesidades de impetración y de reparación.**

*La vida del alma que se identifica con Jesús es un continuo recurso a su divina suficiencia.*

Recurrir a Jesús, nuestro divino remedio en la Eucaristía, es cosa muy deliciosa. Esto inunda de sol nuestra existencia tan llena de tristeza y de miserias. Esto cambia y transforma nuestra vida. Sin embargo, las almas generosas e íntimas con Jesús conocen otro recurso. Es el recurso incesante a Jesucristo, su divino remedio, que vive en el fondo de su alma, recurso que tiene también sus encantos y ventajas. Sin salir de sí misma, el alma encuentra en su fondo más íntimo todas las riquezas del divino Salvador. El recurso a Jesús-Eucaristía, aunque posible a cada instante, se hace más naturalmente en las horas demasiado raras en que nos encontramos al pie del altar. El recurso a Jescucristo, Verbo divino, que vive en nosotros por la gracia santificante, vivificándonos como a sus miembros místicos, puede hacerse muy naturalmente y con la misma facilidad en cualquier momento del día, aun en medio de nuestras dificultades.

Y en efecto, para el alma que ha llegado a la perfecta intimidad con Jesús, para el alma que se esfuerza por identificarse con el huésped permanente de su corazón y por transformarse en Él, la vida entera es como un perpetuo recurso a la suficiencia de su amado. A cada instante del día, o explícita o virtualmente, se une a sus santísimas disposiciones. Mezcla su débil voz a los acentos infinitamente puros y encantadores que del alma de Jesús suben sin cesar hacia el Padre celestial. Su vida es un himno perpetuo de amor cantado con Jesús a la gloria de Dios.

Ella lo sabe y vive sin interrupción en ese espíritu de comunión íntima con su divino remedio. Ella sabe que su vida propia no es ya en realidad su vida, sino que a la vida de simple intimidad con Jesús ha sucedido la vida de identificación con Él. Un día se ofreció Jesús a vivir enteramente y solo en ella. Él le ha hecho comprender que, si quería amar hasta el exceso, debía darlo todo, entregarlo todo sin reserva. Entonces comprendió que ya no se trataba de su propia vida, que ya no debía tener ningún temor, ningún deseo, ninguna tristeza, ninguna alegría personal, como si ya hubiera muerto verdaderamente. Entonces, en un don supremo de sí misma, se confió a Él, se entregó enteramente a Él, se abandonó como si ya no existiera. Renunció para siempre a la suprema alegría de vivir *ella*, y ahora su ideal es no ser ya nada, para que Jesús sea todas las cosas en ella, para que Él se sirva de ella según su beneplácito, para que Él sea en ella como una alma nueva, una alma divina que la anime y la vivifique sin cesar.

¡Oh, qué feliz creatura la que Jesús ha invitado a esta vida celestial! Sin duda está muy lejos tal vez de su amado ideal. Tal vez no hace más que nacer a esa vida tan nueva y tan elevada. Quizás, en realidad, mezcla todavía con frecuencia sus míseras alegrías mezquinas y personales, sus leves dolores egoístas a la vida de Jesús en ella. Sin embargo, en sus grandes líneas, su vida es verdaderamente



la de Jesús, y como tal, en efecto, aparece a los ojos del Padre.

Su vida entera es como la irradiación del Salvador. Su vida entera no es más que la manifestación infinitamente variada del amor de Jesús a su Padre. Es Jesús el que se esfuerza en ser humilde en ella, para amar al Padre. Es Jesús el que procura manifestar en ella su dulzura, su caridad, su celo por las almas, como otras tantas efusiones de su amor a Dios. Todas sus virtudes, a pesar de sus imperfecciones y de sus sombras, son a los ojos divinos como el esfuerzo incesante de Jesús, el esfuerzo que hace Jesús para manifestar su amor al Padre y al Espíritu.

*Cuánto agrada a Dios.*

¡Cuánto agrada también a Dios esta «nueva vida de Jesús» en que se ha transformado, esa extensión de la vida de su Hijo único y amadísimo! ¡Con qué amor tan tierno mira esa existencia enteramente desbordante del Salvador! ¡Con cuánta ternura acaricia sin cesar a esa alma, enteramente irradiada de Jesús, enteramente transfigurada en Él, enteramente embalsamada con sus divinos perfumes! *Christi bonus odor*. ¡Con cuánta predilección ama a esa pequeña hostia de Jesús enteramente llena de Jesús y de su amor, bajo sus humildes apariencias de creatura! Y los ángeles y santos contemplan también encantados esa vida extraña y misteriosa de una creaturita y de su creador, esa vida maravillosa de dos seres en cierto modo fundidos en uno.

*Está siempre alegre y confiada.*

Las almas identificadas con Jesús o que se esfuerzan por estarlo, tienen conciencia de que son metamorfoseadas y divinizadas de ese modo en Jesús. Sienten, a veces sobre

todo, que en Él y por Él agradan inmensamente a Dios, a despecho de sus miserias. A veces Dios las hace sentir de una manera indecible sus divinas ternuras y les da al mismo tiempo la conciencia clarísima de que *su vida de identificación con Jesús es la que les merece estos favores.*

Por eso su corazón se dilata hasta el infinito y se entreabre deliciosamente a los dulces rayos de una confianza tranquila y que parece serles natural. ¿Cómo no habían de estar alegres y confiadas esas almas que se han como fusionado con Jesús, que han amalgamado sus pequeñas miserias con sus infinitas virtudes? ¿No les dice Jesús sin cesar con inmensa ternura: *Omnia mea tua sunt:* todo lo mío es tuyo?[1]. Sí, ellas se han entregado a Jesús sin reserva y Jesús también se ha entregado todo entero en retorno. Entre ellos ya no hay mío ni tuyo. Infeliz mendiga desarrapada, no sientes ya tus miserias, olvidas tu hambre y tus sufrimientos; hete aquí hecha reina de todas las virtudes, hete aquí en posesión de todos los tesoros del divino Rey, tu esposo.

¿Quiera esto decir que ya no tiene necesidades? ¡Oh no! Muy al contrario. En otro tiempo sus necesidades eran muy menudas. Infeliz mendiga, necesitaba muy poco para satisfacer sus mezquinos deseos, para extinguir su sed de virtudes y de amor. Ahora, hela aquí engrandecida, dilatada infinitamente, y sus necesidades se han acrecentado extraordinariamente. Reina ahora, tiene todas las inmensas necesidades de una soberana. Sus aspiraciones y sus necesidades de otros tiempos le parecen ridículas en su mezquina pequeñez. Tiene necesidades ilimitadas y sin cesar crecientes, necesidades de gracias que ha de obtener, de reparaciones que debe hacer, de amor que tiene que tributar y recolectar. Pero estas necesidades siempre crecientes, son siempre abundantemente satisfechas por su unión perpetua con Jesús, su real esposo y su divino remedio.

[1] Luc. XV, 31.



*Jesús colma sus inmensas necesidades de impetración.*

Ella tiene necesidad de gracias, de riquezas inmensas para sí misma y para los demás. En otro tiempo su horizonte era muy estrecho. Apenas sospechaba lo que era la santidad, la vida plena y alegre en Jesús. Deseaba llegar a ser dulce, humilde, olvidada de sí misma, amante. Pero ¿sabía lo que era la verdadera humildad, el amor puro? Ahora que se ha engrandecido, que ha adquirido esas pequeñas virtudes, tales como las soñaba en otro tiempo, entrevé nuevas e ilimitadas perspectivas de amor puro. Siente que no ha adquirido nada aún. Tiene una hambre indecible de amor, y ese amor que sueña ahora es de una pureza exquisita que no había sospechado jamás. Sueña todo esto, quiere todo esto, experimenta una viva necesidad de ello, porque su corazón se ha ensanchado y dilatado hasta el infinito, bajo la presión de la divina caridad que la llena. ¡Oh, cuántos favores divinos tiene que pedir para sí misma, cuántas gracias que obtener! Y sin embargo, todo esto no es nada en comparación de otras necesidades más profundas, más íntimas aún. Para sí misma, ¡vale tan poco en definitiva! Pero ¡cuántas almas que salvar! ¡Cuántas almas horriblemente vacías de amor y cuya miseria hace palpitar dolorosamente su corazón! ¡Cuántas almas a quienes quisiera llenar del amor divino, a quienes quisiera metamorfosear, como ya se ha metamorfoseado un poco ella misma! ¡Cuántos corazones sedientos de lo infinito y para los cuales quisiera, por medio de sus súplicas ardientes ante Dios y de los mil medios de apostolado que le sugiere su ardiente celo, obtener el que pudieran beber con delicia en la fuente refrescante donde ella misma bebe tan a menudo!

Hay almas, numerosas tal vez, cuya custodia le ha confiado directamente el Maestro. Hay innumerables almas esparcidas por el mundo entero que le pertenecen en

Jesús. La misma gracia de su divino esposo circula en ella y en esas innumerables almas; una misma vida inmensa, la vida divina, las hace palpitar. Ella experimenta sus sufrimientos. Sus miserias morales, sus pecados, encuentran en ella dolorosas repercusiones. El cáncer de sus vicios la atormenta también a ella misma. ¡Oh, cómo quisiera con sus continuas oraciones y con su celo infatigable ser una de esas células fervientes de vida plena y divina que trabajan laboriosamente, multiplicándose oculta y misteriosamente y acaban por sanear y convertir al mundo!

El alma identificada con Jesús tiene necesidad de gracias innumerables y maravillosas para satisfacer sus íntimas aspiraciones. Sus necesidades son ilimitadas. Pero Jesús no deja sola a su amada en sus crueles necesidades. Él ora sin cesar por ella. Implora sin descanso en ella a su Padre celestial. Lo hace no solamente en las horas de oración formal, sino también a todo lo largo del día. La vida del alma identificada con Jesús es una súplica continua y todopoderosa, súplica que es como la continuación y el prolongamiento de todas las oraciones del Salvador durante su vida mortal. Oraciones de Galilea y de Judea, por las noches, sobre las colinas solitarias, y oraciones de ahora, en la soledad de esa alma, donde Él es libre para obrar y orar, se confunden en una misma súplica amantísima y poderosísima ante Dios.

¿Cómo no iba a acoger el Padre favorablemente sus demandas, que no son en el fondo más que las súplicas de Jesús y sus divinos deseos? Cuando esa alma quiere obtener algo de Dios, está segura de ser escuchada. ¿No lo ha dicho Nuestro Señor mismo?: *Todo lo que pidiereis a mi Padre en mi nombre os lo concederá. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid para que vuestro gozo sea completo*[2]. ¿Cómo, pues, no iba a conseguirlo? Es Jesús mismo, el objeto de las complacencias eternas,

[2] Ioan. XVI, 23.



el que suplica al Padre por ella. Rehusarle a ella sería rehusarle a Jesús. Por lo que a ella toca, no merece, como tantos otros, el reproche de Nuestro Señor. Ni siquiera sabe ya lo que es pedir a Dios, sino en Jesús. Hace mucho tiempo que, no sólo todas sus oraciones, sino también su vida toda, se realiza en nombre de Cristo[3].

### *Jesús colma sus inmensas necesidades de reparación.*

Otra necesidad inmensa de esas almas es la necesidad de reparación. Jesús se sirve libremente de ellas para prolongar su vida en la tierra, pero ¿su vida no fue ante todo una vida de expiación y de reparación? Desde la pobreza del pesebre hasta la desnudez de la cruz, el sufrimiento fue el compañero inseparable del Salvador. Ahora bien, ese sufrimiento expiatorio y reparador arde en deseos de continuarlo en las almas que son enteramente suyas. *Cumplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo*[4]. Ese grito del gran Apóstol lo que han repetido las almas valientes de todos los tiempos, pero quizás nunca tanto como en nuestro siglo de gozo desenfrenado.

«¡Oh, almas, exclamaba la fundadora de los Amigos de los pobres, almas no solamente compasivas, sino también almas generosas, ávidas de probarle a Jesús su amor por medio de la penitencia!

»Son necesarias para despertar a otras, adormecidas por la molicie y la rutina egoísta del bienestar. Se necesitan víctimas. Jesús las busca. No pudiendo ya sufrir en su carne glorificada, su corazón herido de amor quisiera almas en quienes pudiera derramar sus gracias para resucitar tantos muertos que duermen en horribles tumbas.

»Estamos en una hora decisiva. Los buenos han sufrido mucho y sus expiaciones y clamores están a punto de obtener misericordia. Pero para conseguir este triunfo de-

[3] Cfr. *La vida de identificación con Jesucristo*, pág. 40.
[4] Col. I, 24.

finitivo, para hacer triunfar a Jesús-Hostia se necesitan mártires voluntarios del amor. La balanza de la misericordia aguarda los heroísmos de los justos... Seamos nosotros estas hostias bajo las cuales Jesús completa su pasión, y por las cuales puede en cierta manera rescatar al mundo que se pierde en el pecado.»

Para las almas identificadas con Jesús esta necesidad de inmolación y de sufrimientos es una necesidad apremiante, impaciente, jamás satisfecha. Javierina de Maistre quería hacer de sí misma como una esponja, para absorber las iniquidades del mundo y llevárselas a Jesús, a fin de que Él las aniquilara. El sufrimiento, bajo sus mil formas, sufrimientos inadvertidos de la vida cotidiana y monótona, o sufrimientos de pruebas dolorosas, les es tan necesario a esas almas como el aire que respiran. «La única cosa que me faltará en el cielo será el sufrimiento», decía *Consummata*.

¡Hay tantas infidelidades, tantas iniquidades, tantas abominaciones que reparar! Sin mirar más que a sí misma, el alma quisiera entregarse sin tregua al sufrimiento, para expiar sus innumerables faltas. ¿Qué decir, pues, cuando su mirada abarca ese mundo sumergido en la iniquidad y en el olvido o en el odio de Dios? Sus ojos ven sin cesar a la justicia divina dispuesta a desencadenar sus rayos vengadores contra las almas irremediablemente rebeldes a la gracia. ¡Hay tanto que reparar, tanto que expiar, tanto que salvar! Pobre creaturita, pequeño átomo de polvo, ¿qué puede hacer ella ante esa tarea inmensa, gigantesca?

En su extrema indigencia no olvida a Jesús, con quien sufre y repara y expía incansablemente. Sin duda, sus sufrimientos propios no son nada. No bastarían jamás ni aun para expiar sus propios desfallecimientos. Pero sus sufrimientos no son sólo sufrimientos suyos, son también los sufrimientos de su divino amigo en ella. Es el mismo Jesús, el Cordero inmaculado, el que expía y completa su pasión en ella. He aquí su gran consuelo, he aquí lo que tras-



forma sus sufrimientos a sus ojos y la hace tan ávida en la prosecución de todo lo que pueda crucificarla y hacerla participar en la expiación de Jesús. Tiene conciencia de que sus propias inmolaciones se pierden y se anegan en la inmolación de Jesús, de que sus sufrimientos reparadores son inseparables de esa inmensa reparación de Jesús, que comenzó en Belén y que no terminará sino al fin de los tiempos.

«Yo soy justo —decía Nuestro Señor a Teresa Durnerin—, y cuando un alma ha cumplido su tarea personal, Yo tomo sobre Mí el complemento de su expiación y hago de él mi propio bien divino. Lo uno entonces a mis méritos sobreabundantes; de la acumulación de mis expiaciones y de las de mis elegidos me formo un tesoro del que estoy muy celoso. Ésta es la causa de esas expiaciones que hacen de la vida de mis predestinados un martirio incesante. Juzgando de todo según mis miras divinas, urjo el trabajo y acreciento en ellos el dolor.»

---

**II. El alma identificada con Cristo tiene una necesidad infinita de amor, que Jesús colma plenamente.—Sin cesar hace la entrega de Jesús a Dios. Exhortación a un entero abandono.**

### *El alma identificada con Cristo tiene una necesidad infinita de amor, que Jesús colma plenamente.*

La necesidad más fundamental, la más esencial para el alma «identificada», aquella de la cual las otras no son más que irradiaciones, es la necesidad de amor. Si como lo hemos visto, aun las almas que viven en la intimidad con Jesús conocen esa hambre y esa sed de amor que a veces se convierte en un verdadero tormento, ¿quién dirá la pasión de amor y la necesidad siempre creciente de amar del alma que vive de la identificación con Jesús y de la transformación en Él?

A fin de abrasarla en su divino fuego y de acrecentar infinitamente sus deseos, Jesús la inunda en ciertas ocasiones de luces divinas. A veces en la contemplación le da a entrever las amabilidades infinitas de su amado Padre. Por los dones de entendimiento y de sabiduría la sustituye en cierta manera a sí mismo, para encantarla y extasiarla de amor a la vista de la belleza y del amor divinos. Así el conocimiento que tiene de la amabilidad divina crece sin cesar. Mientras más conoce a Dios, mejor descubre que Dios no es lo que ella conoce de Él, que no es esa amabilidad que la fascina, sin embargo, tan irresistiblemente, sino que es infinitamente más amable aún.

Y ese conocimiento crea en ella una necesidad insaciable e imperiosa de amor; causa en su corazón un tormento que la mina y la consume. Porque ha comprendido que nunca, por más que se esfuerce, amará adecuadamente a la infinita amabilidad. Por más que se esfuerce no podrá amarla en su propio nombre como ella lo merece. Mil veces menos aún podrá amarla como conviene por esas innumerables almas que la aman tan poco y cuyo amor quisiera aumentar y perfeccionar.

¡Pero qué digo! Esas inmensas necesidades no son nada en comparación de la necesidad a la vez más dolorosa y más deliciosa de su alma. Debe amar por sí misma, debe amar por los demás, pero sobre todo debe amar por Jesús y en su nombre. Jesús le ha pedido su vida para continuar amando al Padre en ella. Él le ha dicho y le dice sin cesar: «Déjame amar libremente en ti y por ti a mi Padre infinitamente amable.» Su vida entera debe estar desbordante de amor. Sabe que Jesús quiere alabar aún por su boca al Padre, y decirle millares de veces: Padre mío, yo te amo; que quiere por medio de su corazón amar aún a su Padre y entregarse a Él sin interrupción. ¿Cómo podrá satisfacer ese amor insaciable de Jesús?

¡Ah! Ella comprende por qué su corazón se abrasa en un deseo infinito de amor. Es el amor apasionado de Jesús a su Padre el que la abrasa, el que la consume: *Caritas Christi urget nos*[5]. La caridad de Cristo la atormenta. El amor mismo de Jesús es el que pone en ella esas aspiraciones inauditas de sufrimiento y de inmolación. Jesús vive en ella su divina caridad, y como ella le ha abandonado su corazón para que lo haga suyo y ame a su antojo, ¿quién dirá los excesos de amor de Jesús en esa alma? ¿Quién dirá dónde se detendrá Jesús en esa manifestación de su caridad hacia su Padre, en la que es perfectamente libre y nada se le opone de parte de su amada?



¿Qué inventará ella en su impotencia radical de amar? ¿Qué dará al amor infinito para devolverle una justa retribución? ¿Qué dará a la belleza sin nombre para probarle su amor? ¡Ah, qué feliz mendiga! Sí, ella sabe muy bien cómo satisfacer sus infinitas necesidades. Sabe muy bien adónde ir a beber el amor que colmará todos sus dolorosos deseos. Sabe que Cristo vive incesantemente en ella, que se esfuerza en amar plenamente a su Padre celestial en ella. Sabe, y lo siente muy a menudo, que sus propios estremecimientos de amor son como una de las innumerables vibraciones del Corazón de Jesús. Y aun a veces experimenta que ella misma no es más que una llamita del gran horno de amor. Arde muy mal, sin duda. El amor divino tiene que trabajar mucho para ponerla incandescente a ella, piedrecilla oscura y fría. Más aún, desaparece entre la inmensa hoguera. ¿Quién la distinguirá de Jesús que la abrasa y la consume? Ciertamente, ni el Padre celestial, ni los santos del cielo. Por eso, identificada como está incesantemente con Cristo, no siente ya, al menos algunas veces, la inmensa insuficiencia de su amor. Su poder de amar se ha como multiplicado y acrecentado hasta el infinito, con todo el amor del mismo Jesús. Su amor a Dios es el amor insondable de su divino esposo.

[5] II Cor. V, 14.

*Sin cesar hace la entrega de Jesús a Dios.*

El amor tiene que dar. Dar es una necesidad esencial del amor. ¿Qué dará esta alma a Dios en retorno de su amor y para agradarle inmensamente como tanto lo desea? También esto lo sabe muy bien. Infinitamente pobre, es también infinitamente rica en Jesús. Pues dará al mismo Jesús. A Dios, que en su liberalidad se le entrega un poco, y tanto cuanto la capacidad de su creaturita lo permite, le dará algo más grande y mejor: le dará *todo* un Dios, a Jesús, *entero*, segura de quedar victoriosa en esa lucha de amor.

Sí, su vida entera no es más que una donación perpetua de Jesús. Vivir, para ella, es entregar a Cristo, es dar un Dios a Dios. Cada uno de sus pensamientos, cada uno de sus deseos, cada uno de sus actos es una donación de Jesús.

Cuando ora, ¿y no ora siempre, acaso?, hace la entrega de Jesús a Dios. Sus adoraciones humildísimas, sus apasionadas admiraciones, sus agradecimientos tan vivos, sus aspiraciones llenas de amor, son para Jesús otras tantas maneras de entregarse por medio de ella a su amadísimo Padre. Su comercio con Dios es un flujo y reflujo continuo: el océano de amor divino se entrega a ella, y ella se entrega con Jesús a Dios.

Por eso el alma «identificada», plenamente consciente de su misión y de su dicha, experimenta en ciertas ocasiones transportes inefables de paz y gozo celestial. Sí, tiene sin duda inmensas necesidades de amor, y el amor no quiere conocer otra alegría que la de amar siempre, la de dar siempre. Pero también, ¡cómo ha encontrado la alegría que soñaba! ¡Cuán inmensamente da! Toda su vida se desliza en una dicha inefable, aunque a menudo no sentida, porque su vida entera se pasa dando inmensamente, dando un Dios a la infinita amabilidad, objeto de su amor.



Una alma llegada a la perfección de esa vida de identificación, y conocida hasta ahora bajo el seudónimo de *Consummata*, expresaba en estos términos la alegría enteramente espiritual, enteramente celestial, aunque insensible, que experimentaba en entregar así a Dios al mismo Dios: «¿Cómo manifestarle mi dicha, Madre mía? Dios está siempre oculto, todos los habitantes del cielo parecen dormir, ni se presenta tampoco María. Pero poseo a Dios todo entero, tengo conciencia de que le entrego sin cesar a Él mismo, y de que así le glorifico inmensamente. Tengo conciencia de nuestra unión. Es como poseer un tesoro cerrado que se da todo entero al que se ama, sin gozar uno mismo de él. Pero la dicha que se siente en darlo todo intacto y sin guardar nada para sí, *supera infinitamente la alegría que se podría sentir en gozar uno mismo de él.* Todo lo que constituye mi dicha en este estado, y lo que me parece más admirable, es el poder amarle con un amor digno de Él y hacerle un don infinito. Es una locura el decirlo, pero creo que es la verdad, puesto que no formamos más que uno, y yo no puedo amarle sino con su amor, puesto que al entregarme a mí misma, es a Él, por decirlo así, a quien entrego. Ante estos secretos de amor y unidad, a la vista de las cosas inmensas que hacen Él y esta creaturita suya, para su gloria, no puedo menos de permanecer abismada en mi miseria y dejar desbordar mi reconocimiento»[6].

*Exhortación a un entero abandono.*

Almas dichosas que habéis escuchado el llamamiento de Jesús a una vida de identificación, entregaos sin reserva a vuestra noble misión, a vuestra vida celestial y divina. En medio de todas las agitaciones de este destierro, habéis encontrado la paz inmutable y serena de las verda-

[6] R. Plus, S. I.: *Vie de Marie-Antoniette de Geuser*, 1928, pág. 236.

deras esposas de Jesús. Vaciaos cada vez más de vosotras mismas y pedidle a Jesús que os penetre tan fuertemente, que os impregne de tal manera, que os llene tan plenamente, que sobreabundéis siempre en Él. Vosotras queréis entregarlo, y entregarlo sin cesar, a Dios. A Jesús le toca llenaros de Sí mismo para que podáis entregarlo a su Padre. No temáis. No dejará de hacerlo, de seguro.

Sobre todo, abandonaos enteramente a los sentimientos de apacible abandono que os son tan naturales. Continuamente hacéis la entrega de Jesús a Dios. Después de esto, ¿no sois ciertísimamente el objeto de las divinas complacencias? ¿Y Jesús no cifra toda su alegría y su dicha en vosotras, que le permitís satisfacer plenamente su ardiente amor al Padre celestial?

Sí, entregaos a la confianza más fiel, al abandono más entero en Jesús. Sobre todo en los momentos en que se hace sentir más, en que su vida parece circular en vosotras más intensamente, más cálidamente, en las horas en que experimentáis que ya no sois vosotras las que vivís, sino Él el que vive en vosotras, dilataos en esa confianza en Jesús, vuesto divino remedio. Reafirmad vuestra confianza para las horas, tan frecuentes tal vez, en que se oculte en el fondo de vuestra alma, para las horas angustiosas de la noche, en que os parece haber perdido a vuestro amado, y hasta creéis que habéis caído para siempre en su desgracia. Comprended, de una vez por todas, que nunca, nunca jamás, podría abandonaros Jesús. Esperad firmemente de su amor fidelísimo que jamás permitirá que le desagradéis, que le ofendáis, aun con la más mínima falta voluntaria. Creed que en medio de las mayores dificultades, de las peores tentaciones, sabrá conduciros sanas y salvas allí donde su amor infinitamente sabio quiere conduciros. Prometedle a Jesús, vuestro divino remedio, no olvidaros jamás de recurrir a Él, no olvidaros jamás de anegar en Él todas vuestras infidelidades y vuestras incoherencias, aun cuando Jesús se haya escondido



tan ocultamente que os parezca haberle perdido para siempre.

Y vosotras, almas que desde hace largo tiempo quizás vivís en la intimidad con Jesús, sin conocer sin embargo, los encantos de la vida de identificación, ¿no envidiáis a esas almas felices en su vida siempre alegre, risueña, llena de sol? Jesús os invita también. Más de una vez, sin duda, os habéis preguntado qué más podríais hacer por Él. Pues bien: entregaos por fin enteramente a Él, renunciad a toda alegría, a todo dolor, a todo deseo, a todo temor personal. Renunciad a la dicha sutilmente egoísta de vivir vosotras mismas, para dejar a Jesús vivir en vosotras libremente y sin trabas. Abridle enteramente las puertas de vuestro corazón. Dadle la llave de vuestra voluntad. Abandonaos enteramente a Él, para que se sirva de vosotras como quiera, para que ame aún en vosotras y por vosotras a su Padre celestial y prolongue en vosotras su vida de otros tiempos en la tierra.

No temáis. Sin duda que esa vida es muy noble, muy sublime, y vosotras sois débiles y cobardes, como lo muestra la experiencia; pero Jesús lo puede todo. Decidle: «Oh amado Salvador mío, yo no puedo nada, pero con tu gracia hazme hacer todo lo que Tú quieres.» «*Da mihi quod iubes, et iube quod vis*: concédeme lo que me mandas hacer, y mándame lo que quieras.»[7]—No temáis el sufrimiento. Jesús no os dará nunca más de lo que podéis suavemente tolerar. Y además os concederá el amarle muy pronto tanto y tan fuertemente, que no podréis saciaros bastante de ese bendito sufrimiento, que contiene en sí mismo la miel sabrosa del divino amor.

[7] San Agustín: *Confesiones*, lib. X, caps. 29, 31, 37.

## Capítulo XII

# LAS PERFECCIONES DIVINAS Y LA CONFIANZA

**I. LAS PERFECCIONES DIVINAS EN GENERAL.—Las perfecciones divinas son para muchos como inexistentes.—Las almas interiores viven de ellas y de allí sacan una inmensa confianza.—Pesares y resoluciones.**

*Las perfecciones divinas son para muchos como inexistentes.*

Hasta ahora hemos considerado detenidamente a nuestro amable Salvador en todas las maravillosas manifestaciones de su inaudito amor a los hombres, a fin de libar en dondequiera que pudiéramos la dulce miel de la confianza. Hemos encontrado sin cesar nuevas razones para fiarnos entera y absolutamente de aquel a quien Dios nos ha dado para ser nuestro Salvador, nuestro Redentor, nuestro Reparador y nuestro todo. La confianza en Él es tan natural que parece imponerse. Pero Jesús es también el camino que conduce a Dios, su Padre. Él mismo lo ha declarado: *Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre sino por Mí.* Por eso, después de haber conquistado nuestra confianza, Jesús nos muestra allá arriba a su amadísimo Padre, y nos conduce a Él, invitándonos a abrir también enteramente nuestros corazones a la confianza más absoluta en su Padre celestial.

¡Ah, cuántas almas conocen poco a Dios y esas amables perfecciones divinas que son tan propias para dilatar nuestra confianza y afianzarnos en una paz inmutable! No tienen de esas perfecciones más que una idea muy imperfecta, muy teórica, sobre todo, y muy estéril. Esos atributos divinos que deberían desempeñar un papel tan importante en su vida espiritual y ser objeto preferido de sus contemplaciones, son para ellos algo inerte y muerto. No les dicen casi nada, por la sencillísima razón de que no se han «dado cuenta», en manera alguna, de ellos. Aun aquellas perfecciones divinas que parecen enteramente propias para tranquilizarnos y consolarnos, la bondad infinita de Dios, su amor misericordioso, no son a menudo para ellas más que palabras solemnes, casi vacías de sentido, que en las horas de prueba les inspiran muy poca confianza sentida y vivida. Y por lo que hace a otras perfecciones, tales como la santidad, la pureza, la omnipotencia divinas, no tienen para estas almas más que un aspecto espantoso que contribuye más a disminuir su mezquina confianza.

Por eso, así como les parece fácil la confianza en Jesús Dios-Hombre, así hallan difícil la confianza práctica en Dios, infinitamente perfecto. Esto es conocer muy poco a nuestro Padre celestial, ese Padre amantísimo y amabilísimo de quien el mismo Jesús es el espejo fidelísimo, la manifestación sensible adaptada a nuestra pequeñez de creaturas.

*Las almas interiores viven de ellas y de allí sacan una inmensa confianza.*

Las almas verdaderamente interiores encuentran, al contrario, sus delicias en esas perfecciones divinas. Viven sin cesar en contacto y en comunión con ellas. Mientras que las almas imperfectas tienen dificultad en fijar por algunos instantes su mirada en esas amables perfecciones, ellas permanecerían horas enteras contemplándolas con dicha y con amor, admirándolas, amándolas y hallando

en ellas su felicidad. Según las circunstancias, viven ya en una, ya en otra de estas amadas perfecciones.

En las horas de infidelidad y de caída, el amor misericordioso las consuela y anima. En las tentaciones, se arrojan con confianza en los brazos de la santidad y de la pureza divinas, como en un refugio segurísimo. Cuando se ven presa de dificultades invencibles, piensan detenidamente y con amor en la omnipotencia divina y encuentran en ella una paz inalterable. En medio de las contradicciones y de los desprecios, sacan del amor infinito todo el amor de que su corazón sediento tiene necesidad. En sus sufrimientos y en sus penas, el pensamiento de la felicidad divina pone sobre sus llagas un delicioso bálsamo. En una palabra, Dios es aquí abajo para ellas todo en todas las cosas, *Deus meus et omnia*, porque han comprendido y entrevisto un poco las divinas perfecciones. Se han habituado a vivir en su amable compañía, a saborear sus atractivos y a depender de ellas en todas las cosas. Por eso ninguna dificultad, ningún sufrimiento, ningún suceso podría quebrantar su paz y su serena confianza.

*Pesares y resoluciones.*

¡Ay, hasta ahora quizás yo mismo he vivido muy poco en esas amables perfecciones de mi Dios! Y a pesar de que es un hecho que estoy sumergido en ellas, que me rodean a todas horas como un océano de amabilidad infinitamente cautivadora, ninguna o muy poca cuenta me he dado de sus atractivos y de su acción incesante sobre mí. La belleza, la santidad, la sabiduría, la felicidad divinas, y aun el amor eterno de Dios hacia sí mismo y hacia nosotros, han sido para mí casi como inexistentes y como tesoros ocultos. ¡Oh, cuán rara vez quizás ha sentido mi corazón sus divinos encantos y se ha estremecido a su recuerdo o a su contacto!

¡Qué pérdida tan inmensa la que he sufrido por esto, y sin darme cuenta siquiera! Todas esas maravillosas perfecciones divinas que quieren abajarse hasta mí y que quisieran hacerme gustar en mi destierro algo de los goces del paraíso, prácticamente las ignoro. La dicha más pura, más exquisita que sea dado experimentar aquí abajo, la de admirar esas benditas perfecciones, contemplarlas amorosamente, hallar en ellas mi felicidad y mis complacencias, perderme en ellas y olvidar mis miserias, embriagarme verdaderamente en ellas, esta dicha me es desconocida por desgracia, y si continúo viviendo así, me será desconocida hasta la muerte...



¿No procuraré por fin ser yo también una de esas almas dichosas que viven verdaderamente de Dios? Mi ideal es vaciarme de mí mismo para amar a Dios con todas mis fuerzas y unirme a Él. Mi anhelo es llegar a ser santo. ¿No procuraré, pues, meditar más a menudo en las perfecciones divinas para encontrar también yo en ellas toda la paz, todo el amor, toda la confianza de que tiene tanta necesidad mi corazón para santificarse?

¡Ánimo, alma mía! Sube tú también un poco por encima de todo lo sensible, por encima de las cosas efímeras que te rodean y te tienen cautiva, sube alegremente, como la alondra, a un aire más puro, hacia las perfecciones y las amabilidades divinas, y embriágate a tu placer de amor y de luz. Trata de contemplar la belleza divina y procura «comprender» algo de estas maravillas divinas. No es justo que las miserables perfecciones de las creaturas, esas sombras tan sólo de las perfecciones de Dios, te encanten tan poderosamente, y que esas mismas infinitas perfecciones, fuente de todo encanto creado, te dejen indiferente y fría.

---

**II. LA SANTIDAD DE DIOS.—La santidad divina es el amor que Dios se tiene a Sí mismo y el inmenso deseo que tiene de ser amado perfectamente por nosotros.—Confiémosle nuestros ardientes deseos de santidad.**

*La santidad divina es el amor que Dios se tiene a Sí mismo y su inmenso deseo de ser amado perfectamente por nosotros.*

Dios es santo, infinitamente santo. ¿Qué quiere decir esto sino que Dios se ama a Sí mismo infinitamente, como debe? Él es el océano inmenso de la infinita amabilidad y su eternidad transcurre en contemplar con un amor igualmente infinito esa infinita amabilidad. Ese amor justísimo, santísimo de Dios hacia Sí mismo es precisamente su santidad[1]. Pero Dios, al par que se ama infinitamente con una santidad infinita, desea también inmensamente que todas las creaturas le amen como deben. Dejaría de amarse infinitamente, dejaría de ser perfectamente santo, dejaría de ser el Dios perfectísimo, si no deseara ardientemente, si no quisiera y aun si no exigiera el amor de todas las creaturas.

Detengámonos un poco en este pensamiento tan bienhechor. Tal vez no he mirado la santidad divina por este aspecto. La santidad divina que me parecía tan oscura y tan fría, es ante todo el amor de Dios a Sí mismo y el deseo ardiente que tiene de poseer mi pobre amor. La santidad infinita no es, pues, únicamente la deslumbrante blancura y la inmaculada pureza de la luz increada, ante la cual nos cubrimos el rostro de vergüenza y a cuyos pies los serafines claman sin interrupción: *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. Es también y sobre todo el inmenso amor de Dios

[1] Cfr. por ejemplo, J. Van der Meersch: *Tractatus de Deo uno*, 1927, pág. 283: *Dei sanctitas consistit formaliter in amore divinae bonitatis.*



a Sí mismo y el inmenso deseo que tiene de ser amado y de hacerme amante y santo de Él.

Yo deseo amar a Dios, llegar a ser santo. Pero Él, la santidad infinita, lo desea mil veces más que yo. Mis deseos de santidad, mis ansias de amarle inmensamente, no son más que una gota ante el océano de los deseos de Dios.

Piensa en esto, alma mía, medita esto a menudo con amor, y muy pronto, con la luz de la gracia, esa santidad de Dios, que hasta ahora te espantaba o te dejaba indiferente, la verás por un aspecto nuevo y amabilísimo. Entonces me arrojaré en los brazos de esa santidad infinitamente encantadora y le diré: Oh santidad de Dios, santidad amadísima, yo acudo a Ti; yo, un niño desvalido, un ínfimo grano de arena que nada puede. ¡Ah, Tú lo sabes muy bien, deseo tanto llegar a ser santo! ¡Sueño tan a menudo en amarte con un inmenso amor de santo! Hace mucho tiempo que trabajo en ello. ¡Ay, todos mis esfuerzos han conseguido muy poco, han realizado muy poco hasta ahora! Siento que soy pobrísimo e impotente. No puedo escalar la dura senda de la santidad y de la unión divina. Oh, Tú que eres más tierna que una madre, Tú que deseas mi santidad mil veces más que yo mismo, tómame en tus brazos y elévame poco a poco hasta el perfecto olvido de mí mismo y hasta tu amor purísimo.

*Confiémosle nuestros ardientes deseos de santidad.*

Ama de ahora en adelante, oh alma mía, a esa santidad divina que se te presenta ahora tan amable y tan animadora. Piensa en ella, recurre a ella en tus dificultades, en las arideces y sequedades, en tus infidelidades y miserias. Confíale tus deseos. ¡Le agradan tanto esos deseos emanados de ella misma! Son una oración continua y omnipotente. Aun cuando tú no le pides, cuando ni siquiera piensas en Dios, tus deseos que Él ve continuamente son también una oración para él. *El Espíritu mismo ora en*

*nosotros con gemidos inenarrables*[2]. Sí, es el Espíritu de Dios, el Espíritu Santo, el amor santísimo, infinito y recíproco del Padre y del Hijo, el que forma esos deseos en ti; es el amor que se ama a Sí mismo en ti y se esfuerza en amarse cada día más hasta la perfecta unión del amor.

Manifiéstale, pues, tu inmensa impotencia para amarle con un amor puro y que se olvida de sí mismo. Manifiéstale tu impotencia para amar a Jesús, para devolverle amor por amor. Jesús está allí sin cesar, en tu alma, ese Jesús crucificado por tu amor, muerto por tu amor. Está allí mendigando tu corazón, todo tu corazón. Allí está, y a cada instante parece decirte: ¿Qué me darás en cambio de tanto amor?

Pues bien: en tu inmensa pobreza y en tu impotencia radical, acude a la santidad infinita de Dios. Arrójate a sus pies implorándola con instancia y dile: Oh, santidad amada, yo quisiera amar a Jesús ardientemente, hasta la locura, amar a Jesús como una Teresa del Niño Jesús, amarle como jamás ha sido amado. Quisiera amarle cada día más, porque siento dolorosamente que mi amor no igualará jamás al suyo. Siento que cada uno de los instantes de mi existencia debería ser una manifestación de mi amor a Jesús, una retribución a su amor. Cada instante de mi vida debería traducirse por un «he aquí», he aquí mi retorno de amor a Ti, oh mi querido Crucificado. Yo quisiera vivir en todo instante con la conciencia clarísima y siempre actual de que seré, a pesar de todo, vencido por Él en materia de amor. Oh santidad infinita de mi Dios, ven en mi ayuda. Haz lo que yo no puedo de ningún modo. Arráncame a mi amor propio, arráncame a mí mismo y abrásame de amor, para que pueda amar por fin a tu Jesús, un poco al menos, como yo quisiera.

[2] Rom. VIII, 26.



**III. LA BELLEZA DIVINA.—La belleza de Dios no tiene horror a nuestras fealdades sino para curarlas comunicándosenos.—Recurramos a ella. Las demás perfecciones divinas son también todas «comunicativas».**

*La belleza divina no tiene horror a nuestras fealdades sino para curarlas comunicándosenos.*

Muchas almas lloran casi sin cesar sus miserias y la fealdad que descubren en sí mismas. Se miran, con razón, como el teatro donde circulan libremente innumerables vicios y defectos. Luchan con ánimo contra esas manifestaciones siempre renovadas de sus imperfecciones; pero como se apoyan demasiado en sí mismas y en sus esfuerzos personales, se desconsuelan en exceso.

¿Por qué, en su impotencia, no van a presentarse a la belleza divina? Esa belleza infinita que arrebata a los ángeles, esa belleza que, *desde esta tierra*, encanta a los santos y los arrebata en éxtasis de amor, no debe ser para nosotros un espantajo, ni un objeto digno de repulsión. Debería, al contrario, presentársenos como una perfección divina infinitamente compasiva, infinitamente deseosa de curar las numerosas deformidades de nuestra alma.

Sin duda, el contraste entre la belleza de Dios y nuestra propia miseria sólo consigue en cierto sentido poner más de relieve la magnitud de nuestra fealdad. Pero acordémonos de que la belleza divina, como todas las demás perfecciones de Dios, es infinitamente comunicativa, infinitamente deseosa de darse lo más posible a nosotros. La belleza divina tiene horror a nuestras horribles miserias ciertamente, pero no para rechazarnos con disgusto, no, ni para abandonarnos a nuestra triste deformidad. Les tiene horror para aliviarnos, para curarlas, para reinar como soberana en su lugar e inundarnos desde esta vida como algunos rayos de sus gracias y de sus divinos encantos.

En el fondo, si pensamos bien en ello, ¿la belleza di-

vina no se contempla siempre un poco en nuestra alma, con tal que esté en estado de gracia? ¿No se nos ha dado ya, cuando por el bautismo y la gracia santificante hizo de nuestra alma un palacio de una belleza insospechada, por desgracia, a nuestros ojos materiales? Sabemos qué éxtasis causaba a una Teresa de Ávila, a una Catalina de Siena, la vista de la belleza divina de un alma en estado de gracia. Si viéramos esa belleza irresistible de nuestra alma, cuyos encantos, por desgracia, se nos escapan enteramente, tampoco nosotros, como ni los santos, podríamos resistir su esplendor... ¡Y sin embargo, sí, esa belleza es muy nuestra!... Adorna nuestra alma con joyas preciosísimas que cautivan el corazón del Rey de los reyes. ¡Ay! al mismo tiempo se ven en ella nuestras miserias, nuestras innumerables miserias, como otras tantas manchas vergonzosas de lo «humano» sobre la vestidura de nuestra alma. Y es demasiado cierto que esas manchas que desfiguran nuestra alma y la hacen aparecer, aun a nuestros ojos de creaturas, como una llaga viva sobre el fondo encantador de nuestra gracia santificante, esas manchas son mil veces más repugnantes aún a los ojos de la Infinita Belleza.

Pero, una vez más, esa Belleza sólo se impresiona tan fuertemente ante nuestras fealdades para tener una inmensa compasión de ellas. Esas manchas de lo humano y de lo creado que la ofenden, esa extraña mezcla de belleza encantadora y de horrible deformidad, lo incitan vivamente a comunicarse más a nuestra alma, a circundarnos más completamente de su propia belleza, cuyos rayos disiparán nuestras fealdades, como disipa el sol la niebla. La hacen desear más ardientemente aún lavar y purificar enteramente la brillante vestidura de nuestra gracia santificante.

¡Ah, si tuviéramos la dicha de comprender un poco esto, no tendríamos ya miedo de la belleza divina, como de una perfección que se horroriza de nosotros o que



nos ofende haciendo resaltar más dolorosamente aún nuestras abominaciones y nuestras manchas. Al contrario, en las horas en que nuestra repugnante fealdad y nuestra impotencia para curarla nos hagan sufrir más cruelmente, nos acercaremos a ella con confianza. Recurriremos a ella y le descubriremos nuestras miserias, diciéndole: *Domine, miserere mei peccatoris:* Señor, ten piedad de este pobre pecador. Oh belleza admirabilísima de Dios, mira mi sufrimiento y mis angustias. ¡Ah, yo tampoco amo estos vicios ni estas miserias! Yo también los odio y quisiera desembarazarme de ellos para siempre. Pero Tú lo sabes muy bien, mis esfuerzos son muy estériles, mi acción propia es muy impotente, muy exterior y superficial. Tú sola puedes purificar mi alma, hasta su más íntimo fondo, de esas innumerables manchas.

*Las demás perfecciones divinas son también todas «comunicativas».*

Pero no son solamente la santidad infinita de Dios y su amor a Sí mismo, que desea comunicárseme para hacerme santo, y la belleza divina, que quiere entregárseme, embellecer mi alma y curarla de todas sus enfermedades. Todas las perfecciones de mi Dios están igualmente deseosas de abajarse hasta mí y de entregárseme. Son esencialmente comunicativas. *Bonum est diffusivum sui.* El bien ansía difundirse. La pureza inefable de Dios tiene una inmensa compasión de mi alma tan impura y tan llena de pecados. Desea ardientemente dárseme, unirse a mí para purificarme y librarme de todo pecado. La inmensa felicidad de Dios, ese océano de dicha y de paz, en el cual Dios está anegado eternamente, quisiera inundarme ya un poco en esta vida. En mi sed de dicha, debería, como el ciervo sediento, correr hacia ella para calmar mi sed en sus aguas refrescantes: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum, ita desiderat anima mea ad te, Deus:*

como el ciervo suspira por el agua de las fuentes, así mi alma suspira por Ti, oh Dios mío[3].

La sabiduría divina, ese sol deslumbrante de luz, quiere iluminar ya un poco las tinieblas de este valle de lágrimas y hacerme gustar el sabor incomparable que da la contemplación de las verdades eternas y de las divinas perfecciones. Quiere asociarme a la dicha inefable y embriagadora que la eterna contemplación de sí misma le produce eternamente. Desengañado de los vanos espejismos del mundo, cansado de la engañosa ciencia de los hijos de este siglo, ¿por qué no voy a implorar su compasión? Esa sabiduría divina se inclinaría, se abajaría hasta mí, y el Espíritu Santo, por medio de sus dones tan preciosos de sabiduría y de entendimiento, levantaría un poco los velos que nos ocultan la belleza divina y me haría gustar desde aquí abajo, delicias que superan toda expresión. *Pax Dei quæ exsuperat omnem sensum*[4].

Pobres mortales, mendigos de dicha, de verdad, de amor, mendigos siempre hambrientos, seguiremos siendo por nuestra culpa eternos y desgraciados mendigos. ¿Por qué mendigar a las puertas de los que no pueden ayudarnos, de los que son más pobres que nosotros? Vayamos a mendigar a la casa del Rey de los reyes la infinita munificencia que es la única que puede ayudarnos verdaderamente. Mendigos de dicha, vayamos a pedir a la felicidad divina unas gotas de dicha pura y sin mezcla; mendigos de belleza, vayamos a la belleza divina a descubrir nuestras manchas; mendigos de pureza, imploremos a la pureza divina para que nos purifique; mendigos de sabiduría, pidamos a la infinita sabiduría algunos rayos de la luz eterna e increada.

Pero vosotros sobre todo, mendigos de amor puro, que queréis amar a Dios hasta el perfecto olvido del yo, dejad de apoyaros en vuestras propias fuerzas y en vuestra acti-

[3] Ps. XLI, 2.
[4] Philip. IV, 7.



vida personal. Dejad de mendigar ese amor a la puerta de vuestro yo egoísta. ¡Ah, qué locura! ¿Es extraño que seáis siempre desatendidos? ¿Vuestro yo egoísta podrá daros jamás otra cosa que un amor mezclado de apego a sí mismo? Vosotros sobre todo, id a Dios, id a su santidad infinita. Esa santidad bendita está sin cesar buscando alguna alma deseosa de santidad, buscando una alma que reconozca su miseria y mendigue el amor puro y el olvido de sí misma. Almas deseosas de perfección y de amor puro, id arrojando a los pies del Rey riquísimo de amor puro, id a mostrarle vuestra indigencia e impotencia. Id a mendigar a su casa, no una vez sino a menudo, muy a menudo. Vuestra humildísima miseria ganará su corazón. Se conmoverá ante los atractivos de vuestra indigencia. Un día, no se contentará ya con daros una limosna de amor. Ganado ya y subyugado por vuestros encantos, os introducirá en su palacio; os unirá con Él en la unión indisoluble del perfecto amor.

## Capítulo XIII

# EL AMOR MISERICORDIOSO DE DIOS

**I. Inmensidad del amor misericordioso de Dios.—Jesús vino a revelárnoslo.**

*Inmensidad del amor misericordioso de Dios.*

Al pasar revista a algunas de las perfecciones divinas hemos hecho un precioso descubrimiento. Aun aquellos mismos de los atributos divinos que a primera vista tienen algo de frío, de oscuro, de menos tranquilizador, se nos han manifestado por un nuevo aspecto, muy propio para reavivar nuestra confianza, lejos de disminuirla. ¿Qué decir, pues, de esas otras perfecciones divinas cuyo solo nombre evoca ya algo de dulce, de consolador: la bondad, la ternura divina, el amor misericordioso de Dios? Aquí ya no hay nada que nos espante. Dios parece haber salido de los truenos y relámpagos del Sinaí para atraernos a Él.

Aun aquí abajo, en este mundo donde todo es defectuoso, donde toda luz está mezclada con sombras, donde toda virtud tiene sus imperfecciones y sus manchas, se encuentran creaturas de una bondad deliciosa, cuya sonrisa sola basta para curar las heridas, para cicatrizar las llagas, una sola de cuyas palabras tiene el mágico poder de ganar los corazones. Se encuentran almas cuyo amor lleno de ternura es como irresistible, y cuyo sacrificio y olvido de sí mismas atraen necesariamente la admiración.

¿Y será extraño entonces que al elevar nuestras miradas más arriba, hacia la fuente primera e infinita de toda



perfección creada, nos veamos como forzados a la confianza y sintamos dilatarse nuestros corazones al pensar en la bondad infinita de Dios y en su amor inefablemente misericordioso? Ante ellos ninguna bondad humana merece el nombre de bondad, todo amor humano aparece como egoísmo. ¡Ah! Si todas las bondades de todas las madres, si todo el amor de todos los esposos estuvieran reunidos, destilados como una fina esencia en un solo corazón humano, ¿ese corazón no atraería con su perfume incomparable todos los corazones? ¿Habría una sola alma tan grosera, tan ruda que no cediera a los atractivos y a los encantos de esa bondad y de ese amor incomparable?

¡Ay, se dirá, eso no es más que una quimera, un vano sueño! Y sin embargo, no. No es un sueño. Hay un ser incomparable cuya bondad y amor misericordioso contienen, y con creces, toda la bondad de los padres y de las madres, todo el amor de los esposos. Es el Dios infinitamente bueno a quien llamamos nuestro Padre, cuya ternura y bondad son supermaternales, cuyo amor es como un mar sin riberas. Esa bondad infinita de que hablamos tan a menudo como de una cosa abstracta y lejana, es una viva y dulce realidad, que nos rodea por todas partes, nos encierra en su seno, nos impregna y nos penetra. A cada instante del día y de la noche, a cada hora triste o alegre de nuestra existencia, se ocupa de nosotros como una madre amantísima de su hijo, nos envuelve en su amor, nos alimenta, nos protege, nos hace crecer.

Pobres desterrados de esta tierra, pobres ciegos y sordomudos como somos, nuestros ojos apagados no ven tras de los velos de nuestros sentidos la inefable realidad que sin cesar se inclina hacia nosotros; nuestros oídos no oyen las palabras tan tiernas que murmura tan dulcemente el amor supermaternal de nuestro Dios; nuestro rostro no siente las caricias exquisitas de la bondad sin nombre; nuestro corazón no adivina los estremecimientos de amor de ese Dios que nos estrecha continuamente entre sus

brazos. ¡Ah, quién nos dará a entrever un tanto estas divinas y vivísimas realidades, quién agudizará los sentidos de nuestra alma para que no derrochemos toda nuestra existencia terrestre en el olvido de estas inefables grandezas!

Tú al menos, alma mía, créelo firmemente, prácticamente y con una fe viva y eficaz. La bondad divina y el amor misericordioso de Dios son cien veces, mil veces más grandes, más bienhechores que la bondad de las mejores madres, que el amor de los esposos más amantes. Todo esto no es más que una gota ante el océano de la bondad infinita. Piensa a menudo en esa bondad sin límites, sueña a todas horas en ella, como sueña el artista largamente ante el océano cuyas olas vienen a acariciar sus pies. Jamás, jamás comprenderás la inmensa bondad de Dios y su amor infinitamente misericordioso.

*Jesús vino a revelárnoslo.*

¿Pero estamos bien seguros de la bondad divina? ¿No es quizás un engaño, un engendro de nuestra imaginación? Se admite sin dificultad la omnipotencia divina. No hay dudas respecto de ella. Basta echar una mirada sobre nuestro mundo o sobre el universo estrellado, para estremecernos ante el pensamiento de esa omnipotencia. La inmensidad divina también, de buena gana creemos en ella, porque este mundo tan grande del cual no somos más que una parte infinitesimal, no es más que un polvito y un átomo en las manos del que ha creado no solamente nuestro mundo sino también millones de soles.

¿Pero estamos seguros de que Dios es infinitamente bueno para con nosotros y de que nos ama? La bondad divina no parece escrita con la misma evidencia en el gran libro de la creación. Muchos filósofos paganos privados de la luz de la fe no pudieron descifrarla de una manera cierta. ¿No es Dios demasiado grande, demasiado justo,



demasiado santo para amar a creaturas tan pequeñas y tan pecadoras como nosotros? ¿No debemos temer los rayos de su justicia vengadora más bien que acercarnos a Él con el amor propio de un hijo amadísimo?

Esta pregunta angustiosa fue por mucho tiempo para la Humanidad como un enigma y un misterio. El Dios del Antiguo Testamento, aun para el pueblo escogido, era sobre todo el Dios temido del Sinaí y del arca santa. En vano se esforzaba Él en los libros santos por tranquilizar a los espantados mortales. *Dios ama todo cuanto existe y no odia nada de lo que ha hecho*[1]. En vano decía por boca de su profeta Isaías: *¿Puede una madre olvidarse de su hijo y no tener compasión del fruto de sus entrañas? Pues aunque ella se olvidare, Yo no me olvidaré de ti*[2]. Estas divinas seguridades no alcanzaban a disipar el temor inspirado por los castigos deslumbrantes de la divina justicia, y hubo que esperar al dulcísimo Salvador del mundo para inspirar al hombre la confianza de un hijo.

¡Ah, qué precioso favor nos hizo Jesús al venir a este mundo para revelarnos a su Padre tan misterioso y oculto! Vino para hacernos tocar con el dedo las riquezas infinitas de la divinidad. Vino a hacer tangibles, visibles y palpables a nuestros sentidos, las infinitas perfecciones de Dios. Vino para disipar nuestros temores y ganar nuestros corazones para Dios. Nos descubrió de una manera maravillosa los misterios del Dios tres veces santo. Los descubrió por medio de sus enseñanzas, como también por medio de su vida entera. Pero si descubrió las perfecciones de Dios, si aun entreabrió un poco el cielo para hacernos vislumbrar el misterio de los misterios, la augusta, inconocible e insospechable Trinidad, nos descubrió sobre todo la bondad divina, la ternura divina, el amor misericordioso de Dios.

¡Oh amable Salvador Jesús, cuánto te amamos y cuán-

[1] *Sabiduría*, XI, 25.
[2] Is. XLIX, 15.

tas gracias te damos por habernos hecho conocer la bondad del Padre! Tú nos la has hecho conocer por medio de tus admirables enseñanzas, y más aún, tal vez, al descubrirte, al manifestarte Tú mismo a nosotros, Tú, la perfecta y viva imagen del Padre. *Felipe, el que me ve a Mí, ve también al Padre*[3], decías Tú. Sí, al verte a Ti hemos visto los insondables misterios del cielo. Al ver tu bondad inefable hemos visto la del Padre. Al ver tu incomparable ternura para con los pecadores y pecadoras brillar en todo su esplendor, en medio del escándalo de los fariseos, hemos sabido a qué atenernos respecto a las disposiciones de Dios.

Cuando nos narrabas tus sublimes parábolas del hijo pródigo y del buen pastor, ¿qué hacías sino darnos una lección sobre la bondad de nuestro Padre que está en los cielos? Cuando fatigado aguardabas sobre el brocal del pozo a la pobre samaritana, cuando ofrecías tus pies purísimos a los besos inauditos de la infame pecadora, cuando salvabas a la infeliz adúltera de una muerte inminente, ¿qué hacías? Siempre nos revelabas al Padre. Siempre dilatabas nuestros corazones y los abrías a la confianza para con Aquel que es la bondad por esencia, para con Aquel que ha amado al mundo hasta darle a su Hijo unigénito.

He venido por los enfermos y pecadores, decías. Sí, Tú viniste en nombre de tu Padre celestial para levantarlos, para sacarlos del fango de los vicios y del pecado, para llevarlos de nuevo a Él, para hacer de ellos santos, y santos como la incomparable Magdalena.

Tú nos lo perdonas todo, todo lo olvidas, estás dispuesto a disimularlo todo, menos la falta de confianza. Y verdaderamente somos muy inexcusable si después de todas tus enseñanzas y tus ejemplos, desconfiamos aún de Dios, si no esperamos firmemente en Él, si no lo esperamos todo de Él. Somos pecadores y pecadoras. Pase.

[3] Ioan. XIV, 9.



¿Pero somos más pobres, más bajos, más envilecidos que la pobre Magdalena? Y si Tú hiciste de ella una sublime contemplativa y una santa eminente, ¿somos nosotros demasiado perversos para que escuches nuestros deseos de santidad?

---

**II. El amor misericordioso de Dios es incomprensible y distinto de todo amor creado.—Sed dolorosa de confianza que produce esta consideración; para extinguirla, acoger con alegría mis pruebas, mis miserias y, sobre todo, esperar la verdadera santidad.**

*El amor misericordioso de Dios es incomprensible.*

Deberíamos meditar a menudo amorosamente, pensar detenidamente y con tranquilidad en la bondad de nuestro Padre del cielo, cuya expresión fidelísima es Jesús, nuestro amable y dulce Salvador. Deberíamos imitar en esto a los santos, ver en todo las huellas de la bondad divina, imitar sobre todo a la amable Santa Teresa del Niño Jesús, la santa enviada providencialmente para hacernos apreciar más la bondad de Dios e inspirarnos la amorosa confianza de un hijo. Viendo una gallinita que reunía a sus polluelos bajo sus alas, lloraba de emoción al pensar en la bondad de Nuestro Señor cuando lloró sobre la ciudad santa, diciendo: *¡Jerusalén, Jerusalén, cuántas veces quise congregar a tus hijos como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste!*[4]. Sí, el amor infinitamente misericordioso de Dios es un tema inagotable de meditaciones. Es un misterio que mientras más se descubre a nuestros ojos, más profundo se hace.

¿No es profundamente misterioso, en efecto, ese amor inefable de Dios hacia nosotros, pobres creaturitas próximas a la nada, y aun caídas más bajo que la nada, en el abismo de nuestros pecados y miserias?

[4] Matth XXIII, 37.

Porque ese amor de Dios no es solamente un amor de compasión y de piedad. Hasta se concibe que un rey bueno y amante llegue a inclinarse sobre las llagas de un pobre mendigo y a escuchar un instante sus quejas. Se ha visto a algunos reyes llegar hasta enamorarse poco a poco de pobres doncellas, de mendigas tal vez, cuya belleza los fascinaba. Pero que un monarca se enamore de una pobre desarrapada, que ostenta a la vez todos los horrores de la pobreza, de las enfermedades y de la deformidad, he ahí lo que no se ha visto nunca sobre la tierra, lo que no se verá jamás. Esto será reservado únicamente al Rey de los reyes, al Dios del Cielo y de la tierra. Sólo Él, el amor mismo, es bastante incomprensible, bastante misteriosamente amante para amarnos a nosotros, pobres mendigos, prototipos de miseria y de fealdad, no sólo con amor de compasión, sino con un amor que anhela la unión, con amor unitivo.

Nos ama con un amor infinitamente condescendiente y misericordioso, que le hace cerrar los ojos a todas nuestras manchas y desfallecer y suspirar por nuestro amor. *Præbe, fili mi, cor tuum mihi:* Hijo mío, dame tu corazón. Quiere conquistar nuestro corazón, quiere obtener nuestro amor de infelices creaturas, quiere entregársenos y exige que nosotros nos entreguemos a Él. Pasa el tiempo de nuestra vida buscándonos, procurando atraernos poco a poco, y arrojar de nuestro corazón todo otro amor. Ninguna repulsa le detiene, ninguna defección o infidelidad le desanima. Vuelve siempre a la carga, continúa siempre solicitando nuestro amor, hasta que después de inauditos esfuerzos de sabiduría, de bondad y de amor, gana por fin irrevocablemente nuestro corazón y nos une con Él desde acá abajo, con la unión de amor, con la unión trasformante, y puede exclamar con divina alegría: *He encontrado a la que ama mi corazón, la poseo, y no la dejaré escapar*[5].

[5] Cant. III, 4.



*Es distinto de todo amor creado.*

¡Ay, en este destierro no tenemos vocablo para expresar el amor de Dios, ese amor absolutamente único e incomparable con cualquier amor creado! Nuestro humano lenguaje es demasiado pobre para expresar las cosas divinas, para declarar ese amor de Dios tan sobrehumano, tan supermaternal, que no sólo supera en tanto grado cualquier amor de madre hacia su hijo o de esposa para con su esposo, sino que difiere de ellos totalmente por su naturaleza. Aplicar a Dios ese nombre de amor que aplicamos a los amores tan inferiores y tan mezquinos de la tierra, por nobles que se los suponga, ¿no es como una blasfemia? Así se comprende a una Ángela de Foligno, abrasada en ardor seráfico e interrumpiéndose sin cesar en el relato de sus éxtasis, para exclamar con dolor: «¡Ay, yo blasfemo, sí, blasfemo! Todo lo que digo del amor no es nada, absolutamente nada en comparación de la verdad.»

*Sed dolorosa que produce esta consideración; para extinguirla, acoger con alegría mis pruebas, mis miserias, y sobre todo, esperar la verdadera santidad.*

El amor infinitamente misericordioso de Dios a nosotros es distinto, decíamos, infinitamente distinto de cualquier amor creado. Los supera infinitamente. ¡Ah! ¿No merece, pues, de nuestra parte una confianza también distinta de cualquiera confianza creada? ¿No deberíamos tener en esa bondad y en ese amor infinito de Dios, una confianza como no la tenemos para con ninguna creatura, una confianza al abrigo de toda debilidad, una confianza ilimitada, algo en fin que no es ya confianza, por decirlo así, algo que es más grande, más fuerte, más vehemente,

más amante, más inquebrantable que lo que nosotros entendemos por la palabra confianza?

Sí, lo que nos haría falta es algo correspondiente al amor incomparable de Dios hacia nosotros, algo superior a la confianza, al abandono más completo e intraducible en nuestro pobre lenguaje humano, como el amor intraducible, inexpresable de Dios, del cual viene a ser una retribución y una correspondencia de amor...

¡Jamás, jamás, haga lo que haga, podré corresponder adecuadamente a la bondad sin límites y al incomprensible amor misericordioso de Dios...! Este pensamiento, si lo escruto hasta el fondo, ¿no será de ahora en adelante como un fuego devorador en mi corazón? ¿No suscitará en mí como una necesidad irresistible, insaciable de confianza pura? ¿No me causará una herida incurable y un tormento que no cesará sino con la muerte?

Las almas muy generosas se consumen en el deseo de amar. Como la seráfica virgen de Ávila, sufren un largo martirio, el martirio de no poder amar a la infinita amabilidad como quisieran y debieran, el martirio de no poder corresponder perfectamente al amor sin igual de Dios. Santa Teresa cuenta esos martirios en páginas inmortales. Si somos fervorosos, hemos experimentado quizás también nosotros a veces, tal vez con frecuencia o aun habitualmente, esas necesidades insatisfechas y esos tormentos de amor.

Pues bien: ¿no deberíamos experimentar un tormento análogo por lo que hace a la confianza? ¡Jamás esperaré como debiera, como lo merece la soberana bondad de Dios...! ¿Esta palabra no debería repercutir indefinidamente en las profundidades íntimas de mi corazón en ecos infinitamente patético y doloroso? Jamás amaré a Dios como Él lo merece, jamás tendré en Él la confianza necesaria. He ahí como dos flechas de amor que deberían traspasarme el corazón y, como el dardo inflamado del Querubín que traspasó a la gran santa de Ávila, deberían



dejar en él una llaga y una herida incurable. Como la amabilidad y la belleza divinas superan infinitamente mi pobre capacidad de amar y todo mi amor posible, así también la infinita bondad y supermaternal ternura de Dios, excederán por siempre todas mis confianzas y abandonos en Dios. Jamás mi amor, ese amor que en ciertos momentos me parece tal vez tan vehemente y tan vibrante, será bastante grande y digno de la belleza divina, y jamás tampoco mi abandono absoluto y mi confianza en Dios, por pura, por ciega que sea, serán bastantes grandes y dignos de la infinita bondad divina.

¡Oh, qué sabroso tormento, que martirio tan delicioso éste de ser la víctima del amor misericordioso y de la bondad trascendente de Dios, el de haber comprendido bastante esta bondad para sentir una necesidad insaciable de absoluta confianza en Dios! El de sufrir, y sufrir sin cesar, ante el pensamiento de que esta bondad tan amable, que merecería de mí algo más que confianza, no obtendrá jamás de mi parte más que una confianza demasiado pobre e indigna.

¡Qué foco de luz es este pensamiento! Si lo medito, no una, sino cien veces, si llego a gustarlo, a saborearlo hasta la médula, ¿no se transformará mi vida? ¿No se habrá mudado verdaderamente algo en mi existencia? Todo lo que antes me espantaba, todo lo que quebrantaba mi confianza y me causaba temor, todas las tempestades que sacudían la pobre navecilla de mi alma, ¿no serán ahora bienvenidas? ¿No son éstas, en definitiva, ocasiones de confianza más pura? ¿No aliviarán ellas la necesidad dolorosa que experimento de mostrar mi confianza, de llevarla hasta los últimos límites?

Sí, de ahora en adelante saludaré con amor esas amables arideces, esas sequedades y desolaciones mil veces benditas, esas tentaciones penosas, esas noches angustiosas e interminables, que no he amado bastante hasta ahora y que he temido en exceso. Amadas noches, en las cuales

se oculta la bondad divina, como el sol durante nuestras noches, mientras clama hacia mí desde su escondite: ¿Crees aún en mí, oh alma amada, crees siempre lo mismo? Esas noches extrañas, esos horribles fantasmas y esas penosas pesadillas que me infunden temor, deberían ser para mí deliciosos y amables. Ahora, en la noche enteramente oscura de la fe, en vez de exclamar: Señor, que perecemos, ¿no clamaré más bien: «Dios mío, sé muy bien que eres Tú. Creo en Ti; sí, creo tanto y más que nunca. Aunque me mataras, esperaría aún en Ti. Espero y esperaré en Ti contra toda esperanza?»[6]. ¿No exclamaré en lo más fuerte de mis angustias como la bienaventurada Teresita: «Sé que por encima de las tristes nubes, mi dulce sol de amor brilla aún?»

Dichosas pruebas, benditas desolaciones, sed de ahora en adelante bienvenidas, porque me dais ocasiones más grandes de confianza pura. Dichosos sufrimientos, yo os bendigo, porque colmáis mis necesidades de esperanza ilimitada y aliviáis con vuestros mismos dolores ese sufrimiento, mucho más intolerable, que me causa la herida hecha por la bondad divina.

Pero se añaden además mis miserias naturales tan numerosas, mis faltas de correspondencia a la gracia, mis atolondramientos, mis ligerezas, mis inconsecuencias, hasta mis pecados. Todo esto debería presentárseme de ahora en adelante con un aspecto nuevo. Todas estas miserias son también amigas, bienvenidas, ocasiones de completo abandono, medios de manifestar mi confianza a la bondad divina y de ofrendarle verdadero amor. Son un bálsamo para mi herida de amor.

Cuando me vea tan repugnante y perverso, no diré ya: soy demasiado repugnante para agradar a Dios, demasiado infiel para esperar serle agradable. Cuando haya caído en alguna imperfección o aun en algún pecado, no

[6] Job, XIII, 15.



me enojaré ya de manera desapacible y huraña, sino correré como un hijo amante a arrojarme en los brazos de mi Padre amado, y acariciándole, le diré con confianza: No lo volveré a hacer.

Amadas imperfecciones, amadas e innumerables miserias, casi no os conocía. Erais para mí un sufrimiento, y ahora, he aquí que os habéis convertido en mi mayor alegría. ¿Cómo podría mostrar a Dios la inmensidad de mi confianza, si fuera enteramente santo, enteramente puro? Esperar agradarle entonces, no sería difícil. Pero esperar agradarle y agradarle inmensamente, creer aún en su amor entero, cuando me veo tan villano, tan repugnante, ¡oh, he ahí la verdadera confianza, la confianza tal como yo la sueño! He aquí, en fin, una excelente ocasión de «sobre-esperar» en Él, con una esperanza enteramente sobrenatural. Amadas miserias que Dios en su amor me deja, os bendeciré en lo porvenir tanto cuanto os he temido en lo pasado.

¿Eso es todo? ¿He llegado al colmo de la confianza? ¿Dónde buscar aún ocasiones de esperanza ilimitada y digna del amor misericordioso? ¡Ah, hay una, para mí, que es única entre todas, una que excede a todas las demás! Espero agradar a Dios, lo siento desde ahora, y aun espero agradarle mucho, a despecho de todas mis pobrezas; ¿me atreveré a llevar la confianza hasta el cabo? ¿Me atreveré a esperar agradarle un día *perfectamente*, me atreveré a esperar la verdadera santidad? ¿Podrá decirse que un día también yo amaré a Dios con un amor puro, con un amor de santo, que al fin seré verdaderamente santo? ¿Será esto realmente posible?

Todo, menos esto, según parece. Soy demasiado infiel a la gracia, demasiado incorregible, demasiado insensible a los divinos dones, para esperar cosa semejante. Eso ya no sería confianza, sería temeridad, locura. ¿No se presenta mi pasado como fiador de mi porvenir? A pesar de todos mis esfuerzos, ¿me he aproximado mucho a la

santidad en mi ascensión hacia las cumbres? ¿Estoy ya un poco a la vista de la cima deslumbrante de la perfección? ¡No nos hagamos ilusiones!

¡Pues bien, alma mía! He aquí de seguro la ocasión por excelencia para ejercitar tu confianza y traducirla en actos. ¡Esperar esto es demasiado, es verdaderamente demasiado! ¡Pues bien, no! Es precisamente esto lo que quiero esperar. La bondad y el amor de Dios son excesivos. Pues bien, yo también quiero hacer excesos. Quiero llevar mi esperanza hasta el exceso, hasta la locura! Quiero esperarlo todo de Él, sobre todo lo que es verdaderamente demasiado, lo que me parece imposible y temerario.

¿Qué se necesita para esto? Dejar de mirarme a mí mismo, dejar de confiar en mí mismo, dejar de esperar en mis débiles fuerzas que me traicionan sin cesar, mirar a lo alto, hacia Él, la bondad sin nombre, el amor misericordioso y sin límites, que me ama y desea inmensamente unirme a Él desde aquí abajo. Lo que se necesita es tender mis brazos de hijo hacia Dios y decirle suplicante, como Teresa del Niño Jesús: «Dios mío, mira, heme aquí aún, a pesar de todos mis esfuerzos, al pie de la escalera de la perfección», y la bondad divina se abajará como una madre hasta mí, para llevarme en sus brazos y hacerme subir rápidamente a la perfección.

Esperar la santidad, la verdadera santidad; esperarla firmemente y con seguridad, yo tan pobre, tan lleno de defectos, yo que no tengo otra cosa que impotentes deseos: he ahí la gran prueba de confianza, he ahí la gran retribución que desea de mí la infinita bondad. ¿Qué importa mi pobreza? Mientras más pobre soy y más siento mi indigencia y mi debilidad, más dejaré de esperar en mí para poner mi confianza únicamente en Dios. Mientras más pobre me sienta, más esperaré en la bondad divina, con una confianza que está segura de ganar el corazón de Dios. Un poco de verdadera confianza, una confianza grande como un grano de mostaza, he aquí lo que me



hace falta. *Credis hoc?*[7]. Nuestro Señor me dice: ¿crees tú que yo puedo, que quiero hacerte santo? *Omnia possibilia sunt credenti*: todo es posible para el que cree[8]. Y yo responderé con amor: *Credo, Domine, sed adiuva incredulitatem meam*: creo, Señor, pero ven en ayuda de mi escasa confianza[9].

¡Oh bondad misericordiosísima y amantísima de mi Dios, cuán poco te he conocido hasta ahora, cuán poco he confiado en Ti! Perdóname todas mis locas confianzas en mí mismo, todas las desconfianzas para contigo. ¡Oh océano de bondad que me rodeas por todas partes, que me penetras y me impregnas, yo me abandono por fin, sin reservas, a Ti! Me entrego sin desconfianza, sin segundas intenciones, a tus ternuras y a tus cuidados incesantes. Quiero esperarlo todo, aguardarlo todo de Ti. Sé que jamás mi confianza, por temeraria que pueda parecer, igualará en grandeza a tu infinita bondad. Quiero esperar siempre. En medio de las noches, de las tentaciones, de los disgustos, de las caídas, de las pruebas más torturantes, quiero esperar con una esperanza incansable para corresponder un poco a tu infinito amor. Quiero en fin y sobre todo, esperar la santidad, la verdadera santidad, por inaccesible que pueda parecerme. Quisiera, por medio de un abandono filial, consolarte de mis desconfianzas pasadas, consolarte también un poco de las desconfianzas de tantas almas, que son por lo demás generosas en tu servicio. ¡Ah, Señor, cuán pocas hay, aun entre aquellas que te aman sinceramente, que confíen perfectamente en Ti! Yo quisiera ser de ésas, de esas almas que experimentan no sólo el tormento continuo de tu amor, sino también la necesidad impaciente y dolorosa de una confianza perfecta. Quisiera ser de esas almas que sufren por no poder amar a tu infinita amabilidad cuanto quisieran, y más aún

[7] Ioan. XI, 26.
[8] Marc. IX, 22.
[9] Marc. IX, 23.

por no poder confiar en tu infinita bondad y amor cuanto ellos lo merecen. Quiero aguardarlo todo, esperarlo todo de Ti. Quiero esperar de Ti esta misma confianza, porque Tú solo, oh Dios mío, puedes, por medio de tus gracias poderosas, sanar mi débil confianza y hacerla tal que sea para siempre tu gozo y tu consuelo. *Domine, adauge fidem et fiducian*: Señor, dígnate aumentar Tú mismo mi fe y mi confianza.

## CAPÍTULO XIV

# YO SOY EL POEMA DE AMOR DE DIOS Y DE JESÚS

**I. POEMA DE AMOR DE DIOS.—Dios crea a cada instante el mundo, y esto con su solo pensamiento.—Está presente en cada una de las criaturas, por su inmensidad, para conservarla en el ser y manifestar algo de sus adorables perfecciones.—Yo también soy el poema de amor de Dios.—¡Cuánto me ama!—Lección de unión con Dios y de confianza: Dios me piensa también en el orden sobrenatural.**

*Dios crea a cada instante el mundo con su solo pensamiento.*

¿Quién no se ha detenido a veces con admiración ante las magníficas obras de la divina omnipotencia? Ya es un paisaje encantador y pintoresco que se descubre de repente a nuestros ojos, algún gigantesco glaciar que yergue majestuoso sus nevadas cimas. Ya el océano inmenso que se extiende hasta perderse de vista, cuyas olas hirvientes y febriles vienen a estrellarse a nuestros pies. O si no, en la calma de la noche, las incontables estrellas que titilan como diamantes sobre el negro fondo del firmamento. Soñábamos deliciosamente, y de pronto, como un relámpago fugitivo, nos sobrecogió el repentino recuerdo del poder de Dios, y exclamamos con emoción: ¡Cuán grande es el Dios que ha creado todas estas maravillas! *Cœli enarrant gloriam tuam, Domine:* el cielo y la tierra cantan tus maravillas, oh Dios mío[1]. Todos hemos experimentado estos

[1] Ps. XVIII, 2.

transportes llenos de admiración. Todos hemos soñado a veces en el infinito poder que como jugando creó todos estos esplendores.

El pensamiento de la creación nos es familiar, pero lo que nos es quizás menos familiar es el pensamiento de que la conservación del mundo es una continua creación. Muy a menudo pensamos que Dios creó, al principio de los tiempos, este magnífico universo y se contenta luego con dirigir y gobernar ese universo que subsiste en adelante por sí mismo, de una manera más o menos independiente de Dios.

En realidad, la conservación del mundo no es más que una creación continuada, que a cada instante supone un poder igual al poder que creó en su origen todas las cosas. Lo sabemos tal vez y, sin embargo, tenemos muy a menudo el sentimiento de lo contrario. Nos fingimos en cierto modo a Dios conforme a nuestro propio modelo.

Aquí abajo, nuestra propia acción sobre las cosas es realmente muy limitada, muy pasajera. Creamos una obra de arte, construímos un edificio. Todo ello existe en adelante fuera de nosotros e independientemente de nosotros mismos. A lo más, velamos por su conservación y subsistencia. Para muchos hombres aparece también así el mundo como subsistente por sí mismo, creado de una vez para siempre por Dios, pero conservado y dirigido por Él.

En realidad, Dios hace el mundo a cada instante. Crea sin discontinuidad. A cada instante *crea* esas miríadas de seres que componen el universo. Crea los infinitamente pequeños y los infinitamente grandes. ¡Cuánto más real y bienhechora idea tendríamos del poder infinito, si miráramos el mundo de esta manera! ¡Cuánto mejor sentiríamos nuestra dependencia de Dios y nuestra necesidad de gratitud, si tuviéramos más conciencia de esa acción continuamente creadora de Dios sobre todo lo que nos rodea, como también sobre nosotros mismos! Y sobre todo, ¡cuánto más serenamente nos abandonaríamos a los



cuidados incesantes de ese Dios que es a la vez todo poder y todo amor!

Pero la omnipotencia divina y la grandeza de Dios resaltan mucho más aún si pensamos que Dios ha hecho y hace sin cesar todas esas maravillas con su solo pensamiento lleno de amor. Dios piensa y anima todas las cosas con un amor *que quiere su existencia*. Eso basta. Por el mismo hecho todas esas cosas existen. Dios piensa los lirios del campo y las flores de los valles, más hermosas que las vestiduras de Salomón. Piensa cada florecilla con sus delicados matices y su corona de pétalos, más graciosos que un encaje de Suiza. Cada brizna de yerba o de musgo es a cada instante amorosamente pensado por Él. Piensa esos minúsculos insectos que se encierran en ellos y escapan a nuestras miradas. Y Dios piensa también, es decir, crea con su sólo pensamiento, ese mundo inmenso ante el cual somos tan pequeños. Piensa los osos blancos y los esquimales de los mares glaciales, lo mismo que los pobres negros de las regiones del trópico y los tigres y paquidermos de las Indias. Piensa la gamuza ágil y juguetona que salta entre los glaciares inaccesibles y el monstruo que se desliza en el fondo de los mares. Todo el universo es su pensamiento. Y todo esto lo piensa en su pasado, en su presente y en su porvenir, lo piensa y lo crea en un acto único y simplicísimo, muy fácil y apacible, de su eterno e inmutable pensamiento. Dios ve en su pensamiento nuestro universo, y nuestro universo existe. No hay sombra de esfuerzo o de duda, ni huella de cambio en el pensamiento divino.

¡Oh grandeza incomprensible de mi Dios! ¿Qué somos, pues, nosotros, pobres seres humanos, ante Ti? ¿Qué es nuestro pensamiento comparado con el tuyo? Ante Ti los hombres más sabios se confunden con los indoctos en una misma ignorancia radical, en una misma absoluta impotencia. Los mayores genios de la tierra, ¿qué pueden producir con su solo pensamiento? Como un hábil pintor,

pueden ciertamente reproducir sobre la tela dócil de su imaginación escenas deliciosas y variadas, encantadores paisajes. Pueden crear en su espíritu magníficos poemas, patéticos dramas donde se agitan mil actores; pero todo esto no es más que un pensamiento. Todos esos personajes no viven sino en el orden ideal. No viven por el mismo hecho en el orden real. No reciben, por el solo efecto de ese pensamiento, una existencia real, objetiva.

Tú sólo, Dios mío, Tú solo produces, Tú solo creas, Tú solo haces existir *con tu solo pensamiento*, al desearnos libre y amorosamente el ser. Tú piensas, y las cosas que quieres llamar a la existencia son como Tú las habías pensado. Tú piensas esos soles inmensos de las estrellas, y esos soles arden y brillan sin cesar para Ti. Tú piensas esos millones de seres, anónimos en su mayor parte, que alimentan los abismos del océano, y esos seres se deslizan incontables por los mares. Tú piensas, y todo es, todo vive. El mundo entero es un poema magnífico, un drama emocionante de tu pensamiento cristalizado, con todas sus infinitas peripecias, cuyo autor eres Tú. ¡Oh gran Dios! ¡Oh pensamiento supremo e incomparable! Pensamiento eternamente fecundo y subsistente, ¡cuán nada somos ante Ti! ¡Cuán propio nos es el confundirnos entre el polvo a tus pies!

*Está presente en cada una de las creaturas, por su inmensidad; para conservarla en el ser y para manifestar algo de sus adorables perfecciones.*

Pero hay una cosa más admirable aún y muy poco conocida. El espíritu infinito, el ser sin límites que crea todas las cosas con su solo pensamiento amantísimo, que les da la existencia por amor, no se separa, sin embargo, de su ínfima y despreciable creatura, que sin su auxilio dejaría de existir. La creatura existe con una existencia propia suya, pero sin embargo existe en el seno mismo



de Dios. La infinita inteligencia está y permanece en el fondo de toda creatura, en el fondo de cada uno de sus pensamientos. Vive en ella, circula en ella, la impregna y la inunda de sí misma. Cada uno de los seres fluye de ella a cada instante, pero Dios inmanente y trascendente a la vez, está en su creatura para pensarla continuamente con un pensamiento amante y creador. Todo ser grande o pequeño, poderoso o débil, es como un tabernáculo de Dios, como una hostia donde Él se esconde para pedirme mi amor.

¡Oh, cuán pocos piensan en esto; cuán pocos, oh Dios mío, tienen conciencia siquiera un tanto habitual de ello! Sí, tus obras no están separadas de Ti, Tú estás presente en ellas, en cada uno de los seres. Esas rosas perfumadas que fascinan sus ojos con el oro pálido o el marfil de sus pétalos, te esconden y te manifiestan a la vez. Permaneces en ellas y pareces decirme: «¡Mira cuánto te amo, hijo mío. Hago esta rosa para ti. Sin cesar estoy en ella, haciéndola para ti con mi pensamiento creador, haciéndola bella y graciosa y perfumada para agradarte y despertar en ti mi recuerdo!» Y esa industriosa abeja que viene a libar en ella la miel, también esconde y manifiesta a Dios. El pensamiento infinito está presente en ella y conserva sin cesar en el ser a esa abejita con sus maravillosos instintos, por amor a mí y para procurarme la miel que ha de halagar mi paladar.

Mirado así, ¡cómo se transforma de repente el universo! Dijérase que la varita mágica de alguna hada ha como divinizado el mundo. Ya no es el mismo. Está enteramente transfigurado. La creación entera es como el templo sagrado del Altísimo. Todo está lleno de Dios, todo está impregnado de Él, todo refleja a Dios. Dios inunda todas las cosas. Como una esponja sumergida en el océano, así está sumergido el universo entero en la inmensidad del pensamiento amante e infinito.

¡Oh, cuán puro, cuán bello y maravilloso se ha tornado

todo a mi alrededor! Todo es la obra maestra de Dios. Todo procede a cada instante de mi Amado, de esa belleza infinita que es todo mi amor. No hay nada imperfecto, nada viciado. Todo es como lo piensa y lo quiere la infinita sabiduría, la infinita belleza. Comprendo ahora a los santos cuando se inclinan religiosamente sobre las flores para besarlas con amor y besar en ellas al Dios que allí se esconde y se revela. Comprendo a un San Pablo de la Cruz, que decía: «Callad, callad; es demasiado. Ya no me puedo contener, no puedo aguantar más vuestro lenguaje de amor.»

Si puede un pensamiento consolar en este destierro al alma sedienta de Dios, ¿no es éste por ventura? Ese Dios a quien mi alma desea a toda costa, ese Amado hacia el cual se ve impulsada sin cesar por una inclinación esencial y trascendente, ese Dios a quien no puedo ver aquí abajo y que me hace tanta falta, está sin embargo en todas partes. Me rodea, me inunda, está por todas partes a mi alrededor, creando a mi paso las flores y los frutos, creando los pájaros y los insectos por mi amor. Yo estoy sumergido en Él, en mi Amado, como en un océano de amor. Él, el más oculto, es también en cierta manera el más presente. ¡Ay! más oculto sin embargo que presente, mientras los ojos de mi alma no sean bastante puros para ir a verle cara a cara en el cielo.

*Yo también soy el poema de Dios. ¡Cuánto me ama!—Lección de amor de Dios y de confianza.*

Pero olvidado de mí mismo en este gran cuadro del universo creado por el pensamiento divino. ¿Y yo? ¿Qué soy yo, pues? ¡Ah, yo también soy pensado incesantemente por Dios, estoy incesantemente impregnado de Él! Dios está siempre en mí, pensándome con amor. Su actividad amorosa constituye mi existencia, constituye mi vida. Él me piensa, y yo duermo; me piensa, y yo oro o amo.



Me piensa, y trabajo y crezco. Me piensa a todas horas. Más que ninguna otra cosa, yo soy su pensamiento, su poema de amor, el producto de su inmensa inteligencia que está íntimamente presente en mí. A cada instante soy algo de su pensamiento objetivado, realizado.

¡Él me piensa, y me piensa por amor! ¡Qué pensamiento tan encantador! Quizás nunca me había llamado la atención. ¡Oh, cuánto quisiera amar desde ahora el inmenso y amoroso pensamiento cuya obra soy, a ese padre y a esa madre por excelencia, que oculto en mí, me da constantemente el ser! *In ipso vivimus, movemur et sumus*[2]. ¡Y qué razón tan poderosa para permanecer sin cesar unido con Él, para conservarme siempre en su presencia, para dominarme siempre, para no entregarme nunca enteramente a ninguna ocupación, sino conservar siempre lo mejor de mi alma como una Magdalena amorosamente arrodillada a los pies de su huésped permanente!

Heme aquí, pues, también a mí transfigurado ahora. ¿No soy yo el pensamiento, el producto de Dios? Yo soy bello con una belleza divina, porque viene de Dios, con una belleza insospechada, incomprendida, con una belleza que admiran los ángeles, pero que yo no conoceré jamás plenamente aquí abajo. Belleza emanada de la belleza infinita, del pensamiento infinito.

¡Ay, me equivoco tal vez! ¡Sí, yo soy un espejo de la belleza infinita, pero un espejo muy empañado! Soy una expresión del pensamiento de Dios, pero ¡ay, no soy una expresión pura! Las flores, los árboles, los animales, todos los seres privados de razón, realizan a mi alrededor, sin oponerse a él, el pensamiento de Dios sobre ellos. Pero por mi parte, ¡no es así desgraciadamente! Por lo que hace a mi vida material, vegetativa, sensitiva o animal, realizo plenamente el pensamiento de Dios sobre mí. Pero Dios me piensa también como animal racional, como hombre.

[2] San Pablo en Atenas: *Hechos*, XVII, 28.

Me piensa con esa misteriosa libertad que es el privilegio del hombre. Y aquí se forma una bifurcación de inmenso alcance. Yo puedo dejarme pensar también en esto perfectamente por Dios, ir siguiendo también en esto el impulso divino. Pero ¡ay, puedo también sustraerme a él, ir en otra dirección! Como un mal color en las manos del pintor, como un mal mármol bajo los dedos del escultor, puedo resistir, traicionar al divino artista. En su bondad siempre paciente y longánime, Él procurará a cada instante repararme, rehacerme. Me pensará tan perfectamente como este mal uso de mi libertad se lo permita a su amor y a su infinita sabiduría.

Hemos visto tal vez algún forjador de cristalería artística. Bajo sus dedos ágiles la masa informe se transforma maravillosamente en un vaso encantador, de los más variados colores. También él realiza su pensamiento. Aunque con su esfuerzo, imita de lejos al artista divino que nos piensa sin esfuerzo y por el mismo hecho nos crea. A veces la materia es rebelde. Falla. Un defecto en el vidrio hace romper el vaso o la copa, o los deforma. Vuelve entonces a comenzar, o trata de hacer otra cosa con aquella materia indócil.

¡Oh, cuán bellas son a nuestro alrededor las rosas, esas rosas que son la flor pura de Dios, la obra jamás falseada del creador y pensador de amor! ¡Cuán tentados nos vemos a veces a envidiar su suerte y a decir: ah, yo también quisiera ser flor para no ser más que la obra de Dios, para ser su obra enteramente pura!

Ahora que comprendo mejor la acción y el poder de Dios en mí, ¿no procuraré abandonarme más perfectamente a la acción divina, al impulso del artista divino que está presente en mí, y me forma a cada momento para ser su amada obra maestra? ¿No obedeceré con infinito respeto y conmovido amor a todas sus divinas inspiraciones? ¿No permaneceré unido con Él a todas horas, al menos en lo más íntimo de mi alma? ¿No evitaré sobre



todo, con celoso cuidado, todo pecado por mínimo que sea, el pecado, esa deformación grosera del plan divino, el pecado, que resiste más positivamente a la acción de Dios y echa a perder su obra divina en nosotros?

Más que ninguna otra cosa, sin embargo, si he comprendido mi papel de creatura pensada por el amoroso pensamiento de Dios, abriré mi alma enteramente a una amorosa confianza y al más completo abandono.

Ya lo hemos visto, en efecto; las mil cosas que componen el universo, si las consideramos religiosamente como una realización del pensamiento de Dios, llegan a ser muy hermosas, muy amables a nuestros ojos. Y si esto es tratándose de nosotros, ¿cuánto más no lo serán a los ojos del mismo Dios, a los ojos del artista divino que con su pensamiento amante las produce, las engendra? ¿No es propio del artista amar su obra? Pintores, escultores, músicos, poetas, se complacen a porfía en las obras maestras que han trabajado pacientemente. Las contemplan con amor y a su vista se entregan con fruición a los más deliciosos sueños. ¿No son acaso algo del artista mismo? ¿No las ha engendrado a costa de esfuerzos y de sufrimientos que sólo él conoce? ¿No se encuentra a sí mismo en ellas?

Y Dios, el artista por excelencia, ¿no había de amar el fruto de su pensamiento? Sí, Él ama, y ama con un amor que nosotros no podemos concebir jamás, cada una de sus obras, cuyo átomo más pequeño revela maravillosamente su sabiduría, su belleza, su amabilidad, su omnipotencia. Se contempla con amor y complacencia en esas manifestaciones de sus divinos atributos. Aman cada una de las letras del divino poema del universo, todas las notas de esa magnífica sinfonía que constituye la historia del mundo. Las ama ardientemente, con ese amor con el cual se ama a Sí mismo y a todo lo que de Él procede. Dios, dice la Escritura, ama todas las obras de sus manos.

Pero si ama todas sus obras, que son divinas en cuanto

que han salido de Él, porque son expresiones exteriores, muy débiles sin duda, de Sí mismo, ama con un amor de predilección al hombre, la obra maestra de la creación visible. Más que las otras creaturas, el hombre manifiesta maravillosamente todas sus perfecciones. Y hasta encuentra Dios en su alma algo de su espiritualidad y de su eternidad. Por eso lo declara Él mismo en las Sagradas Escrituras: *Deliciæ meæ esse cum filiis hominum*[3]. ¿Quién dirá con cuánto amor me sigue día y noche con su divina mirada? ¿Quién dirá cuánto ama esa pequeña miniatura de sus divinas amabilidades? ¿Quién dirá con cuánta ternura me impregna, se difunde amorosamente en mí, me anima, me vivifica sin cesar? ¡Oh, si pudiera comprender un poco el amor que Dios me tiene por el solo hecho de ser su creaturita, cómo se inundaría mi corazón de paz y de confianza! Entonces no me miraría ya únicamente como una creaturita llena de defectos, de pecados y de miserias, que a veces me llena a mí mismo de horror, a despecho de mi amor propio. Me miraría, a pesar de todas mis miserias, como una joya y obra maestra de la belleza, de la sabiduría y de la omnipotencia divinas. Sentiría que soy el objeto del inmenso amor de ese Dios que no abandona jamás su obra bendita y encuentra sus delicias en residir en ella.

Mis pecados son, sin duda, muy odiosos, a los ojos de Dios sobre todo. Mis miserias morales son muy detestables. Pero esa mezcla dolorosa de divinas amabilidades que el pensamiento divino crea en mí y de horrores que el mal uso de mi libertad produce, no resta nada al amor de Dios; le inspira al contrario, una inmensa compasión, una compasión como sólo Dios puede sentirla, una compasión esencialmente bienhechora, que debería ser para mí una fuente de viva confianza siempre renovada.

¡Oh Dios mío! ¡Cuán poco me conocía antes de ahora!

3. Prov. VIII, 31.



Jamás me había mirado por ese aspecto divino, aureolado de celestes resplandores. Hazme comprender cada día más lo que significa este dulce nombre de creatura, haz que me dé cuenta un poco, como lo han hecho los santos, de ese amor inaudito con que Tú rodeas a cada una de tus obras y sobre todo, a mí mismo, creaturita miserable. ¡Oh, si hubiera experimentado, aunque sólo fuera unos instantes lo que los santos experimentaban a veces, ¡qué deslumbrante luz inundaría y transformaría mi vida!

Los santos, las almas ardientes y puras, reciben a menudo de Dios la gracia, no sólo de sentir por una experiencia especial a Dios como *presente* en ellas, sino de sentirle como *trabajando* en ellas. Siéntense a veces, con delicia, como salir de las manos divinas, siéntense como la obra que Él hace. ¡Sentimiento inefable y exquisito! Porque si el sólo pensamiento de la acción continua de Dios en nosotros es muy dulce, ¿qué decir de ese sentimiento especial, de esa experiencia sentida y mística que da Dios al que Él quiere? Entonces el alma no tiene más que un deseo, el de salir de sí misma para siempre, el de entregarse y abandonarse sin reserva al gran artista divino, al gran pensamiento creador, que es al mismo tiempo todo sabiduría y amor.

*Dios me piensa también en el orden sobrenatural.*

¿Es posible subir más alto? Verdaderamente, parece que no. Y sin embargo, falta subir un escalón. Nuestra nobleza es más grande aún. Hasta ahora no habíamos considerado al hombre, a nosotros mismos, más que desde el punto de vista natural. Pero Dios nos piensa y nos crea también desde el punto de vista sobrenatural. En el orden de la naturaleza, como ya lo hemos visto, todo es una expresión de Dios, y nosotros más que ninguna otra cosa. Pero esto no es más que una expresión lejana. Es el pensamiento de Dios, pero en un orden enteramente inferior

a Él. Nosotros somos el pensamiento de Dios y su imagen, pero más bien como sombras descoloridas de la eternal Belleza.

Por la gracia santificante y todas las virtudes que forman su cortejo, y las gracias actuales que la alimentan, Dios nos piensa de una manera inefablemente más elevada. También en esto somos nosotros la flor, el fruto de su pensamiento, pero en el mismo orden divino. Nos piensa y nos crea, no ya como siervos, sino como hijos por divina adopción, como hijos dignos de Él, hechos para Él y dignos de poseerle eternamente. Nos piensa *animados de una vida divina*, revestidos de una belleza celestial, ante la cual no es nada nuestra alma con sus facultades naturales tan hermosas, bellezas que hace de nosotros un palacio digno del huésped divino que reside verdaderamente en él. Esa maravilla que la gracia santificante realiza en nuestra alma, al hacernos hijos adoptivos de Dios, es un nuevo *título* al amor divino, y por consiguiente un nuevo motivo de confianza. Si Dios ama a cada una de sus creaturas, cada uno de sus «pensamientos», aun cuando sean inertes y sin inteligencia, si ama inmensamente al hombre, sólo por ser su creatura, aunque no goce aún del beneficio de la gracia santificante, ¿quién podrá comprender el amor que siente Dios por aquellos que han llegado a ser sus hijos adoptivos, por aquellos en quienes habita día y noche con esa presencia amistosa y especial que causa la gracia santificante? ¿Quién dirá con qué ternura, con cuán continua y vigilante solicitud cuida de esas almas en quienes vive por la vida sobrenatural, esa vida que es como el comienzo y el bosquejo de la vida eterna, y que nos da derecho a la herencia celestial?

Al ver esas almas, Dios las ve por el mismo hecho como herederas suyas a quienes Él se ha entregado ya maravillosamente y a quienes reserva, con tal que le sean fieles, el don entero y completo de Sí mismo en la eterna beatitud. Cada una de esas almas destinadas a alabarle y a amarle



eternamente allí arriba, le es más cara que todo un universo. No hay nada a que no esté dispuesto para salvarla del pecado y conducirla al puerto seguro del cielo.

Tal vez me sucederá a veces que me siento como solo, peleando los combates de la perfección. Tendré la impresión repetida y vivísima de que estoy solo trabajando, haciendo esfuerzos para santificarme, de que Dios es avaro de sus dones y no parece cuidarse de secundar mis pobres esfuerzos. Entonces sobre todo debería pensar en ese amor incomprensible que Él siente por mí, su creaturita, elevada a la dignidad de hijo suyo por la vida sobrenatural. Este pensamiento me ayudará a devolver la paz y la confianza a mi alma desamparada, y a restablecer en mí la conciencia habitual de que soy su hijo amadísimo y estoy rodeado de los mil cuidados de su amorosa ternura.

---

**II. POEMA DE AMOR DE JESÚS.—Yo soy también el poema de amor de Jesús; en mí y por mí manifiesta Él su amor al Padre.—¡Cuánto me ama el Padre en retorno! ¡Qué alegría y qué confianza deben reinar en mi alma!**

*Yo soy también el poema de amor de Jesús; en mí y por mí manifiesta Él su amor al Padre.*

Hasta ahora sólo hemos hablado de nuestra alma en cuanto que es creada y pensada por Dios, considerado en sus tres divinas personas. Nos falta añadir algunas palabras sobre nuestra alma como pensada por Jesucristo, el Verbo divino hecho hombre. Esto pondrá aún más de relieve la inconcebible nobleza de nuestra alma y la infinita y amorosa bondad de Dios para con nosotros[4].

Así como yo existo por el pensamiento creador de Dios,

[4] El Padre lo ha creado todo por medio del Verbo, dice el Credo. A esta luz deben entenderse las líneas siguientes.

así también existo por el pensamiento, por el amor de Jesucristo. A cada momento Él me piensa. Yo formo parte de la inmensa obra de Jesús, el universo, obra de amor y de glorificación de su Padre. Como segunda persona de la Santísima Trinidad, Verbo divino, Sabiduría eterna, Él me piensa y me da incesantemente el ser. Como Verbo hecho hombre, Redentor y Salvador único, único perfecto glorificador del Padre, Alfa y Omega de todas las cosas, me da la vida sobrenatural por amor a su Padre, para santificarme a gloria de Dios. Todo aquí abajo, la criaturas inanimadas lo mismo que los hombres, ha sido desde el origen de los tiempos, es y será eternamente en las manos del Verbo divino hecho carne, un medio de glorificar y amar infinitamente a su Padre. El mundo entero ha sido creado con este fin. Toda creatura es una especie de ese inmenso poema de amor, de ese himno incesante de amor que Jesús, Dios-Hombre, canta al Padre. Su cuerpo místico, sus miembros místicos, más especialmente unidos con Él y animados de su vida divina, lo son con un título particular.

Yo soy, pues, yo especialmente, el poema de amor de Jesús, su efusión incesante de amor hacia el Padre. Él se sirve a cada instante de mí para amarle en la tierra, como lo hacía en otro tiempo aquí abajo por medio de su santa Humanidad. ¡Yo soy *como una flor viva de amor!...* una flor que Él piensa y quiere continuamente para agradar y encantar a Dios. A cada instante Jesús se entrega amorosamente por mí al Padre.

¡Pobre creaturita llena de imperfecciones y desfigurada por las manchas del pecado, soy al mismo tiempo a los ojos del Señor y Creador de todas las cosas, toda bella, toda llena de Jesús. Soy la manifestación incesante, la expresión continua de su amor al Padre... ¡Qué deliciosa paz debería procurarme esta vista sublime y verdadera de las cosas! ¡Cómo debería henchir mi corazón de una amorosa y serena confianza! A despecho de todas mis



debilidades, de todas mis fealdades, yo represento a los ojos de Dios el amor de Jesús hacia Él. Él me ama indeciblemente porque soy del todo trasparente, estoy enteramente iluminado por Jesús.

*¡Cuánto me ama el Padre en retorno! ¡Qué alegría y qué confianza deben reinar en mi alma!*

Quizás jamás había pensado en esto. ¡Oh, jamás comprenderé la inefable ternura con la cual Dios me cubre con su vista, porque ve en mí a su Hijo amado, el objeto de sus divinas complacencias! Él me ama a mí como sólo un Dios puede amar; a mí que soy una expresión del amor incesante de Jesús. Ama esa llama de amor de su Hijo amado. Ve sin cesar a su Jesús que ama en mí, que a través de mí se entrega a Él, y en retorno, se entrega Él también a Jesús. Él me ama, es decir, ama a su Jesús inefablemente en mí. Ve en mí todos los detalles de este amoroso poema de su Hijo amado. Ve su sangre y sus méritos de los que yo vivo por los sacramentos, su sacrificio de amor de la santa misa, que todos los días me alimenta; ve todas sus divinas inspiraciones, todos sus esfuerzos para santificarme a gloria de Dios; en una palabra, todo lo que ese poema supone de actividad amante de Jesús respecto de mí; y yo me convierto así, por Jesús y en Jesús, en el objeto de las divinas complacencias.

¡Ah, cuán mal me conocía! ¡Cuán poco sospechaba todo lo que había de divino en mí! Veía en mí exclusiva o casi exclusivamente el lado humano, mi aspecto personal y por consiguiente natural; me veía enteramente egoísta, enteramente repugnante, y propio para ser objeto de horror y de disgusto de parte de ese Dios santísimo y purísimo. Y mi alma se ahogaba en una atmósfera de desconfianza inquieta, de angustiosos temores.

¡Oh, ahora por fin me veo un poco tal cual soy! Me

parece estar enteramente rodeado del aire puro y vivificante del amor divino, de ese amor inmenso que Dios, a despecho de todas mis miserias, siente por mí, a causa de Jesús que vive en mí.

¡Qué feliz creaturita soy yo! Feliz mil veces a causa de mi unión con Jesús, feliz a causa de ese amor infinito que Él manifiesta en mí y por mí a su Padre, y que atrae sobre mí una retribución igual del Amor infinito. Por encima de las nubes, del polvo y de las tempestades que mi propia vida suscita a menudo, el sol de la eterna caridad brilla siempre, sereno e inmutable, sobre mí, confundiéndonos a Jesús y a mí en un mismo ardentísimo amor.

¡Confianza, confianza ahora y siempre, alma mía, confianza aunque todo sea negro, aunque todo sea triste, porque tú no estás sola! A los ojos de Dios estás llena de Jesús que en ti y por ti ama a su Padre. Tú eres infinitamente amable a ese Dios, y no hay nada que no esté dispuesto a hacer o a darte en retorno del amor de Jesús, con tal que tengas buena voluntad y trates de permanecer unida con Él. El amor de Jesús se eleva sin cesar en ti y por ti hacia el Padre. Pero también sin cesar el amor reconocido del Padre te colma de gracias divinas y secunda los esfuerzos de Jesús para santificarte.

Confianza, alma mía, entrégate sin reserva a esa vida de Jesús en ti. Sé blanda y dócil a todas sus divinas solicitaciones, a sus menores sugestiones. No tengas otra alegría, otro placer, otro ideal aquí abajo que el de asociarte plenamente, el de participar perfectamente en la acción amantísima de Jesús, que vive y obra siempre en ti, para amar al Padre.

Evita cuidadosamente todo pecado, toda falta voluntaria. Tus pecados, tus faltas son la única nota discordante en ese concierto de amor.

Te niegas entonces a ser el himno de amor de Jesús a su Padre, te niegas a entregarte a Él para glorificar a Dios, prefieres glorificarte y amarte a ti misma. ¡No eres



entonces más que un grito de amor abominable hacia el horrible yo!

Sé, pues, siempre vigilante para evitar toda manifestación de amor propio, de vida egoísta. Identifícate perfectamente con todos los deseos de Jesús, con todas sus divinas actividades en ti. No hay nada más hermoso, nada más noble, nada más placentero. Tu vida vendrá a ser como un esbozo del cielo.

¡Ser la continua llama de amor de Jesús, ser su himno de amor a la gloria del Padre, serlo voluntariamente, alegremente, plenamente, por medio de una perfecta docilidad a las inspiraciones del Salvador!... ¡Qué alegría! ¡Qué vida! ¡Qué océano de segura paz y de celestial confianza!

## Capítulo XV

# CONFIANZA EN LA DESOLACIÓN

**I. Importancia de las desolaciones.—Virtudes que hacen florecer.—El gozo del amor no es siempre sensible.—Actos «directos» del alma, infinitamente preciosos; renunciar al placer de sentir su actividad.**

### *Importancia de las desolaciones.*

Esta tierra que habitamos durante algunos años ha sido siempre para todos, buenos y malos, justos y pecadores, una tierra de destierro, un valle de lágrimas. A cada paso y bajo todas las formas encontramos en ella el sufrimiento. Hay, sin embargo, un sufrimiento reservado a las almas interiores, a los amigos de Jesús. Son las sequedades, las arideces, las frialdades que conocemos con el nombre genérico de «desolaciones». Son producidas por la ausencia aparente de Dios y de su gracia. Sólo pueden apreciar la desolación los que han experimentado la consolación, sólo saben cuán triste y enojosa es la vida sin Jesús los que han saboreado la dulzura y los encantos de su presencia. Todos hemos pasado por esas pruebas espirituales, todos hemos suspirado y desfallecido por el retorno del amado.

Apenas ha franqueado el alma el umbral de la vida interior y se ha desligado un poco de las cosas del mundo, gracias a las consolaciones y a los divinos encantos que ha sentido, cuando Dios comienza a ocultarse por momentos. Le hace gustar la saludable pero amarga medicina de las desolaciones a fin de desligar ahora al alma de sí misma



y de los goces espirituales. Y sólo al final, cuando el alma ha llegado, encima de las nubes y de las tempestades, a la cumbre deslumbrante de la santidad, vuelve a saborear otra vez, al menos de ordinario, en la unión trasformante, las alegrías de un sol sin nubes.

La desolación ocupa por consiguiente un lugar muy importante en la vida espiritual y es sumamente conveniente que tengamos a este respecto los sentimientos necesarios, a fin de que podamos conducirnos en la desolación, conforme a los planes de Dios sobre nosotros.

¡Ay, en la desolación principalmente, parece languidecer nuestra confianza! Sufre tal vez las demás pruebas. Cuando estamos en la consolación, sobre todo, nos es dulce sufrir por Jesús, fácil el ver en las cruces de Dios senderos de amor y bendecirle por ellas. *Satis suaviter equitat quem gratia Dei portat*, dice la Imitación. Pero cuando la fe y el amor parecen haber abandonado nuestra alma, cuando nos encontramos enteramente solos, víctimas de la tristeza y de la melancolía, ¡oh!, entonces el mundo parece tomar un aspecto distinto. En medio del crepúsculo o de la noche que nos rodea, las cosas más insignificantes toman proporciones fantásticas, revisten apariencias terribles de fantasmas. Nuestro corazón se estrecha y nos vemos tentados a creer que Jesús nos ha abandonado o que al menos su amor para con nosotros se ha resfriado.

### *Virtudes que hacen florecer.*

Si nos aprovecháramos bien de nuestras desolaciones y de nuestras arideces, ¡cuán rápidamente avanzaríamos en el camino de la perfección! ¡Cómo nos aprovecharíamos de los inapreciables tesoros que ocultan estas minas de oro! Puede decirse que, para las almas amantes, las sequedades y las desolaciones son un verdadero semillero de virtudes. Allí es donde Dios cultiva con inmenso cuidado la hu-

mildad, la confianza, el amor a la cruz, el odio de nosotros mismos y el perfecto amor de Dios.

Sin numerosas alternativas de consolaciones y desolaciones no tocaríamos jamás con el dedo nuestra profunda y radical impotencia para todo bien. Es menester que una alma haya experimentado mil y mil veces su pobreza, su debilidad, su falta de generosidad, cuando se aparta la gracia sensible, para que llegue a tener una idea un tanto justa de lo que es por sí misma y de lo que debe a Dios. Cuando se ha sentido en el tiempo de la meditación toda abrasada y como transportada por los impulsos de su amor, y algunas horas después se siente aburrida, disgustada del sufrimiento, se da cuenta de su pobreza mejor de lo que lo haría con las mejores meditaciones.

¿Y qué decir del contraste que experimentan tantas almas favorecidas con el sentimiento de la presencia de Dios y con el don de contemplación? Por la mañana era el alegre momento de la aurora, nimbada de exquisitos resplandores, enteramente iluminada por los encantos del astro amado, toda embalsamada con el perfume que exhala la presencia de Jesús. Y por la tarde, Jesús se ha retirado. El sentimiento tan dulce de su presencia ha dado lugar a una desoladora soledad. Le parece al alma que jamás ha amado a Jesús y que Jesús tampoco la ha amado nunca.

Y todo esto, sin embargo, es poco en comparación de esas desolaciones espantosas, que duran años y por las cuales pasan todas las almas en el umbral de la vida mística, y que tienen por nombre «noche de los sentidos». Todo esto es menos aún en comparación de esa prueba más purificante y no menos larga, que lleva a las almas místicas a la santidad, que se llama «noche del espíritu». Hablaremos de ellas más adelante en un capítulo especial[1]. El alma se encuentra entonces, como el santo Job, enteramente abrevada con la hiel de los sufrimientos. Pasa su purgatorio aquí abajo.

[1] Véase *Confianza en las noches*.



Y todo esto, desolaciones de una hora o pruebas de muchos años, todo esto es obra de Dios que realiza secretamente en nosotros lo que no podríamos obtener con ninguna reflexión, con ninguna meditación, con ninguna resolución. Es Dios, que trabaja por Sí mismo en darnos una humildad profunda y verdadera, que nos desprenda para siempre de nosotros mismos y nos quite, de una vez por todas, el deseo de enorgullecernos y de apropiarnos los dones del Señor. Si tenemos sed de ser humildes, saludemos con amor esas amables tribulaciones de la desolación que, como un fértil abono, harán creer con vigor la hermosa planta de la humildad.

La humildad es la hermana mayor de la confianza. Por eso no es raro ver en las almas generosas desarrollarse rápidamente la confianza en medio de la aridez y de la desolación. En cuanto a las almas vulgares, pierden en ellas la poca confianza que tenían. Por eso Dios se las ahorra de ordinario y no les envía desolaciones sino muy rara vez. Pero para el alma amante, que desea mostrar su amor y su confianza a Jesús, las desolaciones son como amigas. Le proporcionan el placer de poder confiar en Jesús cuando todo la inclina a la desconfianza.

La naturaleza se siente cansada, triste, atraída hacia los bienes sensibles y las alegrías exteriores. Jesús parece no ocuparse ya de nosotros. Entonces clamamos a Jesús: ¡Oh Amado mío!, yo sé muy bien que Tú me amas ahora y siempre. Creo a todas horas en tu amor. Confío en Ti a pesar de mi pobreza y de mi miseria. Tú quieres ver hasta dónde llevo mi confianza en Ti. ¡Pues bien, Jesús, con tu gracia llegaré hasta el cabo! Creeré hasta que vuelvas.—¡Ah, cuán amables son las desolaciones de las almas sacrificadas, que le llevan a Jesús los perfumes de tantos actos de confianza pura y le consuelan de las desconfianzas de tantas almas menos fervorosas!

De la confianza al abandono no hay más que un paso. Nada tan precioso como la prueba espiritual para ense-

ñarnos a abandonarnos enteramente a Dios. En la consolación todo marcha bien. Tenemos conciencia de los progresos que hacemos en el camino de la perfección. Brilla el sol. El camino es espacioso, recto y claro. Mas he aquí que nos internamos en el bosque. No hay camino. Un verdadero laberinto. Es la desolación. Estamos desorientados. Parece que no salimos del atolladero. Quisiéramos orientarnos aún. Es el momento preferido de las almas abandonadas a Dios. Se confían a ciegas al divino Guía, que las ha introducido en el bosque y que sabrá sacarlas adelante por el sendero que sólo Él conoce.

Exquisita alegría para el alma abandonada, deseosa de olvidarse por amor, la de seguir así, a ciegas, al divino Maestro que la conduce a la unión. A fin de olvidarse mejor, prefiere no saber nada de los caminos que sigue Jesús, de las etapas que ha recorrido y que aún le falta recorrer. ¿Dónde se encuentra actualmente en el camino de la perfección? Enigma que se guardará bien de querer descubrir. Al levantar el velo del misterio perdería la alegría íntima y escondida de poder olvidarse enteramente.

Yo soy el juguete, la pelotica del Niño Jesús, decía la insigne abandonada, Santa Teresa del Niño Jesús. El divino Niño puede hacer de mí lo que quiera, jugar a su antojo con su pelotica, divertirse como quiera, si le agrada pincharme con un alfiler o tirarme en un rincón, soy enteramente feliz, puesto que así le place. Y aun tenía marcada preferencia por las desolaciones, porque gustaba en ellas, mejor que en la consolación, el placer delicioso aunque insensible, no sólo de agradar a Jesús, sino de agradarle a sus expensas, de agradarle desagradándose a sí misma.

Para contemplar el ramillete de flores que hemos recogido en las áridas rocas de la desolación, nos falta hablar de la hermosa flor de la caridad, la reina de las virtudes. También ella crece en abundancia entre las zarzas y asperezas de la prueba espiritual. Se la encuentra en muchas



variedades. Una de las más hermosas es el amor al sufrimiento.

El verdadero amor de Dios no podría vivir sin sufrimientos, bien lo sabemos y lo hemos experimentado más de una vez. Ahora bien, ¿qué mejor sufrimiento que el que nos desliga del más vivo placer que existe, del placer de saborear el amor divino? Otras pruebas nos desligan de los bienes sensibles, de la riqueza, de la reputación, de la salud. La desolación nos desliga de bienes mucho más grandes, de los bienes espirituales. Es duro abandonar por Dios nuestras riquezas, nuestros placeres, nuestros amigos y aun a nosotros mismos. Es más duro aún para el alma que lo ha abandonado todo por Dios, el dejar en cierto modo a Dios por el mismo Dios. La desolación es el destierro, no ya de la patria o de nuestros padres, es el destierro mucho más doloroso para el alma sedienta de Dios, el destierro del mismo Dios. La deliciosa y amable presencia de Dios, nuestro todo, la abandonamos por amor a Él. Y este destierro, si se prolonga o se acentúa fuertemente, puede constituir un verdadero martirio.

Amemos, pues, esta prueba que nos proporciona tan admirablemente la ocasión de satisfacer nuestro amor a Jesús y nuestro deseo de sufrir por Él. Si no podemos tal vez practicar grandes austeridades, podemos ciertamente sufrir con generosidad y confianza la desolación, y así mostraremos a Jesús el ardor y la pureza de nuestro amor, mejor que con muchas otras cruces.

Hay otra variedad de esta hermosa flor de la caridad, una de las más exquisitas, y que se llama: amor de su pequeñez y de su pobreza. Las almas que han progresado un poco en los caminos del amor puro, conocen muy bien esa flor ignorada de las demás. Cuando se sienten impotentes, faltas de generosidad, sucias, repugnantes tal vez, hallan entonces particular encanto en amar su pobreza, en regocijarse con esa ostentación de miserias y aun de faltas. Es delicioso para ellas el aplaudir ante esa manifestación

de lo que somos en realidad, nada y pecado. ¿Y por qué? Porque el amor puro de Dios es también necesariamente odio de sí mismo. El amor puro mirado por su aspecto negativo es el desprecio de nosotros mismos. Y he aquí por qué la dicha del amor puro se compone esencialmente de dos elementos: el placer de admirar y amar como suyas las encantadoras perfecciones de Dios y de Jesús, y la alegría de mirar con horror y odiar como extraños, como a enemigos, las soberanas deformidades de nuestro yo.

El alma amante se alimenta de este doble placer. Somos felices al vernos tan repugnantes, tan imperfectos por nosotros mismos, tan perversos; somos felices al comprobar que el yo, antes tan amado pero ahora nuestro gran enemigo y enemigo de Dios, es tan odioso, porque su fealdad misma realza igualmente las inefables perfecciones de Dios. Hemos arrojado lejos de nosotros como una vestidura andrajosa, ese villano yo, antiguo objeto de nuestras complacencias, y de ahora en adelante ponemos toda nuestra alegría en las inefables amabilidades de Dios, nuestro nuevo yo. He aquí por qué todo lo que rebaja al yo, nuestro antiguo tirano y seductor, es para nosotros una fuente de íntima alegría. El amor ardiente de Dios nos hace felices al ver desenmascarado a nuestro común enemigo, al ver su fealdad tan al descubierto que ya no tenemos que temer el ser de nuevo seducidos por sus engañosos encantos.

¡Oh, qué hermoso y puro amor de Dios es este amor de nuestra miseria y de nuestra pobreza, amor que conocen solamente los iniciados, las almas pequeñas a quienes Dios revela estos misterios! *Revelasti ea parvulis*. Amor poco común de nuestra fealdad, que nos hace encontrar de manera extraña nuestra dicha donde tantas almas espirituales no encuentran más que tristeza y desaliento. San Francisco de Sales gustaba de hablar de esa alegría misteriosa que causa el amor de nuestra propia abyección, y Santa Teresa del Niño Jesús dice de ella cosas encantadoras. De ella escribía: «Tengo muchas debilidades, pero me regocijo por ellas. ¡Es tan dulce sentirse débil y pequeño!»



He aquí, pues, el purísimo amor que la desolación nos da ocasión de ejercitar tan a menudo. Aunque no produjera más que esta sola flor, esta flor matizada de amor y de humildad, la desolación debería ser amabilísima para nosotros y nos haría también amabilísimos a Jesús, el jardinero de nuestra alma. Pidamos a menudo esa gracia poderosa y fuerte, única que puede descubrirnos la alegría misteriosa de despreciarnos a nosotros mismos por amor, esa alegría que contribuirá más que ninguna otra cosa a matar en nosotros el hombre viejo.

*El gozo del amor no es siempre sensible.*

Se objetará tal vez: teóricamente, sin duda, la desolación puede ser para todos ocasión de muchos actos de virtud, pero en la práctica, la desolación hace precisamente que no podamos hacer esos actos y, sobre todo, que no podamos hacerlos con gozo. Gozo del abandono, gozo del sufrimiento, gozo de olvidarse por Jesús, gozo de despreciarse, todo esto es posible en la consolación pero no en la desolación.

Ante todo, no confundamos el gozo sensible con el gozo, la dicha íntima y real aunque oculta y no gustada. En la sequedad no sentimos evidentemente gozo sensible de amar a Jesús por medio de nuestro abandono, de nuestros sufrimientos, de nuestro olvido de nosotros mismos, pero podemos muy bien tener en el fondo del corazón la paz y la satisfacción íntima del don de sí mismo. Y mientras más avancemos en los caminos del espíritu, más nos desligaremos de todo lo sensible y podremos también entrar mejor a lo más íntimo de nuestra alma, para saborear allí la paz y la dicha no sentida del amor puro.

Pero lo que parece dificultad más seria, es que casi no podemos, y a veces no podemos de ningún modo, hacer

sin gozo sensible actos explícitos de amor y de resignación, etc. ¡Es tan pesada nuestra cabeza, y nuestro corazón más pesado todavía! Hacer un acto consciente, explícito de amor de Dios, de resignación, de confianza, nos parece muy penoso. Es como si hubiera que levantar un peso inmenso. Es cierto, sin embargo, que uno de estos actos hechos de vez en cuando, lo mejor que podamos, agrada infinitamente a Dios. Y podemos hacerlos sencillísimamente, sin ningún razonamiento, con una simple mirada afectuosa del corazón, con una aspiración, con un suspiro del alma.

*Actos «directos» del alma, infinitamente preciosos.*

Y si aun esto es difícil, si estos actos son muy penosos tal vez para ser frecuentes, sepamos que hay otra forma de actos no reflejos, los actos «directos» de nuestra alma. De éstos tenemos muy poca o ninguna conciencia. Sólo Dios, que nos conoce mejor que nosotros mismos, los ve ocultos en el fondo de nuestro corazón y se regocija por ellos inmensamente, sin que nosotros lo sepamos. Son actos muy íntimos, muy secretos, porque son muy espontáneos y el alma los produce casi insensiblemente.

Una madre amante que vela con admirable consagración a su hijo enfermo, ¿no ama acaso más que cuando le prodiga sus caricias y sus besos? No, su amor silencioso se ejercita a cada instante. A cada instante se entrega a su querido hijo a quien vela. Su tristeza, su ansiedad, son los frutos y la prueba de su amor constante hacia él. Mirar a su hijo con angustia, aun esto es también un acto de amor, pero un acto directo, no reflejo.

Lo mismo sucede con nosotros en la desolación. Estar tristes por la ausencia de Jesús, porque le amamos, suspirar por Él, ¿no es esto un acto de amor, que brota entonces continuamente de nuestro corazón como de una fuente abundante? Todo el placer de estos actos es sin duda



para Jesús. A Él es a quien refresca esta agua, no a nosotros mismos. Pero ¿qué importa?

O si no, también abandonamos con confianza, creer a despecho de todo en su amor, adormecernos entonces en una voluntaria despreocupación, como si durmiéramos entre los brazos de Jesús, ¿no es esto una sucesión ininterrumpida de actos directos, no reflejos, de abandono amoroso? Y si a veces hacemos un acto explícito y reflejo de amor, este acto será como el beso del hijo a su madre, beso que no es más que la expresión más manifiesta del amor que le hace dormir en paz sobre el seno de su madre.

Cualesquiera que sean los caminos por los cuales nos guía Dios, ya sea por la desolación, ya por la consolación, estemos seguros de que nuestros días pueden estar desbordantes de actos meritorios ante Dios. Mirad esos campos maduros donde innumerables tallos balancean sus pesadas espigas al soplo del viento. Dios es el que ha tenido cuidado de cada una de esas espigas, de cada uno de esos millones de granos que su amor ha producido para alimentarnos. Y Dios que tiene mucho más cuidado de nuestras almas rescatadas con la sangre de Jesús, ¿no cuidará de hacerlas producir las espigas de los actos de virtud?

Si somos fervorosos, nuestros días más vacíos en apariencia, días de desolación y de impotencia, días de enfermedad, están llenos de las doradas espigas de nuestros actos de virtud directos o reflejos. Nuestro único cuidado debe ser el no conceder nada voluntariamente al amor propio. Porque el amor propio, por desgracia, tiene también sus numerosos actos directos, y en el campo de nuestra alma, a las espigas cargadas de amor divino se mezclan demasiado, desgraciadamente, las espigas estériles, las espigas del amor propio.

¡Cuánto más felices seríamos en la desolación, si tuviéramos más conciencia del valor de nuestros actos directos, de esas actitudes del alma que la orientan enteramente hacia Dios y de las cuales nuestros actos reflejos

son una expresión más clara, pero no más meritoria, sin embargo! Lo único que conviene es querer renunciar al placer de nuestros actos, al placer consciente y gustado que producen nuestros actos reflejos. Hay que saber renunciar al gozo sensible de nuestras virtudes, para dejar toda su dicha a Jesús sólo. Y esto no es fácil. Supone mucha abnegación y olvido de sí mismo, mucho amor.

*Renunciar al placer de sentir su actividad.*

He aquí por qué la desolación espiritual es tan preciosa. Nos hace morir más íntimamente a nosotros mismos. ¡Es tan dulce para nuestro amor propio el tener conciencia de nuestra actividad, el sentir que hacemos numerosos actos de virtud! ¡La secreta complacencia que encontramos en ello, es un vino irresistible que nos embriaga tan deliciosamente! Por eso, serán necesarias no una, sino centenares de sequedades, de desolaciones, de inactividades aparentes, para quitarnos esa maldita complacencia en nosotros mismos. Para arrancar de nuestra alma esta grama será necesario que gustemos muchas veces la imposibilidad de hacer actos de virtud interiores y exteriores, la ociosidad aparente de nuestras contemplaciones y nuestra completa pereza espiritual. Para destruir esa mala yerba, para hacernos morir en esto más completamente a nosotros mismos, Jesús está dispuesto aun a dejarnos defectos visibles, a permitir pequeñas caídas humillantes, infidelidades saludables. Nada considera excesivo para aniquilar esa forma tenaz de nuestro amor propio. Nos quita, pues, muy a menudo en la desolación, el placer de comprobar nuestra actividad, nuestros progresos, de tener conciencia de nuestros actos de virtud. ¡Qué placer debemos sentir al pensar que la alegría que nos quita a nosotros dilata deliciosamente su propio corazón! Saborea Él, a su placer, todos esos innumerables actos directos de amor, de confianza, de humildad, de abandono, cuyo teatro insospechado es nuestro corazón, en medio de nuestras pruebas espirituales.



---

**II. Puedo siempre agradar a Jesús.—Aunque parezca lo contrario.—No confundir el placer de agradar con el placer de sentir que se agrada. Amar a Dios de las consolaciones y no las consolaciones de Dios.—Se puede suspirar por el retorno del Amado.**

*Puedo siempre agradar a Dios.*

Si verdaderamente tenemos sed de amor, sed de entregarnos y de olvidarnos por Jesús, ¿qué más necesitamos para ser felices en la desolación? ¿Cuál es y cuál debe ser nuestro único deseo aquí abajo? El de poder agradar mucho a Jesús y, en unión con Jesús, a nuestro amado Dios. He aquí nuestro deseo absoluto e incondicionado, aquel al cual tenemos derecho, en cierta manera, el que Jesús no nos pedirá nunca que le sacrifiquemos. Todo lo demás puede pedírnoslo. Puede pedirnos el sacrificio de tal género de vida, de tal gracia mística, de tal director que nos gusta, de tal apostolado, de tales éxitos aparentes para nuestra vida espiritual o la de las almas que dirigimos. Puede pedirnos el sacrificio de tal o cual consolación espiritual, de tal plan de santidad, ¿qué sé yo? Pero no nos pedirá jamás que le sacrifiquemos el gozo supremo de una alma amante, el de agradarle mucho, inmensamente. Este placer, que es también el supremo placer de su divino Corazón, arde en deseos de concedérnoslo. ¿Cómo nos lo iba a rehusar, cómo nos lo iba a quitar?

Regocíjate, alma amante y únicamente deseosa de agradar al divino Maestro. Sea cual fuere el plan de Dios sobre ti, sea cual fuere el camino por el cual te conduzca, en la desolación lo mismo que en la consolación, puede agradar a Jesús, y agradarle inmensamente. Agradar a este amable

Maestro es la respiración de tu alma. Sin esto no podrías vivir. Jesús lo sabe muy bien. Para agradarle, sólo una cosa es necesaria: hacer buenamente lo que puedas, hacer lo más que puedas y ofrecer a Jesús tu buena voluntad. Y esto lo puedes siempre. Aun en medio de las más negras desolaciones, puedes todavía hacer sencillísimamente lo que puedas. Puedes entonces, en la desnudez de la fe, abandonarte ciegamente a su amor. Jesús no pide nada más entonces. Es demasiado razonable para pedir lo imposible. ¡Oh, qué océano de paz debe traer a tu alma esta dulce convicción de poder agradar siempre a Jesús, causarle alegría! ¡Cómo debe simplificar y unificar tu vida entera esta convicción! Siempre, a pesar de tantas vicisitudes y cambios de superficie, en el fondo de tu corazón, puede perpetuarse inmutablemente la misma dicha íntima, serena, profundísima, la dicha de agradar a Jesús, el único tesoro de tu corazón.

*Aunque parezca lo contrario.*

Esto no quiere decir que esta dicha sea siempre una dicha sensible, una dicha que el alma puede saborear con delicia. No, ciertamente. Semejante dicha no haría más que alimentar inevitablemente nuestro amor propio por medio de placeres egoístas. Esta dicha es muy a menudo una dicha muy espiritual, en manera alguna sensible, una dicha refugiada en lo más íntimo de nuestra alma y de la cual no tenemos conciencia. Pero no por eso es menos real.

Decíamos antes que Jesús no nos pediría jamás el sacrificio de la dicha suprema de toda alma amante, la dicha de agradarle mucho. Parecería, sin embargo, a primera vista, que nos hemos engañado. No son raras las pruebas especialmente torturantes y muy prolongadas en las que no solamente no tenemos el gozo sensible de poder agradar a Jesús, sino que tenemos como el sentimiento vivísimo



y amargo de no agradarle ya y aun desagradarle. Jesús parece haberse apartado de nosotros. ¡Oh, qué pena tan grande es ésta! ¡Oh, qué duda tan dolorosa! ¿Para qué vivir ya, si nuestra vida no le agrada? ¿No es acaso nuestra vida el dejar vivir a Jesús en nosotros? ¿A qué, pues, nuestros sacrificios, nuestras austeridades, si ya no le son agradables a Jesús, si no le causan ningún placer? El incienso de nuestro amor y de nuestro sacrificio no llega ya hasta Dios.

¡Pobre alma desamparada, ten confianza aun entonces, ten confianza entonces y siempre! Cree, a despecho de todo, que agradas a Jesús, y que le agradas mucho. ¿No te dice algo, allá en el fondo de tu corazón, que Jesús te ama como antes, que todavía le eres agradable, lo mismo que en las horas de amorosa intimidad? Cree en este sentimiento secretísimo de tu alma. Es la voz imperceptible de Jesús. ¿Te ha engañado alguna vez en lo pasado la confianza en Dios? Tampoco te engañará ahora. Cuando haya pasado la tempestad y se haya hecho la calma a tu alrededor y dentro de ti, se hará oir de nuevo claramente la dulce voz de Jesús y te dirá cuán infinitamente le ha agradado tu ciega confianza.

*No confundir el placer de agradar con el placer de sentir que se agrada.*

No hay que confundir, pues, el placer de agradar a Jesús y de regocijar su divino Corazón con el placer de sentir que se le agrada o tener conciencia de ello. Podemos ser siempre muy agradables a Jesús, si queremos, pero no tendremos siempre el sentimiento y la conciencia de ello. Y aun a veces podemos tener el sentimiento contrario, experimentar crueles dudas sobre esto, y éste es siempre el caso de la «noche de los sentidos» y de la del «espíritu». Pero si nuestro amor es verdaderamente puro y nuestra confianza inquebrantable, creeremos que le agradamos lo

mismo, a despecho de todo, y seremos felices de sacrificar a Jesús el placer de sentirlo. ¿Qué importa, en el fondo, si no buscamos más que la alegría de Jesús, qué importa que yo sienta y sepa que le agrado? Con tal que le agrade, con tal que *Él* sea feliz, lo demás no es nada. Es su alegría la que quiero, no la mía, y estoy dispuesto a sacrificarle aun esa alegría tan noble y tan bienhechora de saber que le agrado, si ése es su beneplácito.

Esto es lo que manifestaba de manera tan encantadora la amable Santa Teresa del Niño Jesús. Durante su noviciado escribía a la Madre Inés de Jesús: «Pídele a Jesús que yo le ame con un amor desinteresado; no deseo el amor sensible; con tal que sea sensible a Jesús, esto me basta.»[2]

Escribía también a su hermana María: «Su hijita no oye apenas las armonías celestiales, su viaje de bodas es muy árido. ¿Va a pensar tal vez que se aflige por eso? Pero no, al contrario, es feliz de seguir a su Amado por Sí solo y no a causa de sus dones. Él solo es tan bello, tan encantador, aunque se calle, aunque se esconda.»[3]

*Amar al Dios de las consolaciones y no las consolaciones de Dios.*

¡Cómo nos engaña esa impresión que experimentamos en la sequedad, de no poder agradar a Jesús porque estamos fríos y no sentimos ya el amor sensible! Hemos mostrado más arriba que la desolación nos permite hacer mil actos directos o reflejos, poco importa, de profunda humildad, de confianza ciega, de amor a la cruz, de muerte a nosotros mismos. Nos da, pues, mil ocasiones de agradar a Jesús y de causarle alegría.

Nos proporciona sobre todo la gran ventaja de poder

[2] *Esprit de sainte Thérèse de l'Enfant Jésus*, § III: *Amour désintéressé*, pág. 35.
[3] *Historia de una alma*. Cartas, pág. 358.



amar a Jesús con un amor puro y desinteresado. ¡Ay, en la consolación nos vemos tan tentados a amarnos a nosotros mismos y a confiar en nosotros mismos! Nos sentimos con alas y confiamos en ellas. Sentimos el placer del amor y casi nos olvidamos de amar a Dios por amar el gozo de Dios, de amar a Dios por amar el placer tan delicioso de su amor. En la desolación no hay nada parecido. Si continuamos amando entonces, nuestro amor se encamina únicamente hacia Dios. Amamos a Dios no ya por sus dones, de los cuales no tenemos conciencia, sino únicamente por Sí mismo. Nos desprendemos entonces de las consolaciones de Dios para unirnos al Dios de las consolaciones.

Esto solo debería hacernos experimentar cierta preferencia por las desolaciones y las arideces. Si estamos deseosos de amar a Jesús con un amor puro, debemos saludar con alegría estas excelentes ocasiones de praticar ese amor, que Jesús mismo ha escogido para nosotros. Esto no es fácil sin duda. Pero tanto mejor. Mientras más avancemos en el amor, más amaremos estas ocasiones de amor puro. Teresita decía: «Amemos a Jesús bastante para sufrir todo lo que Él quiere, aun las arideces, las frialdades aparentes. Es un gran amor, es un martirio el amar a Jesús sin sentir la dulzura de ese amor... Pues bien: muramos mártires...»[4]. ¡Cómo podríamos encantar al Corazón de Jesús, si le amáramos con confianza amorosa en la desolación!

Tú que quieres ser el amigo fiel de Jesús y consolarle por todos aquellos que no le aman, pon todo tu empeño en amarle en la sequedad, cuando Jesús así lo quiera. Pon tu dicha en amarle en el Calvario, lo mismo que en el Tabor. Ámale con un amor puro, no solamente por aquellos que no le aman y le ofenden, sino también por las almas tan numerosas que le aman poco y mal, que se aman a sí mismas más bien que amarle a Él.

[4] *Esprit de sainte Thérèse de l'Enfant Jésus*, § III: *Amour désintéressé*, pág. 36.

«Buena voluntad, actos de amor en todas partes y siempre, y nada fuera de esto, he aquí mi programa de ahora en adelante. A Jesús le toca cuidar de lo demás. Amar a Dios, amarle a mis expensas, amarle sin gozar, amarle sufriendo, amarle en el fastidio, en la sequedad, en la oscuridad, en las dudas, en las tentaciones, en las sombrías visiones del porvenir, esto será lo que me corresponde mientras lo quiera mi Maestro. Sé que Él es bueno, sé que Él me ama, creo en su amor. Me encanta amarte así, mi querido Maestro. Para gozar de Ti tengo una eternidad, para hacerte gozar de mi amor por medio del sufrimiento y de la inmolación, no tengo más que mi corta existencia. Extrae de mi sustancia todo lo que pueda contener de gloria para tu nombre, agótala, para que al morir haya llegado a ser todo amor.»[5]

*Se puede suspirar por el retorno del Amado.*

¿Debemos entonces prohibirnos el suspirar por el retorno de Jesús, si nos lo pide el corazón? No, estos suspiros amantes son la prueba de nuestro amor. Agradan también mucho a Jesús. Todos los santos han conocido esos deseos ardientes y esas lágrimas del alma desolada. Recuérdense las hermosas estrofas de San Bernardo: *O Iesu mi dulcissime, spes suspirantis animæ, te quærunt piæ lacrymæ, te clamor mentis intimæ*: Oh mi Jesús dulcísimo, esperanza de mi alma que desfallece, a Ti te buscan mis piadosas lágrimas, a Ti clamo desde el fondo de mi corazón.—Sigamos en esto los impulsos de la gracia. A veces preferiremos abandonarnos y dormir apaciblemente sobre la blanda almohada de una amante confianza. A veces despertaremos de nuestro sueño y tenderemos amorosamente nuestros brazos hacia Aquel a quien desea ardientemente nuestro corazón.

[5] Jos. Schryvers: *La bonne volonté*, pág. 53.



**III. La desolación nos hace recurrir a los tesoros de Jesús, nuestro divino remedio, que vive y ama en nosotros.—Concepto verdadero de la desolación: invierno necesario en la vida espiritual, lo mismo que la primavera de la consolación.—Indulgencia de Jesús para con nuestras debilidades en la desolación.**

*La desolación nos hace recurrir a los tesoros de Jesús, nuestro divino remedio, que vive en nosotros.*

Ya lo hemos visto suficientemente: la desolación tiene muchos títulos a nuestra estima y a nuestro amor. Y si nos convencemos bien de ello en los tiempos de calma y de paz, esta convicción nos ayudará poderosamente en los momentos de amargura espiritual. Sin embargo, podrá suceder, y aun frecuentemente, que ningún pensamiento parezca ayudarnos en medio de los sufrimientos y de las ansiedades de la desolación. Es que Jesús quiere tal vez que aprendamos a refugiarnos en su divino corazón, como en un seguro asilo.

Cuando nos sentimos pobres, tristes, fríos, sin amor, cuando creemos no tener nada que podamos ofrecer a Dios, entonces, cansados de luchar, casi instintivamente nos volvemos hacia Jesús. Esto es verdadero para todos, pero especialmente para las almas felices que se esfuerzan por vivir una vida de identificación con Cristo. No encontrando en sí mismas, en las horas de sequedad, nada más que pobreza, miseria y fealdad, vuelven naturalmente sus miradas hacia Jesús, su divino remedio para la adoración, para la reparación y sobre todo para el amor. Se acuerdan de que no están viviendo, ni amando solas a Dios, de que viven en unión con Jesús y para Jesús. Saben que su vida no es más que la vida de Jesús en sí mismas, y que Jesús se sirve de ellas para adorar y amar al Padre.

A veces, en la consolación, Él manifiesta su vida de una manera más evidente. Una chispa del gran horno

de amor de Jesús se ha encendido en su propio corazón y las devora en un fuego dulcísimo. Más frecuentemente, apenas si sienten en sí mismas el amor de Jesús, pero saben muy bien que el corazón de Jesús late y palpita y ama siempre al Padre en ellas. Jesús no se ha retirado. El alma en realidad no está ahora sola adorando, sirviendo y amando al Padre. Jesús se ha ocultado simplemente en el fondo del alma, y desde ese altar viviente sube a todas horas hacia el Eterno el incienso de su purísimo amor.

Tú no sientes ya el amor de Jesús que invade tus potencias y las cautiva para amar en ti al Padre. ¡Qué importa! Jesús está siempre allí, en el fondo de tu corazón. En vez de tu generosidad, de tu sed de sacrificios, de tu confianza, de tu amor, sólo encuentras sequedad y languidez. ¿Qué más da? Posees algo mucho mejor que las miserables perfecciones en las cuales, en tiempo de consolación, te ves tan tentada a confiar. Posees las perfecciones inefables de Jesús que vive en ti.

En vez de las perlas falsas y de las imitaciones de piedras preciosas de tus pobres virtudes propias, puedes ofrecer a Dios los preciosos rubíes y los magníficos diamantes de las virtudes de Jesús. Puedes ofrecerle su profundísima humildad, su perfectísima confianza, su olvido tan entero de Sí mismo, su amor sin límites. He aquí la verdadera consolación, aunque no sea sensible. He aquí, en último término, tu gran medio de hallar gracia delante de Dios, de hacerte agradabilísimo a sus ojos y de ofrecerle una Hostia santa y sin mancha, digna de Él. Dichosa desolación que así te hace recurrir mejor a tu verdadero tesoro, y te hace encontrar en tu suma pobreza una inmensa riqueza.



*Concepto verdadero de la desolación: invierno necesario en la vida espiritual, lo mismo que la primavera de la consolación.*

Procuremos, pues, tener una idea cada día más clara y verdadera de la desolación, bajo cualquier forma que se presente: aridez, tristeza, oscuridad, hastío de las cosas espirituales, imposibilidad de orar, etc. Sepamos que las desolaciones le son absolutamente necesarias al divino Obrero que se esfuerza por desprender nuestra alma de su escoria de impurezas y por hacer de ella un diamante digno de su Padre celestial.

Muchas almas inexpertas se imaginan que la desolación es un castigo, como la consolación era una recompensa de sus sacrificios y de su generosidad. ¡Grosera ilusión! Sin duda que a veces puede suceder esto, sobre todo a los principios de la vida espiritual. Pero mucho más frecuentemente sucede que, en los designios de Dios, la desolación es una muestra especial de amor, una gracia que debe conducirnos más alto y más lejos y acercarnos a la unión final.

Si no tenemos, pues, conciencia de ninguna falta o infidelidad particular, no conviene atormentar nuestra alma volviendo repetidas veces sobre nosotros mismos, por medio de exámenes inquietos. Humillémonos, si queremos; pidamos perdón al Señor por todas nuestras faltas ignoradas, pero luego dilatemos nuestra alma en una amorosa confianza. Tenemos ahora mucha necesidad de esa confianza, para permanecer fieles a nuestras resoluciones y no cambiar nada en nuestro método de vida, ni buscar consolaciones entre las creaturas para desquitarnos de las que Dios ya no nos da. Tenemos necesidad de todas las energías de nuestra alma para aprovecharnos bien de este tiempo tan precioso y para realizar los designios de Dios sobre nosotros[6].

[6] Jamás nos acordaremos demasiado, a este respecto, de la regla de oro que nos dejó San Ignacio, ese gran maestro de la vida espiritual, en sus reglas sobre

No; en general, la desolación no es un castigo de nuestras infidelidades y de nuestros aturdimientos. Es un medio precioso y necesario de purificación. Consolación y desolación son como las estaciones de nuestra vida espiritual. Consolaciones divinas que nos muestran las perfecciones y amabilidades de Dios para abrasarnos en su amor, desolaciones espirituales que nos descubren toda nuestra pobreza natural, toda nuestra fealdad, para disgustarnos profundamente de nosotros mismos e inspirarnos el santo odio del yo, he aquí las primaveras y los inviernos indispensables en la vida espiritual, que nos van llevando poco a poco hasta la plenitud de la edad de Cristo.

Estas alternativas de estaciones espirituales están sabiamente calculadas por Dios para llevarnos a la unión perfecta y a la verdadera santidad. Las varía y las hace durar según las necesidades de nuestra alma.

No hay, pues, motivo para entristecernos cuando se prolonga la desolación. Fácilmente nos imaginamos entonces que estamos perdiendo un tiempo precioso. Corríamos tan alegremente en el camino espiritual, en la amada compañía de Jesús, y he aquí que de repente desapareció Jesús. Parece olvidarse de nosotros, y dejarnos a nosotros mismos, ya no avanzamos. Desengañémonos. No, no. Jesús no nos olvida. Él está más deseoso que nosotros de nuestro amor, desea infinitamente más que nosotros nuestra santidad. Su aparente olvido es una gracia preciosa. Trabaja ahora en las profundidades del alma en purificarnos, en quitar todos los obstáculos a la unión divina. Trabaja sin cesar, día y noche, con incansable paciencia, con un inmenso anhelo. Poda, corta las ramas inútiles. Deja que a la primavera y al estío suceda el invierno. Deja caer las flores una a una y coge en agraz los frutos que ve

el discernimiento de espíritus (regla 5.ª). Que el tiempo de la desolación no es propio para juzgar rectamente de las cosas, y que no conviene mudar nada en nuestras resoluciones, ni en nuestro modo de pensar anterior.



madurar. Él sabe que el árbol crece, que cada retorno del estío traerá flores nuevas y frutos más sabrosos que antes, hasta que pueda cosechar en nuestra alma los frutos del amor perfecto.

*Indulgencia de Jesús para con nuestras debilidades en la desolación.*

No olvidemos, en fin, que Jesús es infinitamente bueno, compasivo e indulgente. Si en nuestras pruebas espirituales nos falta un poco de generosidad, si aflojamos a veces un poco, no creamos que todo está perdido y que Jesús está disgustado con nosotros. Jesús sabe apreciar la parte que corresponde a nuestras dificultades, a nuestro fastidios, a nuestras impotencias, y si de una manera general hacemos lo que podemos y conservamos siempre intacta nuestra buena voluntad para con Él, sabrá muy bien disimular y fingir que no ve nuestras pequeñas faltas.

No nos estristezcamos diciendo: «No soy bastante generoso en la desolación. Llevo mi cruz, sí, pero no ya valientemente, sino con tanto trabajo que casi sucumbo. ¡Y cuántas falticas se me escapan, cuántos retornos a la vida natural! ¡Qué diferencia con los tiempos de consolación!»—Jesús sabe todo esto mejor que nosotros, y si a pesar de ello nos envía sus pruebas espirituales, es porque espera de ellas preciosos frutos, es porque nuestras falticas son compensadas ampliamente por nuestra actitud general de resignación, de abandono, de humildad. *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum:* para los que aman a Dios, todo contribuye a su mayor bien[7]. Con tal que conservemos para con Jesús un amor fiel y mantengamos muy vivo el deseo de amarle siempre cada vez más, la prueba espiritual, a pesar de nuestras falticas, nos será muy saludable y nos llevará insensiblemente, alternando con las consolaciones, a la más elevada perfección.

[7] Rom. VIII, 28.

## Capítulo XVI

# CONFIANZA EN LAS NOCHES

**I. Místico no quiere decir extraordinario.—Grandes etapas de la vida mística.—Características de la noche de los sentidos.—El fin de Dios explica los sufrimientos de estas noches.**

### *Místico no quiere decir extraordinario.*

Lo que hemos dicho anteriormente para consolar y confortar a las almas sumergidas en la desolación, vale para todas las variedades de pruebas espirituales conocidas generalmente con el nombre de desolación. Pero hay una clase especial de pruebas, conocidas de las almas místicas, pruebas especialmente desconcertantes tanto por su naturaleza e intensidad como por su duración. Las almas sumergidas por Dios en estas pruebas son particularmente dignas de compasión. Deben ser consoladas, animadas a menudo especialmente, a fin de poder soportar como conviene estas pruebas atormentadoras.

Se trata aquí de la vida mística. Para algunos la misma palabra: mística, es como un espantajo. Por eso es necesaria una observación preliminar, a fin de prevenir errores y disipar tal vez ciertos prejuicios.

Quien dice vida mística, no quiere decir, como muchos se imaginan, vida extraordinaria. La gran santa de nuestros tiempos, Teresa del Niño Jesús, llegó a las cimas más elevadas de la vida mística y de la santidad, y sin embargo, lo que hay de más extraordinario en su vida es que nada tiene de aparentemente extraordinario. Se com-



placía en repetirlo hasta la saciedad, que su nuevo caminito de confianza amorosa, su caminito infantil no tenía nada de extraordinario. En ella, que sepamos, no hay visiones, ni revelaciones, ni siquiera éxtasis. Una vida enteramente ordinaria, pasada, en gran parte, en la sequedad y la desolación.

Es que la esencia de la vida mística no consiste en manera alguna en esos fenómenos que a veces accidentalmente la acompañan: visiones, arrobamientos, éxtasis, voces sobrenaturales. Consiste en el florecimiento más completo de los dones del Espíritu Santo, que nos hacen más pasivos bajo la acción de la gracia y ponen así más enteramente nuestra vida bajo el dominio de Dios. Ese florecimiento es el fruto de gracias especiales y gratuitas, llamadas «gracias operantes», que están enteramente fuera de nuestro alcance. Podemos disponernos para él, pero no podríamos producirlo en nosotros.

Y para hablar más especialmente de la *contemplación* mística, que no hay que confundir con la vida mística, es esencialmente una luz infusa en la inteligencia y un amor infuso en la voluntad, bajo el influjo de los dones de sabiduría, de entendimiento y de ciencia. En otros términos, la contemplación infusa o mística es una simple mirada amorosa y, de ordinario, general y confusa sobre Dios y las perfecciones divinas. Puede existir solamente en las horas de oración formal o también impregnar tal o cual de nuestras acciones y aun todo nuestro día, manteniéndose en una unión amorosa, más o menos continua, con Dios.

La vida mística no tiene por consiguiente nada que pueda espantarnos. Muchas almas son místicas y no se diferencian exteriormente en nada de las demás. A lo sumo, son quizás, de ordinario, más recogidas exteriormente. Nadie se da cuenta de los caminos por donde transitan. Leed la vida de Santa Teresa del Niño Jesús, y, a menos que os fijéis mucho, no descubriréis en ella nada

que traicione las vías místicas. Es menester un ojo bastante ejercitado para descubrir sus indicios... No solamente no sospechamos, muy de ordinario, las almas místicas que viven a nuestro lado, sino que esas mismas almas, sobre todo a los principios de la vida mística, no tienen conciencia de su estado. Protestarían tal vez, con toda sinceridad, si se las quisiera tachar de místicas.

*Grandes etapas de la vida mística.*

¿Cuáles son, pues, las grandes etapas de la vida mística, tales como se las encuentra generalmente y como las describe admirablemente en su *Noche oscura* el gran doctor místico San Juan de la Cruz? Ante todo, la «noche de los sentidos», que tiene por objeto desligar al alma de todo lo sensible e introducirla en la contemplación. Puede durar muchos años. Viene en seguida, ordinariamente, un tiempo de paz y de vivas consolaciones. Luego el alma a quien Dios destina para la unión final entra en la «noche del espíritu», que tiene por efecto purificar enteramente la parte espiritual del alma y llevarla a la santidad.

Digamos dos palabras sobre cada una de estas tres grandes etapas, advirtiendo sin embargo, a fin de no inducir a error a algunas almas, que Dios no está ligado por ninguna ley, y que *en la práctica los casos se diversifican indefinidamente*[1].

A los principios de la vida espiritual, Dios da generalmente, aunque no siempre, consolaciones tanto más abundantes y vivas cuanto más alto quiere conducir al alma. Por medio de ellas se esfuerza en desligarla de todos los goces humanos, que no son nada ante las íntimas alegrías del amor divino. Luego, cuando ve al alma bastante desasida de las consolaciones de la tierra, comienza a apartarla de los goces espirituales sensibles. Poco a poco le quita el gusto y el placer que sentía en hacer actos de virtud, actos de caridad, de humildad, de mortificación. Le quita también las alegrías de la oración. Sin darse mucha cuenta del cambio que se obra en ella, el alma comienza a experimentar verdadera dificultad en meditar, en orar como antes por medio del razonamiento. Experimenta en ello un secreto disgusto.

Toda su vida se simplifica bajo la acción divina. Su actividad espiritual parece disminuir de manera extraña. En vez de gustar, como en otro tiempo, de extenderse en la oración en sentimientos muy variados de humildad, de mortificación, de confianza, de renunciamiento de sí misma, de amor de Dios, se siente inclinada a conversar sencillísimamente con Dios, o también a permanecer cerca de Él en una sencillísima y apacible actitud de amor confiado, como un niño en los brazos de su madre. Experimenta poco atractivo y facilidad para cualquier acto reflejo. Dios la favorece gradual y secretamente con el don de oración infusa o de contemplación. Sin saber bien cómo, se siente a veces, ya en la oración, ya también fuera de ella, unida a Él por medio de una mirada amorosa, general y confusa sobre su amado Dios.

Esta dolorosa transición de la vida ordinaria a la vida mística y de la meditación a la contemplación, es lo que se llama «noche de los sentidos». Días de sufrimiento íntimo,

[1] Esta variedad es, en efecto, tan grande que, según los mejores comentadores y discípulos de San Juan de la Cruz, la noche del espíritu puede hasta coexistir con la noche de los sentidos.

Cuanto a la intensidad de estas pruebas místicas, varía mucho también. En algunas almas las noches, sobre todo las de los sentidos, no parecen tan horribles como las describe San Juan de la Cruz, que sin duda describía principalmente su caso particular, caso extremo.

A causa de todas estas variedades, que el mismo santo no advierte, alguna alma que se encuentre verdaderamente en estas noches, podría hallar dificultad en reconocerse en las descripciones que hace de ellas San Juan de la Cruz en su célebre *Noche oscura*.

Por lo demás, hagámoslo notar, en las almas apostólicas sobre todo, las pruebas exteriores que acompañan a estas noches (cfr. pág. 259), son pruebas más fuertes y compensan por esto todo lo que la prueba puramente interior pudiera tener de menos doloroso y purificante.

de doloroso despojo. El alma, apartada de los goces espirituales sensibles, no es apta todavía para saborear las alegrías espirituales más puras y secretas que ofrece la contemplación. Se siente completamente desolada y árida. Se considera como inactiva y ociosa, como presa de la rutina.

Y estos años de la noche de los sentidos son tanto más penosos cuanto que el alma no se da bien cuenta de la acción divina. Ella, tan deseosa de acercarse a Dios, para unirse un día con Él, cree al presente que retrocede sin cesar. ¿Dónde están ahora sus oraciones fervorosas y libres de distracciones, su deseo del sufrimiento, sus vivos trasportes de amor? Y aun quizás su mismo director espiritual, que no adivina el cambio radical que se obra en ella, no hace más que aumentar su angustia, estimulándola a la generosidad de los primeros días. Sucede a menudo que el alma, echando de menos su fervor sensible de los principios, hace esfuerzos dolorosos por retornar a sus antiguos métodos de oración, a sus múltiples razonamientos, a su actividad espiritual agitada y febril. Pero esos esfuerzos en sentido inverso de la acción divina, no hacen más que agravar el malestar y el sufrimiento.

Y para hacer aún más punzante y angustiosa esta situación, le parece que no verá apuntar jamás la aurora de la liberación. ¿Cuánto durará la prueba? ¿Qué va a saber ella? ¿Sabe siquiera que es realmente una prueba? ¡Ah, si al menos estuviera realmente segura de ello! ¡Qué consuelo sería esto solo! Y la prueba es larga, parece interminable. Dura años, unas veces más, otras menos, según los planes de Dios. La intensidad de la noche, el grado de perfección al que Dios quiere conducir al alma, su docilidad a la acción purificante de Dios, la grosería de las imperfecciones de que debe ser purificada, son otros tantos factores que hacen variar su duración.

Sin duda, la noche no es siempre igualmente horrible. A veces los vientos se calman, a veces al contrario, redobla



el furor de la tempestad. Puede decirse que, de ordinario, esta dolorosa prueba purificadora dura muchos años. El alma no podría por sí misma poner fin a ella. Ningún razonamiento, ninguna industria, podrían libertarla. Dios la purifica como el oro en el crisol, y cuando se haya alcanzado el grado de pureza requerido, entonces reaparecerá el día radiante, y Dios invitará de nuevo al alma a los goces del amor divino. *Iam enim hiems transiit; imber abiit et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra, surge amica mea et veni:* Levántate, amiga mía, y ven, porque he aquí que el invierno ha terminado; la lluvia ha cesado y desaparecido. Brotan las flores sobre la tierra[2].

Generalmente, dice San Juan de la Cruz, Dios concede entonces al alma un descanso, a menudo de muchos años[3]. La hace saborear de nuevo a grandes tragos sus divinas consolaciones, pero de una manera mucho más elevada, más pura, menos sensible. Se le revela principalmente en lo más íntimo del alma. Allí, por una vía ignorada de los sentidos, la inunda de luces infusas y exquisitas y la cautiva con los encantos de sus divinas amabilidades. Allí la estrecha con amor. Hace sentir de nuevo en ella su amada presencia, pero de una manera mucho más íntima que antes. Por eso ella, a veces, se deshace de amor. No puede contener sus arranques y estalla en ardorosos trasportes. Otras veces está silenciosa y duerme apacible y amorosamente sobre el seno de su amadísimo Dios. Cada día se une así más estrecha e indisolublemente con Él.

Y la confianza crece al igual que el amor. Dios hace sentir tan admirablemente al alma su exquisita bondad, que ella se deshace en protestas de eterna fidelidad y de ciega confianza en Él. Son los años prósperos, durante los cuales hace amplia provisión de confianza para los años estériles. Toma fuerza para la gran prueba que se va a anunciar, muy pronto, si está destinada a subir más

[2] Cant. II, 11-13.
[3] *Noche oscura del espíritu*, can. 1.ª, cap. I.

alto. Porque, si un gran número de almas pasan por la noche de los sentidos, es pequeño, por desgracia, dice el doctor místico, el número de las almas fieles y generosas, a quienes Dios somete a la prueba final y decisiva, que conduce a la unión trasformante y a la verdadera santidad.

En el momento señalado por Dios, el alma entra de nuevo en la noche, en la terrible noche del espíritu, la purificación pasiva por excelencia. Sólo aquellos que han pasado por los horrores de esta dolorosa noche pueden imaginarse cuán penosa es esta gran prueba. Es el purgatorio aquí abajo, que, al decir de San Juan de la Cruz, hace las veces del purgatorio que nos aguarda en la otra vida[4].

El alma se purifica en ella ahora, principalmente en la parte espiritual: entendimiento, memoria, voluntad. Sus virtudes teologales de fe, de esperanza y de caridad, debido principalmente al don del entendimiento, son separadas en ellas de sus menores imperfecciones. El alma debe morir completamente a sus modos humanos y naturales de acción. Es alimentada verdaderamente con el pan del dolor, abrevada con la hiel de las tribulaciones. Puede exclamar con el profeta David: *Salvum me fac, Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam:* Sálvame, oh Dios, porque las aguas suben hasta mi alma. Estoy sumergido en un fango profundo, y no hay nadie que me sostenga. He caído en un abismo de agua y la tempestad me ha sumergido. Mis ojos se consumen esperando a mi Dios[5].

A veces la noche es tan negra, las tinieblas tan espesas, que apenas si se acuerda de los días llenos de sol de antaño. En vez de ese amable sentimiento pasivo e infuso de la presencia de Dios, que la abrasaba en amor, no experimenta más que el sentimiento de su ausencia. A las conversaciones íntimas con Él ha sucedido un siniestro silencio. En vano le busca, en vano le llama a grandes voces, en vano le tiende los brazos de sus inmensos deseos. No obtiene respuesta. *Quæsivi quem diligit anima mea et non inveni:* Busqué en todas partes al que ama mi alma, y no le encontré.

[4] *Noche oscura del espíritu*, can. 1.ª, cap. VI.
[5] Ps. LXVIII, 2-4.



Más aún que en la noche de los sentidos, el alma tiene el vivo sentimiento y la conciencia muy clara de que va retrocediendo. A veces cree ir derecho al abismo. El vértigo se apodera de ella. Se cree abocada al infierno. Si estas angustia extremas son raras, en cambio le parece con frecuencia que desagrada a Dios, que Dios está irritado, que ya no quiere su amor. ¿Y acaso no tiene infinitamente razón? ¿Cómo podría Él amar con amor unitivo a una creatura tan repugnante? ¿Cómo podría pensar en unirse con la que no es más que orgullo y egoísmo? ¡Dios no la ama ya, *lo siente* hasta el punto de no poderse engañar, y desgraciadamente, ella tampoco ama ya a Dios! El fuego divino que le abrasaba el corazón se ha extinguido. Esto le parece más claro que la luz, y en vano se esfuerza por reavivarlo sin cesar.

Pero si el efecto del amor divino no es ya sensible, Dios pone en ella, sin que se dé cuenta, un inmenso amor de estima[6]. ¡Dios, aunque oculto, le parece tan digno de ser amado, tan amable! Sin dejarle sentir los deliciosos encantos de sus divinas amabilidades, Dios la atrae sin embargo. ¡Oh, cómo debería amar hasta la locura a ese Dios, la única e infinita amabilidad! Quisiera amarle, amarle inmensamente, pero desde el abismo de su noche sale una voz siniestra: «Tú no eres digna del Amor Infinito. Él ya no te ama, y tú tampoco le amas. Se acabó para ti el amor.» ¡Ay! demasiado convencida está de ello, aunque en el más íntimo fondo de su alma vacila siempre un rayo de esperanza y como una íntima seguridad de lo contrario, de la cual no se atreve a fiarse.

[6] *Noche oscura del espíritu*, can. 1.ª, cap. XIII.

¡Oh, qué ansiedades de amor las de esta alma! Extraño tormento. Sus inmensos deseos de amar, sus ardientes sufrimientos son precisamente un grandísimo amor. Pero, cegada como está por la luz deslumbrante de la purificación, como el buho por la luz demasiado fuerte del día, es incapaz de ver[7]. Sus directores tal vez lo ven claramente, se lo dicen, pero ¿cómo podría atreverse a creer lo que por un extraño fenómeno de magia le parece evidentemente falso? Ama a Dios inmensamente, locamente, y al mismo tiempo se siente y se cree desprovista de todo amor. Podría exclamar como Ángela de Foligno: «¡Ay! cuando veo el amor con que Dios me ha amado, mi amor no es más que una estúpida burla y una abominable mentira.»[8] He aquí el sufrimiento más punzante de esta noche. Ante esto, todo lo demás, por penoso que sea, no es nada. Este sufrimiento es como un reflejo de los horrores del infierno, de la pena de daño. El alma experimenta lo que Jesús experimentaba en la cruz cuando exclamó: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Y esta segunda noche dura también años. De ordinario, durante un largo tiempo, la prueba es puro ajenjo. Ni una gota de consuelo. Pero luego, una vez realizado el gran trabajo de purificación, el alma comienza a respirar[9]. Resplandores de aurora iluminan por momentos el horizonte. Dios, el gran oculto, se muestra por instantes, y de nuevo la hace estremecer de alegría. Comienza a tener conciencia de su inmenso amor a Dios. Sus ansiedades de amor, sus angustias, desaparecen, pero el alma queda herida de amor divino. Su gran tormento es y será ahora el no poder, a pesar de su extremado amor a Dios, amarle de una manera un tanto adecuada, amarle como Él merece serlo, amarle por sí misma y, merced al apostolado, también por

[7] He aquí por qué estas pruebas, en que la luz es demasiado fuerte para los ojos aún débiles del alma, se llaman noches. Son un «rayo de tiniebla».

[8] Cfr. Ángela de Foligno: *Libro de las visiones*, cap. XXXIII.

[9] Cfr. San Juan de la Cruz: *Noche oscura del espíritu*, can. 1.ª, cap. XII.



otros. Una sed implacable de amor la atormenta sin cesar, y al mismo tiempo el contraste entre las divinas perfecciones y su increíble fealdad la desligará enteramente de sí misma. La purificación terminará así gradualmente, y la noche se cambiará poco a poco en el día luminoso de la unión trasformante y del perfecto amor. El alma sale de la prueba trasformada y como divinizada. Dios vive plenamente en ella, y ha reemplazado las operaciones del alma por las suyas propias.

*Característica de la noche de los sentidos.*

No descenderemos más a los pormenores de estas purificaciones pasivas. Las almas a quienes Dios conduce por estos caminos podrán, si lo desean y con la aprobación de su director, leer la *Noche oscura* de San Juan de la Cruz. Nos limitaremos a hacer aquí algunas reflexiones.

Ante todo, ¿cómo discernir con alguna certeza si una alma está en la noche de los sentidos, y no simplemente frente a una sequedad causada por la tibieza, etc.? San Juan de la Cruz da para esto tres preciosas señales características, que hay que tomar en su conjunto para hacer con certeza la distinción deseada.

*Primera señal.*—En la noche de los sentidos no se encuentra ni gusto ni consolación en las cosas divinas, y al mismo tiempo, tampoco se halla en las cosas creadas, porque el don de ciencia obra sobre el alma para mostrarle la vanidad de todas las cosas.

*Segunda señal.*—El alma, en la noche de los sentidos, conserva ordinariamente el recuerdo de Dios, con una solicitud y un cuidado penosos, causados por el temor de ir retrocediendo, debido a la falta de sabor en las cosas divinas. El don de temor se manifiesta aquí. Ese vivo cuidado muestra bien que esa sequedad no es efecto de la tibieza o de la enfermedad. Proviene de que «Dios hace la trasferencia de los bienes y de las fuerzas de los sentidos

al espíritu». El sentido no recibe ya nada, pero el espíritu comienza a encontrar un alimento nuevo. Éste, al principio, no le dice gran cosa, porque el paladar espiritual no está aún habituado a ese gusto nuevo y sutilísimo. Este alimento espiritual es un comienzo de oscura y seca contemplación.

*Tercera señal.*—Es la dificultad de meditar como antes, recurriendo a los sentidos y a la imaginación. La razón de ello es que Dios comienza a comunicarse no ya por los sentidos, por medio del razonamiento, sino por medio del espíritu puro, que ignora el encadenamiento discursivo, y en el que Dios se comunica en un acto de simple contemplación. El don de entendimiento nos inicia ahora en un conocimiento muy superior de Dios. Por eso el alma se siente inclinada y experimenta facilidad en permanecer sencillísimamente ante Dios. Se complace en encontrarse sola con Él solo, fijando en Él su afectuosa atención, sin entregarse a actos discursivos, sin pasar de una idea a otra. La dificultad de meditar, en la cual consiste la tercera señal, es más o menos habitual y no hace más que aumentar. Tiene a veces oscilaciones. Es más fuerte en ciertas ocasiones que en otras.

Este estado del alma en la noche de los sentidos está, pues, constituido por dos notas negativas: la aridez o privación de toda consolación sensible y la dificultad de meditar, y una nota positiva, la contemplación infusa inicial y el vivo deseo de Dios que hace nacer en nosotros. Y este elemento positivo es el que causa los dos elementos negativos. Y téngase en cuenta: esa aridez y esa dificultad de meditar provienen de que la gracia toma una forma nueva, más espiritual, por encima del plano de los sentidos y de la imaginación. Dios nos quita el alimento sensible y nos da en su lugar un alimento mucho mejor, pero que no podremos saborear sino cuando nos hayamos habituado a él poco a poco. Lo mismo que el niño a quien su madre acaba de destetar. Sus dientecitos comienzan a brotar en



medio de vivos sufrimientos, pero esos sufrimientos le iniciarán en un alimento más fuerte, cuyo sabor percibirá poco a poco.

Según esto, se ve por qué el alma que pasa por la noche de los sentidos, aunque no experimente sino disgusto y sequedad en la oración, conserva sin embargo y mantiene en sí misma, de manera bastante habitual, un recuerdo confuso y general de Dios. Está atormentada por el pensamiento de Dios. Tiene sed de Él. Esto muestra mejor que cualquiera otra cosa que esa sequedad no es efecto de la tibieza.

*El fin de Dios explica los sufrimientos de estas noches.*

Conviene, por consiguiente, comprender el fin que Dios se propone en estas noches, y recordarlo frecuentemente. Dios despoja en ellas al alma de todo lo que se opone a la unión[10]. Quiere llevarla a la unión perfecta. Para esto debe quitar todos los obstáculos a esta unión, desligar al alma de todas las cosas para unirla a Dios solo. Como dice San Juan de la Cruz, «para venir del todo al todo, ha de dejar del todo al todo».

Ahora bien, para las almas a quienes Dios ha desligado ya un poco de los bienes terrestres, por medio de sus consolaciones espirituales, estas mismas consolaciones, demasiado sensibles aún, vienen a ser fácilmente ocasión de apego desordenado. En lugar de buscar únicamente a Dios, se aficiona uno a sus dones. Como lo muestra de manera conmovedora el Beato Suso en su libro de las diez rocas, el apego a las consolaciones es el mayor obstáculo a la unión divina. Por eso en la noche de los sentidos Dios aparta al alma enteramente de toda alegría espiritual sensible, de todas las delicias del amor divino.

[10] San Juan de la Cruz prueba con insistencia y repetidas veces, que la noche de los sentidos, y más aún la del espíritu, son absolutamente necesarias para la purificación perfecta requeridas para la unión. Sólo ellas pueden purificar enteramente el más íntimo fondo de nuestra alma.

La pone en la aridez sensible y la habitúa a una vida espiritual más desprendida de los sentidos, de la imaginación y del razonamiento.

Quiere despojar también al alma de sus modos humanos de obrar. El alma que conoce, que ama de esta manera, no podría unirse a Dios infinitamente simple. Por este motivo Dios simplifica al alma, hace morir su actividad natural y la reemplaza gradualmente por una pasividad cada vez mayor. En vez de su manera humana de conocer a Dios y de orar por medio de la meditación, debe revestirse, con ayuda de los dones sensibles, de una manera de conocimiento sobrehumano, y conocer a Dios por medio de la luz infusa de la contemplación. Conoce a Dios, no ya como los otros hombres, partiendo de los datos de los sentidos y de la Revelación, sino de una manera misteriosa, por medio de una luz secreta que cae directamente sobre el alma, sin ningún intermediario de los sentidos. En lugar de su manera activa de amar, debe amar de un modo pasivo e infuso, don gratuito de la divina liberalidad.

Es menester, por consiguiente, que sus potencias sean despojadas de su manera habitual de obrar y que adquieran un modo sobrehumano y divino, que sean como trasformadas y divinizadas. En una palabra, Dios prepara al alma para la vida divina de la unión perfecta, sustituyendo progresivamente a la actividad propia del alma, su actividad infusa y divina, y a la vida humana del alma, su vida divina.

Esto explica por qué la oración se hace tan árida, tan seca, en la noche de los sentidos. El alma no sabe ya meditar, raciocinar, o no lo hace sino con dificultad y de mala gana. Sus oraciones se van haciendo vacías y distraídas. Dios quita al entendimiento y a la voluntad su objeto natural sacado de las cosas sensibles, y no lo reemplaza sino parsimoniosamente y poco a poco, con algunos resplandores discretos de contemplación infusa. La pobre



alma que, por lo demás, no comprende nada de estos cambios, no encuentra, pues, sostén ni en los sentidos ni en la contemplación, aún insuficiente. Sus oraciones trascurren enteramente en el fastidio y el entorpecimiento causados por la impotencia.

Por lo demás, el alma, habituada únicamente a las cosas palpables y sensibles, estima poco, al principio, esos primeros resplandores sobrenaturales, tan sencillos, que muy frecuentemente ni siquiera tiene conciencia de ellos. Extraña a este nuevo modo de conocimiento y de amor, se agita y se exaspera. Se cree inactiva y quisiera volver a sus métodos anteriores, como ya lo hemos dicho más arriba.

Más tarde, en la noche del espíritu, la misma contemplación llegará a ser, por otra causa, motivo de íntimo tormento. Revelará al alma, en una luz deslumbradora, el contraste doloroso entre las infinitas perfecciones y su horrible yo. El alma, por medio de repetidas y conmovedoras miradas a su extrema abyección, se disgustará y se desligará enteramente de sí misma para perderse plenamente en Dios.

---

**II. El punto capital es la confianza. Nada debe desanimar al alma: ni la duración de la prueba.—Ni las distracciones e inactividad en la oración. Ni la inactividad en la vida espiritual.—Los sufrimientos son sufrimientos de amor. Características consoladoras de estas noches.—Comparación de San Juan de la Cruz. Recuerdos de las horas de consolación.—Jesús revive en nosotros su pasión.**

*El punto capital es la confianza. Nada debe desanimar al alma: ni la duración de la prueba.*

No nos esforzaremos en querer consolar perfectamente al alma presa de las noches de los sentidos, ni menos aún

en querer librarla de sus sufrimientos[11]. El Artista divino talla pacientemente su diamante, y mientras las facetas no estén resplandecientes bajo la acción divina, nadie podría librar al alma de sus saludables sufrimientos. Lo único que queremos decir a esas almas infinitamente dignas de envidia y de compasión al mismo tiempo, es esto: «Confianza, confianza ciega y siempre». En esto como en todo, la confianza no ha engañado ni engañará jamás a nadie. *In Te, Domine, speravi, non confundar in æternum*[12].

En el fondo del alma así trabajada por Dios, hay como un secreto instinto que le dice, a despecho de todas las apariencias: «Confianza, todo va bien. *Digitus Dei ets hic:* El dedo de Dios está aquí. Él es el que te modela a su antojo. Regocíjate. Es una prueba necesaria, que te llevará a la unión.» ¡Pues bien, alma querida de Dios, cree en ese sentimiento secreto e íntimo! Sí, todo va bien. No quieras, no, verlo con evidencia, no raciocines hasta el infinito para convencerte de ello, camina en la fe desnuda y en la confianza. Todo va bien, pero tú no podrías verlo. Convéncete de esto únicamente. Sí, tú no podrías verlo ahora, porque es de noche. Cuando reaparezca el día, entonces lo verás y comprenderás, y bendecirás tu obstinada confianza.

¿Qué pensar de esa prueba? Si parece prolongarse indefinidamente, ¿no es señal de que no es una prueba sino un castigo? O bien, si era una prueba y una gracia al principio, *¿no me he desviado después del camino?* ¿No lo he echado todo a perder por mi falta de generosidad y mis repetidas indocilidades? ¿No he perdido para siempre las gracias de elección que Dios me destinaba?

A veces los mismos directores espirituales se desconciertan ante la duración de la prueba. ¡Hace ya mucho años que dura! ¡Una parte importante de la vida, pasada en una especie de inacción y de languidez espiritual!

[11] Parece superfluo el hacer notar aquí que no le toca al alma sola el discernir si se halla en la noche de los sentidos, ni tampoco en la del espíritu. Debe consultar sobre esto a su director. Por eso, solamente aquellos que, a juicio de éste, saben que se hallan en una de estas dos noches, pueden aplicarse los pensamientos de este capítulo.

[12] Ps. XXX, 2.



Pues bien: la duración no debe desconcertarnos. Noche de los sentidos y noche del espíritu, ambas, según San Juan de la Cruz, duran años, a veces largos años, como ha sucedido con muchos santos[13]. Y no creamos que éste es un tiempo precioso perdido para la eternidad. Dios juzga muy de otra manera. Ve el cambio que se obra bajo el influjo de esa purificación pasiva, en ese fondo de nuestra alma que conocemos tan poco y se regocija por ello. No, este tiempo tan largo, cada uno de cuyos instantes sirve a Dios para labrar nuestra alma y disponerla a la unión final, no es perdido, antes al contrario, es sumamente fecundo en resultados y en actos ocultos de amor divino cada vez más puro.

### *Ni las distracciones e inactividades en la oración.*

Las distracciones, tan frecuentes en la oración de las almas sumergidas en la noche, son a menudo causa de muchos sufrimientos. No deben, sin embargo, espantarnos. Son muy naturales. Cuando en la contemplación nuestra voluntad sola está unida con Dios, y la unión no afecta sino muy poco o nada nuestra memoria, nuestra imaginación y nuestro entendimiento, entonces, mientras que la voluntad permanece amorosamente unida con Dios, el entendimiento está divagando.

San Francisco de Sales y Santa Teresa describen muy bien este sufrimiento de las almas místicas. La gran santa de la oración sufrió en sí misma enormemente. Durante largos años no podía orar sin distracción por espacio de un *Padrenuestro*. Nos ha dejado su receta, no para librarse

[13] Santa Teresa permaneció dieciocho años en las pruebas purificadoras; Santa Magdalena de Pazzis, cinco años al principio; luego dieciséis seguidos. El Beato Suso, diez años; la Beata Ángela de Foligno, dos años en la noche del espíritu. En unos santos esas pruebas eran continuas, en otros se hacían a intervalos.

de ellas, porque no la hay, sino para no sufrir pérdidas espirituales a causa de las distracciones. Y es la de no inquietarse apenas «por el ruido que hace la matraca de nuestra imaginación». Es apartar muy suavemente y dejar pasar esas distracciones. Son moscas importunas que se espantan con la mano, pues sería una necedad el querer perseguirlas. Dios ve en el fondo de nuestra alma nuestra voluntad, que permanece amorosamente unida con Él. Esto es lo único que importa. En el momento en que le agrade, sabrá por medio de la abundancia de su luz infusa, atraer también y cautivar nuestras otras facultades, el entendimiento y la memoria, y unirlas a Él.

En todo caso, se dirá, nuestras oraciones son inútiles: ¡son tan miserables! No puedo aplicarme ya a la consideración de las verdades sobrenaturales; sólo disgusto hallo en la oración, es el vacío, la falta total de actividad, que contrasta con mis ardientes meditaciones de otros tiempos.—Esto no debe tampoco espantarnos ni admirarnos. Es el resultado natural de la acción divina. Ya lo hemos visto más arriba, Dios trasforma tu manera de orar. Reduce poco a poco tu actividad en la oración, para dar lugar cada vez mayor al conocimiento infuso de Dios, a una sencillísima contemplación[14]. Consuélate. Esas horas de oración que parecen tan vacías, están en realidad desbordantes de actos directos, no reflejos, de amor divino[15]. Amas a todas horas sin darte cuenta. Cada hora de oración hace brotar en el jardín de tu corazón millares de florecillas que, no por ser invisibles a tus ojos, son menos graciosas a los ojos de Dios.

[14] En realidad, Dios no reduce la actividad del entendimiento, sino que le quita su modo humano y natural de conocer, y por medio de los dones de sabiduría y entendimiento le otorga un modo sobrehumano, mucho más elevado, superior a todo concepto y a toda imagen. La actividad no se disminuye; se transforma y diviniza. El alma no tiene conciencia directamente de este modo sobrehumano de obrar, sino sólo indirectamente por las tinieblas y el sufrimiento, es decir, por la cesación del modo humano de entender.

[15] Véase el capítulo XV: *Confianza en la desolación.*



*Ni la inactividad en la vida espiritual.*

Se dirá tal vez: esa inactividad de que hablábamos parece extenderse a toda mi vida. Lo paraliza todo. Tengo dificultad aun en hacer oraciones jaculatorias, aspiraciones, lo cual jamás me sucedía antes. Dejo pasar muchas ocasiones de humildad, de paciencia, de mortificación, de las cuales ni siquiera me doy cuenta. Mis esfuerzos en algunos puntos parecen enteramente estériles, abocados de antemano al fracaso. Quisiera corregir tal o cual defecto y no lo consigo de ninguna manera. Es la misma respuesta a tus ansiedades. Con tal que hagas lo que puedas, no temas. Ház lo que puedas, sigue el atractivo divino, y no te inquietes por los resultados, que durante la noche tú no puedes ver. Lo mismo que tu oración, todos los días están llenos de actos directos de amor, de heroica paciencia, de abandono. Brotan en apretado oleaje de tu corazón, para refrescar deliciosamente a tu Amado. Y si tus esfuerzos en ciertas direcciones no consiguen nada, es porque Dios trabaja activamente en otra parte. Sus esfuerzos no son estériles y vanos, ni mucho menos. Te llena, sin que tú lo sepas, del sentimiento de tu nada, de disgusto por tu yo egoísta y vano. Destruye insensiblemente esa terrible complacencia que tienes en ti mismo. Tu actividad propia es poco animadora, pero su actividad divina, aunque secreta, es magnífica. Tu pasividad bajo la acción divina, he aquí tu mejor actividad, aquella de la cual Dios tiene gran cuidado. Quiere precisamente reducir tu actividad natural y transformarla en pasividad, en una admirable docilidad a la gracia. Te hace morir, para vivir y obrar Él mismo en ti. ¡Oh muerte preciosa y apetecible, aunque penosa, que se cambia en una vida divina!

Y cuando la desolación es más terrible, cuando la frágil navecilla de tu alma es el juguete de la tempestad, persuádete de veras de que Dios no pide otra cosa que un

amoroso abandono. Ésta es toda la actividad de que eres capaz, esto es todo lo que Él desea de ti. No te agites vanamente so pretexto de fervor. Lo que Dios quiere de ti en esos momentos es muy sencillo: que reconozcas tu nada, bendigas su conducta respecto de ti y te duermas en paz, a pesar de las olas encrespadas. Él está en la barca contigo. ¿Cómo podrías perecer?

*Los sufrimientos son sufrimientos de amor. Características consoladoras de estas noches.*

Otra fuente de tristeza profunda para el alma es el sentimiento de retroceso que no puede menos de tener. No comprendiendo su estado, ni la acción de Dios, se espanta inevitablemente al ver los cambios que se obran en ella. Su actividad un poco febril y apresurada en la acción como en la oración, da lugar a una actividad sencillísima, muy oculta, a una aparente ociosidad. Los arranques de amor sensible han dado lugar a la frialdad. Su deseo de mortificación se ha resfriado. Todas estas cosas le parecen señales evidentes de tibieza. Y si su guía espiritual quiere tranquilizarla, ¿no es acaso porque no la ha comprendido bien, porque ella no sabe explicarse como conviene? O si no, ¿no la consuela por pura compasión, a pesar de sus íntimas convicciones?

Pobre alma, es de noche, recuérdalo, créelo de veras. Eres como un ciego. Tú no podrías ver, pero tu director ve por ti! Eso no es tibieza. El amor no ha muerto en ti, ni mucho menos. Tus sufrimientos, tu tristeza, son sufrimientos ocasionados por tu amor. ¿Por qué estás triste, por qué te inquietas, sino porque amas tan vivamente, sin darte cuenta de ello? ¡Oh, cuán sencillo, cuán claro y propio para tranquilizarte es este pensamiento! Créelo.

Muchas veces te dices a ti misma: ¡Ah, si al menos estuviera segura de agradar a Jesús, todos los sufrimientos de esta noche serían muy poca cosa! El temor, la ansiedad



y aun, a veces, la certeza de desagradar a Dios, he aq lo que me atormenta. ¿Hablarías de esta suerte, si n amaras, si no amaras apasionadamente a Jesús, sin saberlo ¿Que no tienes ya amor? Amor sensible, no. Pero tu amo oculto es sensibilísimo para Jesús, que lo contempla co complacencia sin cesar creciente. ¿Que no tienes ya amor Amor delicioso, lleno de alegrías, no. Pero tienes un amo también muy bueno, sino mejor, un amor *doloroso*, u amor ardiente pero oculto y que te hace suspirar doloro samente por tu amado. Porque existe el placer causad por el amor, y también el dolor causado por el amor. éste lo bebes tú ahora a grandes tragos. Gozabas en otr tiempo por amor, ahora sufres por amor. ¿No es est último estado el mejor, el más envidiable para un corazó que no se ama a sí mismo, sino que ama puramente Jesús?

Y además, tú no te das cuenta de ello, pero poco a poco Dios pone en ti un inmenso amor de estima. Te hace falt ver tu fealdad, y también, de una manera muy oculta y misteriosa, su divina amabilidad. Muy pronto reapare cerá el día. Entonces ese amor de estima suscitará en t trasportes que ni siquiera sospechabas[16].

Nadie podría consolarte perfectamente. He aquí, si embargo, otro pensamiento que, si Dios lo quiere, podrí animarte grandemente y sostener tu confianza hasta e retorno del día. Tú estás convencida o casi convencid de que retrocedes en lugar de avanzar en el amor divin y en el camino de la perfección. Tú te lo reprochas. ¿Per te lo ha reprochado Jesús alguna vez? ¿Has tenido d veras claramente conciencia de tal o cual falta voluntari bien determinada, de tal infidelidad notable? Sin dud que no. Ves tu indignidad de una manera general, ve

[16] Este amor secreto de estima es el que hace que el alma sumergida en la noch del espíritu no quiera por nada del mundo preferir uno solo de sus deseos personale a los deseos de Jesús. ¿Es esto tibieza? Cfr. *Noche oscura del espíritu*, can. 1.ª, capítulo XIII.

tu fealdad, tu inactividad y tus mil imperfecciones más o menos involuntarias. Pero no descubres ninguna verdadera falta notable. Ahora bien, ¿piensas tú que Jesús te dejaría ir a la deriva por algo menos que una seria infidelidad? Él, que desea tanto tu amor y tu santidad, ¿te abandonaría a la mediocridad por esas faltas de fragilidad e inadvertencia con que ya cuenta de tu parte? Y si hubieras caído en una falta considerable, ¿no te la reprocharía ciertísima y clarísimamente? ¿Y te abandonaría así, sin decirte nada, sin despedirse siquiera, privándote para siempre de sus gracias de elección?

Jesús no te hace reproches serios. Al contrario. En las horas de ligera calma, no vuelve, es verdad, no te concede el amable sentimiento de su presencia. Pero, sin embargo, sientes entonces que no está lejos. Lo adivinas. ¿Y no te invita entonces más bien a la paz, al abandono, en vez de regañarte severamente? Cree en esas horas de semiclaridad en que la noche es menos profunda y algunos resplandores fugitivos cruzan las tinieblas. Fíate de esas inclinaciones saludables hacia la confianza. Es la voz de Jesús que murmura muy bajo: *Noli timere:* No temas, soy yo[17].

Y nótese bien: ésta es hasta cierto punto una característica de la noche de los sentidos, pero mucho más especialmente de la noche del espíritu. El alma tiene un vivísimo sentimiento de su dignidad y de su miseria, pero no tiene conciencia bien clara de una falta notable determinada, de una falta seria de generosidad, que justificaría la pérdida de las gracias divinas. Por eso Jesús no la hace sentir tampoco ningún reproche determinado, no la hace comprender que ha incurrido en su desgracia por tal o cual falta.

Sin embargo, así como tiene el sentimiento general de su indignidad, sin acordarse de ninguna falta importante,

[17] Ioan. VI, 20.



así también, sobre todo en la noche del espíritu, tiene la impresión clarísima de haber desagradado en cierta manera oculta a Dios. Aquí sobre todo se aplica la sentencia tan sugestiva de San Agustín: *Quæris fugientes te et fugis quærentes te, Domine*: Oh Dios mío, buscas a los que huyen de Ti, y huyes de los que te buscan. He aquí lo que realmente experimenta el alma. Dios está descontento de ella. Huye de ella. Ella ya no le agrada. Es demasiado repugnante, por lo demás, para agradarle. Dios no la ama ya, y ella tampoco ama a Dios.

Esa impresión es producida por los cambios que ya hemos notado en ella: la privación del amor sensible, su aparente inactividad, la vista espantable de su fealdad. Siendo una pobre y vil mendiga, ¿cómo podría acercarse al gran Rey, hablarle de amor, pensar todavía en esa unión divina en que tan locamente soñaba? Por lo demás, en la noche del espíritu, Dios mismo intensifica más ese temor, esa ansiedad de amor. Y de intento la hace creer que le ha desagradado. Se oculta para estimular su amor, seguro de que el alma responderá con aspiraciones ardientes, con un tormento de amor intenso, con llamamientos desesperados, que, sin que ella lo sepa, darán a Dios un inmenso placer.

### *Comparación de San Juan de la Cruz. Recuerdos de las horas de consolación.*

Apenas hemos hablado hasta ahora de otras pruebas que Dios envía a menudo durante las noches, para avivar más su trabajo de purificación. Mientras el alma es presa de la desolación y de las ansiedades y está como fuera de sí, Dios le envía contradicciones, persecuciones, infidelidades de parte de sus amigos, malas inteligencias de parte de sus superiores, o también, con frecuencia, la enfermedad la clava en un lecho de dolor. Casi siempre vienen también a asaltarla a veces violentas tentaciones.

Por esto se ve cómo debe animarse y excitarse a la confianza el alma que pasa por el crisol de tales tribulaciones, cuánto deben estimularla sus directores. Que se acuerde del motivo de sus sufrimientos, que piense en la unión tan deseada con Dios, que ya desde aquí abajo será un día la corona de semejantes luchas. La grandísima idea que tiene de Dios, su amado, la hará entonces amar todo lo que purifica de sus manchas, de sus imperfecciones, preparándola así para la unión final.

Nadie ha hablado de la noche de los sentidos y de la del espíritu mejor que San Juan de la Cruz. En su célebre *Noche oscura*[18] el gran doctor místico tiene una hermosa comparación que desarrolla largamente y cuyo recuerdo podría ayudarnos a amar más y a sobrellevar estos sufrimientos purificadores, cuyo objeto es quitar todos los obstáculos a la unión tan deseada de nuestra alma con Dios. En la noche de los sentidos y en la del espíritu, el fuego del amor divino y de la contemplación infusa, obra, dice él, sobre el alma para trasformarla en sí mismo, como obra el fuego material sobre la madera que quiere trasformar en sí. Comienza por secarla, haciéndole destilar su savia. Después de esto la ennegrece, la oscurece, la ensucia, la hace despedir mal olor, y así extrae y pone de manifiesto todos los elementos groseros y ocultos que impedían la acción del fuego. Finalmente, la inflama y la torna muy pronto tan brillante y luminosa, tan ardiente, que parece haberse trasformado ella misma en fuego.

Así el fuego de la contemplación amorosa, antes de obrar la unión y la trasformación del alma en sí, la desprende de todas sus impurezas. Saca de ella todas las villanías, la ennegrece, la oscurece, y muy pronto se muestra mucho más fea y más imperfecta que antes. La pobre alma desconsolada se lamenta miserablemente. Debería al contrario regocijarse íntimamente con el pensamiento de

[18] *Noche oscura del espíritu*, can. 1.ª, cap. X.



que ese *mismo* fuego de la contemplación oscura y amorosa, que parece tan cruel, no la hace sufrir sino a causa de sus impurezas e imperfecciones. Una vez que esté suficientemente purificada, ese *mismo* fuego de la contemplación la abrasará tan dulcemente y deliciosamente, que olvidará todas sus penas pasadas y se regocijará infinitamente por sus saludables sufrimientos, que la han convertido poco a poco en llamas de amor divino.

El recuerdo de las gracias recibidas en otro tiempo, si sabemos servirnos bien de él, puede también ser para nosotros un precioso alivio. Me acordaré de los días deliciosos en que Dios, Jesús y María me colmaban a porfía de toda clase de ternuras y me prodigaban las caricias de su amor. Eran aquéllos como preciosos resplandores, en medio de la noche de este mundo, que me descubrían las misteriosas realidades del más allá. Dios y la Virgen María querían imprimir en mí, ya desde aquí abajo, una idea de su inmenso amor para conmigo. Pasados los resplandores, vuelve la negra noche, pero todo lo que han revelado esos resplandores, continúa existiendo, aunque invisible ahora. Es la imagen fiel del amor de Dios y de María. Descubierto un instante a los ojos de mi alma, vive siempre, aunque yo ya no lo vea ni lo sienta. ¡Continúan siempre *amándome con la misma ternura*, con esa indecible ternura que me encantaba entonces! ¡Oh, cuán sabroso es pensar en todo esto y qué gran gracia son estos resplandores que me hacen comprender un poco, experimentalmente, las grandes verdades supra-sensibles! ¡Qué consuelo, qué fuente de confianza el pensar que, aun en mi noche, cuando todo parece cambiado, todo esto continúa siendo como antes!

Y sucede lo mismo respecto de mi amor para con Dios. ¡Yo creo que ya no amo a Dios! En otro tiempo, cuando los resplandores de la luz divina iluminaban mi alma, el amor ardía en mi corazón. De ese modo me hacía Dios comprender más y como tocar con el dedo esas virtudes

sobrenaturales y de ordinario supra-sensibles que vivifican mi alma. Vino la noche en pos de los resplandores. Pero ese amor tierno a Jesús y todas esas virtudes sobrenaturales, continúan existiendo, vibrando en mí de una manera supra-sensible y oculta. ¡Oh, cuán propio es este pensamiento para llenarme de alegría y de confiada ternura para con Dios!

*Jesús revive en nosotros su pasión.*

El recuerdo de la larga noche de los sentidos por la cual el alma pasó felizmente en otro tiempo, y que fue para ella fuente de tantos beneficios, puede también ayudar al alma que está sumergida en la terrible noche del espíritu. Porque hay un paralelismo notable entre las dos noches.—Sí, piensa a veces, pobre alma, en esa prueba del principio. ¡Entonces como ahora, te espantabas, dudabas de todo, pero una confianza inquebrantable te sostuvo hasta el retorno del día! Recuerda las gracias que siguieron a la noche, la amable presencia de Jesús devuelta, su ternura mayor aún que antes. Ahora sucede lo mismo, pero de una manera más torturante. Es menester que todo muera en ti para que Dios viva en ti perfectamente. Como en otro tiempo, apuntará también el alba cuando Dios haya hecho su obra. ¡Confianza en Él! Él te ha conducido tan lejos y no te abandonará cuando ya te acercas a la perfección y a la santidad.

Y además, en la noche de espíritu, acuérdate de que hace ya mucho tiempo que te has entregado a Jesús como su juguetico. Le has entregado todo tu ser para que Él viva en ti, en vez del horrible yo. Has renunciado a gozar de la vida para que Él goce en ti y por ti a su antojo. ¿Y te admiras aún de que tengas que sufrir tanto? Jesús que vive en ti y con el cual te esfuerzas por identificarte, ¿no tiene acaso una inmensa sed de sufrimientos, y no habrá de extinguir su sed sufriendo en ti y por ti? Sí,



Jesús quiere sufrir por ti y en ti. Tú suples en ti lo que falta a la pasión de Cristo, como dice el gran Apóstol. Él quiere también reproducir en ti su pasión dolorosísima, y esto es lo que hace actualmente por medio de la prueba de tu noche. Revive en ti y por ti su cruel agonía en Getsemaní, revive sus sufrimientos y sus angustias de amor. Y exclama también en ti, en los momentos de suprema angustia y de completas tinieblas: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?*[19].

Ánimo, no vaciles en tu terca confianza. Morirás como Jesús en la cruz, en suprema agonía. Pero también Jesús resucitará en ti. Apuntará la aurora del día glorioso, y Él revivirá en ti las delicias y las alegrías sin nombre de su humanidad glorificada, te inundará, ya desde aquí abajo, de los fascinantes encantos de su divinidad.

[19] Matth. XXVII, 46.

## Capítulo XVII

# CONFIANZA EN LAS TENTACIONES

**I. Diversos géneros de tentaciones. Tentaciones contra la pureza. Éstas sobre todo piden una gran confianza.—Motivos de confianza en Dios: bondad, pureza, santidad, belleza divinas. Amor de Dios a Jesús, nuestra cabeza mística.**

*Diversos géneros de tentaciones. Tentaciones contra la pureza. Éstas sobre todo piden una gran confianza.*

Entre las pruebas más dolorosas, más torturantes, que sufren en esta vida todas las almas generosas, hay que contar las tentaciones. ¡Ah, cuán penosas son para el alma amante estas pruebas que la hacen dudar de su mismo amor! Parecen acercarla al mal y la hacen estremecer tanto más cuanto más grande es el horror que le inspiran. Y aun a veces diríase que el mal roza al alma con sus alas siniestras.

Y estas tentaciones son infinitamente variadas. Tentaciones contra la virtud teologal de la fe, producidas por el demonio o simplemente sugeridas por la atmósfera materialista que nos rodea. Tentaciones contra la virtud teologal de la esperanza, tentaciones de cansancio y desánimo. Éramos tan fervorosos en la vida interior, corríamos con tanta alegría en el camino de los mandamientos y de los consejos divinos, que creíamos llegar dentro de poco a la santidad. ¡Ay! si echamos una mirada hacia atrás sobre un ya largo pasado, nos parece que hemos hecho muy poco camino. Decididamente, la santidad no es para nosotros.



Jamás llegaremos, según parece, a ese ideal tan querido, tan soñado.

Hay tentaciones contra la virtud teologal de la caridad, tentaciones de diferentes especies, que se esfuerzan por conquistar nuestro corazón y separarlo de Dios para ligarlo a las cosas materiales y efímeras.

Existen además todas las tentaciones dirigidas contra las virtudes morales. Entre ellas, hay un género especial del cual conviene hablar detenidamente, porque todos, justos y pecadores, sufren por desgracia sus asaltos. Son las tentaciones contra la pureza. Rarísimas son las almas enteramente privilegiadas que, como Santa Teresa del Niño Jesús, jamás han conocido las rebeldías de la carne. Muchas almas generosas son llamadas a veces a pasar por el crisol de esa prueba, y Dios, que dispone todas las cosas según los designios de su inescrutable sabiduría, permite también que las almas llamadas a la santidad más elevada tengan que gemir bajo la violencia de estas tentaciones.

Tentaciones penosas, si las hay, en su infinita variedad. A veces se hacen tan acariciadoras, tan insinuantes, hechizan tan dulcemente nuestra imaginación y nuestros sentidos, que nos parece casi imposible resistir a sus seductores encantos. A veces al contrario, nos atacan de frente. Se hacen tan vehementes, tan imperiosas, que nos parece estar abandonados de Dios a nuestra humana debilidad. Parecemos dispuestos a rendir las armas, cuando el refuerzo inesperado de una gracia más poderosa nos otorga la victoria final.

¡Oh, cuánta falta nos hace, para estas luchas, estar armados de todas las armas de que dispone el cristiano, y en particular, de una inmensa confianza!

Aun desde el punto de vista psicológico, la confianza y el ánimo que ella engendra, nos son absolutamente necesarios para estos terribles combates contra el demonio de la impureza. ¿Qué puede hacer el soldado a quien el miedo

y el desánimo han invadido en medio de la pelea? Está abocado de antemano al fracaso y a la muerte. Si, confiados en nuestras solas fuerzas, o más bien, en nuestra sola debilidad humana, tenemos de antemano el presentimiento de que no podremos resistir a los asaltos del vicio impuro, no le opondremos sino una débil y brevísima resistencia. Es menester a toda costa, que poniendo nuestra confianza en Dios, lo esperemos todo de su gracia, sean cuales fueren nuestras experiencias del pasado. Es necesario que estemos convencidos de que nuestra voluntas, esa reina invencible, es capaz, con la gracia, de resistir a todos los esfuerzos del enemigo. Entonces y solamente entonces, tendremos, aun naturalmente, probabilidades de ganar la batalla.

Pero desde el punto de vista sobrenatural, sobre todo, la confianza, y la confianza pura en Dios solo, nos es absolutamente necesaria. Porque ¡ay! no iríamos muy lejos sin ella en ese combate tan peligroso. La confianza en Dios es nuestro escudo indispensable, sin el cual caeríamos muy pronto bajo los dardos envenenados del enemigo.

Felizmente, si tenemos mil razones para temer y desesperar de nosotros mismos, cuando consideramos nuestra pobre alma unida a este cuerpo de bestia inmunda, tenemos más razones todavía para esperar, cuando volvemos los ojos hacia Dios. Sea cual fuera nuestra debilidad, sean cuales fueren nuestras experiencias pasadas, la confianza parece natural cuando miramos a lo alto, hacia la montaña santa de donde nos vendrá el auxilio.

*Motivos de confianza en Dios: bondad, pureza, santidad, bellezas divinas. Amor de Dios a Jesús, nuestra cabeza mística.*

Todo en Dios parece pregonarnos: ánimo y confianza, hijo mío. La inmensa bondad divina ¿no tendrá compasión de nosotros, cuando angustiados y a veces como



enloquecidos por el furor del ataque corremos hacia ella como niños espantados que se refugian en los brazos de su madre? ¿Cómo no nos va a ayudar esa bondad supermaternal de Dios, cómo nos va a dejar, impasible e indiferente, presa del furor del demonio, nuestro mortal enemigo?

No juzgamos necesario insistir largamente sobre esto, aunque es muy bueno meditarlo a menudo. ¡Parece tan evidente! Pero lo que es menos evidente, menos conocido, por desgracia, es que aquellos mismos atributos divinos que más bien parecen a propósito para inspirarnos temor, son fuentes inagotables de confianza en los combates por la castidad.

La pureza divina parece a primera vista propia para espantarnos. ¿No se dice que los mismos ángeles no están libres de mancha a los ojos de la infinita pureza divina? A los ojos de Dios todo está manchado aquí abajo. Cuando pensamos en nuestro pasado, ¿no debemos estremecernos ante el pensamiento de la pureza infinita? Y si nos sentimos pobres y miserables, ¿no es sobre todo en el terreno de la pureza, de la castidad? Y aun a falta de caídas graves, ¿quién contará nuestras negligencias, nuestras faltas de ánimo y de energía para rechazar los malos pensamientos y las solicitaciones impuras? Todo esto ¿no debe hacernos desconfiados ante esa pureza divina que escruta hasta el fondo de nuestras almas y a cuyos ojos no puede ocultarse ni el más mínimo de nuestros más íntimos pensamientos?

Pues bien, conocemos muy mal esa pureza divina, si la miramos de esta manera pusilánime y, casi diría jansenista. No hay nada más dulce, más animador, para el alma tentada contra la santa virtud, que la pureza de Dios. Cuán pocos, desgraciadamente, piensan en ello. La pureza divina, sin duda, tiene sí horror a toda mancha, a todo pecado y en particular a todo pecado impuro, pero precisamente por eso debemos esperar sobre todo de ella la insigne gracia de una pureza perfecta e inmaculada.

¿Por qué? Muy sencillo. Porque esa infinita pureza de Dios es un inmenso amor y deseo de pureza. Ella quiere infinitamente comunicarse a todas las creaturas, quisiera invadirlo todo, anegarlo todo. Lanza constantemente sus rayos purificantes, buscando creaturas a quienes pueda hacer más puras. Sí, ella es un inmenso deseo de vernos puros a todos. Si, pues, odia todo pecado impuro, está llena de inmensa compasión por toda creatura que desea y quiere vivir pura. Nuestras menores aspiraciones por levantarnos de nuestro fango, sobre todo nuestros menores deseos de perseverar en la santa virtud, y de conservarnos inmaculados, conmueven infinitamente sus entrañas.

Y si yo, infeliz creatura, vecina a la nada, enteramente llena de viles inclinaciones, enteramente expuesta al pecado impuro tiendo mis brazos hacia la infinita pureza con ardientes deseos y desoladas súplicas, ¡oh! me es imposible imaginar, aunque sea muy débilmente, el inmenso amor y la inefable compasión que hacia mí siente la pureza divina. Nada podría darme una idea de ello. Se deshace de amor por mí, y se consume en deseos de escucharme y de hacerme purísimo.

La pureza divina, se dice, tiene horror a toda impureza. Sí, sin duda, pero precisamente porque la tiene tanto horror, tiene una infinita compasión de nosotros sus hijos débiles, a quienes ve a punto de ser invadidos por la lepra del vicio inmundo. Una madre amante ¿no haría todo lo que pudiera para proteger a su hijo contra un pernicioso contagio? Y la pureza divina, tan amante de nuestra pureza y de toda pureza, viendo en nuestras almas el tesoro de nuestra castidad a punto de caer en las garras del demonio, ¿nos dejaría, impasible y cruel, pedir socorro en vano?

Quizás nos hemos estremecido a veces ante el relato de los atentados contra la pureza, cometidos durante la gran guerra; nos hemos estremecido también ante el relato de los procedimientos infernales empleados en nuestra



sociedad contemporánea y en particular en la Rusia soviética, para corromper a la infancia. O también quizás, nuestro corazón se ha estremecido al oir hablar, aun a nuestro alrededor, de las maniobras diabólicas empleadas por tal o cual libertino para seducir a alguna excelente joven a quien conocemos. ¡Oh, qué indignación ardía en nosotros y qué inmensa compasión experimentábamos hacia esa frágil virtud de la castidad, que trataba de resistir victoriosamente a tantos ataques! ¡Cómo hubiéramos querido ayudarla, cómo hubiéramos querido poner fin a esas revoltosas maniobras!

Y la infinita pureza, que ama tanto a las almas puras, que tiene un inmenso deseo de hacernos puros y más aún de conservarnos puros, ¿no ha de tener compasión de nosotros cuando en nuestras tentaciones gemimos y clamamos hacia ella? ¡Cuánta más compasión tendrá de nosotros cuya pureza se esfuerzan en violar tantos asaltos de la carne y del demonio! Meditemos esto detenidamente atentamente. Acordémonos de ello en las horas de prueba y veremos muy pronto que nuestra confianza en esa infinita pureza, confianza quizás desconocida para nosotros hasta ahora, toma proporciones inmensas.

¡Cuán dichosas son las almas que han aprendido a conocer y a amar con un amor especialísimo la pureza divina! Conservan siempre una paz serena en medio de las luchas. Gustan de consagrarse especialísimamente a esa pureza perfecta, seguras de encontrar en ella un tranquilo refugio.

También yo he sido víctima muchas veces de los ataques del demonio, y más de una vez me he sentido con el agua al cuello. No conocía o conocía muy poco la pureza divina, esa pureza que nos ama tanto, esa pureza que formó a la Virgen Inmaculada y a todos los santos y santas vírgenes y que quiere también conservarme virgen. Y también me consagraré a Ella. Le diré con amor confiado: ¡Oh pureza encantadora de mi Dios, oh pureza mil veces

amada, cuán feliz soy de haberte conocido por fin. Vengo a arrojarme en tus brazos y a consagrarme a Ti como tu hijito. Acéptame como tal y protégeme contra mis horribles perseguidores. Siento nacer en mi corazón una inmensa confianza en Ti. Tú que deseas tan vivamente hacernos y conservarnos puros, Tú conservarás intacta esa castidad que vengo a consagrarte y a confiarte, y que llevo, por desgracia, en un vaso tan frágil. Sí, Dios mío, yo espero firmemente de *tu pureza*, el ser puro y el agradarte siempre perfectamente por mi pureza. No espero esto en manera alguna de mí, porque, ¡ay!, todo en mí pregona lo contrario, sino de Ti, y esto a despecho de todas mis debilidades y negligencias. Tengo la íntima confianza de que todas las tentaciones que me asaltan son precisamente una obra amantísima de tu infinita pureza y que, con tu protección todopoderosa, contribuirán sin cesar a hacerme más puro y más perfecto.

La pureza de Dios nos consuela y fortifica nuestra confianza. La santidad y la belleza divinas no lo hacen menos.

La santidad divina se ocupa sin cesar de nosotros para comunicársenos y santificarnos. Nos rodea como un océano. Estamos sumergidos en ella. Más aún, ha penetrado en nosotros, nos ha invadido por la gracia santificante y nos ha llenado de sí misma. La gracia santificante es un tesoro cuyo valor sólo aprecia completamente la santidad divina. Es una vestidura de infinito valor, que Jesús nos adquirió con el precio de su sangre.

Y la santidad divina tiene un amor y un cuidado infinitos de esta vestidura que nos ha divinizado y nos ha hecho hijos de Dios. La conserva celosamente y trabaja sin descanso por embellecerla. Siempre presente en el fondo de nuestra alma, siempre en vela, guarda ella misma la ciudadela contra todos los ataques del enemigo. Los peores de estos ataques, lo sabe muy bien, son las sugestiones impuras y carnales. ¡Oh, con cuánta emoción y con



cuán intensa compasión asiste la santidad infinita de Dios, esa santidad amantísima de nosotros, sus hijos por divinización, a nuestros esfuerzos y a nuestras luchas! Sabe muy bien que si caemos en poder del enemigo impuro, no nos dará cuartel. Es la ruina completa de la gracia santificante, es la muerte del alma. No hay medio. Tengamos, pues, una confianza ilimitada en ella, y en nuestras horas de tentación sobre todo, recurramos a ella con tranquilidad. Nos protegerá con solicitud más que maternal y nos asegurará la victoria.

Lo que hemos dicho de la santidad infinita podríamos decirlo también de la belleza infinita de Dios, esa belleza insospechada y de la cual es un espejo más o menos fiel la gracia santificante que nos hace tan inefablemente hermosos. También esa belleza divina está infinitamente deseosa de comunicársenos, como todos los atributos divinos, y de adornar nuestra alma de manera cada vez más encantadora. A ella también podemos recurrir con confianza en nuestras tentaciones, para que proteja la belleza celestial de nuestra alma contra las horribles manchas de las más mínimas faltas y negligencias de impureza.

Pero más aún que la belleza, la pureza y la santidad divinas, el amor que Dios tiene a su hijo Jesús, asegura el triunfo de toda alma que en sus tentaciones pone su confianza en Él. Si Dios nos ama, nos ama sobre todo porque somos uno con Jesús, porque vivimos en Él y de Él, porque somos miembros de su cuerpo místico. Él ve en nosotros a su Hijo muy amado, en quien ha puesto todas sus complacencias. Por esto sobre todo, su amor vigilante nos sigue sin cesar y nos colma de las más variadas gracias prevenientes, operantes y cooperantes. Para Dios, defender en las tentaciones al alma que recurre a Él, es sencillísimamente defender a Jesús. Dejaría de amarle si no se pusiera a nuestro lado para luchar contra el espíritu infernal.

Monseñor Gay lo expresa muy bien en estas sugestivas

líneas: «Nunca nos ataca el enemigo a nosotros solos por la razón soberana de que no nos odia a nosotros solos. Hay más. No nos odia y persigue principalmente a nosotros, sino a Jesucristo en nosotros... Somos imágenes e imágenes muy fieles de Dios, verdaderos hijos del Padre, hermanos y coherederos del Hijo, templos del Espíritu Santo: somos la «nación santa, el sacerdocio real», el cuerpo vivo de Cristo: al tributar a Dios amor, cosa fácil para quien tanto ha recibido, le podemos dar gozo y gloria. He aquí lo que inflama en ese espíritu perverso ese triple e inextinguible incendio de celos, de odio y de cólera, que es el foco de donde salen todos los dardos inflamados que nos lanza. Se ha visto en todos los tiempos a los herejes, y en nuestros días a los revolucionarios, bajo el imperio de un verdadero frenesí, profanar las cosas sagradas, manchar las santas imágenes y hacer pedazos los crucifijos. Lo que hace que Satanás los impulse a este furor, le impele también a corrompernos y maltratarnos más aún a nosotros mismos, porque somos imágenes de Dios, mucho más expresivas y, sobre todo, mucho más amadas que esas imágenes de piedra o de madera.»[1]

No se podría imaginar mayor motivo de confianza que éste. Sea cual fuere el encarnizamiento, la vehemencia o la duración de ciertas tentaciones de impureza, no nos dejemos intimidar jamás, y recurramos con ilimitada confianza a ese Dios amantísimo que desea inmensamente socorrernos y darnos la victoria, porque ama en nosotros a su Hijo Jesús.

Después de tantas razones de confianza en Dios, seríamos muy inexcusables, si aún toleráramos que se debilite nuestro ánimo en medio de estas tentaciones tan importunas contra la castidad. Sin duda, en los momentos de tentación, estas razones pueden atenuarse a nuestra vista, un tanto ofuscada por la vehemencia de las pasiones. Pero

[1] Mons. Gay: *Opúsculo de la tentación*, II.



aun entonces, nuestro corazón en el último extremo, permanecerá fiel a su amor a Dios y clamará a Él, con acentos muy elocuentes, quizás sin darse cuenta. Lo más necesario es sobre todo que, en las horas de calma, antes o después de las tempestades, nos acordemos de estas consoladoras verdades.

Si, por desgracia, nos ha sucedido tal vez en lo pasado el caer en faltas serias contra la santa virtud, interroguémonos a nosotros mismos y veremos que, o nos faltó la buena voluntad, o si no, la confianza. Nuestra extrema debilidad, la vehemencia de nuestras pasiones, nuestras mismas caídas anteriores, no son una excusa. Porque si no podemos nada por nosotros mismos, lo podemos todo implorando con fervor el socorro de ese Dios que ama tan inefablemente nuestra pureza.

En nuestros días la ciencia moderna ha encontrado procedimientos nuevos para curar ciertas enfermedades incurables hasta ahora. Bajo la acción de los rayos ultravioleta se ve a niños raquíticos y a cretinos llegar poco a poco a ser normales y a librarse de todas sus deformidades. ¡Ah, siendo como somos todos nosotros miserables raquíticos, roídos hasta el fondo por las inclinaciones de la carne, acudamos a menudo a Dios! Acudamos a la Bondad, a la Belleza y a la Santidad divinas. Acudamos sobre todo a la pureza de Dios. Vayamos a exponernos largamente a la acción bienhechora de sus rayos ultranaturales. Pidámosle que nos cure de nuestras enfermedades, que libre nuestra alma de sus dolorosas concupiscencias y la transforme poco a poco, hasta la completa curación de una inmaculada pureza.

**II. CONFIANZA EN JESÚS.—Sus vivos deseos de conservarnos puros, sobre todo si somos sus esposas, sobre todo si vivimos vida de identificación con Él.—Confianza en María.**

*Confianza en Jesús. Sus vivos deseos de conservarnos puros, sobre todo si somos sus esposas, sobre todo si vivimos vida de identificación con Él.*

Para fortalecer nuestra confianza y con ella nuestro ánimo contra las tentaciones, nos hemos dirigido a Dios y a sus infinitas perfecciones. Volvamos ahora nuestra vista hacia nuestro Salvador Jesús y hacia María, nuestra Madre Inmaculada.

¡Cuánto amaba Jesús la pureza, cómo manifestaba su amor a la santa virtud mientras vivió entre nosotros! Juan debió a su virginidad el ser el discípulo preferido del Salvador y el reposar sobre su corazón durante la última cena. ¡Cuánto amaba Jesús a los niños a causa de su inocencia! El solo pensamiento de los atentados cometidos contra ella, le arrancaba esos acentos en que libraba su amor a la pureza: *Desgraciado de aquel que escandalizare a unos de estos pequeñuelos que creen en Mí. Más le valiera que le ataran una piedra de molino al cuello y le precipitaran al fondo del mar.*

Todos hemos meditado con encanto esa escena de la Samaritana, en que Jesucristo manifiesta su ardiente deseo de sacar del fango del vicio a esa pobre pecadora. Para arrancarla de su horrible vicio había dispuesto tan providencialmente esa entrevista y se había detenido, contra la costumbre de los judíos, a conversar con esa Samaritana en el borde del pozo de Jacob, con gran admiración de sus apóstoles. Jesús estaba ardientemente deseoso de devolver la pureza a esa pobre descarriada. ¡Cómo no ha de estar mil veces más deseoso de conservar la castidad de los que le aman, de los que le han consagrado todo su amor! A



pesar de todas las apariencias contrarias, jamás nos deja solos luchando contra el espíritu infernal.

Es conocido el rasgo conmovedor de Santa Catalina de Siena. Había sido presa de horribles tentaciones, y se quejaba después de la tempestad, con angustia, a Jesús, y le decía: «¿Dónde estabas, pues, Jesús mío, durante esta tempestad?» Y Jesús le responde con amor: «Estaba en medio de tu corazón.» El Salvador podría darnos la misma respuesta a cada uno de nosotros, después de cada tentación.

Y si esto es verdadero para todos los que aman a Jesús y le conservan siempre su buena voluntad, es verdadero de manera especialísima para sus privilegiados, para sus esposas, que son los religiosos y religiosas. ¡Con qué celoso cuidado las protege contra todo ataque impuro! Las mira fielmente como la niña de su ojo, *sicut pupillan oculi tui.* Él, el esposo amante por excelencia, que ama a sus esposas como nadie jamás ha amado, ¿se dejará vencer en fidelidad y solicitud por los esposos de la tierra? ¿No lo hará todo, sí, todo, no pondrá su omnipotencia al servicio de su amada esposa? ¿No la protegerá contra la mayor de todas las desgracias, la caída en el fango del pecado vergonzoso, cuando una sola palabra de su parte basta para librarla?

Cuando la tentación nos angustie y parezca infundirnos vértigo, pensemos en el amor de nuestro esposo Jesús. ¿Qué esposo amante aquí abajo podría ver con indiferencia las malditas maniobras de un seductor que tratara de arrastrar al mal a su amada esposa? ¡Cómo se estremecería su corazón de indignación, cuán dispuesto estaría a todo para proteger la inocencia y el amor fiel de su esposa contra esas corruptoras maniobras! ¿Y no me ayudará Jesús? ¿Me dejará sucumbir ante el asalto de esos infames seductores, mi carne y el demonio? ¿No arderá en deseos de salvaguardar mi inocencia y mi castidad?

Estemos seguros de ello, a veces parece dejarnos solos

en esas horas de angustia, pero no son más que apariencias. Se oculta para asistir mejor a los testimonios de nuestro amor. Aunque siente una infinita compasión por su esposa, se estremece de alegría y de dicha al verla luchar fielmente, al oir los gritos de alarma que le inspira su amor. Nos tiene estrechados invisiblemente y ocultos contra su pecho, y nos oprime en un abrazo que, no por dejar de ser sensible es menos amante ni menos real.

Conviene a veces, en lo más fuerte de la tormenta, coger el crucifijo, besarlo con amor contemplando a Jesús que muere por nosotros en la cruz. Protestemos a Jesús de nuestro amor. Digámosle: ¡Ah, Jesús, yo he sido la causa de tus sufrimientos! ¡Antes morir mil veces que crucificarte de nuevo por el pecado mortal, antes morir que contristarte aun con la menor negligencia voluntaria! ¡Sí, antes morir! ¡Pero, oh Jesús, Tú conoces mi inmensa debilidad! A veces me parece que voy a sucumbir a las perversas sugestiones. Tú que deseas tanto mi amor y mi pureza, Tú que has hecho y sufrido tanto para hacerme puro, sálvame por tu gracia omnipotente.

Y vosotras sobre todo, oh pequeño rebaño de selección, almas escogidas entre las almas sacerdotales y religiosas, que no solamente vivís en estrecha intimidad con Jesús, sino que habéis oído sus llamamientos a la intimidad perfecta, a una vida de identificación con Él, estremeceos de júbilo y de alegría en medio de vuestras tribulaciones. Como el gran apóstol que exclamaba: *Superabundo gaudio in omnibus tribulationibus meis*[2], regocijaos. Jesús quiere revivir en vosotras su inefable pureza. Os ha escogido para vivir en vosotras todas sus virtudes, para vivir también en vosotras su castidad perfecta. Ánimo y confianza. Es Él mismo el que combate en vosotras el gran combate de la pureza. Es su castidad divina la que quiere hacer brillar en vosotras, a la faz de los ángeles

[2] Sobreabundo de gozo en medio de mis tribulaciones.



y de los santos; Él sabe que esa castidad no llegará nunca a ser plena y perfecta en vosotras sino en medio de las luchas. Son necesarias tentaciones vehementes, imperiosas, para manifestar a toda la corte celestial el amor cristiano y fidelísimo que tenéis a Jesús. Estremeceos de dicha, porque cada ataque hace crecer en vosotras vuestra pureza y vuestro amor. ¿Qué consuelo más grande que éste podríais tener? Cuando ruja la tentación con mayor furia, llamad a vuestro Jesús que parece dormir en la barca de vuestro corazón. Decidle: «Señor, sálvanos, que perecemos», y Jesús se levantará y mandará a las olas encrespadas, y muy pronto el gran lago de vuestra alma recobrará su superficie límpida y serena.

O también, decidle a veces a Jesús: Oh Amado mío, Tú tienes la palabra. A Ti te toca obrar ahora. *Cum enim infirmor, tunc potens sum*[3]: Siento toda mi debilidad en este momento. Muestra Tú tu poder, que es también mío. ¡Oh Jesús, vive en mí tu pureza, haz irradiar en mí tu castidad!

Y además, dentro de algunas horas tal vez, Jesús, el huésped de nuestros tabernáculos, vendrá a visitarme en la comunión. Entonces le descubriré mis llagas, le mostraré mis úlceras. Le mostraré ese cáncer espantoso de impureza que el pecado mortal ha producido en mí, y que me causa tantas angustias. Le estrecharé ardientemente, afectuosamente contra mi corazón, a ese Jesús, la infinita pureza, el *radio* soberano, el único remedio que puede curar mis enfermedades. En cada comunión estrecharé su corazón contra el mío y le suplicaré que cure mi alma. Insensiblemente me trasformaré y curará maravillosamente el cáncer incurable de mi profunda impureza.

[3] II Cor. XII, 10.

*Confianza en María.*

Todas las almas deseosas de pureza saben que no podrían tener mejor protectora que María, su Madre Inmaculada. Desde las primeras épocas del cristianismo hasta nuestros días, ¡cuántas almas se han prosternado a sus pies para encontrar junto a Ella la salvaguardia de su pureza! ¡Cuántas, gracias a Ella, han llegado a ser insignes por su perfecta castidad, llegando hasta sellar con su sangre sus promesas de inviolable fidelidad a Jesús!

¿Quién podría ayudarnos mejor que María en estos penosos combates? Ella, que desde su concepción quebrantó la cabeza de la serpiente, y cuya pureza absoluta ha sido la obra maestra de la omnipotencia divina; Ella, cuya pureza supera la de los mismos serafines, es realmente muy apta para combatir a nuestro lado, juntamente con su Hijo Jesús.

Pidámosle a menudo la perfecta pureza, pureza de todo pecado, pero sobre todo, pureza de toda falta contra la santa virtud. Digámosle a menudo: «¡Oh María, Tú que fuiste tan pura, tan Inmaculada, yo quisiera tanto parecerme un poco a Ti, yo, tu hijito amado! Tú conoces mis miserias naturales. Tú sabes cuán a menudo gimo ante esas sugestiones perversas que me asaltan. Ayúdame a ser, a conservarme puro, y si debo pasar por el fuego de las tentaciones, haz que jamás sucumba en él. Haz que mi pureza, al pasar por el crisol de esas penosas pruebas, salga de ellas cada vez más pura.» Y cuando la tormenta ruja con salvaje aspereza, vayamos como niños asustados por ese maldito perro del demonio, a refugiarnos entre los brazos de María y a decirle: «Oh María, sálvame, que ya no puedo más.» Y María nos levantará en sus brazos, donde la bestia infernal no podrá perseguirnos.

Tengamos, pues, para estos combates una confianza ilimitada en Jesús y en María, y nada podrá dañarnos.



Tal vez se apoderará a veces de nosotros el vértigo al ver el pavoroso abismo de la impureza abierto a nuestros ojos y dispuesto a devorarnos. Nos parecerá que sólo un cabello nos separa de la fatal caída. En realidad, si tenemos plena confianza en Jesús y en nuestra madre María, la Reina de las vírgenes, nuestra seguridad es perfecta. En los momentos más angustiosos se interpone todavía entre el abismo y nosotros, la más segura de todas las barreras, todo el amor de Jesús, el esposo de nuestras almas, y todo el amor de María, nuestra Madre amantísima.

---

**III. Comprender el papel de las tentaciones: medios de aumentar la virtud atacada; ocasiones de amor ardiente, de sufrimientos, etc.—Tomar la ofensiva, haciendo actos interiores de la virtud atacada.—Las imperfecciones inevitables de nuestras resistencias no impiden la alegría de Jesús.**

*Comprender el papel de las tentaciones: medios de aumentar la virtud atacada; ocasiones de amor ardiente, de sufrimientos, etc.*

Para ser más intrépidos en la lucha contra las tentaciones y también más confiados, importa conocer bien el oficio de las tentaciones. Para las almas generosas son medios divinos y providenciales para ejercitarnos más en tal o cual virtud. Recuérdense las palabras de Santa Teresa del Niño Jesús. Hacia el fin de su vida tuvo que sufrir terriblemente por las tentaciones contra la fe. Pero comprendía el objeto de esas pruebas y exclamaba con satisfacción: «He hecho más actos de fe en algunos meses que durante toda mi vida.» Por la tentación vencida muchas veces y con generosidad, se llega a ser insigne en tal o cual virtud.

He aquí ciertamente algo que debe consolarnos en nuestras tentaciones, tan frecuentes quizás, contra la cas-

tidad. Algunas veces, aunque no tenemos conciencia de ninguna falta voluntaria, nos vemos un tanto inclinados a creer que su duración y su encarnizamiento son una mala señal. Consolémonos. A menudo el estado físico de este cuerpo de barro, en el cual está aprisionada nuestra alma, basta para explicar estas luchas. Pero aun fuera de estos casos, Dios permite esas pruebas repetidas, para embellecer maravillosamente nuestra castidad, sin que nosotros lo sepamos. Si somos, pues, generosos y fieles, si estamos decididos a no pactar jamás con el enemigo, cueste lo que cueste, decididos a no darle ni la más mínima satisfacción, nuestra pureza crecerá de un modo maravilloso. Cada tentación vencida es un acrecentamiento de esa amable y preciosa virtud, por el hecho mismo de que es un ejercicio penoso y a veces heroico de ella. Cada ataque rechazado, cada mal pensamiento desechado, y sabe Dios cuántos hay en nuestra vida, es como un nuevo florón en nuestra corona de virginidad.

No pensamos bastante en este aspecto tan reconfortante de las tentaciones. Deberíamos hacernos familiar este pensamiento para experimentar todos sus beneficios. Entonces las tentaciones se nos harían amables por este título y nos parecerían tan preciosas, que muy rara vez nos sentiríamos inclinados a pedir su alejamiento.

Las tentaciones contra la pureza hacen nuestras almas más puras. Tallan poco a poco ese diamante en bruto de nuestra pureza exigua y deslucida, hasta hacer de él una joya resplandeciente que encanta el corazón de nuestro esposo Jesús. Pero, además, y esto no debe ser menos grato a nuestras almas amantes, son también una continua ocasión de amor ardiente. Esto es verdadero sobre todo para los sacerdotes, los religiosos y religiosas, para todos aquellos que han hecho voto de castidad. En las tentaciones contra la pureza es como si se pusiera a prueba nuestra fidelidad de esposa de Jesús. El demonio quiere simplemente arruinar nuestra fidelidad y nuestro amor.



Es un desafío que lanza contra nuestro amor. Y el alma valiente le responde a Satanás como la encantadora virgen romana, Santa Inés: «Atrás, Satanás, ¿qué quieres de mí? Tengo ya un esposo a quien amo y que me ama. El esposo que cuenta con mi fidelidad es aquel a quien sirven los ángeles y cuya belleza admiran los astros del cielo. Amo a Cristo nacido de una madre virgen y de un Dios virgen; cuando le amo soy casta, cuando le toco soy pura, y cuando me desposo con Él, soy más casta que nunca.»[4]

A cada tentación contra la pureza, a cada pensamiento o deseo malo, Jesús parece preguntarnos: ¿Me amas siempre? ¿Te arrepientes de haberte entregado a Mí como esposa? ¿Te arrepientes de haber sacrificado de una vez por todas los placeres de la carne? Y cada tentación provoca una respuesta, al menos inconsciente, del alma, que renueva su voto de castidad y dice a Jesús: «Yo te lo he dado todo y te lo doy de nuevo par siempre.» ¡Cuántos actos de amor supone esto! Sin duda no son siempre actos de amor reflejos y conscientes. No son a menudo más que actos de amor «directos», pero que no son por eso menos gratos al Corazón de nuestro real esposo.

Comprenderemos mejor aún todo el valor de las tentaciones contra la castidad, si pensamos en lo que suscitan de generosidad y mortificación. Para las almas sedientas de sufrimientos, son, en cierto sentido, preciosísimas. ¡Ah, cuánto hacen sufrir a veces! En ciertos momentos son una verdadera tortura y un martirio de amor.

Una alma tentada a menudo contra la pureza, escribía: «Jesús me ha hecho sentir una vez más que las tentaciones contra la castidad eran para Él de grande alegría, y que debía regocijarme íntimamente de poder agradarle así. Parecía decirme: Mira cuántas ocasiones incesantes de agradarme. Al ser, en estos días, continua o casi continuamente tentada, podías a cada instante renunciarte y ofre-

[4] *Brev. Rom.*, Off. Santæ Agnetis.

cerme preciosos sacrificios. Si hicieras tal mortificación, si renunciaras a tal placer un tanto vivo, a tal deseo ardiente, ¿no harías una cosa agradable a mi Corazón? Ahora bien, apenas hay cosa que pueda ser comparada en vehemencia con esas invitaciones de lo bajo. Si es duro renunciar a deseos intensos, a su voluntad propia, para someterse a la de los demás, es más duro aún renunciar a esas solicitaciones de la carne, solicitaciones tan vivas y tan íntimas que parecen impregnar todo tu ser y apoderarse de él a viva fuerza.» Sí, estas tentaciones son excelentes e incomparables ocasiones de sufrimiento, de renunciamiento, y esto no una vez, sino de continuo.

Para llegar a amar a Dios con un amor purísimo, hay que llegar a odiar el yo con un odio implacable y a tener un santo horror de él. Las tentaciones contra la pureza son excelentes también por este aspecto. Imprimen en nosotros un santo disgusto de ese horrible yo y un amor ardiente de la pureza divina. Nos dan al mismo tiempo la verdadera humildad, que San Agustín definió tan admirablemente: «El amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo.»[5]

¿Queréis ver cómo se sirve Dios de las tentaciones para formar a sus santos y santas? Escuchad a la sublime Ángela de Foligno, veréis si fue ella más perdonada que nosotros: «Algunas veces se produce una espantosa e infernal oscuridad, en la cual desaparece toda esperanza, y esa noche es horrible. Y los vicios que siento muertos en mi alma resucitan en mi cuerpo; pero los demonios los despiertan fuera del alma y excitan otros que jamás existieron. Sufro entonces particularmente en tres sitios de mi cuerpo; el fuego de la concupiscencia es tal en esos momentos, que antes de poderlo impedir, me arrojo al fuego material con la esperanza de extinguir el otro. ¡Ah! preferiría más bien ser quemada viva. Grito, llamo a la

[5] *De civitate Dei*, lib. XIV, cap. 28.



muerte, a la muerte, cualquiera que sea, y digo a Dios: Si estoy condenada, ¡ea!, en seguida, sin demora; puesto que me has abandonado, acaba y que el abismo me devore.»[6]

Nuestras tentaciones ¿se han aproximado jamás a las de la gran mística? Pero también nuestra humildad no es más que una sombra de la suya. Juzgad por esos inauditos acentos: «Yo contemplo en el abismo la superabundancia de mis iniquidades; busco inútilmente un medio de descubrirlas y manifestarlas al mundo; quisiera ir por las ciudades y las plazas con carnes y pescados pendientes del cuello, gritando: Mirad la vil creatura, llena de malicia y de mentira. Mirad la hez del vicio, la hez de la maldad... Mirad el demonio de mi alma y la malicia de mi corazón. Escuchad bien: yo soy la hipocresía, hija del diablo; yo me llamo la que miente, me llamo la abominación de Dios.»[7]

Profundicemos a veces en el objeto de las tentaciones. Por el mismo hecho, estaremos más dispuestos a entrar en las miras divinas, y en lugar de agitarnos con espanto, como niños que no quieren dejarse llevar por su madre, comprenderemos plenamente esas miras y corresponderemos a ellas perfectamente. Y ¿quién sabe si, obtenido rápidamente el resultado pretendido por Dios, tal vez el tiempo mismo de nuestras tentaciones será abreviado?

*Tomar la ofensiva, haciendo actos interiores de la virtud atacada.*

Por este aspecto, no hay nada mejor en los momentos de tentación que el hacer actos interiores de la virtud atacada. ¿Somos atacados contra la fe?; hagamos, como Teresa del Niño Jesús, actos de fe viva, sin complacernos en raciocinar. ¿Somos atacados contra la confianza?; ha-

[6] *Libro de las visiones*, cap. XIX.
[7] Ibíd., cap. XIX.

gamos actos de perfecto abandono en Dios. ¿Es la pureza la que se pone en juego?; hagamos numerosos actos de amor a la pureza. Protestemos a Dios de que amamos la pureza por encima de todo. Digámosle con amor: «Oh divina pureza, pureza queridísima, yo te amo con todo mi corazón. Odio estas sugestiones impuras. Aunque no hubiera infierno, todavía quisiera, por amor a la pureza, renunciar a todos estos viles placeres. ¡Soy mil veces feliz al sufrir todo esto por tu amor, oh pureza amadísima! Dios mío, ayúdame. Mi cuerpo, por desgracia, es muy ardiente para el alma, pero quiero que mi alma sea más ardiente aún para contigo.»

He aquí lo que se llama tomar la ofensiva contra el demonio. He aquí lo que le pone completamente en fuga y le inflige una derrota aplastante. Quiere hacernos elegir y amar la impureza y nos aprovechamos de ello para amar la pureza. Cambiamos esas tentaciones en efusiones de amor y en protestas de fidelidad a la pureza de Dios. Quiere atacarnos, y nos servimos de sus propias armas para aplastarle.

Cuando uno se ha acostumbrado así a aprovecharse de las tentaciones impuras, se llega a experimentar a veces un íntimo consuelo y un delicioso placer en tolerar sufrimientos vivísimos por la pureza divina. Es para el alma como una réplica y un desquite. Se burla del demonio, se venga de él y del yo carnal, sufriendo y amando esa pureza inmaculada de Dios, el gran enemigo del pecado impuro.

A veces la alegría es doble. No sólo siente el alma verdadera dicha amando por sí misma a la pureza divina y probándose su amor por medio del sufrimiento, sino que le hace falta más. En su amor apasionante e insatisfecho experimenta un inmenso deseo de amar la pureza de su Dios, no solamente por sí misma y en su nombre, sino también por esas innumerables almas que, por desgracia, no la aman sino muy poco o nada, por las almas



que la odian y entregan todo su afecto a las voluptuosidades más vergonzosas y degradantes. En ciertas ocasiones el alma pura siente que Dios le pide un papel de reparadora. Un sentimiento muy íntimo y dulcísimo le da la conciencia de que es una gran consoladora de la pureza infinita, de que en estas tentaciones la ama por las demás y sufre para reparar sus faltas y arrancarlas del vicio.

Cuando nos invadan estos deseos, demos rienda suelta a esos sentimientos de purísimo amor, que Jesús produce en nosotros. Extendámonos en amorosas efusiones. Cambiar nuestras tentaciones en este amor purísimo, en este amor consolador y reparador, ¡qué cosa más maravillosa!

Sucede con frecuencia que las tentaciones son menos vivas y de otra clase, sin dejar por eso de ser penosas. No es ya el mal mismo el que nos solicita, sino solamente lo que nos conducirá al mal, si no vigilamos. La belleza creada que nos atrae, los encantos humanos, las gracias y los atractivos efímeros que nos impresionan y se esfuerzan disimuladamente por dividir nuestro corazón entre Dios a quien lo hemos entregado todo y una creatura humana. Entonces es el momento de hacer actos ardientes de amor a la infinita belleza de Dios, esa belleza incomparable cuya sola vista nos arrebatará en éxtasis, como ha arrebatado a los santos, y ante la cual toda belleza humana y toda gracia creada no es más que fealdad.

*Las imperfecciones inevitables de nuestras resistencias no impiden la alegría de Jesús.*

Debemos responder ahora a una objeción que hacen a menudo las almas generosas y que les impide encontrar en medio de las tentaciones toda la paz y la confianza de que deberían gozar. Se dicen a sí mismas: «Sí, bien lo veo, Dios me envía estas tentaciones como medio para llegar a ser más humilde, más pura sobre todo. Me da por medio de esto mil ocasiones de amarle y de agradarle.

Con su gracia no sucumbo bajo los golpes del enemigo impuro. Y en este sentido agrado a Dios y a la Virgen María. Pero ¡ay! se mezclan tantas imperfecciones a mis resistencias, tantas indelicadezas, tantas faltas de magnanimidad, que esos innumerables defectos quitan a Jesús del todo o casi del todo, la alegría que le causan mis victorias. ¡Oh Dios mío, si yo me aprovechara de todas estas ocasiones!»

Consuélate, alma querida de Jesús, sábete que tu Amado distingue perfectamente la parte de tus miserias naturales. Él sabe que cuando el alma está cansada no podrá resistir con la misma pronta decisión que cuando se siente valiente. Sabe que el cuerpo mismo, la enfermedad, pueden hacer nuestras defensas aparentemente más lánguidas y menos vigorosas. Él tiene cuenta con todo. Estas pequeñas imperfecciones que nos deja de intento no restan nada al inmenso placer que Jesús experimenta. Al contrario, si nos humillamos por ellas apaciblemente, si no nos preocupamos de ellas, si en vez de analizarnos indefinidamente para saber hasta qué punto hemos sido fieles y complacernos quizás secretamente en ello, nos arrojamos con confianza entre sus brazos, para abrazarle con amor y pedirle perdón de todas nuestras negligencias conocidas y desconocidas, entonces esas imperfecciones serán un acrecentamiento de alegría para Jesús. Todo el placer que nos quitan, toda la satisfacción y complacencia en nosotros mismos que nos arrebatan, se cambiarán para el divino Maestro en una alegría centuplicada.

¡Oh Jesús, yo también he caído a menudo en este defecto! Con frecuencia, después de los combates angustiosos por la pureza, tenía la convicción de haberte agradado y aun de haberte agradado mucho. Pero sentía también que tenía bastante motivo para humillarme. ¡Cuántas veces entonces me he complacido en analizarme y en escrutarme largamente, en pesar todos mis sentimientos para tranquilizarme y sobre todo para justificarme completamente.



Bien lo veo, no era esto lo que convenía. Debo ser feliz por las ocasiones de humillarme que mis mismas victorias me proporcionan. Debo regocijarme de ello y no poner mi confianza en la rectitud de mis acciones, en la ausencia de toda imperfección. Debo y quiero esperar mi pureza simplemente de la pureza divina, de Ti, oh Jesús, que habitas en mí, y de María, mi Madre Inmaculada. Sí, oh Jesús, oh María, de vosotros espero esta insigne gracia de poder agradaros siempre y agradaros inmensamente por mi pureza, a pesar de todas las tentaciones que puedan asaltarme. De vosotros también, de vuestro inmenso amor hacia mí, espero aun para lo pasado, haberos agradado inmensamente en las tentaciones, a pesar de todos los defectos que se han mezclado en mis resistencias.

Sin embargo, esto mismo no bastará siempre para darnos la alegría y la paz perfecta, para consolarnos enteramente de nuestras imperfecciones. Entonces arrojemos todas esas imperfecciones y todos esos desfallecimientos en el Corazón tan puro de Jesús o de María, nuestra Madre purísima. Unamos nuestra pobrísima castidad a su castidad encantadora. Las pequeñas manchas que empañan el brillo de nuestra pureza desaparecerán como un átomo de lodo en el océano de pureza de Jesús y de María. Y luego, esos abismos de pureza perfecta ofrezcámoslos con plena seguridad a Dios, al mismo Jesús y a la Virgen.

En fin, subiendo más arriba aún, emprendiendo nuestro vuelo hacia las esferas más elevadas, nos abandonaremos completamente, nos perderemos de vista a nosotros mismos y nuestras truncas virtudes para contemplar con encanto la pureza de Dios. Como el águila miraré con amorosa admiración ese Sol deslumbrante, me embriagaré contemplándolo indefinidamente y diré a Dios: «Oh Dios mío, he encontrado por fin la pureza que buscaba, que deseaba tan ardientemente; he encontrado más todavía, he encontrado la pureza perfecta que sobrepuja mil veces mis deseos. La he encontrado, y ¡oh suprema alegría! la

he encontrado no en mi propio corazón, sino en Ti, en tu seno, oh Dios mío, mil veces amado. Encontrada en mí, hubiera satisfecho mis deseos; encontrada en Ti, a quien amo mil veces más que a mí mismo, supera inefablemente todas mis aspiraciones y todos mis sueños. Oh pureza divina, pureza que me encantas, sí, tú serás de ahora en adelante mía, tú serás mi pureza para el tiempo y para la eternidad.» *Deus meus mihi et ego illi, qui pascitur inter lilia:* Mi Dios es mío y yo soy de ese Dios que se apacienta entre azucenas[8].

[8] Cant. II, 16.

## Capítulo XVIII

# CONFIANZA EN NUESTRAS FALTAS

**I. Las faltas no deben disminuir nuestra confianza, porque Dios es infinitamente misericordioso; tiene necesidad de nuestras miserias para ejercitar su misericordia. «Felix culpa!».—Conducta que se debe observar: después de nuestras faltas, arrojarnos con amorosa confianza en sus brazos y ser para con Él tan abiertos y alegres como antes.**

*Las faltas no deben disminuir nuestra confianza, porque Dios es infinitamente misericordioso; tiene necesidad de nuestras miserias para ejercitar su misericordia.* Felix culpa!

El gran escollo de nuestra confianza consiste generalmente en nuestras faltas y pecados, en nuestras faltas voluntarias sobre todo. Que se espere firmemente en medio de esas dificultades de la vida que son pruebas de Dios, tales como las desolaciones, las sequedades, las tentaciones, eso ya se comprende. ¿No son ellas medios providenciales por los cuales mide Dios nuestra confianza y la perfecciona? Pero cuando hemos caído por nuestra culpa, cuando hemos ofendido y aun ofendido voluntariamente a Dios, ¿no es natural que nos juzguemos indignos de las gracias que hubiéramos podido recibir sin esto? ¿No es lógico que no tengamos ya la misma intimidad con Dios, a quien hemos herido y contristado, y que nuestra confianza sienta la repercusión de ello?

En realidad nuestras faltas no son un escollo para nuestra confianza, sino porque ésta no es pura, porque

está basada en nosotros mismos, en nuestros méritos y virtudes, más que en la infinita bondad y misericordia de Dios.

La confianza verdadera y pura no tiene nada que temer de las faltas aun voluntarias que puedan escapársenos. ¡Por desgracia, aun las almas generosas están sujetas a esas fragilidades de nuestra humana naturaleza! Y aun a veces, Dios ha permitido grandes caídas para mayor bien. Testigo el apóstol amadísimo de Jesús, el generoso Pedro.

Es conocer muy mal la bondad de Dios, su amor, su misma santidad, el dejar que nuestra confianza sea influenciada y se menoscabe por nuestras caídas. Si tuviéramos una idea más justa de esas divinas perfecciones, nuestros pecados no influirían en nuestra confianza sino para aumentarla purificándola. La acrecentarían tanto más, cuanto más disminuye el elemento de la confianza en nosotros mismos, que es su aleación inseparable.

Los santos y maestros de la vida espiritual son muy elocuentes a este respecto. Basta escoger al azar en el tesoro de los pensamientos que nos han dejado.

El dulce y consolador San Francisco de Sales es inagotable en esta materia: «Mientras más miserables nos sintamos —dice— tanto más debemos confiar en la bondad y misericordia de Dios. Porque entre la misericordia y la miseria, hay cierta unión tan grande, que la una no puede ejercitarse sin la otra. Si Dios no hubiera creado al hombre, habría sido ciertamente muy bueno; pero no hubiera sido actualmente misericordioso, puesto que la misericordia no se ejercita sino con los miserables.»

Monseñor Gay dice muy bien: «El pecado afecta a Dios en cuanto le ofende; nunca en el sentido de que le modifique. Modifica sus actos, pero lejos de modificar su esencia, ni siquiera cambia en nada su disposición primordial y absoluta respecto de nosotros, es decir, el amor que nos tiene. Como ante la nada su bondad se convierte en amor, así ante el pecado su bondad se convierte en misericordia,



y está dicho todo. Sí, todo está dicho, pero con una sola condición: que el pecador espere.»[1]

Otra voz elocuente del siglo pasado pronunció estas palabras infinitamente consoladoras: «*Beati misericordes*... Al pronunciar este oráculo, puede decirse que el Hijo de Dios hecho hombre nos reveló *su propia bienaventuranza* y la de su Padre que está en los cielos. Porque si la misericordia, tal como la practica un simple mortal, es para él principio y fuente de felicidad, ¿qué decir de la misericordia tal como Dios y solo Dios puede ejercitarla, y qué trasportes de dicha no debe mantener incesantemente en el seno de la divinidad? Bienaventurados los misericordiosos: luego bienaventurado sobre los demás aquel que es el único que tiene derecho para ser llamado bueno: *unus est bonus, Deus*, aquel cuya misericordia y bondad no tienen más límite que la misma eternidad: *confitemini Domino, quoniam bonus, quoniam in æternum misericordia eius*.»[2] Al oir estas elocuentes palabras, cree uno escuchar como un eco de las palabras de Jesús, y como la razón teológica de esa alegría inefable que habrá en el cielo por un solo pecador que haga penitencia.

Cuando yo he pecado puedo ser para Dios fuente de inmensa alegría, con la condición de que recurra a Él con confianza y le permita ejercitar para conmigo, tan miserable y desgraciado, su misericordia infinita. Puedo regocijar a Dios inmensamente, y tanto más, cuanto que esa miseria que se llama pecado, es, sobre todo a sus ojos, la más lastimosa de todas las miserias, aquella cuyo alivio le causará mayor alegría. ¡Oh, qué dulce pensamiento! ¿No es el caso de exclamar con emoción: *O felix culpa!*? ¡Dichosa culpa que trae consigo el remedio para su veneno y para su mal! Mi caída menoscaba mi amor, porque contristo a Dios: mi caída viene a ser para mí una fuente de

[1] *De la vie et des vertus chrétiennes.* De l'esperance.
[2] Mons. Pie: *Homélie au jour de la Toussaint.*

alegría, porque arrojándome confiado en los brazos de Dios, le regocijo indeciblemente.

Si por una gracia especial, que nunca pediré bastante a Dios, pudiera comprender a fondo estas consoladoras verdades, ¡cuán inmenso provecho reportaría de ellas! ¡Cómo templaría esto mi ánimo y me devolvería intacta esa confianza en la bondad divina, que quizás han quebrantado tantas veces mis numerosas faltas! Entonces comprendería también la sublime exclamación de Teresa del Niño Jesús: «Ni aun el pecado mortal me arrebataría mi confianza. No; no porque haya sido preservada del pecado mortal me elevo hacia Dios por medio de la confianza y del amor. ¡Ah! Estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los crímenes que pueden cometerse, no perdería ni un ápice de mi confianza.»[3]

Hemos visto que, si queremos, nuestras faltas pueden ser para Dios motivo de verdadera alegría. Pero ¿cómo hay que arreglárselas para convertir así nuestras ofensas en alegrías de nuestro Padre celestial? El punto capital, el que todo lo resume, es el humillarnos dulcemente, y arrojarnos después en los brazos de la divina misericordia con un amor arrepentido y lleno de confianza. He aquí lo que debemos comprender bien y retener para el porvenir.

*Conducta que se debe observar: después de nuestras faltas, arrojarnos con amorosa confianza en sus brazos, y ser para Él tan abiertos y alegres como antes.*

Las almas fervorosas están sin duda dispuestas a todo, antes de cometer la más mínima falta voluntaria. Para ellas ningún mal, ningún sufrimiento puede compararse con la pena que experimentarían por el disgusto causado a Jesús. Sin embargo, si alguna vez nos sucediese caer en alguna falta voluntaria cualquiera, no tardemos en humillarnos; confundámonos algunos instantes a los pies de

[3] *Historia de una alma*, cap. X, pág. 205.



nuestro amable Salvador. Y luego, vayamos a manifestarle nuestra pena y nuestro amor, y veremos muy pronto cambiarse los papeles. Nosotros nos haremos los consoladores de Jesús, y Jesús se hará el nuestro y nos dirá que no nos entristezcamos más por un disgusto que Él ya ha olvidado.

Mirad cuán bien había comprendido Magdalena el corazón de nuestro dulcísimo Jesús. Había caído tan bajo como puede caer una creatura. Ante sus faltas, las nuestras no son nada. Y sin embargo, ¡cuán por encima de los nuestros están su amor arrepentido y su confianza audaz! Un hábil director de almas ha dicho de ella: «María Magdalena comprendió perfectamente, gracias a su *pia audentia*, a su piadosa audacia, la manera de arreglárselas con Nuestro Señor. Los pecados perdonados no son en manera alguna obstáculo a la unión más estrecha con Nuestro Señor. No son sino un nuevo título a su amor. Desde el día en que Él dijo a Magdalena: «Vete en paz, tus pecados te son perdonados», jamás se hace mención de esos pecados. Y ella no parece turbarse en lo más mínimo por su recuerdo. Jamás se aleja de Nuestro Señor, jamás cree que otros tengan más derecho que ella para aproximarse a Él. Se le acerca siempre lo más que puede, y el amable Salvador no la rechaza jamás. Piensa en Él y no en sí misma, he aquí el secreto de la paz del alma y de la santidad.

»Una vez que nos hemos dado cuenta de que no somos más que nada por nosotros mismos, y de que estamos llenos de malas inclinaciones, debilidades y miserias, lo único que tenemos que hacer es arrojarnos enteramente en el amante Corazón de Jesús. Él no nos desdeñará ni nos rechazará jamás. Podemos entonces olvidarnos de nosotros mismos y pensar únicamente en agradarle a Él. Apenas si hay peligro de presunción. Nuestro Señor es más misericordioso, más generoso y magnífico de lo que nunca podríamos imaginar. La importancia que nos atribuímos a nosotros mismos es lo que constituye el obs-

táculo, no nuestra miseria. Jamás podríamos tener demasiada confianza en Él.»[4]

El recuerdo de nuestros pecados actuales o pasados no debe, pues, estrechar nuestros corazones, ni quitarnos el entusiasmo gozoso y alegre que es tan importante en el servicio del divino Maestro. Jamás nuestros pecados, sean cuales fueren, deben crear una atmósfera de duda, un fondo de desconfianza entre Jesús y nosotros. Jamás deben sustraernos a la tranquilidad de nuestras relaciones con nuestro amigo divino, ni a nuestra familiaridad para con Él.

Y si esto es cierto tratándose de las faltas voluntarias, raras a pesar de todo en las almas verdaderamente interiores, cuánto más cierto será, tratándose de esas faltas semivoluntarias, faltas de debilidad, de fragilidad, y aun de pura sorpresa.

¡Ay! Después de nuestras caídas nos vemos, sin embargo, tan tentados a dejarnos inclinar un poco hacia una melancolía despechada y perjudicial. Aun después de haber pedido humildemente perdón a Dios, estamos como turbados, nos sentimos como recelosos ante Él. Parece que no pudiéramos obrar como si nada hubiera pasado, parece que debiéramos mostrar a Dios Nuestro Señor una frente sombría y huraña, testigo de nuestro arrepentimiento. ¡Que obráramos así con un hombre, pase si se quiere! ¡Pero con Jesús! Recordemos lo que hemos visto hace poco. Nuestras faltas, *si queremos*, le dan ocasión de ejercitar su infinita compasión, su inmensa misericordia. Son para Él un motivo de dicha muy dulce.

No podría hallarse un ejemplo más vivo de ello que la encantadora historia de San Jerónimo. Un día de Navidad, el Niño de Belén, a quien él amaba tanto, le dijo: «—Jerónimo, dame algo. —Pero, Señor, respondió el santo doctor, ¿no te lo he dado todo? Mi vida, mis pobre virtudes, mis escritos, mi apostolado... Tómalo todo, Señor, todo es

[4] D. Considine, S. I.: *Delight in the Lord*, pág. 24.



tuyo. —Jerónimo, dame algo. —Pero ¿qué, Señor? ¿Habrá algo en mi corazón que no sea para Ti? —Jerónimo, Jerónimo, tú retienes aún algo..., tú no me das lo que Yo quiero. —¿Qué quieres, pues, Señor? —Jerónimo, dame tus pecados...!»

¡Ah, sí, verdaderamente, el Señor tiene necesidad de nuestras miserias y de nuestros pecados para proporcionar a su amor misericordioso el placer inefable de difundirse en una creaturita! Esto es lo que manifestaba Jesús con estas sublimes palabras a Sor Benigna Consolata: «Tus miserias, véndelas a mi misericordia.»

Después de esto, ¿cómo conservar aún cierta turbación o desconfianza a causa de nuestras miserias? Nuestras faltas pueden haber contristado un poco al Salvador, ¡oh!, no mucho si somos generosos, pero nuestro humilde arrepentimiento y nuestro amor confiado le compensarán muy ampliamente y le causarán una alegría infinitamente mayor que el disgusto que le había causado nuestra falta.

Una novicia se arrepentía amargamente de una falta que había cometido. Santa Teresa del Niño Jesús le dijo: «Coja su crucifijo y béselo.» Ella lo besó en los pies. «¿Así besa una hija a su padre?, dice la santa. —Échele en seguida los brazos al cuello y bésele en el rostro. La novicia obedeció. —No es esto todo, hay que hacerse pagar las caricias.» Y la novicia tuvo que poner su crucifijo sobre cada una de las mejillas; entonces la santa le dijo: «¡Bien, ahora todo está perdonado!»

He aquí cómo comprenden los santos la amante bondad de Dios. Entre los consejos y recuerdos de la amable santa se encuentran también este rasgo encantador: Una de sus compañeras que la había ofendido, fue a pedirle perdón. Teresita se mostró muy conmovida y le dijo: «Si supiera lo que siento. Jamás he comprendido tan claramente con cuánto amor nos recibe Jesús cuando le pedimos perdón después de una falta. Si yo, su pobre creaturita, he sentido tanta ternura para con usted, en el momento en que acudió

a mí, ¡qué pasará en el Corazón de Dios cuando uno se vuelve hacia Él! Sí, ciertamente, mucho más pronto de lo que yo acabo de hacerlo, olvidara todas nuestras iniquidades para no acordarse jamás de ellas... ¡Hará más todavía, nos amará aún más que antes de nuestra falta...!»

Estas palabras nos hacen pensar naturalmente en la parábola del hijo pródigo, en la que Jesús se retrató tan perfectamente a Sí mismo, y en la que pone en un relieve tan conmovedor la inmensa alegría que experimenta al vernos volver hacia Él, después de nuestras faltas.

Se ha hecho notar muy atinadamente que el padre del hijo pródigo, al ver volver a su hijo amado, le abrazó al punto con efusiones de inenarrable ternura. El pobre muchacho debía de estar en un estado bien lastimoso y aun si se quiere repugnante, con sus sucios harapos. ¡Qué importa! Sin la menor sombra de reproche, sin un instante de vacilación a la vista de aquellos horribles y sucios harapos, el padre salta a su cuello. Se trae en seguida un vestido nuevo, se le pone un anillo en el dedo, y sin más, vedle ahí reinstalado en su primitiva posición. Dios no dice al hijo pródigo: veremos cómo te portas; si cumples tus buenos propósitos, lo olvidaré todo y te volveré a mi primera gracia. No: la humilde confesión de las faltas es seguida de una inmediata rehabilitación. Todo se pone por obra, para que se sienta en seguida en su casa.

¡Ah, si pudiera aprender definitivamente el gran arte de conducirme con Dios como conviene, después de mil faltas, a fin de que vuelva a adquirir yo también, gracias a una perfecta confianza, todo el amor de Jesús, y aun mayor del que antes me manifestaba! Es una gran gracia el poder ser para con Jesús, después de nuestras faltas, tan abiertos, tan confiados, tan familiares como antes. Esto supone un gran progreso en la virtud.

«Cuando una persona de virtud ordinaria comete una falta—dice el P. Considine—necesita algún tiempo antes de sentirse la misma de antes para con Dios. No ha comprendido suficientemente la maravillosa generosidad del Corazón de su Dios. Cuando un santo comete una falta corre en seguida hacia Dios, como un niño hacia su madre, y la confiesa humildemente, sin excusa ni paliativo, como un niño animoso, confiado y veraz. Y un instante después, se encuentra ante Dios tan feliz como antes. Su falta no ha producido ninguna diferencia. El santo no comprende el pecado peor que los demás; al contrario, lo comprende mejor. Pero lo que es mucho más importante, comprende mucho mejor a Dios. Ese rápido retorno y esa paz del alma después de su falta, es una de las grandes señales de progreso en la vida espiritual.»[5]



¡Oh Jesús, haz que yo también comprenda la maravillosa ternura de tu Corazón! No permitas que te cause por más tiempo esta pena, la mayor de todas, para tu Corazón amante, la de no fiarme de Ti después de mis caídas. ¡Que pueda yo, con tu gracia, tras cada falta, amarte más ardientemente y penetrar más adentro en tu Corazón! Ahora conozco que una confianza intacta después de mis faltas encierra más amor y arrepentimiento que cualquiera otra cosa. Cuando haya caído, no te diré ya, como lo hacía Pedro a los principios de su vida de apóstol: «Señor, apártate de mí, porque soy hombre pecador.» Quiero, al contrario, decirte con inmensa confianza: «Señor Jesús, acércate a mí, porque Tú conoces mis miserias y mis pecados, y la inmensa necesidad que tengo de tu compasión.»

[5] *Delight in the Lord*, pág. 18.

**II. Dios permite nuestras faltas a causa de sus grandes ventajas.—Fomentan el amor, la humildad, el disgusto de sí mismo, el amor de nuestra abyección y el amor puro de Dios, nuestro nuevo yo.—Acordémonos del fin de Dios y las faltas se nos harán dulces.**

*Dios permite nuestras faltas a causa de sus grandes ventajas.*

Hemos comprendido, sin duda, un poco que nuestras faltas no deben restar nada a nuestra confianza y a nuestra amante familiaridad para con Dios y que, si nos aprovechamos de ellas para humillarnos, confiar en Él y amarle tanto más, no perderemos nada de las gracias que nos destinaba.

Pero para nuestro consuelo, es bueno examinar un poco más detenidamente las grandes ventajas que reportan las faltas a los que conocen el gran arte de repararlas.

Ante todo, hay un pensamiento muy consolador para las almas que aman a Dios con todo su corazón, y ponen toda su dicha en agradarle en todas las cosas. Y es que, para las almas verdaderamente amantes, que no quisieran por nada del mundo ofender a Dios voluntariamente, sus imperfecciones y sus faltas por sorpresa, por fragilidad o inadvertencia, no causan apenas verdadero disgusto a Dios. Nuestro Señor, que es tan bueno y conoce tan a fondo todas las debilidades y las impotencias de nuestra naturaleza, sabe muy bien distinguir lo que corresponde a las faltas voluntarias o semivoluntarias y a las faltas que se nos escapan por fragilidad o sorpresa.

Santa Teresa del Niño Jesús insistía a menudo sobre esta diferencia, a fin de que las almas amantes conservasen intacta la alegría que experimentan en agradar a Dios. Esas faltas no le causan disgusto, no le desagradan, se complacía en repetir. Y aplicándoselo a sí misma, decía con encantadora gracia: «Si fuese humilde, si permaneciese siempre pequeñita, tendría derecho de hacer, sin ofender a Dios, pequeñas travesuras hasta mi muerte. Mirad a



los niños, no cesan de romper, de desgarrar, de tumbar, pero aman siempre mucho a sus padres y son muy amados de ellos.»

Tenía razón. Muchas faltas son compatibles con un inmenso amor y un grandísimo deseo de agradar a Dios. No le ofenden, y apenas le contristan. A lo más, contristan nuestro amor propio, y esto es algo excelente. Oh, si nuestra única dicha aquí abajo es agradar a Jesús, ¡cuán delicioso es poder pensar que, a pesar de tantos pequeños desfallecimientos, podemos siempre agradarle mucho! ¿Hay nada más reconfortable para una alma generosa?

Una vez hecha esta animadora distinción entre las faltas que no causan disgusto a Dios y las que se lo causan, tratemos de descubrir las razones por las cuales Dios permite que recaigamos y esto, a veces, tan a menudo y por tanto tiempo, en nuestras faltas voluntarias y en otras. Podría, si lo quisiera, disminuirlas considerablemente. Si las permite, aun en aquellos que le sirven de todo corazón, es porque ve en ellas ventajas considerables.

San Francisco de Sales escribía a una de sus hijas espirituales: «Puede suceder que una hermana, a la cual veáis tropezar muy a menudo y cometer muchas imperfecciones, sea, o por la grandeza de su ánimo que conserva un medio de sus imperfecciones, no dejándose inquietar ni turbar en nada por verse tan sujeta a caer, o también por la humildad que saca de ellas, o por el amor de su abyección, más virtuosa y agradable a Dios que otra que tenga una docena de virtudes naturales o adquiridas y que tengan menos ejercicio y trabajo, y por consiguiente quizás, menos ánimo que la otra que se ve sujeta a caer.» Y el santo aplica esto a San Pedro que, por su ánimo, a despecho de sus caídas y defectos, mereció ser preferido y aventajado por encima de San Juan y de los demás apóstoles.

La Reverenda Madre María de Sales Chappuis, formada en la escuela de su bienaventurado padre, decía también: «Aunque a cada respiración cayésemos en alguna

falta, si otras tantas veces se entrega uno a Dios, para volver a comenzar a obrar bien, las caídas no nos dañan. El Señor mira menos las faltas que el provecho que sacamos de ellas, si las utilizamos para abajarnos ante Él, y hacernos pequeños, humildes y mansos. Oh, entonces no nos perjudican en nada, no debilitan la voluntad. Es una gran gracia para una alma la de darse cuenta de sus faltas. Este conocimiento la hace descubrir la bondad de Dios y el precio de los méritos del divino Salvador».

*Nuestras faltas fomentan el amor, la humildad, el disgusto de sí mismo, el amor de nuestra abyección y el amor puro de Dios, nuestro nuevo yo.*

¿Cuáles son las grandes ventajas que podemos sacar de nuestras faltas? Hacerlas resaltar todas sería muy largo. Debemos necesariamente limitarnos a insistir sobre tres o cuatro de las más notables[6].

Una de las ventajas más manifiestas de nuestras faltas es el que a menudo son ocasión de muchos actos de amor preciosísimo. Suscitan en nuestras almas un arrepentimiento amantísimo, que consuela al divino Maestro y le compensa ampliamente. ¿No debió Magdalena a sus inmensas faltas el amor a Nuestro Señor tan inmensamente? El recuerdo continuo de sus inquietudes ¿no estaba delante atizando siempre más el horno de su amor? Es más que probable que sin esas grandes caídas, Magdalena no habría sido la gran amiga del Salvador y la insigne santa que conocemos.

Esta utilidad de nuestras faltas es verdadera particularmente si se trata de almas que se han entregado a Dios seriamente. En ellas, las faltas son, casi siempre,

[6] Otras preciosas ventajas que se podrían meditar: nuestras faltas nos hacen más indulgentes para con los demás; nos hacen practicar la fortaleza y el valor; hacen que confiemos más en Dios; sobre todo, nos hacen recurrir sin cesar a la divina suficiencia de Jesús.



manifestaciones más o menos involuntarias y poco serias de su amor propio. Se escapan a su vigilancia, pero dan origen a efusiones maravillosas de su amor ardiente a Dios. Ese resto de amor propio en que consiste su falta, es superado y compensado cien veces por el inmenso amor de su arrepentimiento confiado. Hacen como un niño que ha cometido una travesura. Ve que, sin quererlo, ha causado disgusto a su madre, un disgusto pequeño, de seguro. Entonces se arroja en sus brazos y colma de caricias y de besos a la dichosa mamá. Así hace el alma amante con Nuestro Señor. Cree haberle causado algún disgusto, y ese disgusto le es más sensible que todos los sufrimientos que podría imaginar. Entonces se extiende en ardientes protestas de su amor y prodiga a su divino amigo tantas ternuras, que Nuestro Señor queda completamente feliz. ¿Y será raro que en estas condiciones deje a menudo, durante largo tiempo, al alma en lucha con esos pequeños desfallecimientos que ocasionan tantos actos de amor?

Un día, cuenta Sor Benigna Consolata, había puesto junto a la hoja de papel sobre la cual escribía, una estatuita del Niño Jesús. Un ligero movimiento la hizo caer; al punto la levanté y le di un beso a Jesús, diciéndole: «Si no te hubieras caído, no habrías recibido este beso.» Él me respondió con una bondad particularísima: «Lo mismo sucede, mi Benigna, cuando tú cometes una falta involuntaria, no me ofendes; pero el acto de humildad y de amor que haces en seguida, con propósito deliberado, es el beso que me das y que no habría recibido si tú no hubieras cometido esa imperfección.»

¿Podría imaginarse un símbolo más encantador del poquísimo disgusto y de la grandísima alegría que causan a Jesús nuestras faltas involuntarias?

Nuestras faltas tienen sobre todo como misión principal el hacernos conocer experimentalmente, y el hacernos tocar con el dedo nuestra inmensa miseria y nuestra total importancia. Deben producir en nosotros esa gran

humildad, sin la cual no nos vaciaríamos jamás de nosotros mismos. Sin duda que las desolaciones, las sequedades, las tentaciones sirven también para este objeto, pero, por su misma naturaleza, nuestras caídas nos hacen escrutar mejor aún nuestro inagotable fondo de miserias. Sin ellas, en vano meditaríamos sobre nuestra nada, sobre nuestra corrupción y sobre esos innumerables defectos, múltiples formas de nuestro amor propio que, como decía San Francisco de Sales, «se mete por todas partes, se desliza en todo y lo echa todo a perder». Centenares, millares de meditaciones no podrían darnos esa humildad sentida y vivida que, con la gracia de Dios, sólo la experiencia mil y mil veces repetida de nuestra miseria puede conseguirnos.

He aquí por qué permite Dios esos desfallecimientos continuos, cuya repetición nos parece tanto más extraña cuanto más nos desagrada. Es menester a toda costa que hayamos acercado innumerables veces a nuestros labios esa copa de amargura en que gustamos nuestra indignidad, para entrever un tanto hasta qué punto es amargo y perverso nuestro villano yo.

Así, gradualmente, con el conocimiento de nuestro yo y de nuestro amor propio, crece el disgusto y el odio de nosotros mismos. Al principio, las manifestaciones de esas miserias hacen rabiar y echar pestes a nuestro amor propio. Nada le es tan penoso como el ver reflejada, en el espejo fiel de nuestras faltas, la innecesidad de su fealdad. Pero insensiblemente, nuestras faltas nos causan menos despecho y turbación porque nos amamos menos a nosotros mismos. Ya cansados, comenzamos a volvernos hacia Dios, para buscar en Él la belleza, la perfección, las amabilidades que soñábamos encontrar en nosotros mismos. Es el comienzo de nuestra salud y de nuestra liberación. Nuestro yo ya no es hermoso, no es ya amable por el solo hecho de que es «yo», de que me pertenece. Entrevemos, por fin, que debemos entregar nuestro amor a un



objeto verdaderamente amable verdaderamente digno de nuestro afecto, que es sólo Dios.

Un día una novicia decía a Santa Teresita: «¡Ah, cuántas cosas tengo que adquirir!» —«Diga más bien que perder, respondió la santa. Jesús es el que se encarga de llenar su alma, a medida que usted la desembarace de sus imperfecciones. Veo bien que se equivoca de camino; no llegará jamás al término del viaje. Usted quiere subir una montaña y Dios quiere hacérsela bajar: Él la aguarda allá abajo, en el fértil valle de la humildad.»

Esta observación es completamente justa, supone una gran experiencia de la vida espiritual. No llegaremos a ser santos procurando simplemente perfeccionar y curar ese yo, irremediablemente perverso, ese yo, leproso incurable, tratando de corregir tal o cual de sus defectos por una vigilancia más atenta[7]. Esto no nos llevaría a ninguna parte. «¿Para qué va la negra al baño, si blanca no puede ser?», dice el refrán[8]. Es nuestro mismo amor propio el que nos hace mirar la vida espiritual por este aspecto, a fin de escapar mejor él mismo a nuestra persecución. Él es el que nos hace concebir la santidad como un perfeccionamiento, como un ennoblecimiento de nosotros mismos.

Semejante concepción de la vida espiritual no haría más que acrecentar sin cesar nuestra complacencia en nosotros mismos. Soñamos con una santidad, que sea el fruto de nuestras labores, de nuestra actividad, que sea nuestro yo perfeccionado, una santidad que podamos con secreto y legítimo orgullo llamar *nuestra*.

¡Pues bien, no, mil veces no! Esto no llevará jamás a la santidad. Es menester, por el contrario, comprender definitivamente, gracias a mis continuas debilidades, que mi yo es demasiado repugnante, demasiado imperfecto

[7] El alma verdaderamente interior extirpa con empeño sus defectos, no por un amor refinado y secreto del yo, sino por un purísimo amor de Dios.

[8] Ponemos el refrán castellano correspondiente, aunque no tiene la sugestiva viveza del francés: *A blanchir un nègre, on perd son savon.* (N. del T.)

para que yo procure su ennoblecimiento. Debo comenzar a perderme de vista, a olvidarme, a buscar en otra parte distinta de mí el objeto de mi amor y la fuente de mi dicha. Es necesario que me pierda a mí mismo, que me desapropie y que Dios llegue a ser mi verdadero bien, mi único tesoro. En lugar de mi propio perfeccionamiento, de mi propia elevación, hay que querer su elevación, su gloria y su alegría. Es menester no querer ser nada *fuera* de Él, de una manera sutilmente egoísta y «propietaria». Es menester que, adhiriéndome a Dios muy íntimamente, encontrando en Él todas mis delicias, mis complacencias, mis orgullos, me anegue y me abisme en Él y pierda todo sueño de una perfección personal, para Dios, pero fuera de Él y como al lado de Él. Es menester, para resumirlo todo en una palabra muy sencilla, que me deje invadir por Dios y que reemplace enteramente el amor del yo por su amor.

Entonces habré encontrado por fin el supremo y puro amor, el amor de Dios perfectamente desinteresado, que es al mismo tiempo, por una feliz e inevitable consecuencia, el perfecto amor del yo. Habré encontrado el amor puro, o más bien, será el amor mismo con que Dios se ama el que hará palpitar mi corazón, y los estremecimientos que sienta no serán más que la caridad divina por la cual Dios mismo se ama en mí purísimamente. Al perderlo todo, lo habré encontrado todo[9].

Lo que importa soberanamente, para decirlo todo en una palabra, es que, gracias a nuestras faltas, nos disgustemos profundamente de nosotros mismos, y arrojemos el villano yo, poco a poco, por la borda, como un lastre pesado e inútil. Entonces nuestra alma se elevará hacia las regiones deslumbradoras y vivificantes del amor puro. Al vaciarnos de nosotros mismos nos habremos llenado de Dios.

[9] Tauler decía: «Dondequiera que me he encontrado a mí mismo he perdido a Dios, y donde me he perdido a mí mismo, he encontrado a Dios».



*Acordémonos del fin de Dios y las faltas se nos harán dulces.*

He aquí, en suma, el secreto de Dios, al permitir, a pesar de nuestro fervor, faltas tan frecuentes. He aquí la táctica que sigue en la prosecución de nuestra santidad. Quiere disgustarnos irremediablemente de nosotros mismos y cuando nos ve por fin un poco desligados de todo lo creado y también, y sobre todo, de nosotros mismos, entonces nos deja entrever poco a poco algunos rayos de su inefable amabilidad a fin de atraer todo el amor de ese corazón libertado por fin. Se nos descubre por medio de las preciosas gracias de contemplación, y a medida que así se nos descubre, se revela a nuestro corazón como el verdadero objeto de su amor, como el perfecto bien hacia el cual debe tender en virtud del don de la vida sobrenatural. Gradualmente el alma hace ese gran descubrimiento de que Dios es *su* Dios, de que es *su* bien, de que tiene infinitamente más razones de amarle como *suyo* que a su mismo yo. Hasta ahora amaba a Dios porque es infinitamente amable y bello, ahora siente que debe amarle también y le ama en efecto porque es *suyo*. Comprende que Él es como su nuevo yo, que al rechazar y perder su horrible yo, ha encontrado y adquirido para siempre el yo infinitamente amable de su Dios. Por fin ama a Dios con un amor unitivo, le ama como a su propio bien, a su bien personal.

¡Dichosa creatura! Como el pájaro que se ha escapado de la red, puede cantar ahora su liberación. Puede ahora sin turbación, sin amargura, mirar las horribles úlceras de su yo. Sus faltas le parecen trasfiguradas, le parecen amables y dulces. Conocía su abyección y su miseria, ahora las ama por fin. Las ama tanto más cuanto más ama a su amabilísimo Dios. Regocijarse en sus faltas, en su extrema fealdad, en sus incurables imperfecciones y amar a Dios. la santidad, la belleza, la pureza misma, es de ahora en

adelante una sola cosa para ella. Su amor tiene dos aspectos, dos fases: ama a Dios, la infinita amabilidad; odia el yo, la infinita miseria y el reverso de Dios. Se regocija de la belleza de Dios, se complace en ella, encuentra en ella sus delicias, de la misma manera que se regocija en la fealdad de su yo y se complace en su abyección.

Sí, tú eres mil veces feliz, alma bendita, a quien la verdad ha libertado. Tú has cambiado tu horrible yo por el yo tan amable de las divinas perfecciones. Has cambiado tu fealdad natural por la belleza encantadora, tus pecados por la santidad deslumbrante, tu debilidad por la omnipotencia, tus dolores por la felicidad divina. ¡Maravilloso e increíble cambio! ¡Oh, cuán feliz eres! Todos tus sueños de otros tiempos se han realizado, pero de una manera muy superior y trascendente. Hete aquí hecha hermosa, perfecta, santa, feliz, como tú lo soñabas y aun mucho más de lo que nunca habías soñado. Hete aquí feliz y perfecta, no ya en ti, y por ti misma, no ya fuera de Dios y de una manera egoísta y personal, sino en Dios y a causa de Dios, la infinita perfección, en la cual te has abismado y como anegado. *Tu es gloria mea et exultatio cordis mei. Tu es pars mea in æternum:* Oh Dios mío, Tú eres mi gloria y la alegría de mi corazón. Tú eres mi herencia por toda una eternidad[10]. Secretamente y sin saberlo, gracias a las numerosas faltas que ocultaban tu evasión de ti misma, has encontrado la verdadera dicha y la verdadera riqueza. Mendiga por esencia, te has convertido en la reina del universo, en la esposa del Dios infinitamente rico y perfecto.

10 Ps. CXVIII, 111; Ps. LXXII, 26.



**III. El amor propio se despecha por sus faltas. El alma interior encuentra en ellas el amor delicioso de su propia abyección.—Opinión de los maestros espirituales sobre el amor de su abyección.**

### *El amor propio se despecha por sus faltas. El alma interior encuentra en ellas el amor delicioso de su propia abyección.*

Conocimiento de sí mismo, disgusto de nuestro yo, amor de Dios, amor de Dios llevado hasta el amor de nuestra propia abyección y hasta la pérdida de Él, he ahí como otros tantos jalones en la ruta por la cual nos conducen hacia Dios nuestras faltas bien aprovechadas con la gracia; todo esto se resuma en dos palabras; pérdida de sí mismo y adquisición de Dios.

No hay, pues, duda; nuestras faltas en la intención divina desempeñan un papel providencial y preciosísimo. Pero estas faltas valen lo que nosotros las hagamos valer, producen lo que sepamos sacar de ellas. Su papel esencial es el de disminuir y debilitar nuestro amor propio y aumentar de rechazo nuestro amor a Dios. Pero este papel hay que saberlo comprender. Es menester saber entrar en las miras divinas, gracias a ese gran arte de aprovecharnos de nuestras faltas. Sólo con esta condición llegará a ser para nosotros motivos de inmensa confianza.

Nuestras faltas, hemos dicho más arriba, nos rebajan en la estima de nosotros mismos, revelándonos nuestra fealdad. He aquí por qué el amor propio se entristece por ello, se turba y rabia de despecho. Sus astucias son desenmascaradas, su desvergüenza puesta al desnudo. Se hace evidente que nuestro amor propio es un amor perverso. Queda muy pronto claro como la luz que al amar ese orgullo, esa sensualidad, esa necia vanidad, ese egoísmo que forman como el tejido de nuestra naturaleza corrompida, nos amamos de una manera absolutamente irracional y ridícula. Descubrimos muy pronto que nuestro yo no

tiene otro título a nuestra estima y a nuestro afecto que el de pertenecernos. Amamos el yo, no porque es hermoso y digno de amor, sino al contrario, por indigno que sea, simplemente porque es mío. Decididamente, es una insensatez, una locura. Y nuestras caídas tienden todas a desenmascararlo, a ridiculizarlo, a matar nuestra necia vanidad, nuestra loca complacencia en nosotros mismos.

Por eso nuestro amor propio espumajea de rabia a la vista de nuestras faltas, por eso busca excusas y paliativos, por eso vuelve sin cesar con amargo disgusto sobre esos pecados que le lastiman y cuyo doloroso y cruel aguijón trata de arrancar en vano. Por eso también el despecharnos después de nuestras faltas, el examinarnos con inquietud, el entristecernos desmesuradamente so pretexto de ofensa divina, todo esto es caer en los lazos de nuestro amor propio, es ayudarle inconscientemente a evitar el mal que nuestras faltas le causan. Es, por consiguiente, perder todo el provecho que deberían reportarnos.

Por el contrario, se comprende más fácilmente cómo el amor de Dios, si es puro, y tanto más cuanto más puro sea, puede asistir sin turbación, sin amargura y aun con apacible alegría a este certamen de nuestras miserias. El amor de Dios nos hace salir de nosotros mismos, obra en nosotros un desdoblamiento. Une a Dios nuestra alma con todo lo que hay de noble en nosotros. Cuando el amor de Dios reina en nosotros ya no somos nosotros los que vivimos, sino que Dios es el que vive en nosotros. Él mismo es el que se ama en nosotros. A los ojos de este amor, el yo de nuestro egoísmo no es ya yo, no es ya mío. Ese yo no aparece ya como un bien y una propiedad. Aparece como un extraño, como un enemigo. Es el hombre viejo, es el horrible y perverso amante, que en otro tiempo seducía al alma y la hacía amar cruelmente, para su desdicha, lo que hay en él de perverso y de amargo.

¿Cómo no habría de regocijarse el alma poseída por el amor divino, identificada con este amor, a la vista de sus



faltas y de sus miserias? Sí, todo lo que rebaje, todo lo que envilezca, todo lo que desenmascare al horrible y pérfido yo, todo lo que lastime y hiera el amor propio, su antiguo perseguidor, su tiránico amante de otros tiempos, todo eso es bien recibido, todo eso es causa de alegría.

Por lo demás, la fealdad y la deformidad de ese perverso yo, su perversidad, sus sufrimientos, ¿no hacen resaltar acaso inmensamente, por un vivo contraste, la belleza, la amabilidad, la felicidad de Dios, que ha llegado a ser toda su alegría y todo su bien? ¿Esas caídas, no son acaso, por ese mismo contraste, como resplandores en la noche, como efluvios de esas maravillosas perfecciones divinas, que son suyas y que conoce aun tan poco? Y cada uno de esos rayos de luz, cada una de esas perspectivas de lo infinito, al revelar más al alma sus nuevas riquezas, es infaliblemente para ella un mensaje de dicha.

No es, pues, extraño que el alma más avanzada en la perfección, el alma que ha comenzado a vaciarse de sí misma y en quien residen Dios y su amor puro, encuentre su dicha y sus delicias allí donde las almas imperfectas se despechan y entristecen. Ella encuentra su alegría en esas faltas que disminuyen su amor propio y tienden a aniquilarlo. Por eso, entra perfectamente en los designios de Dios que permite esos desfallecimientos para hacer morir su amor propio. Ama su abyección, y cada una de esas mil faltas que se le escapan vienen a ser para ella un ejercicio dulcísimo de amor de su pequeñez y de desprecio de sí misma.

Despreciándonos a nosotros mismos con ocasión de nuestras faltas, regocijándonos en la confusión del hombre viejo, amando, en fin, y abrazando nuestra miseria, por un amor purísimo de Dios, ayudaremos a Dios a quebrantar nuestro amor propio. Cada falta nos hará dar nuevos pasos de gigante hacia la unión con Dios y hacia la trasformación en Él por medio del amor perfecto.

*Opinión de los maestros espirituales sobre el amor de su abyección.*

¡Ah, cuán pocas almas hay, desgraciadamente, que hayan descubierto el precioso diamante del amor de nuestra abyección cuyas facetas todas resplandecen de amor divino! Cuán pocas hay que pongan su dicha donde tantas almas imperfectas se entristecen y pierden su ánimo! La humilde Santa Teresa del Niño Jesús había descubierto verdaderamente ese rarísimo amor de nuestra abyección y ese purísimo amor de Dios. A cada paso insiste, en sus páginas, sobre la estima y el amor de nuestra pequeñez y de nuestras queridas faltas. Desde los comienzos de su vida religiosa, escribía a su hermana Celina estas encantadoras líneas: «No creamos encontrar el amor sin el sufrimiento. Ahí está nuestra naturaleza y con ella hay que contar, pero ¡qué tesoros nos hace adquirir! Es nuestro sostén: es tan preciosa que Jesús bajó a la tierra expresamente para poseerla. Quisiéramos sufrir generosamente, con magnanimidad; quisiéramos no caer jamás, ¡qué ilusión! ¿Y qué me importa a mí caer a cada instante? Con esto me doy cuenta de mi debilidad y encuentro en ella un gran provecho. Dios mío, Tú ves lo que yo puedo hacer si no me llevas en tus brazos; y si me dejas sola, será que te agrada verme por tierra, ¿por qué, pues, me voy a inquietar?»

Confirmemos aún estos consoladores pensamientos con algunos extractos. Un maestro eminente de la vida espiritual, el P. Surin, tiene una página muy elocuente sobre esta materia del amor de nuestra abyección: «El medio más rápido para llegar a la paz del corazón es el amor de su propia abyección y de sus miserias, sean cuales fueren, exceptuando sin embargo la ofensa voluntaria de Dios. Este amor de su abyección personal saca provecho de todo, aun de las caídas, que no deben jamás desanimarnos.



»Un alma que ama su propia abyección, se burla del desánimo, lo combate con todas sus fuerzas. Contenta de no ver en su fondo más que impotencia y miseria, experimenta una extrema alegría en que Jesucristo posea el colmo y la plenitud de todas las perfecciones y en que ella no pueda pasarse ni un solo instante sin Él. Si estuviera en su mano el tener algún poder por sí misma, no lo quisiera, porque su impotencia radical para todo bien y la necesidad incesante que tiene de Jesucristo, hacen resplandecer mejor sus divinos atributos; éste es el único contento del alma que no busca más que la gloria de Dios. Este procedimiento *hace avanzar más rápidamente en una semana*, en la pureza del amor divino y en la extirpación de los malos hábitos, que una vigilancia inquieta *durante un año entero*. No habrá dificultad en convencerse de ello, por poca experiencia que se tenga en los caminos de Dios.»

Otro hábil director de almas, el P. Causade, exalta muy a menudo este amor de nuestra abyección. He aquí lo que dice de él en una carta a una de sus penitentes: «Oh, si se supiera aceptar bien, amar, estimar y querer esa feliz abyección interior, siempre se querría sentirla, permanecer siempre en ella, porque se encontraría uno más cerca de Dios. Ese gran Dios nos ha declarado en efecto, Él mismo, que se acerca a nosotros a medida que nos vamos rebajando y gustamos de vernos rebajados. Si nos es útil el ser humillados a los ojos de los demás, no lo es menos el serlo a nuestros propios ojos, a los de nuestro orgullo y de nuestro amor propio, que revienta por ello de despecho. Eso es, en efecto, lo que le hace morir poco a poco en nosotros, y por eso Dios permite tantos motivos diversos de humillación interior. No hay más que saberse aprovechar de ellos, practicando el consejo de San Francisco de Sales, por medio de actos de verdadera humildad dulce y apacible, que pone en fuga la falsa humildad amarga y despechada. El disgusto y el despecho en la humillación son otros tantos actos de orgullo, como el

disgusto y el despecho en el sufrimiento son otros tantos actos de impaciencia.»[11]

Como podía esperarse, el humilde y animador San Francisco de Sales es muy fecundo también en esta importante materia: «La perfección de la humildad—dice—está no sólo en reconocer voluntariamente nuestra abyección, sino en amarla y complacerse en ella, y no por falta de ánimo y generosidad, sino para exaltar tanto más la divina Majestad y estimar mucho más al prójimo en comparación de nosotros mismos». San Francisco de Sales hace así suya la definición que daba de la humildad el gran doctor de Hipona: «La humildad es el amor de Dios hasta el desprecio de sí mismo.»

En otra parte dice también: «Si fuera posible que pudiéramos ser tan agradables a Dios siendo imperfectos como siendo perfectos, deberíamos desear vivir sin perfección, a fin de alimentar en nosotros por este medio la santísima humildad.»

Un gran cristiano, Mr. de Bernières, decía lo mismo: «El conocimiento y la aceptación de nuestra abyección son una de las mayores misericordias de Dios para con nosotros, porque esto es hacernos sacar nuestra salud de nuestra perdición, como Él sabe sacar su gloria de nuestras ofensas. El alma, a esta luz, se complace en verse yacer en el estiércol de sus miserias, rodeada y adornada con las humillaciones de sus faltas como Job lo estaba de dolores; y al verse abrumada de debilidades y abyecciones, se complace en ellas, puesto que puede honrar por este medio y exaltar la divina bondad. Si un alma es infeliz por su caída, la abyección que de ahí le resulta es un tesoro que la enriquece. Pero *éste está oculto a la mayor parte de los hombres, que no conocen esta dicha.* Son pobres, y *tienen* sin embargo un tesoro en su misma pobreza; pero, ¡ay!, no lo *poseen,* porque no saben buscarlo en ella.»[12]

[11] *L'abandon à la providence divine,* t. II, l. 6, *lettre 17 à la Sœur de Rosen.*
[12] *Le chrétien intérieur,* lib. III, pág. 16.



Oh alma mía, convéncete de ahora en adelante de que tus faltas te son muy útiles y de que la amorosa sabiduría de tu Amado las permite para tu mayor dicha y también para la suya. Son el abono fecundo, sin el cual las plantas de tus virtudes permanecerían siempre raquíticas y estériles. Cuando hayas caído no te admires, no te despeches contra ti misma. Eso sería favorecer tu amor propio. Eso sería contrarrestar las miras de Dios que quiere precisamente mortificar y debilitar por medio de tus caídas ese amor perverso. Con una contrición dulce, apacible y amorosa arrójate en los brazos de Jesús como un hijo amantísimo. Prodígale tus caricias infantiles con perfecta confianza. Dile que eres muy dichosa por ser tan perversa y tan repugnante, con tal que Él sea bueno y amable. Y luego olvida tus faltas, o no las mires más que para complacerte en tu abyección y, por consecuencia natural, amar locamente a Dios, la perfección infinita.

Faltas y caídas que he conocido tan mal hasta ahora, ¡cuánto os amaré de ahora en adelante! ¡Si a veces me he olvidado un poco a mí mismo en lo pasado, si en un supremo disgusto de mí mismo he levantado mis ojos hacia Dios para amarle con ardor y entregarme a Él sin reserva, a vosotras os lo debo en gran parte! Vosotras me habéis mostrado el oculto sendero que conducía fuera de mí mismo, que debía guiarme en la noche y en las tinieblas hasta la feliz pérdida del yo en Dios. Quiero haceros mejor acogida al presente. Quiero amaros en el porvenir con todo el amor que tengo a mi Dios amabilísimo y con todo el disgusto que siento por mi horrible yo.

Ah, Dios mío, revélame por fin a mí también ese secreto tan precioso del amor de nuestra pequeñez, que no revelas sino a los humildes y pequeños: *Revelasti ea parvulis.* Que mis desfallecimientos, cualesquiera que sean, tengan desde ahora este feliz resultado de hacerme saborear ese íntimo y extraño placer que consiste en pisotearse, en despreciarse, en reputarse por nada, por amor a ti.

Este placer es un placer oculto. Sólo tú puedes hacérmelo gustar y gustar abundantemente, dándome como a tantos otros una de esas gracias poderosas que son como un sendero más breve para llegar rápidamente a las cumbres de la santidad. Sí, Dios mío, concédeme por los méritos de tu Hijo Jesús, esta alegría suprema de las almas anonadadas y perdidas en ti, de la cual soy por desgracia tan indigno: que yo te ame por fin en el olvido y en el desprecio perfecto de mí mismo y de todo lo creado.

## Capítulo XIX

# CONFIANZA EN NUESTRA IMPOTENCIA

**I. Primavera y estío de la vida espiritual. La santidad es una obra lenta. No admirarnos de nuestra impotencia.—Ni tampoco desanimarnos jamás.—Conservar siempre vivos nuestros deseos de santidad, señal segura de progreso.**

*Primavera y estío de la vida espiritual. La santidad es una obra lenta. No admirarnos de nuestra impotencia.*

Los comienzos de nuestra vida espiritual tienen de ordinario la apariencia de una alegre primavera. El sol divino nos ilumina con sus primeros resplandores y nos calienta deliciosamente. La gracia sopla sobre nosotros dulcemente y hace brotar en abundancia las flores de las divinas virtudes. Todo nos sonríe. Nos sentimos llenos de ánimo. Parece realmente que seremos santos antes de mucho tiempo, santos mucho más pronto que otros que nos rodean, y cuya santidad apenas se echa de ver.

Las consolaciones divinas parecen trasformar nuestra alma. Nos hacen encontrar alegría en las penitencias grandes y pequeñas que nos inspiran y a las cuales nuestra naturaleza tenía horror hasta ahora. A veces hacemos sin grandes esfuerzos actos de animosa humildad y aun encontramos nuestras delicias en la humillación.

Y además, sobre todo, nuestra alma aparece envuelta y como impregnada de lo sobrenatural. Nos parece estar desligados para siempre de las cosas terrestres, cuya vanidad hemos descubierto. Ponemos nuestra dicha en per-

manecer a los pies de Jesús-Eucaristía, o quizás también en conversar familiarmente con Dios en la intimidad de nuestro corazón. Sí, es la primavera, la fecundidad, la actividad exuberante de todas nuestras facultades al servicio del Señor, la floración continua de todas las virtudes.

Dios desliga poco a poco al alma de todo lo creado. Ella comprende que ante las consolaciones divinas que saborea deliciosamente, todas las alegrías terrestres no son nada. Pero una vez obtenido este resultado, Dios se apresura a emprender una tarea más difícil, porque es más profunda. Se trata ahora de desligarnos de nosotros mismos. En medio de las divinas alegrías el alma se hacía ilusiones sobre sí misma. Se creía fuerte y crecida en la virtud. Sentía alas. Una secreta suficiencia, una peligrosa presunción la invadían poco a poco. Es menester que sienta ahora toda su debilidad. Debe comprender que no es aún más que un pequeño polluelo que no debería apartarse mucho tiempo de las alas protectoras de su madre.

Dios la arrancará de las consolaciones, la hará sentir su impotencia. La dulce primavera ha pasado. En vez del soplo delicioso de la brisa primaveral, un sol ardiente la quema y la abrasa. Las flores caen una a una. Se siente sola y se cree sola luchando contra su perversa naturaleza. No parece tener ya gusto en la cruz y en las humillaciones, ni mucho menos. La oración le es pesada. La atmósfera sobrenatural parece haber sido desalojada por las miras más materiales de la vida. No siente ya amor hacia Jesús. Pobre alma desorientada, ¿adónde vas? La santidad que tan ardientemente soñaba, que creía ya cercana, parece huir. Mil pequeñas imperfecciones, ocultas en otro tiempo, comienzan a aparecer.

Sus resoluciones son como centellas pasajeras, que se extinguen muy pronto. Mil veces las ha violado, mil veces las ha reformado. Un fondo de desconfianza y de desánimo puede depositarse entonces poco a poco en el alma.



¡Ay!, se ve tentada a decirse: yo me creía llamada a la santidad, me creía hecha para ella. Creía sentir ya su aproximación. ¿Pero no era todo esto una ilusión? ¿No debo decirme ahora: «Me he engañado; yo no estaba hecha para la perfección, no era capaz de ella?»

Pobre alma, ten confianza y tranquilízate. Sí, la santidad que te atraía está realmente hecha para ti. Dios te la destina. Sin esto, no te habría dado ciertamente esos ardientes deseos que experimentabas. Dios no hace desear lo que no está dispuesto a conceder. Él no tiende la mano para engañarnos. No nos ofrece sus dones para quitárnoslos en seguida. Si no quisiera llevarte a la santidad, no te habría llamado a la vida sacerdotal o religiosa, a la cual quizás te ha convidado y admitido. Esa vocación es una vocación a la perfección y a la santidad. Él quería esto para ti desde los comienzos de tu vida espiritual. Lo quiere todavía y lo quiere infinitamente más que tú.

No, tus deseos no eran una ilusión. La ilusión consistía únicamente en creer que la santidad es obra de algunos días, que tus progresos en la virtud eran muy rápidos. Te engañabas extrañamente cuando te creías ya desligada en medio de las consolaciones, humilde en medio de los testimonios de estima, amante del sufrimiento entre las rosas. Pensabas que las rosas no tenían espinas. Ahora te contemplas más en la realidad, te ves mejor tal como has sido siempre.

No te extrañe ser débil, revoltosa, indócil y egoísta, sobre todo cuando te abandona la gracia sensible. ¿Hay razón para admirarse de que la enfermedad sea enferma, de que la debilidad sea débil y la miseria miserable? Debemos tener paciencia con nosotros mismos, porque somos hombres y no ángeles. No estaremos jamás enteramente curados mientras no estemos en el paraíso.

Estas imperfecciones continuas y estos defectos que te afligen son ventanas preciosas por las cuales entra a torrentes la luz celestial, para iluminar tu miseria y hacerte co-

nocer tu absoluta impotencia. Ellos deben curarte gradualmente de tu suficiencia, de tu necia complacencia en ti misma. Deben minar tus esperanzas demasiado naturales, hacerte desesperar de ti misma e inducirte suavemente a poner toda tu confianza en Dios solo.

«Es menester estar convencido y bien convencido de que nuestra miseria es la causa de todas las debilidades que experimentamos y de que Dios la permite por misericordia. Sin esto, no curaríamos jamás de cierta secreta presunción y de cierta orgullosa confianza en nosotros mismos. Jamás comprenderíamos como conviene que todo mal procede de nosotros, y todo bien de Dios solo. Se necesita *un millón de experiencias personales* para adquirir el hábito de este doble sentimiento. Y son tanto más necesarias, cuanto mayores y más arraigados son esos vicios ocultos en nuestra alma».[1]

No, no hay que admirarnos de encontrarnos tan miserables y tan llenos de imperfecciones, sobre todo en el momento de la desolación, y esto a pesar de todas nuestras resoluciones, de todas nuestras meditaciones, de todos nuestros ejercicios. No lo olvidemos, la primavera de la vida espiritual ha pasado. La gracia sensible, que soplaba tan deliciosamente, no sopla ya sino a intervalos. Las graciosas flores que nos regocijaban, han caído, y los frutos maduran lentamente y como a escondidas. Probablemente no los veremos ni los gustaremos sino al fin del estío o en el otoño de nuestra vida. Desde ahora hasta entonces debemos trabajar, cavar, regar, sin gozar de los frutos de nuestro trabajo. Debemos sobre todo, dejar al divino Maestro que pode, que limpie a su antojo, que riegue con su lluvia celestial nuestra alma, sin desconfiar jamás de Él, sin querer comprobar a todas horas su acción.

¿Pero durará esto mucho tiempo? ¿Debemos ser muchas veces todavía el teatro de esos defectos y de esas

1 Caussade: *L'abandon à la divine providence*. París. Galbalde, t. II, pág. 181: *Lettre à la Sœur de Rosen*.



impotencias? Nuestra vida, tan preciosa para la eternidad, se desliza sin ningún progreso sensible. Nuestros años pasados al servicio de Dios o en la vida religiosa se acumulan rápidamente. ¡Confianza, confianza ante todo y sobre todo! Seamos generosos, hagamos lo más que podamos, y dejemos lo demás a Dios. Esforcémonos por cumplir los deseos de Dios, en cuanto lo permita nuestra humana fragilidad, y estemos seguros de que en fin de cuentas, Él cumplirá también todos los nuestros. Fiémonos irrevocablemente de su amor. Poco importa que los progresos sean sensible a nuestros ojos; vale más, sin duda, que se nos oculten, con tal que sean sensible a los ojos de Jesús.

En el fondo, si piensas bien en ello, te afliges precisamente por lo que debiera causarte mayor alegría. Te entristeces porque tus miserias te sorprenden demasiado. ¿No son también una prueba de gran progreso espiritual esos vivos sentimientos de tus miserias, que te hacen sufrir tanto? Las almas mediocres a quienes Dios no llama, o dejó ya de llamar a la perfección, no conocen esas angustias.

Se encuentran a veces almas que parecen perfectamente contentas de sí mismas. Son aparentemente fieles a las órdenes de Dios y de sus superiores. Creen hacer en todas las cosas la voluntad de Dios. Pero apenas si se dan cuenta de esas mil formas de amor propio que manchan a menudo nuestras acciones más santas. No tienen conciencia de esas miras demasiado materiales, que deprecian su pureza de intención. Por eso están contentas de sí mismas y de Dios. A esas almas Dios no quiere conducirlas muy alto. Sabe que no serían jamás bastante generosas para pasar seguramente a través de esas desolaciones, de esas noches, de esas tempestades que nos son tan necesarias en la vida espiritual para hacernos llegar al puerto de la santidad. Sabe que naufragarían en ellas. Entonces se contenta con dejarlas hacer en paz lo poco que pueden,

e ir pasando en la vida espiritual, en medio de consolaciones bastante triviales y desolaciones poco temibles.

Lo que es materia de nuestros temores, es, pues, precisamente una señal de progreso y un motivo de seguridad. He aquí lo que decía a este propósito un maestro en la vida espiritual a un alma presa de estas crueles dudas: «Esos vivos sentimientos de su pobreza y de sus tinieblas me agradan, porque son para mí una señal *cierta* de que la luz divina crece en su alma, *sin que se dé cuenta*, para formar en ella un gran fondo de humildad interior. Llegará un tiempo en que la vista de esas miserias, que hoy le causan tanto horror, la colme de alegría y la mantenga en una paz encantadora... Sólo cuando hemos llegado al fondo del abismo de nuestra nada y nos hemos arraigado fuertemente en él, podemos marchar ante Dios en la justicia y la verdad.»[2]

*Ni tampoco desanimarnos jamás.*

No hay que admirarnos de nuestras continuas recaídas, de nuestra impotencia, de la tenacidad de nuestro amor propio, de la lentitud de nuestros progresos. Es menester, por consiguiente, no perder tampoco la paciencia con nosotros mismos, ni desanimarnos en lo más mínimo.

Conservar imperturbablemente la paciencia en medio de las dificultades de la vida y entre gentes que nos atropellan y nos ofenden, es cosa muy difícil a veces. Pero conservar intacta nuestra paciencia para con nosotros mismos, a pesar de esta perversa naturaleza con la cual nos codeamos sin cesar, que está siempre en nosotros para fastidiarnos e importunarnos, esto es mucho más difícil todavía, y a menudo, heroico. ¡Oh, cuán rara y hermosa paciencia la de un alma que se posee en paz y soporta con dulzura y humildad las brusquedades, las afrentas, las humillaciones del mayor y más encarnizado de nuestros

[2] Caussade, op. cit., pág. 196: *Lettre à la Sœur de Vioménil.*



enemigos, que es nuestro yo, con todas sus perversas inclinaciones! ¡Qué dulzura, qué humildad, qué paciencia y qué valor tan incansables supone esto! ¡Cuántos y cuán inmensos progresos hace hacer esto en la vida interior!

En cierta ocasión dijo Nuestro Señor a una de sus fieles siervas que había reprendido demasiado severamente a su perversa naturaleza, estas palabras muy animadoras: «Puesto que Yo soy tan paciente contigo, es menester que tú también seas paciente contigo misma.»[3] Estas palabras podrían aplicárselas a sí mismas con provecho todas las almas generosas.

No, no hay que perder nunca la paciencia con nosotros mismos, y, sobre todo, no hay que perder nunca el ánimo.

Una novicia se quejaba a Sor Teresa del Niño Jesús de no hacer ningún progreso, y parecía dispuesta a desanimarse. «Hasta la edad de catorce años —respondió la santa— practiqué la virtud sin percibir su dulzura. Deseaba el sufrimiento, sin pensar en hacer de él mi alegría; ésta es una gracia que me fue concedida más tarde. Parecíase mi alma a un hermoso árbol cuyas flores caían apenas entreabiertas. Ofrezca usted a Dios el sacrificio de no recoger jamás frutos, es decir, de sentir toda su vida repugnancia en sufrir, en ser humillada, en ver todas las flores de sus deseos y de su buena voluntad caer a tierra sin producir nada. En un abrir y cerrar de ojos, en el momento de su muerte, Él sabrá muy bien hacer madurar hermosos frutos en el árbol de su alma.»[4]

Un alma de buena voluntad se quejaba a Jesús de tantos deseos ineficaces y tantos esfuerzos estériles. El amable Maestro la consoló con esta encantadora comparación: «En el jardín de tu alma, Yo cultivo al mismo tiempo flores y frutos. Las flores son esos deseos generosos y esas ardientes aspiraciones que mi gracia hace germinar en ti,

[3] *Journal de Lucie-Christine*, publié par le Père Poulain, S. J. Adoration Perpétuelle, rue d'Ulm, Paris.

[4] *Autobiografía: Consejos y Recuerdos*, pág. 271.

y que me encantan con sus perfumes y con la sola vista de su belleza. Los frutos son esas acciones de toda clase, hechas por amor, que mi gracia hace madurar en tu alma, y con cuyo sabor me deleito. ¿Qué prefieres? ¿Las flores o los frutos? Yo amo las unas y los otros. Ambos los quiero. Las flores de las plantas y de los floridos arbustos y de los frutos de los árboles frutales, ambos constituyen mi gozo y mis delicias.» Muchas almas generosas que gimen por quedarse tan lejos de su ideal, podrían aplicarse muy bien esta comparación tan animadora. Recuérdese además la tan conocida frase de Santa Catalina de Siena: «Dios no pide de nosotros obras perfecta, sino más bien infinitos deseos.»[5]

No desanimarnos, sino, al contrario, a cada resolución violada, a cada pequeña caída, levantarnos con ánimo y emprender nuestra ruta generosamente, a pesar de la herida que nos ensangrienta el pie, ¡oh, cuánto valor oculto supone esto! ¡No nos damos cuenta de ello, y tanto mejor para nuestra humildad! Pero Jesús y los santos sí asisten con amor y alegría a estos resurgimientos perpetuos, que son ocasión de tantas virtudes.

Una religiosa se desanimaba a la vista de sus imperfecciones. Teresa del Niño Jesús le respondió: «Usted me hace pensar en un niño pequeñito que comienza a tenerse en pie, pero que no puede aún andar. Queriendo a toda costa llegar a lo alto de una escalera para encontrar a su mamá, levanta su piececito a fin de subir el primer peldaño. Trabajo inútil. Cae siempre, sin poder avanzar. Pues bien: sea usted ese niñito. Por medio de la práctica de todas las virtudes levante siempre su piececito para subir la escalera de la santidad, y no se imagine que podrá subir ni siquiera el primer peldaño. No; pero Dios no pide de usted sino la buena voluntad. Desde lo alto de esa

[5] El párrafo anterior no se encuentra en las ediciones francesas, pero nos ha sido enviado directamente por el autor, actual misionero de la India, con el fin de que lo insertáramos en este lugar, a lo cual accedemos gustosos. (N. del T.)



escalera la mira con amor: un día, vencido por sus inútiles esfuerzos, bajará Él mismo y, tomándola en sus brazos, la llevará para siempre a su reino, donde jamás la abandonará.»[6]

Ved cómo prevenía amablemente Nuestro Señor a una de sus almas más queridas, contra el desánimo: «Mi Benigna, guárdate del desánimo; sería el mayor mal que podría sobrevenirte, después del pecado. Cuando las malas yerbas crecen en abundancia en un terreno, es señal de que el terreno es bueno; basta entonces arrancar de raíz esas malas yerbas y sembrar buen grano. Tú amas poderosamente, ardientemente; basta quitar de tu corazón el amor de ti misma y poner en él el amor de las almas.»

No nos cansemos, pues, nunca de luchar contra nuestros defectos. Emprendamos de nuevo una y otra vez nuestros propósitos, pero siempre con mayor desconfianza de nosotros mismos y más confianza en Dios. Esa perseverancia incansable, ese continuo desesperar de nosotros mismos y ese recurso al poder de Dios, atraerán sobre nosotros gracias, a menudo maravillosas, que realizarán, en poco tiempo quizás, todo lo que nosotros no habíamos podido hacer con largos y penosos esfuerzos.

Recordemos a veces la historia de la pesca milagrosa después de la Resurrección de Jesús. Los apóstoles, con el valeroso Pedro a la cabeza, se habían entregado a la pesca. Habían pasado toda la noche sin coger nada. Por eso, a la mañana, cuando un personaje desconocido les pregunta si han cogido algo, respondieron brevemente, con tono desconfiado y seco: «No». Entonces el personaje misterioso les dice: «Echad la red a la derecha.»[7] Ya sabemos qué pesca tan maravillosa tuvo por resultado.

Imagen de la conducta de Jesús respecto de nosotros. Muchas veces no aguarda más que la ruina de nuestra necia confianza en nosotros mismos y el sentimiento de

[6] *Historia de una alma*, pág. 265.
[7] Ioan. XXI, 6.

nuestra impotencia, para revelarnos de manera prodigiosa su propia omnipotencia. Nos habíamos empeñado por su amor en la lucha contra tal o cual defecto. Trabajo inútil, hasta que Jesús interviene y obra en nosotros un cambio maravilloso.

La gran santa de Ávila nos cuenta en alguna parte, que había luchado en vano, durante muchísimos años, contra cierto defecto. Un día, Jesús, por medio de una gracia infusa de unión, la corrigió en un momento de ese defecto desesperante.

*Conservar siempre vivos nuestros deseos de santidad, señal segura de progreso.*

Cualesquiera que sean las apariencias, aunque todo parezca perdido, mantengamos siempre muy alto el nivel de nuestro ánimo. Conservemos a respetable distancia a ese gran enemigo, el desánimo. Y sobre todo, velemos siempre por conservar encendido el fuego de los divinos deseos de la perfección.

Esas aspiraciones ardientes que alimentábamos en la aurora de nuestra vida espiritual, lejos de languidecer, deberían crecer sin cesar en intensidad y en profundidad, como nuestra misma virtud de la esperanza, de la cual son elemento esencial[8].

Y dicho sea para nuestro consuelo, en el alma generosa esos deseos de santidad no hacen de ordinario más que aumentar. Mientras que las almas mediocres dejan poco a poco decaer esas aspiraciones y esas esperanzas, como se despoja de sus hojas secas un árbol sacudido por el viento de otoño, las almas fervorosas, aun en lo más fuerte de las tribulaciones, conservan intactos esos deseos vibrantes y esas hambres dolorosas de Dios.

Tienen obsesión de Dios, tienen necesidad de Dios, necesidad tanto más penosa cuanto que Dios parece alejarse de ellas. Aman a Dios, y precisamente porque le aman y su estima de Dios crece ocultamente, y aumenta de rechazo en gran manera su amor, esas almas sufren a veces de manera extraña. He aquí por qué temen retroceder o avanzar muy despacio en su carrera hacia la santidad. Este santo sufrimiento es el fruto de sus fervientes deseos, como sus deseos son el fruto de su amor. Ese sufrimiento apenas lo conocen las almas mediocres. Es una excelente piedra de toque de nuestro progreso en la vida interior. ¡Dichosos de nosotros si lo sentimos en algunas ocasiones! Animémonos y demos gracias a Dios por sus beneficios.

Sí, reavivemos, sin cansarnos, esas santas aspiraciones, dejemos libre curso a nuestros deseos de amor puro y de perfecta unión con Dios. Esos deseos le agradan inmensamente. Nos llevarán a la santidad. *Beatus vir desideriorum:* ¡Bienaventurado el hombre de santos deseos...!

[8] Véase el cap. 1.°, *Naturaleza de la Confianza.*



---

**II. Nuestra santidad, obra sobre todo divina. Nuestros planes de santidad y los de Dios.**

*Nuestra santidad, obra sobre todo divina. Nuestros planes de santidad y los de Dios.*

Hay una verdad importantísima para la vida interior, y cuyo olvido, demasiado frecuente en las horas de impotencia, es muchas veces causa de turbación y de desánimo. Y es que en la obra de nuestra santificación Dios tiene la máxima parte y nosotros una parte mínima, aunque muy indispensable.

Es una ley de la vida espiritual que mientras más avanzamos hacia las cumbres, más dependemos de Dios. En la llanura, donde se mueven las almas vulgares, nuestra necesidad de Dios, aunque real, es menos aparente. Pero

cuando la ascensión se hace penosa, cuando los precipicios se tornan amenazadores, cuando el pie resbala y la cabeza se desvanece, entonces dependemos completamente de nuestro divino guía, entonces es cuando tenemos una viva necesidad de sus lances para guiarnos y de sus fuerzas para ascender por encima de los obstáculos infranqueables.

Por no acordarnos de esto, hacemos programas de santidad de toda clase, que a menudo cuadran muy poco con las miras de la infinita sabiduría, con peligro de desanimarnos si las cosas no suceden conforme a nuestra previsión y a nuestros deseos.

Todos podríamos aplicarnos a nosotros mismos lo que escribía en su *diario* espiritual una gran mística de nuestros días: «Cada vez que quiero hacer planes de santidad, muy pronto me doy cuenta de que no comprendo nada de ella.»

Sí, en la ruta escarpada de la perfección, en esa ruta virgen, en medio de los precipicios, sólo Dios puede conducirnos, porque Él solo conoce el sendero escogido por Él y que nos llevará a la perfección.

Muchas veces Dios se complace en revelarnos nuestra impotencia radical de una manera que pone en pleno relieve su omnipotencia divina. Nos abandona, por decirlo así, a nosotros mismos, en los esfuerzos repetidos y heroicos que hacemos para corregir tal defecto o adquirir tal virtud. En vano nos esforzamos por llegar a ser más humildes en nuestras relaciones con el prójimo, en amar más o acoger mejor las humillaciones exteriores. Es trabajo perdido o poco menos. Perseguimos una vena estéril nos empeñamos en ella, pero sin resultado.

Al mismo tiempo Él, el divino Maestro, trabaja también, pero en una dirección diferente, y sin esfuerzos aparentes de nuestra parte, obra en nosotros un maravilloso cambio. Dios perseguía una vena de oro rica en resultados. Sin que lo supiéramos, producía en nosotros esa humildad interior mucho más preciosa, y sin la cual, nuestra humildad exterior no podría ser seria y estable.



O también, nos esforzamos en llegar a ser caritativos para con el prójimo, en evitar toda impaciencia, toda brusquedad. ¡Ay, nuestra buena voluntad parece estrellarse contra las circunstancias exteriores! En vano trabajamos, caemos siempre, unas veces más, otras menos. Pero Dios trabaja en nosotros. Enciende secretamente en nosotros un profundo y ardiente amor a Él, que insensiblemente trasformará nuestra vida, cambiará nuestras miras y nos hará ver en el prójimo el sustituto de Jesús, preparando así el camino a todos los heroísmos de la caridad fraterna.

¿No es quizás algo semejante lo que me ha sucedido también a mí? Las impotencias que me desconsuelan, ¿no están confinadas al campo de mi actividad personal, mientras que al margen de mis esfuerzos, en el campo de la actividad divina, Dios va recogiendo y guardando en sus trojes consoladores mieses?

Cuando echo una mirada sobre mi alma y pienso en los largos años pasados ya en la intimidad con Jesús, un doloroso sentimiento me oprime la garganta y me sofoca. ¡Oh Jesús mío, es posible! ¡Después de tantos años y de tantos esfuerzos que creía serios, soy aún tan desemejante a Ti...! ¡Mis gustos y tus gustos son tan diferentes! ¡Mis aspiraciones íntimas y las tuyas, tan distintas! ¡Tu ardiente amor a la cruz contrasta singularmente con mi miedo a todo sufrimiento; tu sed de humillaciones, con mis sueños de la estima de mis iguales y de mis superiores; tu caridad tan maravillosamente olvidada de Ti mismo, con la búsqueda egoísta de mis comodidades y de mis ventajas; tu dulzura inalterable, con mis brusquedades y mis arrebatos de impaciencia! ¡Todas esas grandes y nobles pasiones fundamentales que inundaban tu Corazón parecen tan ausentes del mío y están reemplazadas en mí por pasiones contrarias...!

¡Cuán raro es todo esto, oh Jesús mío! ¡Cuán desconcertante...!

Durante tantos años he vivido en tu dulce intimidad,

hemos comido en la misma mesa y bebido en la misma copa. O mejor aún, todos los días Tú me has alimentado con tu propia carne y con tu sangre divina, para hacer más íntima mi unión contigo y más integral mi asimilación. ¡He vivido verdaderamente sobre tu Corazón y entre tus brazos! ¡Tú has sido el centro de mi vida y el alma de mi alma! En tu ausencia la vida era para mí una carga, contigo me parecía dulce y bendita. Oh Amado mío, ¿cómo es posible que existan todavía entre nosotros semejantes discrepancias? ¿Cómo es posible que después de tantas meditaciones, de tantas resoluciones, de tantos arrepentimientos, de todo lo que cuesta a mi naturaleza me contriste aún en tanto grado; que aun en lo más íntimo de mi alma lo ame tan poco, que ame tan poco y evite tan a menudo esas cruces que son las caricias de tu amor?

Y Jesús con su voz tan dulce, tan amable, me consuela de esa manera inefable que le es propia, y que es al mismo tiempo tan dulcemente humillante y tan tiernamente consoladora: «No —me dice—, alma amada, todos tus esfuerzos no se han perdido, ni mucho menos. No, yo no he permitido que te descarríes. No te he encaminado mal, descuidando puntos importantes. Tus años de generoso servicio no son un fracaso ni una quiebra. Tranquilízate y convéncete verdaderamente de que me has agradado, y agradado mucho, como tantas veces te lo he repetido. Me has amado sinceramente y con todo tu corazón.

»Estos puntos en que sufres y que te desconsuelan, a pesar de su importancia, son sin embargo, menos importantes que otros en los cuales he trabajado incansablemente. Lo que Yo quería en ti más que ninguna otra cosa, era destruir ese fondo de complacencia natural en ti misma que te hace tan propensa a apropiarte mis dones. Esa destrucción era tanto más necesaria cuanto más alto quiero conducirte. Era menester que tu corazón fuera enteramente despojado de ella. ¿Podría Yo derramar mis preciosos dones en un vaso lleno de sí mismo?



»Quería también disgustarte profundamente de ti misma, hacerte tan repugnante y abyecta a tus ojos, tan llena de miserias, que te apartaras de ti misma con disgusto, para entregarte entera e irrevocablemente a Mí, la suprema belleza, la perfección infinita, para amarme como tu bien y tu disposición.

»Quería, además, mostrarte tan vivamente tu impotencia, que desesperaras para siempre de ti misma, que perdieses para siempre el deseo de apoyarte sobre una caña enteramente frágil, cual eres tú sin mi gracia. Desligarte así de ti misma, era más difícil que darte cualquier deseo de sufrimientos y de humillaciones.

»Quería, en fin, producir en ti esa conciencia vivida, experimental, continua, de que todo lo que hay de bueno en ti, proviene de Mí, a fin de que me glorifiques por todo lo que obro en ti y no te atribuyas jamás sino el pecado y la miseria. Tu ser todo entero es el producto de mi gracia en lucha contra tus resistencias. No hay un átomo de tus virtudes que no me haya costado numerosas gracias. Te era necesario comprender definitivamente que tu único derecho es el de decir: si hubiera sido más generosa y más fiel, sería ahora mucho más perfecta.»

¡Oh, qué palabras tan dulces de mi misericordiosísimo Jesús! Se insinúan deliciosamente en mi alma como un precioso bálsamo. ¡Qué sufrimiento hubiera sido el tener que creer que me había descaminado, que no había agradado apenas a Jesús durante todos estos años de esfuerzos. ¡Cuán animadores y consoladores son los acentos de mi amigo! Me humillan al mismo tiempo, pero tan dulcemente, tan amablemente, que gusto de esta dulce humillación. Soy feliz por mis miserias, que me hacen odiar más el horrible yo, para amar tanto más la infinita amabilidad. Las palabras de Jesús me hacen comprender que soy el hijito del amor misericordioso, elegido gracias a su extrema pobreza y a su incapacidad para toda virtud, a fin de llegar a ser una obra maestra del amor compasivo de Dios.

Dejemos a Jesús trabajar a su antojo en nuestras almas. Dejémosle seguir su plan de santidad y hacernos santos a su manera. Probabilísimamente lo hará de manera bien distinta de la que nosotros soñábamos. Como ya lo hemos hecho notar anteriormente, la obra de nuestra santificación se adelanta del mismo modo que esas tapicerías de alta calidad, que se fabricaban en otros tiempos y que eran tan preciosas. El obrero juntaba pacientemente hebra tras hebra, escogiendo los colores con gran cuidado, ciegamente, según un plan fijo. Como trabajaba por el revés, no podía darse cuenta exactamente del efecto producido. Era necesario para esto que, una vez terminada la tapicería, la desprendiera del telar, para admirar por fin todas las magnificencias que su arte lento y paciente había elaborado a ciegas.

Así debemos trabajar en nuestra perfección, no según nuestras ideas preconcebidas, sino siguiendo fielmente las inspiraciones y las miras de Jesús, el artista divino. Es su plan el que debemos ejecutar. Nuestro arte propio, arte muy poco estimado y muy poco conocido por desgracia, consiste en ser infinitamente dócil a todos los deseos y a todos los impulsos divinos. Debemos trabajar ciegamente, al día, fiándonos de la sabiduría de Jesús, no mirando sino la tarea del día, la pequeña hebra del momento. Llegará la hora en que, en el más allá, nos mostrará Jesús el derecho de esa obra de arte que Él ejecutó en colaboración con nosotros, y entonces, ¡cuál no será nuestra gozosa sorpresa y nuestra reconocida admiración ante ese espectáculo grandioso, pacientemente elaborado en la oscuridad de la fe!

Plácenos citar aquí lo que respondía excelentemente monseñor Carlos Gay a una de sus hijas espirituales, demasiado impaciente, como sucede muchas veces, en sus aspiraciones hacia la perfección: «Se admira usted de dos cosas, le dice: de las miserias que subsisten en su fondo, a pesar del amor creciente que vive en su corazón, y de la



lentitud aparente de los progresos de ese amor. La esposa de Jesús es un lirio entre espinas: ellas la conservan a usted en la humildad, la cual aprovecha a su amor. Hasta el fin de nuestra vida, nuestra virtud tiene necesidad de la imperfección para *perfeccionarse*. Por eso conviene complacerse, como aquel a quien Jesús daba esta hermosa doctrina, y gloriarse aun en sus debilidades, para que la virtud de Jesús habite en nosotros con más abundancia. Cuanto a ese progreso que encuentra usted tan lento, basta que sea agradable a Dios... Dios tiene sus procedimientos, en los cuales sobrepuja a la naturaleza y desorienta al espíritu humano. Abandónese para la duración de las cosas como para todo lo demás. Lo que me escribe me recuerda una palabra misericordiosa que Nuestro Señor decía recientemente a una alma que le es muy querida, a propósito de otra alma: Lo que le falta, es lo que Yo no he hecho aún en ella. Esa alma quedó con esto muy consolada. Esto es también verdadero respecto de usted, según creo, y puede usted muy bien tomar su parte de este pan pacificador. ¡Ah, la paz! ¡Qué tributo de justicia rendido a Dios! ¡Qué acto de amor y qué estado tan saludable para nosotros!...»[9]

---

**III. En el abismo de nuestra impotencia, clamar a Dios. La hora de las maravillas se aproxima.—El olvido perfecto de sí mismo, único medio de encontrar la paz en ciertas ocasiones.**

*En el abismo de nuestra impotencia, clamar a Dios. La hora de las maravillas se aproxima.*

Como lo hemos dicho más arriba, el vivo sentimiento de nuestra impotencia es cosa excelente, puesto que Dios

[9] *Lettres de direction*, citées par le Père Desmedt, S. I., dans *Notre Vie surnaturelle*, t. II, págs. 496-497.

mismo se esfuerza en producirlo en nosotros por mil medios. Dios trabaja de continuo en cavar más profundamente el abismo de mi impotencia y de mi nada. Pero el trabajo de mi santificación no se limita a esto. Para llegar a ser santo se requieren sobre todo dos cosas: una desconfianza completa de sí mismo, y una confianza absoluta en Dios. Es menester, pues, que al sentimiento vivísimo de impotencia que Dios se esfuerza en crear en mí, se una un sentimiento de inmensa confianza en Él. Cada día se ahonda el abismo de mi impotencia, pero es menester que, con la gracia de Dios, trabaje yo también cada día por tender sobre el abismo el puente de mi confianza en Él. La conciencia dolorosa de mis impotencias absolutas y de mis incurables miserias debe ser como el preludio y la lenta elaboración de mi esperanza en Dios. Mi desesperanza en mí mismo debe convertirse con la ayuda divina en una esperanza ilimitada en Él.

Para darme idea de este doble sentimiento tan necesario, nada mejor que la imagen de un niño. «Pequeño, débil y desnudo de todo, el niño no puede nada por sí mismo. Pero tiene en cambio la ternura de un padre, esa misma impotencia va a convertirse para él en un principio de fortaleza. Se adivina cómo.

»Ese pequeñín quisiera caminar, pero imposible: sus pies demasiado débiles rehusan sostenerle. O también, le amenaza algún peligro y trata de defenderse de él. ¿Pero qué puede su impotente brazo? Felizmente, allí está su padre. Una mirada rápida hacia él. Y el padre ha comprendido. Se inclina; coge al niño, le estrecha en sus brazos, le acerca a su corazón. ¡Con qué alegría le lleva! ¡Con qué amor le defiende! ¡Y he aquí a ese pequeñín hecho fuerte ahora con toda la fortaleza de su padre!

»¡Dichoso privilegio de la infancia, que debe a su impotencia el ser tan rápida y eficazmente socorrida! Poder irresistible de una simple mirada de niño, al cual no resiste ningún padre de aquí abajo. ¿Cómo habría de resistir



Dios, Él, que ha creado todos los corazones de los padres conforme al modelo del suyo?»[10]

El niño tiene la conciencia instintiva y continua de su impotencia personal y del amoroso poder de su padre y de su madre. He aquí lo que nos hace falta en realidad. Entonces, en vez de dejarse abatir por la grandeza de las dificultades, nuestra confianza se exaltará si es necesario hasta el heroísmo, sabiendo ciertamente que lo que no podemos hacer por nosotros mismos, nuestro Padre celestial está obligado a hacerlo por su bondad paternal. Entonces nos acordaremos en el momento propicio de que Dios está muy cerca de nosotros, de que ya se inclina hacia su hijo para ayudarle.

La bondad divina, en efecto, cuando ve que hemos descendido hasta el fondo de nuestra impotencia, cuando nos ve privados y desprendidos de todo apoyo humano nos tiende ella misma los brazos de su infinita compasión. A nosotros nos toca corresponder, lanzándonos en sus brazos con amoroso abandono. La hora de la confianza pura ha sonado, la hora de las maravillas divinas se aproxima. El Señor va a glorificar su nombre y a mostrar su poder y su amor. Puede en breve plazo obrar prodigios. Para Él, el tiempo no tiene valor. Puede conseguir rápidamente que el alma haga extraordinarios progresos. Está dispuesto a conceder gracias insignes con tal que la mediocridad de nuestra confianza no ponga límites a su generosidad.

Luis de Granada decía muy justamente a propósito de esas circunstancias en que nuestra impotencia se revela más: «La Providencia se reserva el resolver *por sí misma* las dificultades extraordinarias que se presentan en la vida, mientras que deja a las causas segundas el cuidado de solucionar las dificultades ordinarias.»

Los santos estaban profundamente convencidos de esta

[10] R. P. Martin: *La petite voie d'enfance spirituelle*, cap. IV, pág. 25.

verdad y ahí está el secreto de su imperturbable confianza. Procuremos imitarlos. Si, pues, tenemos muy vivo el sentimiento de nuestra total impotencia, si las dificultades parecen haberse acumulado extraordinariamente para convencernos de que no llegaremos jamás a la santidad, estemos seguros de que la hora de las intervenciones maravillosas se aproxima, con tal de que recurramos con gran confianza a Dios. Esperemos en Él, esperemos firmemente y tanto más cuanto que ya no tenemos, afortunadamente, medios de esperar en nosotros mismos.

Hace apenas algunos años, nuestro Señor decía a una alma a quien había escogido para ser su «secretaria de amor» y publicar muy alto sus infinitas bondades, estas consoladoras palabras: «Mi Benigna, Yo no puedo hacerte santa si tú no me das la llave de tu voluntad. Pero si me la das, puedo hacerte no solamente santa, sino una gran santa.

»Yo puedo en un momento reparar todo el pasado de una alma, con tal que esa alma me trate como a Dios, es decir, que esa alma *no limite mi bondad con su desconfianza*, que no estreche mi misericordia con sus angustias, que no pida mi amor por el suyo.»[11]

Y para mostrar cuánto deseaba darnos sus grandes gracias de santificación, le decía también Jesús: «Estoy como oprimido por mis gracias que refluyen sobre Mí porque los hombres no las quieren. Por eso, cuando encuentro un alma que me deje la libertad de colmarla, mi corazón se siente aliviado.»[12]

¿Cuáles son las almas que alivian al Corazón de Jesús y a quienes puede llenar a su antojo? Son las almas generosas que desean ardientemente santificarse y que, dándose cuenta de su total impotencia, ponen toda su esperanza en Él.

[11] Sœur Bénigne-Consolata Ferrero: *Oeuvre de Propagande du Sacré-Cœur*, página 161.
[12] Ibíd., pág. 167.



Ojalá que pueda ser yo también de esas almas. No me falta el sentimiento de mi impotencia. Pidamos a Jesús que una a él, el de una pura confianza en Él, porque la confianza, no menos que la humildad, depende de Dios mucho más que de mis propios esfuerzos. Todos los razonamientos del mundo, las pruebas más convincentes de la misericordia divina, no podrían darme la confianza, si Dios no pone en mi alma esa virtud sobrenatural. ¡Oh, cuán necesario es que se la pida a menudo! Entonces llegaré a ser yo también una de esas almas tan envidiables, de las cuales ha dicho Jesús: «Las almas que tienen confianza en Mí son los ladrones de mis gracias.»

*El olvido perfecto de sí mismo, único medio de encontrar la paz en ciertas ocasiones.*

Muchas veces nos sucederá en lo más fuerte de nuestra pobreza no poder recobrar enteramente esa paz serena y alegre que nos es tan necesaria. En vano invocamos todos los motivos de confianza y raciocinios indefinidamente, en vano suplicamos al Señor que nos ayude; parece hacerse el sordo y dejarnos luchar contra las olas de la tristeza. Nuestra confianza es sin embargo real, pero se ha retirado a lo más íntimo de nuestra alma. Parece haberse refugiado allí como en una roca segura en medio de la tempestad.

En este caso es bueno unir a nuestra confianza insensible otro sentimiento precioso. Hay que olvidarse, perderse de vista, para reservar toda la atención y todo el amor para la infinita amabilidad. ¿Qué valemos nosotros, débiles creaturas? Nuestros deseos son sin duda deseos santos. Queremos ser mejores para agradar más a Dios. Pero, sin embargo, ¿qué importa ese pequeño ser perdido en el vasto universo? Dios no tiene necesidad de mis débiles homenajes para ser feliz. Haga yo lo que haga, Él es la infinita e inmutable felicidad. ¿No es esto bastante para

mi dicha? Con tal que Él sea feliz, con tal que Él sea Dios, y encuentre en Sí mismo, en la Trinidad de sus personas, toda la alegría y todo el amor, ¿qué importa lo demás? En cuanto a mí, si no puedo amarle a mi antojo, tanto como quisiera, quiero al menos amarle a Él solo, con todo mi débil amor, quiero no mirar más que a Él, no bendecirle más que a Él, no admirarle sino a Él, y poner en Él toda mi dicha y todas mis complacencias.

Mil veces bendita el alma que se pierde así en Dios, que se olvida de sí misma en la contemplación amorosa de las divinas perfecciones. Ha encontrado por fin la paz suprema, a pesar de todas sus miserias y de todas sus indigencias. Ha seguido a la letra aquel excelente consejo del Salvador a su sierva Benigna Consolata: «No pierdas ya un momento en pensar en ti, sea por lo que toca al alma, sea por lo que toca al cuerpo. Tienes un esposo que piensa en ello... Piensa tú únicamente en amarle lo más que puedas.»[13] Sí, se ha perdido a sí misma, pero Dios tiene cuidado de ella. No piensa ya en sí misma, pero Dios piensa en ella con delicadezas de amor particularísimas. Él, la infinita caridad, no se dejará vencer en generosidad por su creaturita.

Una alma nobilísima, habituada a esos santos olvidos de sí misma, escribía estas líneas muy sugestivas: «No es que yo no sufra; ¡oh, no! Pero pienso que Él mismo se ocupa de mí, que a Él le toca mirar y contar lo que yo sufro, que esto no me corresponde a mí, que a mí sólo me toca ocuparme de Él. Entonces, olvidándolo todo, me esfuerzo en permanecer siempre enteramente ocupada en Él solo. Será menester que yo sea sin cesar la pequeña ocupación del gran olvidado.

»Cuando algunas impresiones penosas vienen a lastimar mi alma y amenazan entristecerla y turbarla, rápidamente me refugio en Él sólo, y allí encuentro siempre la paz...

[13] *Sœur Bénigne-Consolata*, pág. 157.



Muy a menudo siento angustias en el alma, la vida me parece triste y la tierra vacía. Entonces pienso: allí está Él, mi Dios, mi Padre que me guía, mi Jesús, el amor infinito. Y mi camino me parece segurísimo: es la voluntad del Padre dirigida por su infinita sabiduría, por su poder y su amor infinito. Y la vida ya no me parece triste, ni la tierra vacía, puesto que puedo llenar esa vida con mi Dios, que llena esa tierra, puesto que puedo permanecer sin cesar ocupándome de mi Maestro siempre presente, vivo y amante.»[14]

[14] Raoul Plus, S. I.: *Marie-Antoinette de Geuser (Vie de «Consummata»)*, pág. 172.

## Capítulo XX

# EL AMOR DIVINO TRABAJA INCANSABLEMENTE EN NUESTRA SANTIDAD

**I. Amor unitivo de Dios a mí.—Todos sus dones son también «unitivos». Él mismo está presente en sus dones.—Se releva un poco en ellos.**

### *Amor unitivo de Dios a mí.*

Dios es tan inmenso, tan poderoso, tan elevado por encima de nosotros, sus ínfimas creaturas sacadas de la nada y siempre próximas a la nada, que todos tenemos dificultad, sobre todo a los principios, en darnos cuenta en alguna manera del amor de Dios, como nos damos cuenta de sus demás perfecciones.

Sabemos que nos ama y se nos ha repetido bastante que nos ama inmensamente, pero con qué clase de amor nos ama, es lo que apenas sospechamos a los comienzos de la vida espiritual. Los cristianos se imaginan generalmente que Dios nos ama con aquel amor que es el único que se puede esperar del infinitamente grande para con un infinitamente pequeño: un amor de compasión y de benevolencia para con nosotros, pobres mendigos, un amor general y que abraza indistintamente a todos los hombres. Aun los mayores beneficios del amor de Dios se interpretan de esta manera. La Pasión, la obra maestra de la divina caridad, no es para ellos más que el amor compasivo del Dios infinitamente bueno, que quiere salvar de



una vez al género humano de una espantosa condenación.

Es necesario haberse entregado por algún tiempo a la vida espiritual, para comprender que el amor de Dios es un amor que *me* concierne a mí personalmente, que concierne a cada uno de nosotros. Es menester haber oído la voz de Dios en el fondo del corazón, haber conversado un tanto familiarmente con Él, haber saboreado las alegrías del amor de intimidad, para convencerse de que es realmente a *mí* a quien Dios ama, de que Jesús murió por *mí*, de que se interesa por *mí*, en particular, de que piensa continuamente en *mí* y quiere *mi* amor[1].

Luego, más tarde aún, se comienza a entrever que Dios nos ama a cada uno en particular no solamente con un amor de compasión y de benevolencia, ni aun con un simple amor de amistad, sino con el más perfecto de todos los amores, el amor unitivo. Me ama con un amor inmenso, está prendado de mi alma, y lo que quiere, en lo que incansable y misteriosamente trabaja, es en la unión perfecta y final con Él, la unión ideal de la visión beatífica, y también, desde esta vida, la unión de la santidad.

El amor unitivo, el amor del Dios infinitamente grande e infinitamente perfecto, que quiere y persigue sin cansarse jamás, la unión de su pequeñísima y miserabilísima creatura con Él: he aquí la gran verdad alrededor de la cual gravita toda nuestra vida. Misterio, sí. Extraño misterio, que supera infinitamente y deslumbra nuestra pequeñísima inteligencia humana, como la luz demasiado viva del sol deslumbra los ojos demasiado débiles de las aves nocturnas. Que Dios en su bondad se interese por sus creaturitas, a quienes ama como obra de sus manos, que quiera hacernos bien, que nos muestre su amor bienhechor con mil diversos dones, hasta eso se concibe, en rigor. Pero que Él, la infinita Perfección, nos ame con el mayor y más perfecto amor que existe, que quiera unirnos a Él,

[1] Cfr. el libro preciosísimo de Newman: *The friendship of Christ.*

a la infinita Belleza, nuestra inmensa fealdad, a la infinita Santidad, manchas tales cuales somos nosotros, a la infinita Grandeza nuestra extremada pequeñez, he ahí lo que no podríamos concebir aquí abajo. El amor supone siempre alguna igualdad, alguna proporción entre los que se aman, y Dios y la creatura ¿no son incomparables?

Y sin embargo, esa cosa inaudita, increíble, esa paradoja por excelencia, es verdadera: Dios me ama. Quiere no solamente hacerme los mil presentes que el amor sugiere, quiere también y sobre todo, entregárseme Él mismo en cuanto es posible aquí abajo, y perfectamente allá arriba. *Amor est diffusivus sui:* el amor es pródigo de sí mismo. Dios, el amor por excelencia, quiere comunicarse, entregarse a nosotros, y si para esto tiene que divinizarnos, ¡pues bien! lo hará. *Amor aut similes invenit aut facit:* el amor o encuentra semejantes o los hace. No encontrando más que desproporción y obstáculos a la unión entre Él y nosotros, Dios nos hará semejantes a Él, para consumar la unión.

He aquí el fin sublime al cual nos ha llamado Dios. La santidad aquí abajo, la felicidad eterna allá arriba, esto quiere decir en términos más palpables, más concretos, la unión íntima con Dios en la tierra, y la unión perfecta con Él en el cielo. La unión del todo y de la nada, del infinitamente grande con el infinitamente pequeño, he aquí la obra maestra imposible, imaginada por su amor, y cuya aparente imposibilidad nos hace tocar un poco con el dedo lo infinito de su amor. No nos admiremos demasiado. El amor infinito ¿no debe superar inmensamente nuestra pobre comprensión humana? Y el amor divino ¿podrá ser comparado con algún amor creado, podrá encontrarse aquí abajo alguna cosa que pueda ser, siquiera en lo más mínimo, su rival?

*Deus charitas est:* Dios es la caridad misma, dice San Juan. Amor eterno y esencial, se entrega totalmente y de manera inmanente al Hijo, pero desea también entregarse



fuera de Sí mismo; y como nada existe a lo cual se pueda entregar, da el ser a las creaturas, crea al hombre y le eleva al orden sobrenatural. Me crea así, me conserva por medio de una creación continua de cada instante, me llena de su gracia y me pide mi corazón y mi amor, porque quiere entregarse, y para que Él pueda entregarse es menester que yo también me entregue. Nuestra vida entera es un drama de amor. Es el amor divino que quiere entregarse a mí, unirme inefablemente con Él, y que mendiga, que persigue, que solicita por mil medios el amor de su ínfima creatura. He aquí la vida. He aquí el sublime fin de Dios al crearme.

*Todos sus dones son también «unitivos».*

Éste es también el fin de cada uno de sus dones. Hasta ahora quizás no he visto en los innumerables beneficios de Dios para conmigo más que las muestras de una liberalidad regia o de un amor de amistad: mi cuerpo, mi alma con sus hermosas facultades, y sobre todo la gracia que la ilumina, las mil creaturas que me rodean, el beneficio de unos padres piadosos, el beneficio de una educación cristiana, la vocación al estado sacerdotal o religioso, todo esto quizás se me ha presentado como dones de Dios, el gran bienhechor y amigo. Pero estos dones, vistos en su verdadero aspecto, son infinitamente más hermosos, más conmovedores. Son los dones del amor *unitivo* de Dios. Son los presentes adornados de finas perlas y diamantes que me hace continuamente, para conquistar poco a poco mi corazón, para conquistarlo enteramente, no como gana un amigo el corazón de su amigo, sino para conquistarlo con miras a la unión perfecta, y encadenarlo con los lazos de su amor unitivo, de un amor incomparable, del que el amor de los esposos aquí abajo no es más que una pro-

fana y palidísima imagen. *Sponsabo te mihi in fide:* te desposaré conmigo en la fe[2].

¡Y qué dones, qué presentes nos hace su amor unitivo! Ahí están ante todo los mil beneficios del orden natural. ¡El universo entero es un don que me hace a *mí*! ¡Crea el universo *para mí*! Todas las creaturas que me rodean son pensadas por Él y creadas por amor a mí, y para manifestarme, para cantarme su amor. Las flores que me fascinan con sus adornos más hermosos que las vestiduras del rey Salomón, las frutas que me deleitan con su sabor, los animales que me hacen compañía o me ayudan en mis trabajos, todo me manifiesta su amorosa bondad, porque todo es a cada instante pensado y creado por mi Amado, para manifestarme su amor y conquistar para Él mi corazón. Aun el inmenso sol que todo lo ilumina y vivifica, es creado *para mí*, para mi dicha, lo mismo que esos millones de soles de las estrellas. Toda esa creación magnífica y continua, ese encantador espectáculo del universo pensado y creado por Dios a cada momento, es la obra del amor del Dios infinitamente grande, que tiene un extraño deseo del amor de su creaturita.

¡Oh pensamiento encantador! Por amor a mí hace surgir continuamente de la nada, como bajo la varita mágica de una hada, todo ese mundo material de que yo formo parte.

Y sin embargo, los dones del orden sobrenatural son más hermosos aún y verdaderamente inefables: a fin de salvarnos, de salvarme a mí del infierno, se hace hombre por mí. Eterno, toma un principio; espiritual e impasible, se hace carne y pasible; inmenso, se hace débil niño. Vive, por mí, una vida de sufrimiento y de olvido de Sí mismo, jamás igualada. Muere por mí en el Calvario, para mostrarme la inmensidad de su amor y forzarme verdaderamente a amarle en todo. El drama de la cruz es un medio

[2] Oseas, II, 20.



desesperado para hacerme creer en su amor, para subyugarme, para conquistarme. Parece que debe ser el último.

¡Pero no! Su amor no está atado por nuestras imposibilidades. Resucita, y siempre presa de su deseo de mostrarnos su amor, se me entrega de nuevo en la Eucaristía. Su amor siempre inventivo ha encontrado ese extraño medio de franquear los dos mil años que le separaban de mí. En la Eucaristía, baja de nuevo, por mí, a la tierra, se inmola por mí, viene a visitarme en persona, Él, el gran taumaturgo de la Galilea del tiempo de Herodes y de Pilato. Hele aquí en mi corazón. Me abraza, me estrecha inefablemente. La Eucaristía es la visita cotidiana del Amado al alma a quien ama.

Parece que por encima de esto no hay nada posible. ¡Jesús, Hombre-Dios, venido a mi corazón, presente en mí! ¿No es esto por fin la unión y como la fusión del alma y de Jesús-Eucaristía? No es un simple abrazo de dos amigos, de dos esposos que permanecen absolutamente exteriores el uno al otro. El abrazo de Jesús-Eucaristía y del alma amante, es un abrazo mucho más íntimo, una unión mucho más unificante. Jesús se hace comer por mí, entra en mí, se incorpora en cierta manera.

Y sin embargo, no: todo esto no podría satisfacer el amor insaciable de Dios. Quiere también la unión íntima de dos almas, de dos vidas. Quiere que su vida y mi vida se enlacen misteriosamente. Quiere mi identificación con Él. Sabe que la unión perfecta, la unión tal cual solo un Dios puede quererla y como un mortal no podría imaginarla, pide ante todo una asimilación perfecta. La infinita belleza y la fealdad sin nombre no podrían unirse. En vano me mostraría su amor de mil maneras maravillosas; es menester que me transforme, que me levante hasta Él y que me divinice.

Ya lo ha hecho al hacerme participar de la naturaleza divina por el beneficio insigne de la gracia santificante. Me ha bañado en la sangre preciosa de su Hijo para

lavarme y purificarme de la lepra del pecado. Me ha elevado y superelevado increíblemente por encima de mi condición de simple creatura. Ha revestido mi alma de una belleza encantadora, insospechada, que la hace amable a sus ojos y digna de Él.

Pero quiere más. Estoy aún lejos del grado de divinización requerido para la unión eterna que me destina. Él trabaja, pues, cada día, por medio de mil gracias actuales, para hacer mi alma más bella aún, más digna de Él, mi divino prometido. Renueva cada día, si yo quiero, su visita a mi alma, y cada visita me trae nuevas joyas, dones de su amor. Trabaja sin descanso en purificarme de toda mancha de amor propio, de toda mancha de necia confianza en mí mismo. Los mil detalles cuyo encadenamiento incesante forma el tejido de mi vida son dispuestos por su amorosa sabiduría de tal manera, que me trasformen más en Él. Las consolaciones y desolaciones se suceden. Él me cautiva con sus encantos, y luego se ausenta para hacerse desear más después.

Tal vez ya me ha hecho pasar por la «noche mística de los sentidos» y se ha complacido en difundir en mí los dones de su divino Espíritu. Y muy pronto, si soy generoso, me pedirá la fidelidad suprema en la «noche del espíritu», la prueba final que debe hacerme más perfectamente semejante a Él y digno de sus complacencias. Entonces me introducirá por fin en la bodega de su amor y me embriagará con el vino del amor perfecto, en ese día de los divinos esponsales y de la unión trasformante.

He aquí un esbozo muy pálido y frío de las maravillas por medio de las cuales el amor infinito se esfuerza en trabajar en mi unión con Él y en conquistar mi corazón.

*Él mismo está presente en sus dones.*

Pero hay un detalle conmovedor y que conviene hacer notar aquí. Si fuera simplemente un poderoso monarca



que quiere hacerme feliz a mí, uno de sus súbditos, me enviaría sus dones, y luego, apenas se preocuparía de ellos. Pero hemos visto que su amor para con nosotros es un amor unitivo. Dios sabe que al presentar Él mismo en persona sus dones nos los hará más amables, más eficaces para atraerle nuestro amor. Y esto es lo que hace. Notadlo bien: desde sus dones más mínimos hasta los dones insignes de la Eucaristía y de la gracia santificante, no hay uno sólo que no nos lo haga presente, que no lo contenga, que no nos lo entregue.

La naturaleza entera está llena hasta desbordar de Él, según la expresión de Santa Ángela de Foligno. Por su esencia, por su potencia, por su incesante actividad, está en todas las cosas y trabaja en ellas para alimentarme, para hacerme crecer, pero sobre todo para alimentar y hacer crecer mi amor. Está en cada brizna de yerba, en cada gota de rocío. Está en cada planta que me alimenta. en cada fruta que me deleita, en cada fibra que sirve para vestirme. Cada florecilla está llena de Él, lo mismo que esas inmensas flores que la noche hace abrir allá arriba en el firmamento. Las sillas, las mesas de que me sirvo, el papel que conserva mis pensamientos, la tierra sobre la cual camino, el aire mismo que me hace respirar y que me penetra, todo esto está lleno de amor, todo esto me trae a Dios, todo esto está lleno hasta los bordes de Dios que allí se oculta y se revela al mismo tiempo, y que solicita mi corazón de pobre mendiga.

He aquí por qué los santos, en general, aman tanto la naturaleza, las flores, los pájaros, los hermosos paisajes. Todo les habla de Dios que allí se oculta, y de su amor. Es conocida la ternura del *Poverello* de Asís para con sus hermanos los pájaros. San Ignacio se abrasaba de amor al contemplar el amor de Dios en una flor, y sentado a la orilla de un río, ante un paisaje encantador, en los alrededores de Manresa, entró un día en sublime contemplación. Recibió en ella luces tan vivas y extraordinarias, que «en

todo el discurso de su vida, hasta pasados sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola»[3]. Recuérdese a San Pablo de la Cruz, que se paseaba enteramente apasionado de amor divino, y acariciando las florecillas del sendero, les decía: «Callaos. Es demasiado, ya no puedo soportar la llama del amor que me devora.»

¡Ah, si yo fuera como los santos! Si los ojos de mi alma estuvieran bien abiertos e iluminados por la luz divina de una fe amorosa, yo también vería como ellos el mundo entero respirando amor, desbordante de amor. Todo cuanto me rodea me traería perfumes de Dios. Todas las cosas exhalarían un murmullo misterioso que me dice: Ama a Dios. Todas se me presentarían como una súplica del gran Rey que me pide mi corazón, como una súplica de Dios, que me dice con acento de dulzura infinita: «Mira cómo me entrego a ti. Entrégate también tú a Mí.» En una palabra, las mil creaturas que entran en contacto conmigo, los sucesos tan variados que constituyen mi vida, serían como otros tantos innumerables amantes que solicitan mi corazón y se esfuerzan por orientar todas sus fibras hacia su polo amado, Dios.

¡Quién dirá la dicha sin nombre de que disfruta, algunas veces sobre todo, el alma iluminada por una fe viva y abrasada de amor! ¡Cómo le aparece el mundo aureolado de divino y como divinizado! ¡Dichoso también yo, si amo verdaderamente con toda mi alma! Me veo bañado en el amor divino. Yo, para quien este solo nombre de amor divino tiene extraños encantos, me veo rodeado de amor, rodeado del Dios a quien amo y que me ama, penetrado de Él.

Soy como una esponja en el océano de amor. Si pudiera una esponja amar el agua, ¡cuán feliz sería al verse pasear alternativamente a lo largo y a lo ancho en un mar de agua! Pues bien, yo soy esa esponjita amante de Dios que me rodea, amante del océano infinito del amor divino, y cada ola que me acaricia y me mece, me trae murmullo de amor. *Si sumpsero pennas meas diluculo et habitavero in extremis maris...:* Si tomo las alas del amor y voy a habitar en los confines del mar, dice el profeta, allí también me conducirá tu mano con amor[4]. Estoy rodeado por todas partes del Dios que me ama, que quiere mi corazón y mi amor. En Él respiro, vivo y crezco: *In ipso... vivimus, movemur et sumus:* en Dios mismo vivimos, nos movemos y estamos[5].

Dios me rodea, digo. Dios está enteramente a mi alrededor. Está también dentro de mí. Todo está lleno de Dios alrededor de mí. Todo está penetrado de Dios en mí. Por su esencia y su actividad está en cada una de mis fibras, en cada uno de mis nervios, en cada gota de mi sangre. Él mismo es el resorte maravilloso que hace latir y palpitar mi corazón desde mi nacimiento hasta mi tumba. Pero está presente más deliciosamente aún por medio de la Eucaristía: a la hora de mi comunión, Jesús, Hombre-Dios, con su corazón de carne, Jesús, el más hermoso y el más perfecto de los hijos de los hombres, viene a mí y me trae consigo, por la circuminsesión divina, a su Padre y a su Espíritu Santo. Y luego, para perpetuar su presencia especial en mí, reside con toda la Trinidad santísima en mi alma por la gracia santificante y allí, en el fondo de mi alma, en la fuente misma de mi ser, de mis facultades, de mi voluntad, elevadas, divinizadas por ella, me da de nuevo su amor, y por medio de sus inspiraciones incesantes, mendiga mi corazón.

¡Oh, qué maravillas las del amor de Dios! ¡Oh, qué indecibles alegrías las que concede al alma amante, que se

[3] Cfr. *La relación del peregrino, Monum. Ignat.*, serie V, t. 1.º, pág. 55. López del Horno. Madrid, 1904.

[4] Ps. CXXXVIII, 9.

[5] *Hechos*, XVII, 28.

esfuerza por entregarse a Él en retorno! ¡Oh, qué prodigios obrados por Él, para desligarme de todo otro amor, y aficionarme irrevocablemente a Él! Prodigios que no tienen igual ¡ay!, sino en el prodigio misterioso también de mi inaudita indiferencia y de mi insensibilidad. ¿Cómo no me he prendado yo, infeliz mendiga, cómo no me he prendado enteramente hace mucho tiempo, del gran Rey que me quiere para Sí? ¿Cómo me he dejado aún encantar y seducir a cada instante por los atractivos engañosos de las creaturas o de ese terrible amante de mi yo?

*Se revela un poco en ellos.*

¡Ay! Es verdad que para una alma tan ligada a las cosas sensible y palpables, para una alma tan sumergida en los sentidos, la caridad inaudita de Dios tiene su lado flaco. Si me muestra sin cesar su amor, si me colma de sus favores, si Él mismo viene a visitarme, si me rodea a cada instante y me penetra con su amable presencia, no me muestra sin embargo sus perfecciones al descubierto. Podría si se me mostrara, subyugar en un instante mi corazón con los atractivos irresistibles de su amor, de los cuales no tengo ninguna idea. Pero esto no satisfaría las necesidades de su amor. Él quiere un homenaje libre, quiere el don espontáneo de mi voluntad y de mi corazón. Y he aquí por qué prefiere hacerme caminar en las sombras de la fe.

Sin embargo, si mi fe es viva, fructuosa, puedo ver en todas las cosas una imagen, un perfume de Él. ¿Acaso toda belleza terrestre y efímera no es un reflejo de su inmortal belleza? La bondad de un corazón humano me da como un indicio de la bondad divina. El amor de las madres más amantes, de los esposos más fieles, me hace pensar en la fuente pura de todo amor, el amor por excelencia de Dios. Él, el gran oculto, se deja sin embargo a cada instante adivinar. Como el sol oculto detrás de las



nubes las nimbas con sus áureos resplandores, así las perfecciones divinas ponen sobre las creaturas algo de sus infinitos encantos. Todo ser le revela un poco, toda perfección creada balbuce un tanto su nombre. *Cœli enarrant gloriam Dei:* Los cielos cantan la gloria de Dios.

Por lo demás, a medida que nos desligamos de nosotros mismos para entregarnos a Él, el velo que oculta sus amabilidades se hace más ligero, más diáfano. Y aun a veces, por medio de sus gracias místicas, Él levanta una punta del velo. Se deja en cierta manera tocar un poco por ese delicado sentimiento de su presencia que nos dice: «Él es el que está ahí. *Magister adest et vocat te:* el Maestro está ahí y te llama.»[6] Se deja oir por medio de una voz misteriosa en el fondo de nuestro corazón. Deja entrever sus infinitas perfecciones experimentalmente, por medio de una luz infusa que produce en nosotros el amor pasivo y la contemplación.

¡Oh Señor, cuán por encima de nuestra comprensión están tus perfecciones! ¡Cuán incomparable y cuán infinitamente superior a todo amor humano es tu divino amor! Tú puedes decir con razón: *Quid debui ultra facere vineæ meæ quod non feci?:* ¿Qué más debía hacer por ti, que no haya hecho?[7]

Has hecho bastante, has hecho demasiado por unirme a Ti. *Nimis dilexit me.*

¡Oh, cuán inmenso, cuán extraordinariamente grande es el amor divino! ¡Jamás lo comprenderé como conviene! Yo he sido, pues, creado por Dios para Él. Soy una pequeña alma a quien Dios en su amor ha creado para llegar a ser amante suya, para vivir aquí abajo una vida de esposa, entrever a Dios ya en este destierro, gozar ya un poco de Él por la vida de intimidad al principio y por la vida de unión después, en espera de la unión eterna del cielo!

Ved qué fin tan sublime. Fin muy propio para entu-

[6] Ioan. XI, 28.
[7] Is. V, 4.

siasmarme, para embriagarme de amor. Cuán a menudo debería meditarlo para convencerme cada vez más de mi sublime destino. Si llego a comprenderlo por fin un poco, ¿me será muy difícil vivir de amor de Dios? Es decir, no amar ya más que a Él en el mundo y amarle en todo, porque Dios es el infinito, ante el cual nada tiene valor. Sacrificar todas las bagatelas de este mundo por Él, el infinito, ¿será para mí un pesado sacrificio? ¿No debería ser una alegría y un placer inmenso?

¡Oh Dios mío, concédeme tu luz y tu gracia! Que con ella me dé un poquito de cuenta de lo que es mi divino prometido, que me dé cuenta también, un poco mejor, de su amor. Entonces todos los sacrificios, todos los sufrimientos, todas las pruebas, serán para mí dulces y ligeros, puesto que veré en ellos medios para unirme más a Él.

---

**II. Yo también amo a Dios con un amor profundo e innato.—Gran descubrimiento que hay que hacer de este amor.—Lección de confianza.**

*Yo también amo a Dios con un amor profundo e innato.*

¡Ay! debo confesarlo ciertamente, a las delicadezas inauditas de Dios, a esa persecución infatigable de mi alma por el amor divino, muy a menudo he respondido con una extraña indiferencia y una misteriosa ingratitud. Toda mi vida pasada es una prueba bien clara de ello.

¿De dónde proviene esto? Si correspondo tan mal al amor divino, ¿es quizás porque Dios me pide lo imposible? ¿Es que tal vez va contra mi naturaleza de pobre grano de arena el amarle a Él, la infinita Grandeza? ¿O es que me pide tal vez una cosa a la cual tiene horror mi naturaleza, algo que rehuyo instintivamente?

¡No, mil veces no! Me pide al contrario que le dé riendas a ese amor innato a Él, que ha plantado en el



fondo de mi corazón, en el fondo de todo corazón de hombre, y que Él vivifica de una manera supereminente por medio de la gracia. A fin de asegurar mejor la realización de sus planes de infinita bondad y amorosa ternura respecto de nosotros, nos infundió al crearnos un amor esencial y trascendente a Él, un amor muy secreto e íntimo que nos hiciera estremecer cuando Él se nos acercara y, ante los asaltos repetidos de su amor, le entregara la ciudadela de nuestro corazón. Si Dios, la infinita perfección, nos ama, nos ha creado también a nosotros profunda e inevitablemente amantes de Él, el bien perfecto, la felicidad esencial, sin que quizás nos demos cuenta de ello. ¡No hay un solo corazón de pecador o criminal que no sea en el fondo y esencialmente amante de Dios! Odia a ese mismo Dios a quien ama por su naturaleza. Y he aquí lo que constituye la gran desgracia del pecador, el haber llegado a odiar a aquel a quien ama con un amor innato. He aquí el tormento más grande del infierno, la espantosa pena de daño: el condenado odia intensamente al Dios que le atrae y para el cual se siente hecho. Agustín, el gran pecador arrepentido, nos contaba su experiencia: «Has hecho nuestro corazón para Ti, oh Señor, y ese corazón no halla reposo mientras no descanse en Ti».

Nuestra alma es una hambre y una sed de Dios. Nuestra alma tiene un apetito esencial de Dios. Se define necesariamente en función de Él. Nuestra inteligencia ávida de ser, apetito del ser, quiere a Dios, la fuente total del ser, el Ser infinito. Nuestra voluntad, apetito del bien, quiere a Dios, el Bien infinito. Y esta hambre y esta sed ocultas de Dios, de las cuales no tenemos conciencia de ordinario, son las que nos hacen perseguir por todas partes y buscar en todas las cosas la dicha creada, imagen grosera del Dios que nos falta. Esta sed es el móvil secreto de toda nuestra actividad aquí abajo.

No tenemos, sin duda, necesariamente conciencia de ese amor profundo y trascendente. Todos amamos a Dios,

nuestro bien supremo, pero ¡ay! muy a menudo, sin saberlo. Tenemos en nosotros una pasión de amor que nos devora, pero en nuestra persecución inconsciente de Dios, objeto de nuestro amor, nos equivocamos sin cesar. Creemos encontrar el objeto de nuestros deseos en esas mil creaturas que parecen ofrecernos a porfía la dicha, y que no son más que el reflejo de nuestro Amado y su imperfectísima imagen. Encantados, arrebatados por los escasos rayos divinos que transfiguran esas creaturas, entregamos nuestro corazón neciamente a esos dones de Dios, que no tenían otro fin que el de ser los mensajeros de nuestro real prometido, el de hacernos suspirar por Él, el de hacernos correr incansablemente hacia Él.

¡Ay! Dios tiene sobre todo un rival peligroso y que desde el primer albor de nuestra razón se esfuerza en cautivar nuestro amor. Es el yo, el yo orgulloso, impuro, egoísta, que solicita también sin cesar nuestro amor, y que alimenta en nuestro corazón, en vez del amor divino, el funesto «amor propio». Los años de nuestra infancia y de nuestra juventud no son desgraciadamente más que el teatro de sus victorias y de sus éxitos. Parece crecer en nosotros con los años, y hasta que el alma ha comenzado a entregarse a la vida interior, ese perverso yo trabaja con demasiado éxito en sobornarnos y en conquistar todo nuestro amor. Se hace él mismo poco a poco nuestro Dios y el centro de toda nuestra actividad.

*Gran descubrimiento que hay que hacer de esta pasión de amor.*

Toda la vida interior está, pues, ahí, en llegar a reconocer esa doble verdad: Dios ama a mi alma y mi alma está hecha para amar a Dios. Descubrir la santa pasión que de una manera insensible y oculta me consume. Aprender experimentalmente a reconocer a mi Amado. A fuerza de gracias, a fuerza de consolaciones o de pruebas, llegar a amar a Dios, no ya inconscientemente, involuntariamente, sino con toda la plena conciencia de una alma que ha reconocido el objeto de su amor y que, encontrándolo idealmente amable y bello, no tiene ya más que un deseo, un solo pensamiento: entregarse, darse a Él por medio de una donación total y absoluta, rompiendo, a pesar de todas las dificultades, los lazos que la han encadenado a ese horrible amante del yo.



Preguntemos a nuestro pasado, y veremos que ésta ha sido verdaderamente nuestra vida espiritual hasta ahora, que tal ha sido el plan divino respecto de nosotros. ¿Mi infancia y mi juventud no han estado infectadas por el amor del yo? En vez de entregar desde el principio a Dios todo mi corazón, ¿no lo he entregado a las mil cosas que lo atraían, no lo he entregado a ese villano yo, buscándome siempre a mí mismo hasta en las cosas más santas y en la práctica de las virtudes? ¿No he pasado muchos años amando ese yo, haciéndome como el centro del universo, imaginando que todo lo que me rodea era para mí, para la satisfacción, para el goce, para la gloria del yo?

Un día el soplo de la gracia rozó suavemente mi alma. Comencé a entrever cómo mi vida por virtuosa que fuera, había estado llena de un secreto amor del yo, y me volví hacia Dios, con un amor más desinteresado. Desde entonces Dios ha dirigido toda su actividad a hacerme caer en la cuenta de su ardiente amor a mí, de su amor deseoso de unión. Sus innumerables gracias han estado dirigidas a este fin: a hacerme comprender íntimamente que Él me ama a mí, que desea inmensamente mi amor y mi unión perfecta con Él, mi santidad. Al mismo tiempo, por medio de las pruebas, de los desencantos, de las consolaciones espirituales, me hacía tener conciencia clara de ese amor profundo y secreto que está en mi alma como un sello impreso por Él. Hacía estremecer mi corazón por medio del delicioso sentimiento de su presencia y por los encantos de su amabilidad infinita, y con frecuencia me hacía expe-

rimentar también la angustia dolorosa de su ausencia. Su acción tan múltiple y variada se ha encaminado a hacerme tocar con el dedo, a hacerme gustar experimentalmente, que Él es el bien infinito, el grande, el único bien hacia el cual aspira mi alma. Poco a poco he comprendido que todos los bienes de la tierra son falsos, que no pueden saciar mi corazón que está hecho para cosas más grandes: *Ad maiora natus sum.* Se me ha revelado finalmente como mi tesoro y mi todo: *Deus meus et omnia.*

Y al mismo tiempo que me subyugaba con los atractivos de su amor, me disgustaba de mí mismo. Me hacía ver la malicia y la fealdad de ese rival, de ese falso amante que no tiene sino encantos mentirosos, que no tiene otra amabilidad que la de ser *mío*, ese villano yo a quien había entregado demasiado mi vida, en una especie de «idolatría» casi continua. Y ahora también continúa desligándome cada día de él. La alternativa de las consolaciones y desolaciones es para Él un medio poderoso. A cada paso de mi vida espiritual me muestra el contraste sorprendente entre su propia encantadora belleza y la horrible deformidad del yo. Me hace saborear la dulzura de sus perfecciones infinitas y me hace gustar también el ajenjo de las falsas perfecciones del yo, a fin de que pueda elegir mejor entre los rivales que se disputan mi amor.

Además, llegará un día, si es que no ha llegado ya, en que me propondrá y realizará poco a poco el increíble cambio: Abandónate tú a Mí, me dirá, abandona los harapos y las úlceras de tu horrible yo, considéralo como un extraño y un enemigo. En vez de él, yo te ofrezco mis inefables perfecciones. Que sean tuyas como tu propiedad, como tu nuevo yo. Ámalas, goza de ellas como si fueran tuyas. Pon en ellas tu dicha y tu gloria. *Omnia mea tua sunt:* todo lo mío es tuyo.

¡Ánimo, alma mía! Regocíjate y estremécete de alegría. He encontrado la perla preciosa que vale todos los tesoros, esa perla que consiste en comprender prácticamente que



yo, esa pobre huerfanita, mendiga desarrapada, tenía un destino real y divino. He descubierto que el gran Rey del cielo me amaba con un amor incomprensible y que me había hecho para amarle a Él en retorno. He comprendido que estamos hechos el uno para el otro, que Dios, el infinitamente bello y amable, me ama misteriosamente a mí, pobre y repugnante creatura, y que a fin de estar más seguro de conquistar mi corazón, ha puesto en mí un amor instintivo a Él, una inclinación profunda y esencial, una pasión oculta pero ardiente e incansable. Ahora sé que Dios me ama y que, sin saberlo, yo le amaba también. Sé que trabaja sin cansarse jamás por conquistar mi corazón y libertarlo de los lazos de mi odioso y pérfido amante de otro tiempo, por destruir mi amor propio. Él pone en esto todo el ardor de su amor y todo el poder de sus gracias.

Ábrete enteramente a la alegría y al amor, oh alma mía, como se abre una flor al sol de primavera. Tu vida se te ha presentado por fin en su verdadero aspecto, infinitamente bella, grandiosa, irradiada de divino. Te sonríe radiosamente. Tu suerte es la más hermosa que puede desear una creatura. Tú estás hecha para Dios, reservada a Él, marcada con su sello. Eres la dichosa prometida por quien suspira el Rey de los reyes. Entrega tu corazón enteramente al amor. De ahora en adelante no tienes otra cosa que hacer en esta vida. Ama con todo el corazón, ama hasta la locura a Aquel a quien ya amas espontáneamente, a Aquel que es la amabilidad irresistible, ante la cual todo se ha convertido para ti en fealdad, a Aquel de quien un simple reflejo, perdido entre las creaturas, bastaba hasta ahora para cautivar tu corazón. *Ama et fac quod vis:* ama y haz lo que quieras. Dios no pide otra cosa de ti.

¡Oh, cuán dulce y fácil es esto! Con tal que yo deje libre curso a mi inclinación a amar a Dios, con tal que le busque en todas partes lo mejor que pueda, nada mo-

lesto me sucederá. Que Dios sea mi tesoro, que el conjunto de mi vida sea una hambre y una sed de Él, una persecución apasionada de mi Amado; con tal que yo aspire a Él y le desee a Él, Dios estará contento de mí y nada impedirá que sus gracias cada vez más grandes, más maravillosas, me conduzcan a la unión perfecta y a la santidad. *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum:* todo contribuye al bien de los que aman a Dios. Puedo tener muchas miserias, muchas pequeñas cobardías, atolondramientos y desfallecimientos, las desolaciones y las noches podrán poner de manifiesto las horribles úlceras de mi alma, ¡qué importa! El amor tan indulgente de mi Amado cerrará los ojos a todo, o mejor aún, se servirá de ello misteriosamente para acrecentar mi odio al yo y mi amor ardiente a Él.

*Lección de confianza.*

Comprender estas grandes verdades, pero comprenderlas a fuerza de gracias y aun de gracias místicas, de una manera vivida, experimental, comprenderlas como el resultado de toda nuestra vida espiritual y de la acción incesante de Dios, es amar por el mismo hecho a Dios y amar inmensamente a aquel que de ahora en adelante nos aparece como la única amabilidad, el único ser a quien nuestro corazón puede amar.

Pero es también, como fácilmente se adivina, centuplicar nuestra confianza alegre e inquebrantable en el amor de Dios, es afianzar sobre bases perfectas la convicción de que un día llegaremos efectivamente, bajo la acción incesante de Dios, a la verdadera santidad.

Dios quiere mi unión con Él. El Rey omnipotente desea con inmenso deseo unirse a mí, pobre mendiga. Quiere desde aquí abajo hacerme vivir de amor a Él y hacerme saborear un poco las delicias de la unión perfecta y de la santidad. Y ese inmenso deseo, esa necesidad insa-



ciable de Dios, está en el fondo de todas las creaturas que me rodean y que Él ha creado con este fin. El mundo entero, las menores briznas de yerba, lo mismo que los inmensos soles del firmamento, todo se manifiesta el amor de Dios. De todas las creaturas sale la voz misteriosa de mi Amado que me dice: «Dame tu corazón. Quiero todo tu amor, quiero unirte a Mí, y hacerte santa.»

Y más fuerte que la voz de las creaturas, tengo la voz del Dios-Amor, encarnado en la tierra para hacerme visible y palpable la divina caridad. Tengo la voz del Crucifijo, esa predicación inaudita del amor de Dios, que me grita: «Mira cómo te he amado hasta el fin, hasta el exceso, para conquistar tu corazón y hacerte santo.» Tengo la voz de la blanca hostia, donde la caridad eterna se hace prisionera de amor y pide sin cesar de mi parte un retorno de amor. Tengo finalmente la voz más explícita aún quizás, del Corazón Sagrado de Jesús, cruelmente herido por nuestra indiferencia, y que se me presenta rodeado de llamas y diciéndome como a Santa Margarita María: «Mi divino Corazón está tan apasionado de amor por los hombres y por ti en particular, que no pudiendo contener en Sí mismo las llamas de su ardiente caridad, es menester que las difunda por tu medio.»

¿Y después de estas pruebas de amor, después de estas protestas tan claras del Corazón de Jesús, no tendré todavía una confianza plena y desbordante en su amor todopoderoso? ¿Dudaré de su amorosa sabiduría, de su actividad incesante en santificarme, de su fidelidad; no me fiaré de Él sino con reservas, porque veo en mí debilidades y aturdimientos sin cesar renovados?

Ah, lo que me falta en realidad, la causa de todas mis pusilanimidades y desconfianzas es el no haber escrutado jamás esas magníficas y consoladoras verdades, o quizás, si las he escrutado algún tanto, no han llegado a serme bastante familiares. Es menester que mi vida entera llegue a estar poco a poco impregnada del perfume de estos pen-

samientos. Por la meditación repetida en las horas de oración, por el recuerdo frecuente durante la acción, debo llegar a sentirme habitualmente envuelto en Dios que me ama y trabaja por mi unión y mi santidad. En las alegrías y en las pruebas, en las consolaciones y desolaciones, debo tener continuamente conciencia de esta verdad tan animadora de que todas las causas segundas no son más que instrumentos de Dios para santificarme, de que todo lo que me sucede no es más que un medio, disfrazado tal vez, incomprendido, pero sin embargo, un verdadero medio empleado por Dios para purificarme, para prepararme a la unión y encaminarme hacia Él. Cuando el mundo entero me parezca como el inmenso escenario en que Dios y yo representamos juntamente ese gran drama de amor de mi vida, cuyos detalles todos son queridos y dispuestos por mi Amado, ¡oh! entonces habré encontrado el verdadero amor y también la verdadera confianza, y nada podrá impedirme el llegar al ideal tan soñado.

Es importante, desde el punto de vista de la confianza, el notar aquí que en ese gran drama de nuestra vida, que termina con la conquista de nuestra alma por Dios y con la unión perfecta con Él en la verdadera santidad, hay de ordinario como dos grandes actos. En el primero, es Dios el que persigue a nuestra alma y se esfuerza de mil maneras en revelarnos su inmenso amor. Desliga nuestra alma de todas las cosas, la cautiva con sus encantos y se presenta como nuestro tesoro y nuestro todo. Pero una vez que el alma se ha prendado así un poco de su Amado, entonces comienza el segundo acto, y ahora le toca a ella perseguir a Dios. Su Amado, para herirla mejor con las flechas de su divino amor, parece huir por instantes y alejarse de ella. *Quæris fugientes te* —dice San Agustín—, *fugis quærentes te:* Tú buscas, oh Dios mío, a las almas que huyen de Ti, y pareces huir de las que te buscan.

He aquí por qué me sucederá con frecuencia no entender nada de la acción divina. Los caminos de Dios



están infinitamente por encima de nuestros caminos. Me dejará, y quizás largo tiempo, presa de las desolaciones, del disgusto por las cosas espirituales. Me quitará la posibilidad de orar. Seré como incapaz de actividad espiritual, y sin embargo, todo esto será efecto de su amor unitivo, que persigue activamente mi perfección. Me quitará tal vez un director amado y precioso, en el momento mismo en que tenía mayor necesidad de él. Me quitará todo guía en el arduo sendero de la santidad, queriendo ser Él solo mi guía seguríssimo, aunque invisible y oculto. Llegará tal vez hasta infundirme el vivo sentimiento del más completo abandono. Me creeré solo trabajando en mi santidad, abandonado por Él, y precisamente abandonado a causa de todas mis miserias y de todas mis cobardías. Le tenderé las manos suplicante, le manifestaré con angustia mi amor, pero Él permanecerá mudo y parecerá huir de mí. Conoceré todas las amarguras de un amor desgraciado, de un amor que no encuentra ya ninguna correspondencia de parte del Amado, y me consideraré como la más infortunada de las creaturas.

Cuando Dios obre de esta suerte conmigo[8], cuando, cosa extraña, para hacer más fuerte mi amor, me haga creer que ya no me ama, me haga gustar la amargura de los sufrimientos del amor, entonces sobre todo, debo recordar que me ama, y que me ama infinitamente más de lo que yo le amo a Él. Entonces debo acordarme de que Dios trabaja sin descanso por conquistar todo mi amor, que tiene para inflamar mi corazón mil medios de los cuales yo nada entiendo. Entonces debo sobre-esperar en Él y creer contra toda esperanza en su amor fiel, en ese amor que me hacía sentir tan deliciosamente en las horas de intimidad. Entonces debo recordar, en fin, sus vivas protestas de fidelidad y las promesas solemnes que

---

[8] San Alonso Rodríguez describe muy bien esta manera de obrar de Dios, en su libro *La unión y transformación del alma en Dios.*

me hacía en otro tiempo, de amarme siempre, a pesar de mis miserias, y de llevarme a la santidad.

Es la hora del abandono, la hora de mantenerse tranquilo y en paz sobre el seno de mi Dios. Si los peligros me espantan, si los precipicios me dan vértigo, haré como los niños. Cerraré los ojos para no ver nada, y me estrecharé más fuertemente en los brazos de mi Dios. ¡Oh! si me mantengo así, seguro y ciegamente confiado, entre los brazos de ese Dios que me ama infinitamente más que una madre, nada podrá dañarme, nada podrá turbar la deliciosa paz de mi alma, ni hacerme salir de mi vida de abandono.

## CAPÍTULO XXI

# CONFIANZA EN MARÍA

**I. «Convencernos» de que María es verdaderamente nuestra Madre.—Gracia inmensa que sólo María puede conceder.**

Después de haber visto la naturaleza de la verdadera confianza, como también las múltiples razones que nos invitan a practicarla, hemos recorrido las diferentes situaciones de la vida en que la confianza nos es más necesaria. Sólo nos falta mostrar cuán grande debe ser nuestra confiianza para con María, nuestra Madre del cielo. Añadiremos luego un capítulo sobre las enseñanzas y los ejemplos que tan maravillosamente nos ha dado Santa Teresa del Niño Jesús, la gran santa de la confianza, a la cual hemos dedicado estas páginas.

### *«Convencernos» de que María es verdaderamente nuestra Madre.*

Se comprende hasta cierto punto que algunas almas, aun generosas, no tengan siempre toda la confianza que deberían tener en ese Dios infinitamente elevado por encima de nosotros, cuyas divinas perfecciones conocen tan mal. Más difícilmente se comprende que no se tenga una inmensa confianza en ese Dios hecho hombre, en ese amable Salvador Jesús, cuyas maravillosas manifestaciones de amor están al alcance de las almas más rudas. Pero lo que no se comprende en manera alguna es que no se tenga

una limitada confianza en nuestra buena Madre María, la Reina del cielo[1].

Y sin embargo, es menester que todas las almas, aun las fervorosas, tengan en ella una perfecta confianza. Si la tuvieran, le pedirían a la Santísima Virgen y obtendrían de ella todo lo que quisieran. Le pedirían sobre todo esa santidad que es el mayor de sus deseos. Y las almas verdaderamente santas serían más numerosas, porque María sentiría un gran placer en concederles una gracia que más desea ella conceder que nosotros recibir.

¿De dónde proviene esa extraña falta de confianza para con aquella que es al mismo tiempo nuestra Madre y Reina del cielo? ¿Dudamos de su poder de Reina? ¿Dudamos de su amante bondad de Madre? ¿No es propio de los hijos fiarse enteramente de su mamá querida? No es ésta, desgraciadamente, la raíz de nuestra falta de confianza. No tenemos en ella una confianza de hijos por la razón sencillísima de que no somos suficientemente hijos suyos, de que ella no es plenamente nuestra Madre, de que jamás nos hemos «convencido» realmente de que María es y debe ser nuestra Madre.

Sí, hay que confesarlo, María, al mismo tiempo, es y no es nuestra Madre. ¡Oh!, es Madre objetivamente; lo es sin duda ninguna, y nos lo repetimos a menudo a nosotros mismos, pero subjetivamente, ¡ay!, no lo es, y la mayor parte de las almas aun interiores, jamás se han convencido sino a medias de esta verdad tan dulce y tan reconfortante: María es nuestra Madre, es *mi* Madre.

[1] Al describir el amor divino se ve uno forzado contra su voluntad a recurrir a nalogías sacadas del orden humano. Como fácilmente comprenderá el lector, las ideas desarrolladas en este capítulo y el siguiente, se inspiran en la comparación de un niño. Las expresiones y las imágenes empleadas están tomadas del amor tierno y sensible del niño para con su madre y de las relaciones que este amor crea entre ella y él. Al trasladarlas al orden sobrenatural, no hay que tomarlas al pie de la letra, sino adaptarlas a las realidades suprasensibles, espiritualizándolas. Si esto no se hiciere, se corre el peligro de fomentar una espiritualidad sentimental, que lejos de elevarnos hasta nuestra Madre del cielo, nos alejaría en definitiva de Ella, rebajándonos al nivel inferior de las realidades sensibles.



Si verdaderamente nos convenciéramos de ello, ¿podríamos pasar días enteros, como nos sucede a veces, no digo ya sin dirigirle una oración, pero aun sin conversar y sin vivir con ella? Si nos convenciéramos de ello como conviene, ¿podríamos pasar años, quizás nuestra vida entera, sin suspirar por esa Madre que sabemos que es tan amante y a quien no hemos visto jamás? ¿No tendríamos increíbles deseos de verla y de abrazarla? ¿Cuántas veces me ha sucedido experimentar ese sufrimiento íntimo de los verdaderos hijos de María, causado por el pensamiento de no haber visto jamás a nuestra amadísima Madre, de no haberla estrechado jamás en mis brazos?

Conocían este sufrimiento y lo habían experimentado muchas veces, y algunas en grado extremo, esos hijos por excelencia de María, como un Luis Gonzaga, un Estanislao de Kostka, un Alonso Rodríguez, un Alfonso de Ligorio, y más cerca de nosotros, una Gemma Galgani. Sus deseos eran tan vehementes, su dolor del destierro tan vivo, que atraían a María de lo alto del cielo y la forzaban a descender hacia ellos. María en su compasión amante, *deseaba* en tanto grado aliviar su pena, experimentaba ella misma tan viva necesidad de mostrárseles desde aquí abajo, que no podía resistir a la inmensa dicha de revelarles una vez siquiera su celestial belleza, de estrecharlos una vez contra su amantísimo corazón de Madre. Desgraciadamente, este pensamiento doloroso de la ausencia de María no ha rozado tal vez jamás mi espíritu.

*Gracia inmensa que sólo María puede conceder.*

Todos nosotros somos aquí abajo como niños ciegos y sordo-mudos. Sabemos por la fe que María es nuestra Madre, que nos rodea incesantemente de sus cuidados maternales, pero jamás hemos contemplado su radiante belleza, jamás hemos oído su voz infinitamente dulce jamás la hemos estrechado en nuestros brazos de hijos, ja-

más hemos saboreado la suavidad de sus caricias maternales. Y nuestra vida se desliza así, y cosa extraña, ni una sola vez quizá nos arranca esto un suspiro, ni una sola vez, sobre todo, nos arranca una lágrima. ¡Jamás hemos conocido la nostalgia del cielo y el deseo ardiente, la necesidad irresistible de ir a ver por fin a nuestra Madre y a abrazarla por primera vez!

Imaginaos un pobre huerfanito que sabe de repente que su madre vive aún, que aquella a quien lloraba hace mucho tiempo como muerta, sólo estaba perdida, y que dentro de poco estará entre sus brazos. ¿No experimentaría esos deseos intensos que harían huir el sueño de sus párpados y le harían suspirar día y noche por la alegría sin nombre de volver a ver a su amada madre? ¡Y ni una sola vez quizás hemos sufrido por esta cruel separación de nuestro largo destierro!

Si así es, esto muestra bien que no somos plenamente hijos suyos, que no vivimos como verdaderos hijos de María, con sentimientos de hijos, que en fin, no es ella, en una palabra, para nosotros una verdadera madre, nuestra Madre.

¡Oh, qué gran gracia es la de comprender perfectamente que María es verdaderamente nuestra Madre! Gracia de que no gozan sino las almas privilegiadas, los hijos mimados de María. Muchas almas saben sin duda que María es nuestra Madre, pero ¡cuánta distancia hay de esto a esa convicción sencilla y pura que hace que uno sea y viva como hijo de María!

Para comprender bien toda la diferencia es menester haber pasado por estos dos estados. Los que han conocido esa transición, que se hace a veces insensiblemente, a veces bruscamente, por medio de una gracia excepcional, se han maravillado muchas veces del cambio obrado en su vida. Cuando echan una mirada hacia atrás, les parece que en otro tiempo no conocían nada de María, que María no era para ellos nada, que vivían entonces sin madre. Pero ahora,



¡oh!, han encontrado a su amada Madre, a su querida Madre del cielo. ¡Y cuánto ha cambiado su vida, cuán llena está de María! Viven bajo su constante mirada. Participan con Ella de todas sus alegrías y de todos sus sufrimientos, de todas sus esperanzas y de todos sus temores. Recurren a Ella para todos los detalles de su vida, con esa confianza perfecta que es propia de los hijos amantes. En una palabra, María es verdaderamente para ellos lo que una madre es para su hijo.

Había llegado a ser verdaderamente hija de María, Teresa del Niño Jesús, que en su amor filial e ingenuo sabía encantar tan maravillosamente a su Madre celestial. He aquí lo que escribe a su hermana Celina: «A propósito de la Santísima Virgen, es menester que te confiese una de mis candideces: con frecuencia me sorprendo a mí misma, diciéndome: ¿Sabes, querida Madre mía, que yo soy más feliz que Tú? Yo te tengo a Ti por Madre, y Tú no tienes como yo una Virgen Santísima a quien amar... Es verdad que eres la Madre de Jesús, pero Tú me lo has entregado; y Él en la cruz te entregó a nosotros como Madre nuestra: así, pues, nosotros somos más ricos que Tú. En tu humildad, deseabas en otro tiempo ser la esclavita de la Madre de Dios; y en cambio yo, insignificante creatura, no soy tu esclava, sino tu hija. Tú eres la Madre de Jesús y eres mi madre.»[2] ¡Ah, si tuviéramos solamente una chispita de esta fe luminosa y de este amor ardiente y delicado para con María, para convencernos nosotros mismos un poco de que María es en realidad de verdad nuestra Madre, y de que lo es mejor que ninguna otra madre!

Pero ésta es una gracia inmensa y que sólo María puede concedernos. Nuestras meditaciones reiteradas pueden preparar para ella nuestra alma. Nuestros sacrificios, nuestra generosidad, nuestro frecuente recurso a María,

[2] *Cartas a su hermama Celina*, carta 13.

nuestras aspiraciones amorosas, sobre todo, pueden apresurar su feliz advenimiento, pero es menester que en fin de cuentas, María, escuchando nuestras ardientes súplicas, nos ayude por Sí misma poderosamente. Es menester que se nos haga tan cercana, tan presente, que se mezcle tan íntimamente en nuestra vida, que nos haga en ciertos momentos sentir su amor de una manera tan dulce, que adquiramos por fin la conciencia continua de que María es nuestra Madre y vive como nuestra Madre. Solamente entonces habremos llegado a ser y viviremos como hijos suyos[3].

Oh María, yo también te pido esta gracia. Soy tu hijito amado. Jesús te entregó a mí como Madre. ¿No quieres que tu hijito te conozca? ¿No quieres revelarte a él para que te ame ardientemente? ¡Ah! Lo sé, éste es un favor especialísimo, una gracia insigne, pero es una gracia que es muy dulce conceder a tu corazón de Madre.

Si para obtenerla es menester suplicarte una y mil veces, si es menester perseverar largo tiempo en mi demanda, ¡qué importa! Pero yo también estoy decidido a tener aquí abajo una madre del cielo que sea verdaderamente mi madre. Teniendo una madre y tal Madre, no quiero vivir ya por más tiempo como un pobre huérfano.

Oh María, ¿podrás rehusarme esta gracia, por inmensa que sea, por indigno que yo sea de ella? Tú me has concedido el darme cuenta de mi estado, el comprender que había una gracia que yo ni siquiera sospechaba. Ahora que he descubierto mi extrema indigencia, ya no podría vivir así. Oh María, revélate a mí, desciende hacia mí, para ser también para mí, como para tantos otros, una verdadera madre, para ser *mi* Madre. *Ostende mihi faciem tuam, sonet vox tua in auribus meis. Vox tua dulcis et facies*

[3] María tiene para realizar esto los más variados medios. Puede avivar singularmente nuestra fe y hacer nuestro amor más ardiente, concediéndonos toda clase de gracias. Puede también obtenernos un acrecentamiento del don de piedad. A veces, en fin, recurre también a gracias de orden místico.



*tua decora*: Muéstrame tu rostro, oh María, resuene tu voz en mis oídos. Tu voz es muy dulce y tu rostro infinitamente hermoso.

---

**II. Jesús hizo a su Madre amabilísima y perfectísima.—Placer que causa la contemplación de las amabilidades de María.—Jesús hizo también a María infinitamente amante.—¡Qué alegría pensar en ello!**

## *Jesús hizo a su Madre amabilísima y perfectísima.*

Cuando uno se ha convencido de que María es nuestra Madre, está a punto de comprender también un poco sus inefables perfecciones y amabilidades, como también su inmenso amor a nosotros.

La fe nos dice que María es Madre de Dios y Madre de los hombres. Como Madre de Dios se nos presenta en seguida como un abismo de perfección. No hay necesidad de muchas reflexiones para persuadirnos de que aquella a quien Dios ha elevado en dignidad por encima de todas las creaturas, escogiéndola para Madre suya, ha sido adornada más que ninguna otra con todos los dones de la naturaleza y de la gracia. Jesús nuestro Salvador, debía a su sabiduría, a su bondad y, sobre todo, a su amor de hijo, el hacer a María tan hermosa y amable que los mismos serafines se extasiaran de admiración ante ella.

Por eso en el mundo celestial, despues del sol deslumbrante de justicia y de santidad, que es Jesús, María se nos presenta como la luna incomparable que refleja de una manera dulcísima y perfectísima los rayos del sol divino que es su hijo. Ante ella, las purezas angélicas, las santidades más maravillosas no son más que puntos imperceptibles, estrellas que se honran formándole un radiante cortejo.

María es la Madre de Jesús. Él debía, pues, sobre todo, hacerla tan bella, tan pura, tan santa y encantadora, que Él, la infinita Santidad y Belleza, pudiera complacerse perfectamente en ella durante sus días de Nazaret lo mismo que durante toda la eternidad del cielo. Ella estaba destinada a ser para Él un jardín de delicias, una fuente de dicha inefable. Era menester para esto que la hiciera tal que no pudiera echar de menos nada en ella, que su inmenso amor respecto de ella no pudiera soñar nada más hermoso; que su infinita sabiduría quedara verdaderamente encantada y plenamente satisfecha al contemplar todas su amabilidades. Era menester que fuera tan idealmente bella y pura, tan exquisita, tan celestial que aun Él, la fuente infinita de todo ser y de toda belleza, pudiera manifestarle toda la estima y todo el amor que un hijo perfecto debe a su madre. ¡Oh, cuán encantadora debió hacerla para que Él también, Él sobre todo, pudiera decirle como el esposo de los cantares: *Tota pulchra es*: eres toda hermosa y aun mis ojos divinos no encuentran mancha en Ti!

¡Ganaríamos tanto meditando más a menudo las perfecciones inefables de María! La contemplo con frecuencia en los misterios de su vida, admiro sus grandezas y me maravillo ante sus prerrogativas, pero ¡ay!, olvido tal vez demasiado el gustar y saborear la exquisita belleza y la encantadora perfección de María. ¡Qué inmensa pérdida! Si María es tan deliciosamente bella que aun Jesús, la infinita Belleza, queda eternamente arrobado al contemplarla, ¿no debe ser también para mí un objeto de admiración lleno de felicidad?

Los poetas y los artistas pasan horas enteras contemplando la naturaleza. Se embriagan de poesía y de belleza y se pierden en ensueños sin fin ante las armonías de este mundo o del cielo estrellado. Y yo, hijo de María, ¿no podré pasar algunos instantes extasiándome a la vista de María, esa obra maestra del poder y de la sabiduría divina, esa obra maestra que supera por sí sola todos los mundos visibles? ¡Ay, hasta el presente, tal vez no he podido pasar una hora embriagándome de amor y de dicha, admirando a mi Madre celestial!



¡Oh, quiero pedirle que me ayude! ¡Quiero suplicarle que me encante también a mí como ha encantado a tantos otros! Si ella quiere, puede mostrarme un rayo de su celestial belleza, y esto será bastante para embriagar mi corazón de amor y de dicha. Entonces yo también, como todos los verdaderos hijos de María, podré exclamar entusiasmado: *Quæ est ista quæ processit sicut sol, et formosa tanquam Jerusalem?*: ¿Quién es ésta que avanza brillante como el sol y hermosa como Jerusalén?[4]. *Oleum effusum, nomen tuum*[5]. Oh María, Madre de Dios y Madre de mi alma, Tú eres llena de encantos y como un perfume de divinidad. Como tantos otros exclamaré con estremecimientos inefables de amor: María es inefablemente bella, es amable mil veces por encima de todo lo que yo podría concebir, soñar y desear.

### *Placer que causa la contemplación de las amabilidades de María.*

¡Ah!, si amo verdaderamente a María con toda mi alma, nada más que el pensar que es indeciblemente amable, santa y perfecta, que su sola vista me sacará fuera de mí mismo, ¿no es ya la suprema felicidad? Sí, una dicha inmensa, un océano de íntima alegría se me abre allí, y yo puedo sumergirme, perderme en él, y anegar allí mis miserias y mi inmundo yo. A María, mi Madre queridísima, mi Madre amada mucho más que yo mismo, la veo allí con los ojos de la fe, la siento cerca de mí, enteramente encantadora, toda perfecta, toda hermosa, realizando y

[4] *Breviario Romano*, 15 de agosto, 1.er nocturno, 2.a lec., rep.
[5] Cant. I, 2.

con mucho todos mis más ardientes deseos. ¡Oh, qué dicha, qué felicidad es ésta!

¿La verdadera dicha no es precisamente el ver realizados sus deseos, dicha tanto más grande cuanto más ardientes eran los deseos y cuanto más perfectamente se han realizado? ¿No tengo todos mis deseos satisfechos y más que satisfechos? Veo a mi Madre, a quien amo y a quien quisiera amar como jamás ha amado un hijo aquí abajo a su madre; la veo enteramente radiante, enteramente deliciosa, toda resplandeciente, sin sombra de imperfección. Sé que está cerca de mí, la veo inefablemente santa, inefablemente pura, incomprensiblemente amada y amante, nimbada de esa dicha purísima que le causan a la vez su amor a Dios y a Jesús y el amor de Dios y de Jesús a Ella, eternamente extasiada en la visión de Dios. Todo esto lo es María en un grado del que apenas puedo tener una idea imperfectísima. ¡Y sobre todo, Ella es todo esto, *Ella* y no yo...! He aquí la soberana dicha, he aquí el preludio de la vida del cielo. Ser todo esto yo mismo en Dios, sería una alegría sin nombre, ¡pero es *Ella* la que es todo esto, Ella, mi querida Madre del cielo, a quien amo mucho más que a mí mismo...! ¡Esto es mil veces mejor aún...! ¡Oh, cuán verdadero es esto, cómo lo comprendo ahora! *Speciosa facta es tu, suavis in deliciis tuis, sancta Dei Genitrix*[6]. Sí, oh María, tu belleza y tu felicidad me inundan de una dicha perfecta.

Pidamos a menudo a nuestra Madre el poder experimentar a veces esos trasportes de alegría, esa embriaguez del alma, a la que ha venido a inundar una gota de su celestial belleza, y que nos hace olvidar tan completamente todo el mundo creado y, sobre todo, a nosotros mismos. Pidámoselo también a Jesús, porque esta dicha íntima, esta viva alegría del alma, que gusta y saborea las amabilidades de su Madre celestial, no es otra cosa que

[6] *Breviario Romano:* Común de las fiestas de la Virgen, 5.ª antífona de Laudes.



la alegría del mismo Jesús que vive en nosotros. Él es el que viviendo y obrando en el alma, la hace estremecer de dicha y de amor. Él le presta sus ojos y su corazón. Le hace ver un poco a María, como la veía Él mismo. Le hace amar un poco a María, como Él la amaba. Le infunde su propio amor. ¿Qué tiene, pues, de extraño que el alma experimente por ello una felicidad enteramente celestial?

*Jesús hizo también a María infinitamente amante.*

María es nuestra Madre; es la más amable de las madres; es también, y esto es lo que más importa para nuestra confianza, la más amante de las madres. He aquí una cosa muy sencilla y que todos sabemos, que todos nos hemos repetido más de una vez. ¡Pero, cuánta distancia hay de esto a comprender, siquiera un poco, el amor de nuestra Madre celestial, y a haber penetrado un poco en las misteriosas profundidades del océano de amor de su corazón!

Pero ante todo, ¿es posible siquiera sondear ese corazón y adivinar un poco sus divinas bellezas? Parece a primera vista que el corazón de nuestra Madre divina debería ser como un jardín cerrado a nuestras miradas profanas, *hortus conclusus*, en el cual Dios solo ha penetrado. ¡Aun en esta tierra sabemos penetrar tan poco en el fondo de los grandes corazones! Las palabras, los gestos, las acciones de los que fueron grandes entre nosotros, sólo han revelado imperfectísimamente las cualidades íntimas y los sentimientos tan múltiples y delicados que vibraban en sus corazones. ¿Cómo, pues, conoceremos el corazón de nuestra Madre del cielo, de aquella que fue, sin disputa, la obra maestra de la omnipotencia divina, después de nuestro Salvador Jesús, de aquella a quien Dios ha hecho incomparablemente más amante y más hermosa que los serafines abrasados de amor?

Y sin embargo, gracias a Dios, en cierto sentido y al menos teóricamente, podemos conocer el Corazón de Ma-

ría mejor de lo que hemos conocido cualquier otro corazón. Nos basta pensar en lo que María debía ser para poder ser nuestra Madre y la Madre del género humano, para medir de un solo golpe la grandeza de su amor y saber lo que es en realidad. Podemos decir con absoluta certeza que María ha sido y es todo lo que debía ser para ser *perfectamente* la Madre del *género humano entero*.

Dios da siempre a aquellos a quienes eleva a grandes dignidades y a quienes confía misiones especiales, todas las gracias y las cualidades requeridas a este efecto. Al decretar que María sería la Madre del género humano, Dios por el mismo hecho le aseguraba todas las perfecciones que esta misión exige.

Procurad sondear un instante el abismo de virtudes maternales y sobre todo de amor, que esto supone. ¡Ser la madre de cada uno de esos millares de seres que se suceden en este mundo, y serlo perfectamente...! ¡Ser para *cada uno* de ellos todo lo que una madre debe ser para sus hijos...!

Cuán raras son entre nosotros las madres que sepan ser una madre ideal para *cada uno* de sus hijos. El amor de una madre debe estar, por su naturaleza, tan lleno de solicitud para con cada uno de sus hijos, debe ser tan intenso, tan profundo, que en una familia numerosa aun el corazón de las mejores madres es a menudo muy poco amplio, muy poco amante, para abrazarlos a todos en un igual e inmenso afecto. Diríase que el amor de una madre, por intenso y amplio que sea, se agota rápidamente en algunos hijos.

¿Podrá, según esto, una sola madre ser jamás la madre de todo el género humano, la madre de millares de hombres? ¿Es esto posible siquiera? Sería necesario para esto un corazón humano que fuera igual por sí solo en inmensidad, en ternura vigilante, en amante ingeniosidad, en sacrificio incansable a todos los corazones de madre que haya en el mundo. ¡Oh, no! Evidentemente esto es imposible. Y sin embargo, sí, la omnisciencia y la omnipotencia divinas han realizado esta cosa inaudita. Han hecho a María bastante grande, bastante poderosa, bastante amante, para que pudiera ser y fuera perfectamente, idealmente, la Madre de cada una de esas innumerables creaturas humanas.



Tener para con cada uno de esos hombres, cuyas naturalezas son tan diferentes, tan variadas sus necesidades, sus miserias tan grandes, y tan múltiples sus aspiraciones, tener para con *cada uno* de ellos toda la vigilante solicitud, toda la exquisita ternura, toda la compasión profunda, todo el amor inagotable que es menester para ser a la vez la madre de cada uno y la madre de todos, ¡oh!, he aquí lo que teóricamente podemos pensar y decir con una sola palabra, pero lo que jamás podríamos imaginar por un instante. Podríamos pensar en esto indefinidamente, pasar nuestra vida entera escrutando y midiendo ese abismo de amor de nuestra madre, jamás podríamos agotar el sentido de esa palabra tan sencilla y tan sublime a la vez: ¡Dios ha hecho el Corazón de María tal cual debía ser para que pudiera ser Madre de toda la Humanidad...!

### *¡Qué alegría pensar en ello!*

¡Qué mensaje tan agradable de consuelo y de alegría me trae esta verdad! ¡Pensar que todo el amor inmenso que llena el Corazón de María y que basta para amar perfectamente al mundo entero, que *todo* ese amor está proyectado sobre *mis* miserias; que está todo entero orientado hacia mí, en acción incesante respecto de mí! ¡Pensar que esa Madre ideal a quien Dios ha hecho, y cuyo amor supera el amor reunido de todas las madres, está a cada instante ocupada de mí; que soy yo, misteriosamente y sin saberlo, el objeto de sus continuas solicitudes, que su afecto me envuelve en una red infinita de atenciones maternales, que me ama, en fin, a mí, como si estuviera yo

solo en el mundo...! ¡Oh, jamás he pensado, sin duda, en esto! No he profundizado jamás como convenía, esa misteriosa y sublime realidad tan propia para producir en mí un estremecimiento de las cosas del más allá, tan propia para relegar al segundo plano de mi vida las mezquinas bagatelas de este mundo y hacer surgir en primer plano y colocar a plena luz las maravillosas realidades del mundo sobrenatural.

Es útil rumiar a menudo estas grandes verdades, tratar de penetrarlas; pero, una vez más, no nos hagamos ilusiones. María, nuestra Madre celestial, es la única que puede darnos el sentido verdadero, profundo, el conocimiento íntimo de su amor maternal para con nosotros. Sólo Ella puede, si somos generosos, si le rogamos con insistencia, hacernos gustar y saborear deliciosamente sus perfecciones maternales.

Esas perfecciones las revela Ella a todos sus hijos privilegiados a quienes ha concedido la dicha de convercerse de que Ella es su Madre. Como una madre amante, los rodea de tantos cuidados, se inclina tan amorosamente hacia ellos, les prodiga tantas caricias, a veces los estrecha tan ardientemente sobre su amante corazón, que conocen un poco experimentalmente y saborean íntimamente lo que ningún esfuerzo de imaginación podría hacerles gustar. ¡Cuán felices son esas almas! Tienen desde este destierro una Madre celestial. Vale tanto como decir que este destierro no es ya para ellas un destierro más que a medias. Poseen aquí abajo una de las mejores cosas que nos reserva el cielo. Han encontrado, poseen ya un poco a su Madre María, y algunas veces gozan de Ella inefablemente.

A esas almas, María se les manifiesta de una manera extraña y misteriosa, que las demás apenas sospechan. Ellas tienen, en medio de la noche de la fe de este mundo, resplandores de luz que les revelan un poco los esplendores del más allá y las perfecciones encantadoras de María.

Desgraciadamente, esas realidades son demasiado elevadas, demasiado trascendentes para encontrar una expresión un tanto adecuada en nuestro pobre lenguaje humano. Aun los santos no han podido traducirnos en palabras las sublimes maravillas que les descubría el Corazón de María, a lo más, algunas veces, han sorprendido en medio de sublimes éxtasis, han revelado inconscientemente, por medio de sublimes balbuceos y con los acentos más cálidos y vibrantes, el incendio de amor que encendía en ellos la vista de su Madre celestial y de sus infinitas amabilidades[7].



---

**III. Vida de abandono de los verdaderos hijos de María; su dicha y su confianza instintiva.—Los hijos de María tienen razón para confiar.—Sobre todo porque María ama en nosotros a Jesús, y más aún, porque ama a Jesús en sí mismo.**

### *Vida de abandono de los verdaderos hijos de María; su dicha y su confianza instintiva.*

No tenemos generalmente ninguna dificultad en comprender que María, la Madre de Dios y la Reina del cielo, es todopoderosa, que dispone de todos los socorros divinos y es la dispensadora mediata de todas las gracias, que por consiguiente puede ayudarnos en todas nuestras necesidades, cualesquiera que sean. Este elemento de la confianza no nos falta de ordinario. Pero lo que es necesario comprender, lo que hasta ahora hemos procurado inculcar, es que María quiere socorrernos, que lo desea inmensamente, que tiene un amor sumamente compasivo para con nosotros, porque es verdaderamente nuestra Madre, porque es la más perfecta y la más amante de todas las madres y su amor supermaternal, que supera el amor de

[7] Véanse en las *Cartas y éxtasis de Gemma Galgani* las sublimes palabras que arrancaba a la seráfica virgen de Luca, la vista de aquella a quien llamaba siempre con infantil ternura «mi querida Mamá».

todas las madres juntas, se derrama íntegramente sobre cada uno de nosotros.

Una vez que nos hemos convencido de esto, el corazón se abre enteramente al abandono. Se ha abierto una gran brecha en nuestra incredulidad, y las olas se precipitan en nuestra alma para inundarla de una confianza inmensa, ciega, abandonada, al abrigo de toda sorpresa.

El alma que ha encontrado a su Madre comienza a vivir una vida nueva, desconocida, una vida perdida en María. Es la vida sencilla, deliciosa, infinitamente envidiable, de los niños pequeñitos. Es la paz serena y apacible en medio de todas las agitaciones de este mundo. Porque el niño lo posee todo al poseer a su madre. Nada le falta. Los torbellinos de los deseos, de las necesidades, de los temores, no llegan hasta él. Parece ignorar el mundo exterior y serle extraño. No conoce más que el dulce seno de su madre. Sí, una madre lo es todo para su bebé querido: es su alegría, su amor, su seguridad, su vida.

¡Cuánto más es todo esto María, la Madre ideal! Ella lo es verdaderamente todo y de una manera perfecta, para el alma que se abandona a Ella como un niño. *Dilectus meus mihi et ego illi qui pascitur inter lilia.* Ella puede decir con toda verdad: Mi amado hijo es enteramente mío, y Yo soy toda suya, de ese ser querido a quien rodean los lirios de una infantil pureza.

Dichosa el alma que respira y vive sobre el seno de María y reposa a cada instante sobre su corazón en una dulce confianza. Sus necesidades pueden ser variadas y numerosas, sus miserias pueden ser muy aflictivas, ¡qué importa! Posee a María, su Madre celestial, y esto equivale a todo.

Viene a atormentarla algún sufrimiento; ¿qué hará? ¿Qué hace el niño que trata de caminar y se lastima al caer? Clama a su madre, le tiende los brazos, y su madre se inclina al punto amorosamente hacia él, le estrecha contra su seno, besa la manita que se ha lastimado, y con



ese solo beso hace cesar el dolor. Así obra el alma hija de María. En el sendero de la vida ha tropezado, ha caído, se ha lastimado. La oprime algún sufrimiento físico, a ella o a los que le son queridos. Una pena moral, la pérdida de un ser querido, un fracaso, una ingratitud la aflige. Las contradicciones, las calumnias la asedian y la hieren. ¿Qué hará? Tiende los brazos suplicantes hacia María, su Madre siempre cercana, siempre presente, y María se inclina hacia ella, besa con ternura el miembro dolorido. Cura, si es saludable, su enfermedad física o su dolor moral. Si no, pone en la herida el óleo perfumado del amor santo, que la hace encontrar deliciosos los sufrimientos queridos por Dios.

A veces sucede que cae en alguna infidelidad, en alguna falta. ¡Oh!, no muy grave, sin duda, porque al amor vigilante de María no lo consentiría. ¿Qué hará? ¿Va a entristecerse, a despecharse, a lloriquear? O bien, al verse tan imperfecta, ¿comenzará a dudar del amor de María a ella? ¡Oh, no! El hijo que ha cometido alguna falta sabe muy bien que su madre le ama siempre. Corre instintivamente a arrojarse en sus brazos, y las caricias enternecidas de su madre le prueban muy pronto que no se había engañado al creer siempre en su amor.

Otras veces el alma experimenta un ardiente deseo. Quiere a toda costa obtener de María un favor. ¿Cómo se las arreglará? Hará también como los niños pequeñitos. Se acercará a María, le hará mil caricias infantiles, y le dirá sencillamente lo que desea. Su amor candoroso de niño le ha ganado su causa de antemano. Está segura de ser escuchada, de serlo exactamente como lo desea, o de una manera más eminente, que ella ignora, por grande que sea la gracia pedida. Sabe que su Madre es todopoderosa y nada desea tanto como hacerla feliz.

El alma, en ciertas ocasiones, siente que la invade una nube de melancolía. ¡Quisiera tanto parecerse perfectamente a Jesús y a María, para agradarles inmensamente!

Quisiera ser como ellos, muy mansa, muy humilde, muy mortificada, muy olvidada de sí misma, muy amante. ¡Ay, está tan lejos de eso, tan lejos de su ideal! Y cada día se va más alejada aún, más desemejante, a lo que parece, de Jesús y de María, porque conociendo cada día más las amabilidades de Jesús y de María, conoce también mejor sus propias miserias. Su corazón sangra a veces cruelmente ante este espectáculo. ¿Podrá agradar jamás perfectamente a Jesús, como tanto lo desea? Entonces, como un niño que sufre, va a presentarse a su querida mamá del cielo. Le muestra sus heridas, sus llagas. Le descubre su mal. Derrama y vierte en su corazón de madre sus tristezas y sus aspiraciones. Y María la consuela muy pronto, la hace comprender que todo requiere tiempo y que aún nuestras miserias son útiles para nuestra santidad. *Diligentibus Deum omnia cooperantur in bonum.* Al mismo tiempo derrama en su corazón nuevas gracias de amor, para adelantar más en la virtud.

Así, en todas sus necesidades y en todas sus aflicciones, el alma que ha llegado a ser hija de María y vive una vida verdaderamente «mariana» se vuelve instintivamente hacia su Madre. Vive en María, respira en María. María ha llegado a serle tan necesaria como el aire que respira. En Ella lo encuentra todo. Continuamente tiene como la intuición de que su Madre es para ella todo en todas las cosas. Tiene una confianza ilimitada, y esa confianza no la ha engañado jamás.

¿Quiere esto decir que raciocina mucho sobre su confianza, que trata de afianzarla cada vez más con nuevos motivos de esperanza? No ciertamente. Su confianza es enteramente espontánea y como instintiva. Es una de esas intuiciones propias del amor. Es que ella es verdaderamente hija de María, y Dios no le ha rehusado lo que concede a todos los hijos, pero sobre todo a los que viven la vida de infancia espiritual, un amor ardentísimo y esencialmente confiado para con su Madre. Le ha dado en



abundancia ese don precioso del Espíritu Santo, ese don de piedad filial que la hace extremadamente dócil a los impulsos de su amor filial[8].

*Los hijos de María tienen razón para confiar.*

El hijo de María, ya lo hemos dicho, nunca o casi nunca razona su confianza. Es bueno, sin embargo, detenernos un instante para razonarla y darnos cuenta de cuán plenamente sabia es esa confianza ciega e instintiva. Se apoya inconscientemente en excelentes razones y no podría engañar.

Si hemos comprendido un poco que María es verdaderamente nuestra Madre y que es la más simpática, la más compasiva, la más amante de las madres, veremos al momento y sin dificultad, que el alma tiene perfectamente razón cuando se abandona a María con entera confianza y espera firmemente de Ella todo lo que desea. ¿Se puede ser nunca pobre e indigente cuando se tiene una Madre amante y que es Reina del cielo? ¿Se puede ser jamás débil e imponente cuando se tiene una Madre que rige todo el universo? ¿Se puede, en fin, desesperar de llegar a ser un santo y un sembrador de santidad cuando se tiene una Madre que es la mediadora y dispensadora de todas las gracias? Sí, el alma niña que confía ciegamente en su Madre celestial tiene plenamente razón. Por una gracia de elección tiene constantemente conciencia, tal vez sin darse cuenta de ello, de que María no podría dejarse vencer en ternura, en generosidad, en amor, por ninguna madre de la tierra.

¿Podríamos imaginar una madre amante y a la vez riquísima que dejara a su hijo sufrir de hambre y de sed,

[8] Véanse en la revista *La Vie Spirituelle*, de febrero de 1928, las páginas de amor enternecido de la carmelita claustrada María de Santa Teresa. Pocas páginas respecto de María y de la vida «marial» deberían ser tan caras a los hijos de María. Aparecieron también en un folleto con el título de *Vie Mariale*, trad. de Louis Van Den Bossche, 64 páginas. Desclée de Brouwer et Cie., 1930.

cuidándose muy poco o nada de la enfermedad que le hace sufrir cruelmente, indiferente a sus tristezas y pesares? Eso parece una contradicción. Es algo imposible. Y si esto sucede aun con las madres tan imperfectas de este mundo, ¿habrá una sola miseria humana que no haga estremecer el Corazón de María y que no esté segura de atraer su socorro, con tal de que se tenga confianza?

Enfermedades de nosotros mismos o de los nuestros, pobreza, desnudez, afectos contrariados, persecución y calumnia, ingratitud y abandono de los amigos, fracaso aun en una empresa material, todo esto conmueve el corazón tan amante de nuestra Madre celestial, mucho más de lo que conmueve el corazón de cualquier madre aquí en la tierra. Y si tenemos plena confianza en María, Ella nos socorrerá de seguro. Nos librará de nuestros males o, si tal vez el plan divino es otro y nos conviene más sufrir, nos dará el ánimo y el amor a la cruz que nos harán dulces esos sufrimientos y los convertirán en una preciosa mina de beneficios espirituales.

Pero pensad, sobre todo, en las miserias morales: caídas lamentables tal vez de aquellos que nos son queridos, pecados en los cuales nosotros mismos podemos caer y, para las almas fervorosas, esos atolondramientos, esas pusilanimidades, esas incoherencias, esas manifestaciones de amor propio que se nos escapan y entorpecen nuestros progresos espirituales. Además, la infinita variedad de esas pruebas interiores llamadas sequedades, desolaciones, abandonos, tentaciones penosas, noches místicas extremadamente dolorosas. Por fin, para los apóstoles de Jesús y de María, las dificultades en su apostolado, sus fracasos, las resistencias de las almas rebeldes a la gracia. Todas esas miserias reales o aparentes, todas esas causas de sufrimiento íntimo del alma, repercuten profundamente en el corazón de nuestra Madre y son objeto de sus continuas solicitudes.

Su amor a nosotros es tanto más misericordioso, tanto



más compasivo, cuanto que sabe perfectamente que, en la vida espiritual sobre todo, somos como niños pequeños que dependen esencialmente de su madre. Si ésta no alimenta al niño con su leche o lo hace insuficientemente, si se cuida poco o nada de él, ¿cómo podría vivir y desarrollarse? También nosotros dependemos enteramente de nuestra Madre María, a quien Jesús ha escogido como la dispensadora y el canal de todas sus gracias. Sin Ella no podríamos vivir y crecer en el amor divino. No tenemos tal vez conciencia de ello, y sin embargo, así es. No hay ninguna gracia de oración o de contemplación, ningún atractivo hacia el bien, ninguna fuerza para practicar la virtud, ningún consuelo, que no nos venga por sus benditas manos.

Y pensad que hay una razón especialísima por la cual el amor de María es un amor extremadamente *compasivo*. Y es que su corazón y su amor se formaron en el dolor. Durante toda su vida mortal, pero sobre todo al pie de la cruz, el alma de María fue herida y traspasada por esas dolorosas espadas de la compasión hacia un ser amadísimo. Nadie como Ella ha sido torturada y martirizada por la compasión para con su hijo agonizante. Y he aquí una razón verdaderamente patética por la cual el amor de María es un amor profundamente compasivo. Aunque la Virgen no fuera nuestra Madre, Ella, la Reina de los mártires, *Regina martyrum*, sería realmente el alma ideal en la cual podríamos derramar todos nuestros sufrimientos y todas nuestras necesidades.

Sin embargo, María no es únicamente más compasiva que cualquier madre de la tierra, es también más prudente, más inteligente, y conoce mucho mejor que nosotros las miserias que sufrimos. Sufrimos por nuestras tibiezas, por nuestras apatías, por nuestros continuos retornos al amor propio, por nuestra preocupación exagerada de las cosas materiales. Sufrimos por todo esto, y tanto más cuanto más cuenta nos damos de su absurdo y de su fealdad,

cuanto mejor comprendemos el valor de las cosas eternas; ¿pero qué decir de María? Ella, el espejo fiel de la sabiduría y de la santidad divina; Ella, el foco del amor más puro, ¿qué debe pensar de todas estas miserias? Ella comprende su inmensa tristeza mucho mejor que nosotros. Sus entrañas de Madre se conmueven profundamente ante Ella. Arde y se consume en deseos de ayudarnos, de purificarnos, de santificarnos.

Imaginaos un niñito que ha caído al fuego, y cuyo cuerpo está horriblemente destrozado por las heridas. Entra su madre y le encuentra tendido en tierra, medio inconsciente. ¡Qué angustia la que se apodera de ella al punto! ¡Qué compasión tan inmensa le oprime y le estrecha la garganta! No hallará reposo hasta después de haber hecho todo lo que pueda para aliviar a su querido hijo.

¿Y pensáis vosotros que esa compasión y ese amor se aproxima un poco a la compasión que experimenta María para con cada uno de nosotros, para conmigo, que soy tan a menudo presa de las llamas del amor propio, y cuya alma está cubierta de las horribles llagas producidas por él? ¡Oh!, cuando yo sufra, y tal vez, gracias a Dios, sufro a veces intensamente por esas mezclas de amor propio que afean mis más hermosos actos de virtud, cuando sufra y gima, me presentaré a María, iré a mostrarle no ya mi cuerpo, sino lo que es por desgracia mucho más doloroso, mi alma toda quemada, toda ennegrecida por ese horrible y cruel vicio del amor propio. Iré a mostrársela como mostraría un hijo sus heridas. Y tendré no ya confianza, sino certeza de que María quiere y va a ayudarme.

*Sobre todo, porque María ama en nosotros a Jesús, y más aún, porque ama a Jesús en sí mismo.*

Y sin embargo, tenemos razones más poderosas aún para afianzarnos en la confianza más firme y más audaz,



sobre todo cuando se trata de la vida espiritual y de nuestras aspiraciones hacia el amor puro y hacia la santidad. Es que María quiere hacernos perfectos y santos, no solamente porque *nos* ama con ese amor que hemos tratado de comprender, sino también y sobre todo porque ama en nosotros al mismo Jesús.

Todos nosotros somos miembros queridísimos del Salvador, miembros de su cuerpo místico. Lo cual quiere decir que Jesús vive realísimamente en nosotros, que está íntimamente unido con nosotros, como la cabeza está unida a los miembros. Todos somos algo de Jesús. Al vernos, María ve a Jesús. Al vernos sufrir, María ve a su mismo Jesús que sufre dolorosamente. María tiene una infinita e incomprensible compasión de nosotros, porque tiene compasión de Jesús, que sufre en nosotros y por nosotros.

Pero no es esto todo. María desea nuestra perfección y nuestra santidad más aún porque ama a Jesús no solamente *en nosotros*, sino también y sobre todo *en sí mismo*. Su amor a Jesús es una sed insaciable de hacerlo amar de todos. ¡Oh, cómo quisiera encender en todas las almas el fuego del amor divino, del amor más ardiente y más puro! Ella que ama tanto a Jesús, no puede sufrir el verle a Él, la infinita amabilidad, tan poco amado de los hombres. En el segundo plano de todas nuestras necesidades espirituales se levanta siempre para ella la cruz del Calvario, y la voz de Jesús agonizante llega siempre a los oídos de María: *Sitio:* Tengo sed de amor. Por eso, cuando las almas fervorosas, cuando nosotros, sus verdaderos hijos, deseamos extinguir la sed de Jesús por medio de un amor ardiente y consolador, por medio de nuestra santidad y la de muchos otros, cuando para todo esto acudimos a María a pedirle amor y mucho amor, entonces María no se puede contener. Es absolutamente necesario que nos satisfaga, y nos concederá sus gracias más insignes, con tal de que nos atrevamos a esperarlas firmemente de Ella. ¿No somos

nosotros sus hijos de consolación? ¿No es para Ella un alivio el colmarnos de gracias espirituales?

Escuchad esta encantadora visión de Gemma Galgani: «¿Quién hubiera podido imaginarse jamás, escribe en una cuenta de conciencia a su director, que mi querida Mamá viniera a visitarme esa tarde? ¡Qué felicidad en aquellos dichosos instantes! ¡Qué dulzura en mi corazón! Que lo explique el que pueda. Después de mi primera emoción, me tomó en sus rodillas, me hizo reclinar la cabeza sobre sus hombros y la mantuvo allí algunos instantes. Mi corazón lleno de felicidad no tenía nada que desear. —¿No me amas sino a Mí?, me preguntaba de vez en cuando. —¡Oh, no!, respondía: ante todo amo a otro. —¿A quién?, replicaba Ella, fingiendo no entender. —A alguien que me es muy querido, más querido que todo en el mundo; le amo tanto que daría inmediatamente toda mi sangre por Él; por Él no me preocupo de la vida. —Pero dime a quién, me preguntaba impaciente. —Si hubieras venido anteayer por la tarde, Madre mía, le habrías encontrado conmigo... —¿Pero quién es?, repetía María. —No: no lo diré, le respondía. Mira, Mamá querida, se parece mucho a Ti por su belleza; sus cabellos tienen el color de los tuyos. Entonces la dulce Madre, acariciándome, me preguntó de nuevo: —Pero, hija mía, dime pues de quién hablas. Y yo exclamé muy recio: —¿Pero no comprendes? Hablo de Jesús, de Jesús. —Repítelo aún más fuerte, me dijo la Madre celestial. Luego, mirándome con dulce sonrisa, me estrechó ardientemente contra su corazón y añadió: —Sí, ámale, ámale mucho, y no ames más que a Él solo. —No temas, le respondí, nadie en el mundo, fuera de Jesús, disfrutará jamás de mi afecto. De nuevo me abrazó y me besó en la frente. Luego salí de mi éxtasis, y me encontré postrada en tierra, muy cerca del Crucifijo.»[9]

[9] P. Germán de San Estanislao: *Gemma Galgani.* (Traducción de la 6.ª edición italiana, por el Dr. Modesto Hernández Villaescusa. Herederos de Juan Gili. Barcelona, 1915.)



Nuestra Madre celestial es llamada *Mater pulchræ dilectionis*, Madre del amor hermoso. ¡Oh, qué hermoso título es éste! La prenda segura de que María nos escuchará. María es una fuente inmensa, una fuente desbordante del amor más hermoso, más sacrificado, más puro. Pidámosle que haga desbordar sobre nuestro corazón una gota de ese amor santísimo, y nuestra alma quedará enteramente trasformada y divinizada por él. Magdalena de Pazzis, un día en que se abrasaba en los ardores del amor divino, exclamaba entre trasportes: «¡Ah, si una sola gota de lo que yo siento en mi corazón cayera en el infierno, el infierno se trasformaría instantáneamente en paraíso!» Oh María, deja caer una gota de tu amor purísimo en mi alma tan miserable, y yo también me trasformaré en un paraíso de amor.

Jamás podríamos pensar demasiado en estas verdades tan reconfortantes. Deberíamos recordarlas sobre todo en las horas de desconfianza, de cansancio, de desánimo. ¡Nos impresiona tanto a veces nuestra cobardía en el servicio de Dios! ¡Nuestras indelicadezas, nuestras faltas de correspondencia y de generosidad se nos presentan en un relieve tan abrumador! ¡Ah, seguramente somos demasiado ingratos, demasiado indignos para esperar aún favores especiales! Dios no podría malgastar así inútilmente sus dones, y arrojarlos a los puercos. Esas gracias de elección sin las cuales nadie llega jamás a la perfección, esas gracias sobre todo, ¿cómo podría atreverme a esperarlas? Pues bien, si alguna vez, ahora es el momento de pensar en María. María nos ama inmensamente, ya lo hemos visto, su amor es enteramente gratuito y muy superabundante. No está medido por nuestro amor ni por nuestras virtudes. No está limitado por nuestros defectos. A cada uno de nosotros, justos o pecadores, podría decirnos María lo que decía a San Alonso Rodríguez: «Yo te amo mil veces más de lo que tú me amas.» Sí, su amor es gratuito. Nosotros no lo hemos merecido. Ni tampoco lo perdemos por nuestras faltas.

Y además, ya lo hemos visto, Ella ama en nosotros a su amadísimo hijo Jesús. ¿Que yo soy digno de su amor? ¡Pues bien, pase! Pero Jesús que vive en mí, Jesús que quiere crecer y desarrollarse en mí hasta la santidad, Jesús que sufre en mí, Él, no es indigno de su amor. ¿Cómo podría dudar aún de que me ama y de que está dispuesta a darme todo lo que me hace falta para llegar a ser yo mismo un santo y a hacer innumerables santos por medio de un fecundo apostolado? Y aun cuando mis ingratitudes me hubieran hecho indigno de favores ulteriores, ¿dejaría por eso María de amar al mismo Jesús, no querría siempre que Él, la infinita amabilidad, sea amado por todos, amado también por mí que lo merezco tan poco?

Se ha dicho muy acertadamente que el oficio de María fue el de engendrar a Jesús en sí misma y que continúa engendrándole en las almas[10]. Su maternidad divina comienza en Belén, para no terminar sino al fin de los tiempos. Su misión es engendrar a Jesús en nosotros, darnos su vida, hacerla desarrollar y florecer hasta la santidad perfecta. Pensamiento precioso, si los hay, para las almas generosas que no conocen más que un solo deseo en la tierra: el ver a Jesús crecer cada día más en ellas, vivir cada vez más de su vida, trasformarse en Él, y en cuanto puedan, hacerle vivir también en otras almas. Su único deseo es también el deseo único de María. Según esto, ¿no están seguras de ser escuchadas? ¿Qué será lo que pueda impedir la realización de ese común deseo de ellas y de María? ¡Dichosas almas! El amor inmenso de María a Jesús y el deseo de hacerle crecer y florecer en esos terrenos tan propicios, es una garantía preciosa de su futura santidad.

[10] Cfr. Luis María Grignion de Monfort: *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*. Apostolado de la Prensa. Madrid.

## CAPÍTULO XXII

# MARÍA Y EL ALMA IDENTIFICADA CON JESÚS

**I. Jesús quiere también amar a María en nosotros y por nosotros.—El alma que está identificada con él es invitada a hacer ella misma las veces de Jesús para con María.—Dicha inefable de esta vida encantadora.—Confianza que inunda el alma.**

*Jesús quiere también amar a María en nosotros y por nosotros. El alma que está identificada con Él es invitada a hacer ella misma las veces de Jesús para con María.*

Hemos visto en el capítulo anterior cuán deliciosa es la suerte de las almas que saben confiar plenamente en María y entregarse a Ella para vivir, como verdaderos hijos de la Virgen, una vida toda de abandono. Y sin embargo, hay algo más exquisito todavía. Es dulcísimo, sin duda, vivir como uno de esos numerosos hijos de María, que se convencen de que la Virgen es verdaderamente su Madre y viven una vida en armonía con esa dulce convicción, una verdadera vida de hijos de María. Pero es mucho más dulce todavía vivir como el hijo por excelencia de María, Jesús. Ser un verdadero hijo de María es cosa muy buena e inunda al alma de una confianza muy grande. Ser el mismo Niño Jesús, hacer aún sobre la tierra las veces de Jesús para con María, prolongar, perpetuar en Ella a Jesús, renovar en María todas esas dichas sin nombre y esas emociones deliciosas que experimentaba aquí

abajo su corazón perfectísimo al contacto de Jesús, ¡oh!, esto es sencillísimamente divino y eleva al alma de un solo golpe a una esfera celestial, que no ensombrecen ya las tempestades de la vida.

Hacer aún las veces de Jesús para con María aquí abajo... He aquí en dos palabras mágicas el papel que Jesús ofrece a las almas que están identificadas con Él, o que se esfuerzan por estarlo, el papel que Él desempeña en ellas respecto de la Inmaculada Virgen.

Porque el amor de Jesús a su Madre, no menos que el amor a su Padre celestial, es un amor inagotable, un amor siempre insatisfecho. No le bastaron a Jesús sus treinta años en Nazaret para amar a María, no le basta su vida eterna del cielo para amarla con su propio corazón. Quiere amarla tanto cuanto pueda, por todos los medios que le proporciona su omnipotencia. Quiere amarla, hacerla feliz, entregarse a Ella por medio de esos millones de hombres que son sus miembros místicos, que son algo de Él. Quiere amarla y entregarse a Ella por medio de esos millones de corazones y de vidas que anima su gracia y su divino amor trasforma. Sí, Jesús quiere multiplicarse hasta el infinito para satisfacer su inmensa sed de amor a su bendita Madre. Quiere renovar su vida terrestre y perpetuarla hasta el fin de los tiempos. Y he aquí por qué a cada uno de nosotros le pide Jesús su entendimiento, su voluntad, su corazón, todo su ser, para penetrarlos de su amor filial a María y servirse de ellos para vivir aún aquí abajo millones de vidas de amor a Ella.

Hay, sin duda, muchas maneras de entregarse a Jesús y de dejarle vivir en nosotros. La mayor parte de las almas son demasiado groseras, demasiado materiales, para que Jesús pueda servirse de ellas según su beneplácito. El vaso estrecho de su corazón está demasiado lleno de amor propio para que el océano del amor divino pueda verter en él abundantemente sus olas. Es menester ante todo que el alma se despoje de sí misma, es menester que muera



a sí misma par vivir la vida de Cristo. Es menester que se haya ejercitado durante largos años en la vida de amorosa intimidad con el Salvador. Es menester, que su corazón haya reposado antes, a menudo, sobre el corazón tan perfecto de Jesús, para que pueda por fin fundirse con Él y no formar más que un solo corazón. Solamente después de estos largos años de intimidad puede invitarnos, sin temor, a una vida de identificación con Él y servirse de nosotros para vivir en nosotros todos sus divinos deseos y todas sus voluntades amantísimas.

El alma identificada con Jesús es el alma que lo ha entregado todo, lo ha cedido todo, lo ha abandonado todo irrevocablemente a Jesús, para que Él use de ello a su antojo. Su corazón es el corazón de Jesús, su voluntad la de Jesús. Según eso, ¿cómo no iba a usar Jesús de ellos para amar aún inmensamente a María, y hacerla mil veces feliz, así como se sirve de ellos para amar y glorificar aún aquí abajo a su Padre celestial? ¡Oh!, he aquí que ha encontrado por fin un corazón, en el cual puede hacer vibrar sus estremecimientos de amor a su bendita Madre. ¡Oh, cuán envidiable es este corazón! ¿Quién podrá decir dónde se detendrá Jesús en los arranques de su amor a María? ¿Quién podrá decir a qué santas locuras de amor llevará a esa alma, a fin de satisfacer todos su propios, divinos deseos?

Cuando Jesús quiere servirse así de una alma para amar aún a María a su satisfacción, la hace comprender y sentir a veces cuánto gusta de servirse de ella. A fin de iniciarla mejor en esa nueva vida, la hace experimentar a veces emociones dulcísimas en el desempeño de su misión para con María, algo de lo que Él mismo sentía en Nazaret respecto de su Madre. Así, poco a poco, el alma acaba por identificarse tan perfectamente con Jesús, que revive todos los deliciosos sentimientos y renueva todas las acciones de Jesús Niño ante su divina Madre.

Por la mañana, apenas ha abierto el alma los ojos a

la luz del día, cuando corre a arrojarse en los brazos de María y le dice con amor en nombre de Jesús: «Él es el que te besa por mi boca y te ama por mi corazón.» Y María se inclina hacia esa alma dichosa y con amor enternecido le devuelve el beso, creyendo besar aún a su divino Hijo de Nazaret.

Muy pronto el alma se entrega a su ocupación favorita, la oración. Va a ella, como a todas las cosas, con Jesús. Con Él y en su nombre contempla amorosamente a Dios. Con Él contempla también a María, su Madre. Como en Nazaret, Jesús, por medio de ella, la mira largamente con una mirada llena de admiración. Se extasía a la vista de esa Madre, la obra maestra de su sabiduría y de su omnipotencia y se extiende en ardientes alabanzas: *Tota pulchra es, Maria, et macula originalis non est in te.* Con sus caricias infantiles solicita los besos y las respuestas de María. *Sonet vox tua in auribus meis, vox tua dulcis et facies decora:* ¡Resuene tu voz en mis oídos, porque tu voz es muy dulce y tu rostro tan hermoso![1]

Y la Virgen en respuesta, estrecha al alma con ternura contra su seno, diciéndole: *Dilectus meus candidus et rubicundus, electus ex millibus:* He aquí que mi amado es blanco y sonrosado, escogido entre millares[2].

Entonces el Hijo divino se estrecha con más ardor contra su corazón y le sonríe con amor, queriendo hacerla experimentar aún las emociones tan dulces que sentía cuando le arrullaba entre sus brazos. Y los serafines contemplaban arrobados a Jesús que se entrega así, por medio de esa alma, a todas las ternuras de su amor a María.

Luego, el alma se dedica a su trabajo cotidiano. Trabajo humilde y materialmente insignificante, o trabajo de mayor brillo, poco importa; lo hace con Jesús y para Él, bajo la mirada de su Madre celestial. Tiene conciencia de que está allí muy cerca de Ella, cubriéndola con su mirada,

[1] Cant. II, 14.
[2] Cant. V, 10.



no dejándola sola jamás, del mismo modo que una madre nunca abandona a su pequeñín. Y muchas veces la mirada íntima de su corazón se vuelve un instante hacia la Virgen, a quien contempla con admiración.

Sucede que el alma tropieza a veces con alguna dificultad material o, con más frecuencia, espiritual. O si no, ha caído quizás en alguna imperfección que lamenta inmensamente, por pequeña que sea. Entonces corre a arrojarse en los brazos de María, del mismo modo que lo hacía el Niño Jesús cuando se había lastimado al caer.

En ciertas ocasiones, el sufrimiento, sufrimientos del cuerpo o pruebas del alma, duda penosa o temor angustioso, viene a visitarla. Sufre y su corazón sangra. Entonces se arroja también en los brazos de su Madre celestial, y Jesús por medio de ella se duerme tranquilizado sobre el seno de María. Jesús y María, creen ambos revivir aún, gracias a ella, las horas de prueba que conocieron durante la huida a Egipto.

Y por la tarde, después de un día todo de amor, el alma, como Jesús en otro tiempo, besa por última vez a su Madre en nombre de Jesús, y se duerme en paz sobre su corazón maternal, bajo su dulce mirada.

Así, el día del alma identificada con Jesús trascurre enteramente en la dulce compañía de la Virgen. Y Jesús la inunda de sus sentimientos de filial amor a María, hace pasar por su corazón las olas de su religiosa ternura para con ella. Muy a menudo lo hace de una manera oculta; a veces se las hace sentir deliciosa y sensiblemente. ¡Ah!, también yo lo sé muy bien, si soy de esas almas privilegiadas a quienes Jesús se ha dignado escoger para vivir en su nombre y amar a María en su lugar.

A fin de agradar más a su Madre y hacer su dicha más perfecta, a fin de darle mejor la impresión de que posee verdaderamente a su divino Hijo de Nazaret, Jesús llena al alma «dentificada» no solamente de sus sentimientos de amor para con María, sino también de todas sus divinas

virtudes. Le infunde abundantemente sus sentimientos de profunda humildad, de afectuosa caridad, de entero olvido de sí misma, de amor tierno, de perfecta docilidad. El amor profundo de Jesús a su Madre no le permite ningún reposo y le incita incesantemente a colmar a esa alma de nuevas gracias, para que haga más plenamente las veces de Jesús y renueve más fácil y abundantemente en su Madre los deliciosos sentimientos que suscitaba en ella la compañía del Niño Jesús.

Si soy yo también una de esas almas dichosas, es menester que me empeñe en corresponder cada vez más a esos esfuerzos de Jesús; es menester que por medio de una flexibilidad perfecta y de una entera docilidad a sus divinas inspiraciones, sea a cada instante lo que Él quiere que sea, que salga ávidamente al encuentro de sus divinas invitaciones a la humildad, a la obediencia, a la caridad y a todas las virtudes del divino Niño de Nazaret.

*Dicha inefable de esta vida encantadora. Confianza que inunda el alma.*

¿Quién diría la dicha de una alma que se ha entregado así totalmente a Jesús, y en la que Él revive plena y libremente su vida de hijo de María? ¿Quién dirá la intensidad de su amor a María y cómo se deshace por momentos su corazón bajo el ardor de la divina caridad que la inflama? Verdad es que muy a menudo su dicha y su paz están ocultas en el fondo del alma y apenas se difunden en sus sentidos. Pero ¡qué importa! El alma «identificada» está desde hace mucho tiempo habituada a gustar en el fondo de sí misma la paz enteramente espiritual e insensible con que Jesús la favorece.

Quizás soy yo mismo también de esas almas benditas que por una intimidad incesante y llena de amor con Jesús y María merecen ser escogidas para esa vida de identificación con Jesús. ¡Oh, cuán envidiable es mi suerte! Jamás apreciaré bastante la dicha incomparable de poder continuar así la vida de Jesús, de poderle perpetuar a fin de hacer feliz a María. Saboreemos en paz esa felicidad que Dios concede a los que ha escogido en su amorosa providencia.



Entreguemos sobre todo nuestro corazón a una confianza inquebrantable y al abrigo de todos los asaltos. ¿Hay nada más fácil, nada más natural para mí? ¿Cómo no habría de tener plena confianza en Jesús, cuando me le ofrezco para que saboree aún en mí y por mí la dicha inefable de amar a su Madre aquí abajo? Le doy un corazón de repuesto, le ofrezco una segunda vida en la tierra para satisfacer todas sus necesidades de amor a María ¿y dudaría de su amor a mí? ¿No ha encontrado Jesús en mí un cielo en la tierra, donde gusta la alegría más exquisita que su corazón de hijo pudiera soñar, la alegría de poder hacer feliz a su Madre a cada instante, por medio de las mil atenciones de mi amor y de las manifestaciones tan variadas de mis virtudes?

¡Oh, cuán indeciblemente me ama Jesús por esta alegría que le proporciono! Hay tan pocas almas que le ofrezcan esta felicidad, que Jesús no podría resistir al deseo invencible de amar a su Madre inmensamente en mí y por mí, de hacerla extremadamente feliz. ¡Cómo se aprovechará de esa vida que yo le ofrezco! ¡Cómo la irá haciendo cada vez más suya, a fin de poder realizar por mí todos los deseos de su amor filial! Todos mis pensamientos, mis palabras, mis acciones, no serán ya más que el esfuerzo incesante de Jesús para manifestar de mil maneras su amor a María y hacerla tan feliz como le sea posible. No habrá un solo detallle de mi vida que no esté impregnado de su amor, que no esté calculado para darle la impresión perfecta de que tiene aún a su divino Jesús. Gracias de amor pasivo y de contemplación, efusión abundante de los dones del Espíritu Santo, nada será demasiado

precioso para permitir a Jesús amar en mí a su Madre tanto cuanto desea su incomprensible amor.

Pero mi confianza en mi querida Madre no debe ser menor que en el mismo Jesús, si me abandono a esta dulce vida de Jesús en mí. ¿No he llegado a ser para ella incomparablemente más querido, desde el día en que de simple hijo de María que era, me convertí en cierto modo en su hijo preferido, en su queridísimo y único Jesús? Sí, gracias a mí, Ella ha vuelto a encontrar aquí abajo a su amadísimo Hijo. Yo le perpetúo a Jesús, se lo entrego durante todo el día. Cada una de mis sonrisas para con María, cada una de mis atenciones está llena de Jesús, llena de su amor. Cada una de mis afectuosas palabras, cada uno de los innumerables actos que ejecuto todos los días para agradarle y hacerla feliz, los entrega a Jesús. Por mí y en mí el Salvador se entrega sin cesar a su Madre y se esfuerza en regocijarla.

¡Oh, cómo la encanta todo esto! Gracias a mí, María revive también los benditos días de Nazaret. Gracias a mí, posee todavía a Jesús, saborea continuamente la suavidad de su amor y respira los perfumes de sus divinas virtudes. ¡Cómo debe inundarme todo esto de confianza para con María! ¡En qué grado soy el objeto de sus predilecciones! ¿Amarme a mí no es amar a su divino Jesús? ¿Colmarme de su amor materno y de sus gracias más escogidas no es agradarle a Él inefablemente? ¿No le corresponderá María a Jesús, que por mí se esfuerza en rodearla de sus afectuosas ternuras, con un inmenso amor a mí, que le perpetúo a Jesús en la tierra, que hago sus veces para con ella? ¿No derramará sobre mí las olas de su amor materno y el rocío de sus mejores gracias? ¡Oh, cuán caro me hace a María, y cómo me asegura sus más preciosos favores esta nueva vida, esta sustitución de Jesús por mí!

Por lo demás, bien lo sé por experiencia, si me esfuerzo en vivir yo también esta vida celestial de identificación con Jesús, María, lo mismo que Jesús, me acaricia a veces



deliciosamente y me da la conciencia clarísima de que le agrado mucho y le soy muy querido.

A veces, sin duda, me invade la desolación, la noche me envuelve en sus dolorosas oscuridades, y aun quizás estoy entregado a todos los horrores de la «noche del espíritu», crucificado por esas purificaciones pasivas que deben conducirme a la santidad. Cegado por una deslumbrante luz de secreta contemplación, me creo perdido en eternas tinieblas. Jesús se calla: ¡oh, sí, se calla desde hace mucho tiempo, desde hace años tal vez...! Parece que toda vida de identificación con Jesús, para amar a María en unión con Él y por Él, se ha extinguido. ¡Ni siquiera sé casi en qué consiste! ¿Dónde están los hermosos días de antaño, en que Jesús y yo nos estrechábamos con filial ternura sobre el corazón tan puro y amante de nuestra Madre común? ¡Ay! Apenas si a veces el recuerdo de ellos me viene como en oleadas, para hacerme llorar más. A veces trato penosamente de conversar de nuevo con María, procuro acariciarla como otras veces. Pero ¡ay! mi Madre celestial no responde ya a mis demandas ni a mis ternuras, no se deja ya acariciar y mis himnos de alabanza se pierden en el silencio triste y cruel de la noche. Dijérase que María está muerta, que yo soy un pobre huerfanito que ha perdido a su madre y que la llama en vano a grandes gritos.

¡Ánimo, alma mía, si tal es actualmente tu situación! María está siempre ahí, amándote inmensamente. Jesús vive siempre en ti, aunque de una manera insensible. Tu amor a Jesús y el amor de Jesús en ti para con María está siempre vivo y secretamente activo. Él es el que te hace buscar a María con una perseverancia incansable; Él, el que te la hace llamar a grandes gritos y con lágrimas; Él, el que por ti tiende los brazos hacia Ella con deseos tan vivos e impacientes de encontrarla. ¡Ánimo y confianza! Jesús y María no se ocultarán siempre. Quéjate, si quieres, amorosamente a Jesús por sus largas ausencias. Dile:

«¡Pues qué! Oh Jesús, ¿es éste todo tu amor para con tu Madre? ¡Yo te había entregado mi corazón para amar a María tanto cuanto quisieras, y ya pareces haber dejado de amarla en mí! ¿Tan pronto se ha extinguido el fuego de tu amor? ¿No deseas ya manifestar en mí y por mí tu amor a Ella? ¿Ése era, pues, todo tu amor?» Semejantes quejas repetidas a menudo harán volver a Jesús que arde en deseos de amar a su divina Madre en las pocas almas que se prestan con encantadora docilidad a esta dulce misión.

---

**II. María en retorno quiere amar a Jesús con nosotros y por nosotros. Yo puedo hacer las veces de María para con Jesús.—Felicidad de esta vida. Confianza. Lucha de amor en mí entre Jesús y María.—Súplica a mi Madre celestial.**

*María en retorno quiere amar a Jesús con nosotros y por nosotros. Yo puedo hacer las veces de María para con Jesús.*

Dichoso Jesús que en su amor insatisfecho busca y encuentra multitudes de corazones para amar aún a su Madre. Las almas de sus innumerables miembros místicos son para Él como un recipiente donde derrama el exceso de su amor a María. Pero, como ya lo hemos visto, principalmente gracias a las almas generosas que tratan de identificarse con Él, gracias a las almas que son perfectamente dóciles a todos sus divinos impulsos, puede satisfacer sus infinitos deseos de amor.

María es, pues, amada por Jesús en el corazón purísimo del mismo Jesús y lo es también en legiones de corazones. ¿Qué hará Ella para corresponder al amor de Jesús multiplicado así hasta el infinito? ¿Cómo podrá Ella sola corresponder a tanto amor? ¡Ah María! ¿Te dejarás vencer así?



Aquí comienza un nuevo misterio de la divina sabiduría. No: María no quedará sola amando a Jesús con su propio corazón. Ella también encontrará millones de corazones para devolverle un justo retorno de amor, para entregarse a Él un número infinito de veces y hacerle feliz por medio de cada uno de ellos. Tampoco Ella se contentará sino cuando en cada una de esas almas humanas haya derramado las olas de su bondad y de su amor.

En el plan grandioso de Dios todas las creaturas están hechas para permitir a María manifestar a causa de ellas y por medio de ellas su inmenso amor a Jesús. El mundo entero existe para María, María existe para Jesús y Jesús para Dios. Sabemos que María es la dispensadora única de todas las gracias divinas. Ella es la que en definitiva las distribuye a cada uno de nosotros. Ella tiene, pues, a su disposición un océano de gracias y de dones divinos para extinguir su sed de amor. Todos nosotros somos también para Ella un medio de multiplicar hasta el infinito su inagotable amor a Jesús.

¡Ay, cuán pocas almas comprenden el sublime papel que pueden desempeñar respecto de María! ¡Cuán pocas oyen en lo íntimo de su corazón el llamamiento apremiante de su Madre celestial! A vosotras, almas identificadas con Jesús, os toca satisfacerla plenamente como satisfacéis a Jesús. Entregadle, abandonadle, como lo habéis hecho con Jesús, todas vuestras facultades, todo vuestro ser, toda vuestra vida, No tengáis otro deseo que el de agradar a María lo mismo que a su divino Hijo. Que María sea también dueña absoluta de vuestra voluntad, a fin de que pueda hacer de vosotras y en vosotras todo lo que quiera todo lo que le inspire su ardiente amor a Jesús y su deseo de hacerle feliz. Vosotras estáis identificadas con Jesús identificaos también con María. Vosotras estáis identificadas con Jesús para amar a Dios y a la Virgen. Identificaos de manera semejante con María para amar de ahora en adelante a Jesús, con Ella y para Ella.

En las horas de oración, cuando quiera contemplar a Jesús, iré siempre acompañado por María. Le pediré los sentimientos que la embargaban cuando contemplaba con delicia al divino Niño de Nazaret. ¡Le pediré que sustituya su corazón al mío, que me absorba, que me impregne de tal manera de sí misma, que pueda yo amar a Jesús como Ella lo hacía...! ¡Oh, María me escuchará, seguramente! ¡Desea tanto manifestar por mí de mil maneras su afecto a su Hijo queridísimo! Me tomará para traducir y trasmitir en su nombre a Jesús el afecto inefable que siente hacia Él. Y aun me dará a veces los ojos que tenían en la tierra su fe viva y su ardiente amor, y Jesús me aparecerá de seguro enteramente trasfigurado. Me aparecerá como en otro tiempo a María, aureolado de tantas amabilidades divinas, de tantos celestiales encantos, que mi corazón quedará fascinado y exclamaré yo también: ¡Oh Jesús mío, cuán bueno es permanecer aquí cerca de Ti, con María y para Ella!

Cuando Jesús venga a visitarme en la comunión le recibiré en nombre de María. En ese momento sobre todo, Ella quiere servirse de mí para amar a Jesús. Quiere revivir, gracias a mí, la hora dichosa entre todas en que Jesús descendió a su seno virginal. Quiere volver a sentir de nuevo, por mí, las emociones inefables que la inundaron en aquel dichoso instante.

Si soy sacerdote, tengo la dicha de renovar cada día místicamente el sacrificio del Calvario. Estoy entonces con Ella de pie ante la cruz, muy cerca de Jesús moribundo. María contempla, por mí, con prodigioso amor, a su divino Hijo que se inmola por las almas. Conmigo y por mí ofrece de nuevo al Padre celestial a su Jesús agonizante por amor a Él y le pide, suplicándole por mi boca, la salvación de los pecadores y la santidad de las almas fervorosas.

Cuando converse familiarmente con Jesús, lo haré también en nombre de María y juntamente con Ella.



Ella quiere revivir por mí las horas de dulce intimidad y de inefable ternura que pasó en Nazaret con su amado Hijo. Quiere, gracias a mí, conversar de nuevo deliciosamente con Él, abrazarle por mí, estrecharle contra su seno, lo mismo que lo hacía en Nazaret.

Y de la misma manera que Jesús se complace en llenarme de sus divinos sentimientos y de sus virtudes, para amar mejor a la Virgen en mí, para agradarla y encantarla, para darle mejor la impresión de que tiene aún sobre la tierra a su amado Jesús, así María se esforzará también en hacerme perfectamente semejante a sí misma. Confiará a mi corazón, si es blando y dócil, los tesoros de su amor maternal a Jesús y sus sentimientos de exquisita pureza, de profundísima humildad, de entero olvido de sí misma.

*Felicidad de esta vida. Confianza. Lucha de amor en mí entre Jesús y María.*

¡Qué vida tan deliciosa puede ser la mía, si yo quiero! Toda mi vida de identificación con Jesús puedo aplicarla también a María. *¡Ser alternativamente Jesús y María...!* ¡Oh, tal vez jamás había pensado en esto! ¡Hacer las veces de Jesús para con María, y hacer las veces de María para con Jesús...! ¡Dejar a Jesús que ame en mí a su Madre queridísima y la haga tan feliz como quiera, y luego dejar a María que en retorno ame a su satisfacción, por mí, a su divino Hijo! ¡Cuando he amado con ternura y en nombre de Jesús, cuando he encantado a María con mis ingenuas ternuras, entonces María se sirve a su vez de mí para devolver a Jesús amor por amor y amarle inefablemente...!

¡Qué dicha tan encantadora es esta vida enteramente marial, pero qué fuente de confianza también! Si me presto dócilmente a los deseos de mi Madre, cuán rápidamente me hará perfecto! Porque María quiere, por amor a Jesús y para amarle mejor en mí, para regocijarle más, llenarme

de todas sus virtudes. Por amor a Él y para hacerle feliz, quiere inundarme de su humildad y vivir en mí una vida humildísima. Por amor a Jesús, quiere derramar en mí su afectuosa bondad, su exquisita pureza, su ardiente sed de sufrimiento. Ella recibe de mí una segunda vida terrestre para amar a Jesús y entregarse de nuevo a Él. Revive gracias a mí, se prolonga en mí. Y cada detalle de mi vida, cada pensamiento, cada sentimiento, cada acción, es una nueva gracia de María, es un esfuerzo que Ella hace para traducir su amor a Jesús por medio de *mis* manifestaciones de amor y por todos los actos de *mis* virtudes, y esto a despecho de todas mis cobardías y de todas mis resistencias.

¿Qué digo? María quiere más todavía. Quiere amar también por mí, en el corazón de tantos otros, a quienes puedo abrasar en amor por medio de mis continuas oraciones y de mi apostolado. Si me identifico bien con Ella, me inundará de tal manera de sus gracias y de su amor, que me convertiré como en una fuente siempre bullente, siempre desbordante, que a su vez inundará las almas de los demás. Gracias a mí, María podrá amar a Jesús, colmarle de gozo, no solamente por medio de mi corazón, sino también por esos millares de corazones que están unidos conmigo.

Una confianza sin límites debe impregnar mi alma. Jamás, sin duda, había mirado mi vida por este aspecto radiante y verdaderamente celestial. Con tal que sea generoso y dócil, con tal que me entregue a María lo mejor que pueda, mezclando y confundiendo mi amor con el suyo, podré ser, a pesar de mis innumerables defectos, el objeto incesante de todas las ternuras y de todas las bendiciones divinas. Jesús me colmará de gracias y de amor, a causa de María, y María me colmará de sus liberalidades, a causa de Jesús. ¡En mi corazón, Jesús y María se entregarán a una verdadera lucha de amor...! Jesús amará a su Madre en mí tanto cuanto pueda y mi docilidad se lo permita, y María, llena de gratitud, circundará a Jesús



con un indecible amor. El amor reconocido los impulsará a ambos a derramar las olas del amor celestial sobre mi alma y a colmarla de inmensas gracias. Será como un certamen de generosidad entre ellos; como una competencia de amor. ¡Mi corazón es la playa deliciosa donde habrá de afluir y refluir incesantemente el amor de María a Jesús y de Jesús a María...! ¡Mi corazón es el santuario vivo, cálido, lleno de misterio, donde Jesús y María gustarán de unirse en un abrazo de amor beatificante!

*Súplica a mi Madre celestial.*

¡Oh amada Madre mía, qué precioso descubrimiento he hecho en este día! A menudo me he ofrecido a Jesús para amarte en su nombre; a menudo, en unión con Él, te hemos amado los dos con un amor común. Con Jesús, me sentía rico para amarte. Pero cada vez que se trataba de amar al mismo Jesús, me sentía muy pobre. No tenía para amarle más que mi miserable corazón, tan frío, ¡ay!, tan lleno de amor propio y de orgullo. Muchas veces he gemido ante esta impotencia. Ahora, gracias a ti, me sentiré también rico delante de Él. De ahora en adelante ya sé cómo amarle con un amor purísimo y que le agrade. Le amaré por ti y en tu nombre, y mi amor no será más que tu propio amor, al cual prestaré mi libre cooperación y con el cual comulgaré lo mejor que pueda. ¡Oh, qué alegría el pensar que desde ahora abrasarás mi alma en las llamas de tu amor materno a Jesús!

Pero, oh María, para identificarme realmente contigo, es menester que me ayudes poderosamente por medio de gracias especialísimas. A fin de disponerme para esta vida de identificación contigo, es necesario, ante todo, que me haga sencillo como un niño, muy humilde, y sobre todo, muy amante. Es menester que me despoje cada vez más de mí mismo. Para aprender a identificarme contigo, para iniciarme en esa sublime vocación, será menester que

pongas en mí dulces y fuertes atractivos por esa vida marial, tan deliciosa para los que la experimentan; será menester que con tu ayuda, disponga poco a poco y subordine todos los detalles de mi vida a esa concepción nueva, a esa vida insospechada hasta ahora. Será menester que me hagas experimentar, y esto aun sensiblemente, a veces, los sentimientos tan nobles y tan puros que la vista de Jesús y tu santa intimidad con Él despertaban aquí abajo en ti. Será menester que me sienta a veces lleno de ti y de tu amor, para que tenga conciencia de que estoy haciendo tus veces. Sin esto, mis hermosos proyectos no serán más que sueños, planes teóricos y quiméricos que no encontrarán jamás realización completa en mi vida.

Por mi parte, estoy dispuesto a todo, con tu gracia. Quiero, por medio de repetidos esfuerzos, habituarme gradualmente a esta vida marial. Muchas veces, ¡ay!, me olvidaré, muchas amaré yo solo a Jesús con mi pobre corazón, en vez de amarle en unión contigo, en unión con tu corazón tan rico en amor. Pero tus gracias todopoderosas tendrán en cuenta mis impotencias.

Ayúdame, sin cansarte jamás. Llena mi inteligencia de tus celestiales pensamientos, identifica mi voluntad con la tuya. Funde mi corazón con el tuyo tan puro y tan amante. Que las palpitaciones de tu corazón sean las mías, y que mi alma se compenetre con la tuya, para que no viva ya sino de tu vida.

Sí, espero en ti. Estoy seguro de que me escucharás. ¿Cómo podrías negarte a ti misma la dicha tan dulce que te brindo de poder amar a Jesús por mí? ¿Cómo podrías seguir siendo por más tiempo deudora de ese Jesús que tan a menudo te ha amado por mí, que no vive en mí sino para agradarte y hacerte bienaventurada?

¡Oh divina Madre, desde hoy abro mi corazón enteramente a tu amor! ¡Infunde en mí tu ardiente caridad para con Jesús, cuanto te lo inspire tu corazón materno, cuanto tú quieras!



Y Tú también, oh Jesús, ayúdame. Dame tu amor para amar a María en tu nombre y hacerla feliz. Yo no tengo nada de mí mismo. Si me das mucho amor, la amaré mucho; si me das poco, la amaré poco. ¡Ah, muestra cuánto la amas! Más aún que para el pasado, dame tu gracia para que te deje vivir cada vez más plenamente en mí, para que puedas amar en mí cada vez más ardientemente y de una manera más constantemente actual, a tu querida y divina Madre[3].

---

[3] A las almas deseosas de esta vida de identificación con Jesús para amar a María, y de identificación con María para amar a Jesús, sería fácil de demostrarles que esta doble vida constituye el mayor amor que pueden manifestar a Jesús y a su Madre. Supone, en efecto, la más entera donación de sí mismo y el renunciamiento al placer tan grande de vivir uno mismo, para no vivir ya sino en ellos, por ellos y para ellos.

Recomendamos las hermosas páginas llenas de amor a María que el R. P. José Schrijvers, C. SS. R., ha consagrado a este tema, en su hermoso libro *Ma Mère*. Más de una vez nos hemos inspirado en ellas. (Esta obra se halla traducida al castellano con el título de *Mi Madre*. Traducción del francés por un religioso de la misma Congregación. Turnhout (Bélgica). Establecimientos Beepols, S. A., editores pontificios.)

## Capítulo XXIII

# SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS Y LA CONFIANZA

**I. Bases de su confianza: el conocimiento de sí misma, por medio de la humildad, y el conocimiento de Dios, por medio de una fe viva y de un ardiente amor.**

En el curso de esta obra nos hemos complacido en ilustrar muchas veces nuestros pensamientos con los ejemplos o con las palabras de la gran heroína de la confianza, Santa Teresa del Niño Jesús. A riesgo de repetirnos un poco aquí, quisiéramos resumir en estas últimas páginas las enseñanzas de aquella a quien Dios nos ha dado como precioso tesoro en estos últimos tiempos, para enseñarnos el camino de la infancia espiritual y de la perfecta y amorosa confianza en Dios. Nadie ha hablado en términos más conmovedores, más convincentes, de la ternura amante de Dios. Sus enseñanzas tienen tanto más peso, cuanto que la amable santa anunciaba muy alto su misión de hacer conocer el amor misericordioso de Dios a las almas pequeñas deseosas de perfección, y esa misión ha sido maravillosamente confirmada y sancionada por los innumerables prodigios que han hecho de ella la gran taumaturga de nuestros días[1].

[1] No podríamos recomendar bastante el libro tan bienhechor, intitulado *A l'école de sainte Thérèse de l'Enfant-Jésus*, 4.ª edición, Lisieux. La muy reverenda M. Inés de Jesús, Priora del Carmelo de Lisieux y hermana de Santa Teresita, ha tenido la feliz idea de reunir en él los pensamientos más conmovedores de la Santa, desde el punto de vista de la confianza, engarzándolos como otras tantas perlas en un magnífico joyel.



Veamos ante todo cuáles fueron los fundamentos de su prodigiosa confianza. Veremos luego cuáles fueron sus cualidades.

Para tener una confianza pura, sobrenatural, perfecta, es necesario, ante todo, no tener confianza en sí mismo. Antes de asentar las bases del edificio de nuestra confianza, hay que cavar profundamente sus cimientos. Y esos cimientos se cavan por medio de la humildad, del conocimiento verdadero y profundo de nuestra nada, de nuestra impotencia, de nuestras miserias. Es menester limpiar el terreno, quitar de nuestra alma todo ese fondo inestable y ruinoso de escombros y basuras, sobre el cual nuestras construcciones no podrían adquirir jamás verdadera solidez.

Esto lo había comprendido perfectamente la santa de Lisieux. Su confianza está enteramente penetrada de humildad. Porque no espera nada de su miseria y de su total impotencia, por eso lo espera todo de Dios. Su misma debilidad era para ella un gran motivo de esperanza.

«Yo no soy más que una niña débil e impotente, decía; sin embargo, mi misma debilidad me da la audacia de ofrecerme como víctima a tu amor, oh Jesús. En otro tiempo, las hostias puras y sin mancha eran las únicas aceptas al Dios fuerte y poderoso: para satisfacer a la justicia divina se necesitaban víctimas perfectas; pero a la ley del temor ha sucedido la ley del amor, y el amor me ha escogido como holocausto a mí, débil e imperfecta creatura. ¿No es digna del amor esta elección? Sí; para que el amor sea plenamente satisfecho es menester que se abaje hasta la nada y que transforme esa nada en fuego.»[2]

Después de haber expuesto su ardiente deseo de ser a la vez guerrero, sacerdote, apóstol, misionero, doctor,

[2] *Historia de una alma*, cap. XI, pág. 217. (Edición de Tarragona, 1923.)

mártir, a fin de satisfacer su pasión de amor, exclama: «¿Qué vas a responder, oh Dios mío, a todas mis lecturas? ¿Existe en la tierra una alma más pequeña, más impotente que la mía? Sin embargo, a causa de mi misma debilidad, te has complacido en colmar mis pequeños deseos infantiles; y quieres hoy colmar otros deseos más grandes que el universo.»[3]

Ella conocía todo el valor de esa humildad que nos hace profundizar en nuestra nada, y prepara los caminos a la confianza. Decía: «El Todopoderoso ha hecho en mí grandes cosas, y la mayor de todas es haberme mostrado mi pequeñez, mi incapacidad para todo bien.»[4]

La amable santa había comprendido tan perfectamente la importancia de la humildad y de la pequeñez de alma, que al revés de tantos otros, llegaba, como se ve, hasta poner su confianza en su pequeñez y en sus mismas miserias. Nosotros tenemos confianza, o al menos tratamos de tenerla, *a despecho* de nuestras miserias, a pesar de nuestra impotencia. Ella tenía confianza *a causa* de su misma impotencia y de su pobreza. Sabía que Dios no puede resistir al deseo de ayudar al alma que penetrada de su nada tiende los brazos suplicantes hacia Él. Sabía que la debilidad del niño constituye precisamente su fuerza, que su madre le protege, le cuida, le lleva, le alimenta, porque es impotente para hacer nada por sí mismo. Sabía que el abismo de nuestra pequeñez y de nuestra pobreza llama al abismo de la omnipotencia divina.

Esto fue lo que expresó con tanta propiedad en aquella página famosa y tan animadora del ascensor divino: «Sabe V. R., Madre mía, que mi constante deseo ha sido llegar a ser santa; mas por desgracia, cuantas veces me he comparado a los santos, me he dado cuenta de que existe entre ellos y yo la misma diferencia que vemos en la naturaleza entre una montaña cuya cumbre se pierde entre las nubes

[3] Ibid., pág. 215.
[4] Ibid., cap. IX, pág. 156.



y el grano de arena hollado por los pies de los transeúntes.

»En vez de desanimarme, me he dicho: Dios no podría inspirar deseos irrealizables; puedo, pues, a pesar de mi pequeñez, aspirar a la santidad. Me es imposible engrandecerme; debo, pues, soportarme tal cual soy, con mis innumerables imperfecciones; pero quiero buscar la manera de ir al cielo por un caminito muy recto, muy corto, un caminito enteramente nuevo. Estamos en un siglo de inventos: ahora ya nadie se toma el trabajo de subir los peldaños de una escalera; en las casas de los ricos un ascensor la reemplaza ventajosamente. Yo quisiera también encontrar un ascensor para elevarme hasta Jesús, porque soy demasiado pequeña para subir la ruda escalera de la perfección.

»Entonces busqué en los Libros Santos la indicación del ascensor, objeto de mis deseos, y leí estas palabras salidas de la boca misma de la Sabiduría eterna: «Si alguno es *muy pequeño*, que venga a Mí.» Me acerqué, pues, a Dios, adivinando claramente que había descubierto lo que buscaba; queriendo saber además lo que Él haría con ese pequeñuelo, continué mis pesquisas, y he aquí lo que hallé: «Como una madre acaricia a su hijo, así yo te consolaré, te llevaré en mi seno y te meceré sobre mis rodillas.»

»¡Ah, jamás palabras más tiernas, más melodiosas han venido a regocijar mi alma! El *ascensor* que debe elevarme hasta el cielo *son tus brazos, oh Jesús;* para esto no tengo necesidad de crecer; es menester, al contrario, que permanezca pequeña, que lo sea cada día más. Oh Dios mío, Tú has sobrepujado mi esperanza y yo quiero cantar tus misericordias.»[5]

La humildad o el conocimiento perfecto de nosotros mismos cava el terreno donde debemos echar los cimientos del edificio de nuestra confianza. Esos fundamentos no

[5] Ibid., cap. IX, págs. 153-154.

son otros que el conocimiento de las divinas perfecciones, gracias a una fe viva y a un ardiente amor. La santa carmelita tenía un conocimiento maravilloso de las divinas perfecciones y en particular de ese «amor misericordioso» de Dios y del Salvador Jesús, que la encantaba en tanto grado y del cual nos ha hablado en términos tan elocuentes y a veces tan enternecidos.

Es conocida la predilección de la santa por el Evangelio. Lo llevaba día y noche sobre su corazón. Era el único libro que gustaba de leer en los últimos días de su vida. Admiraba en él sobre todo esa bondad misericordiosa de Dios, que se revela tan maravillosamente en las parábolas inolvidables del buen Samaritano, del hijo pródigo, de la oveja perdida, como también en las innumerables escenas en que Jesús, el amor misericordioso hecho carne, se inclinaba con infinita compasión sobre nuestras enfermedades, sobre nuestros sufrimientos, y principalmente sobre esa miseria lastimosa entre todas, la miseria del pecado. La samaritana, la mujer adúltera, María Magdalena sobre todo, y su audacia amorosa, son otras tantas páginas que regó con sus silenciosas lágrimas.

Un día, ya enferma, mientras paseaba en el jardín sostenida por una de sus hermanas, se detuvo ante el cuadro encantador de una gallinita blanca que cubría bajo sus alas a su graciosa pollada. Muy pronto sus ojos se llenaron de lágrimas, y volviéndose hacia su amable conductora, le dijo: «No puedo permanecer más aquí, volvamos aprisa...» Y ya en su celda, lloró largo tiempo, sin poder articular una sola palabra. Por fin, mirando a su hermana con una expresión enteramente celestial, añadió: «Pensaba en Nuestro Señor, en la amable comparación que tomó para hacernos creer en su ternura. Durante toda mi vida no ha hecho otra cosa conmigo: me ha cubierto enteramente bajo sus alas. No puedo expresar lo que he sentido en mi corazón. Ah, Dios hace bien en ocultarse a mis miradas, en mostrarme rara vez y como «a través



de una reja» los efectos de su misericordia; siento que no podría soportar su dulzura.»[6]

El profeta Isaías tiene páginas elocuentes sobre el amor compasivo de Dios. Una frase del profeta sobre todo, hacia sus delicias: «Como una madre acaricia a su hijo, así Yo te consolaré, te llevaré en mi seno y te meceré sobre mis rodillas.» Decía a propósito de estas palabras: «Oh amada hermana mía, ante semejante lenguaje, sólo podemos guardar silencio, llorar de reconocimiento y de amor... Ah, si las almas débiles e imperfectas como la mía sintieran lo que yo siento, ninguna desesperaría de llegar a la cima de la montaña del amor, puesto que Jesús no pide grandes acciones, sino solamente abandono y gratitud.»[7]

Nadie ha escrutado mejor las profundidades de ese amor misericordioso, nadie ha hablado de él de una manera más exquisita. Dios, por medio de luces especialísimas y de ese conocimiento íntimo e inefable que Él sólo da, sin el concurso de los sentidos y como por un abrazo amoroso del alma, le reveló los secretos maravillosos de su misericordia. Le daba así una especial inteligencia de ese atributo divino y la preparaba a su misión especial, que fue la de difundir por el mundo entero la confianza en ese amor muy poco conocido. Puede decirse que su vida entera, como también la historia de su vida, escrita por ella misma, fue un himno de alabanza al amor misericordioso de Dios.

Y acabó por consagrarse como víctima a ese amor. Es conocido su admirable acto de ofrenda al amor misericordioso. Conviene citar aquí la célebre página en la que expone cómo llegó a pensar en esa ofrenda, que hizo época en su vida y, puede decirse, en la vida de tantas otras almas generosas que han seguido su ejemplo:

«Pero, en fin, comprendo que todas las almas no pue-

[6] Ibíd., cap. XII, pág. 242.
[7] Ibíd., cap. XI, pág. 209.

den parecerse; es menester que las haya de diversas clases, a fin de honrar especialmente cada una de las perfecciones divinas. A mí me ha dado su misericordia infinita, y a través de ese inefable espejo contemplo sus demás atributos. Por eso todos se me presentan radiantes de amor; la misma justicia, más que ningún otro quizás, me parece revestida de amor. Qué dulce alegría el pensar que el Señor es justo, es decir, que toma en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza. ¿Por qué, pues, temer? Dios, infinitamente justo, que se digna perdonar con tanta misericordia las faltas del hijo pródigo, ¿no debe ser también justo para conmigo que siempre estoy con Él?

»En el año de 1895 recibí la gracia de comprender mejor que nunca cuánto desea Jesús ser amado. Pensando un día en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia de Dios, a fin de apartar, atrayéndolos sobre sí mismas, los castigos reservados a los pecadores, me pareció esta ofrenda grande y generosa, pero estaba muy lejos de sentirme inclinada a hacerla.

»Oh mi divino Maestro, exclamé desde el fondo de mi corazón, ¿solamente tu justicia debe recibir hostias de holocausto? Tu amor misericordioso ¿no tiene también necesidad de ellas? En todas partes es desconocido, rechazado...; los corazones a los cuales deseas prodigarlo se vuelven hacia las creaturas, pidiéndoles la dicha, con un miserable afecto de un instante, en vez de arrojarse en tus brazos y aceptar el delicioso incendio de tu infinito amor.

»Oh Dios mío, ¿tu amor despreciado habrá de quedarse en tu corazón? Me parece que si encontraras almas que se ofrecieran *como víctimas de holocausto* a tu amor, las consumirías rápidamente, que serías feliz al no reprimir las llamas de ternura infinita que se encierran en Ti.

»Si a tu justicia, que sólo se extiende sobre la tierra, le place descargarse, ¡cuánto más deseará tu amor misericordioso abrasar las almas, puesto que tu misericordia se eleva hasta los cielos! Oh Jesús, que sea yo tu dichosa víctima; consume tu pequeña hostia en el fuego de tu divino amor.»[8]



---

**II. Cualidades de su confianza: confianza pura y sobrenatural;—amorosamente filial;—incansable;—audaz;—que florece en la vida de abandono y de infancia espiritual.**

*Confianza pura y sobrenatural.*

Conocemos las bases de la confianza perfecta de la santa. Veamos ahora cuáles fueron sus maravillosas cualidades.

Ante todo, su confianza fue de una pureza incomparable, enteramente sobrenatural. Nuestra confianza propia no es, por desgracia, más que una mezcla de confianza en Dios y de confianza en nosotros mismos, y he aquí por qué está tan influenciada por las dificultades y las pruebas de la vida. Cuando todo parece fácil, cuando todo prospera y nos sonríe, nuestra confianza es también enteramente radiante. Pero que nos asalte la desolación, que se revele a plena luz nuestra natural impotencia, que nuestras faltas y miserias descubran nuestra inmensa debilidad, y he aquí a nuestra confianza enteramente vacilante y desconsolada.

Teresa al contrario, tenía tanta más confianza en Dios cuanto más brillaban su impotencia y sus miserias.

La Madre Priora la había escogido, a pesar de su juventud, para el cargo de maestra de novicias. La santa tenía una idea muy elevada de ese cargo para no darse cuenta de su inmensa impotencia. Pero confiaba en Dios. Escribe en la historia de su alma: «Madre mía, ¿cómo es posible que mi juventud e inexperiencia no la hayan es-

[8] Ibíd., cap. VIII, págs. 148-149.

pantado? ¿Cómo no teme que deje descarriar a sus corderitos? Al obrar así quizás se ha acordado de que con frecuencia el Señor se complace en dar sabiduría a los pequeños.

»En la tierra son muy raras las almas que no miden el poder divino por sus mezquinos pensamientos. El mundo quiere ciertamente que en todas las cosas haya aquí abajo excepciones; sólo Dios no tiene derecho a hacerlas.»[9]

Su esperanza no quedó frustrada. Ella misma se maravillaba con frecuencia de ver que el Señor le inspiraba a cada momento lo que tenía que decir o hacer, de manera tan maravillosa que las noticias creían que leía en sus corazones.

Sus faltas no la turbaban en manera alguna, al contrario, eran para ella trampolines desde donde su alma se lanzaba más encendida en amor hacia Dios. «Verdad es que no soy siempre fiel, escribía a su hermana Celina, pero no me desanimo; me abandono en los brazos del Señor. Él me enseña a sacar provecho de todo, del bien y del mal que halla en mí.»[10]

Por eso experimentaba un verdadero amor para con sus miserias que le descubrían tan claramente su nada. «Por lo que a mí toca, decía, siento una gran alegría, no sólo cuando me hallan imperfecta, sino sobre todo cuando yo misma me convenzo de que lo soy.»[11]

«No creamos encontrar el amor sin el sufrimiento —escribe a su hermana Celina—; ahí está nuestra naturaleza, y con ella hay que contar; ¡pero qué tesoros nos hace adquirir! Es nuestro sostén: es tan preciosa que Jesús bajó a la tierra expresamente para poseerla. Quisiéramos sufrir generosamente, con magnanimidad; quisiéramos no caer jamás, ¡qué ilusión! ¡Y qué me importa a mí caer a cada instante! Con esto me doy cuenta de mi debilidad

[9] *Historia de una alma*, cap. IX, pág. 155.
[10] Ibid., *Carta XVI a su hermana Celina.*
[11] Ibid., *Consejos y Recuerdos*, pág. 272.



y encuentro en ella un gran provecho. Dios mío, Tú ves lo que yo puedo hacer si no me llevas en tus brazos, y si me dejas sola será que te agrada verme por tierra; ¿por qué, pues, me voy a inquietar?»[12]

Sus faltas le eran muy queridas, porque le descubrían su nada. Lo eran más aún porque le revelaban la inmensidad de la ternura divina.

Algunos meses antes de su muerte, la santa sufría de un fuerte acceso de fiebre. Una hermana vino entonces a pedirle su concurso inmediato para un trabajo de pintura de difícil ejecución. Era pedir lo imposible, y el rostro de la santa traicionó un instante el combate interior. Se lo reprochó como una falta de paciencia, y esa misma tarde escribió a este respecto una carta encantadora a su hermana, la Madre Inés de Jesús. Convendría releer toda esa carta que termina con estas notables palabras: «Oh amadísima Madre mía, se lo confieso, me siento más feliz por haber sido imperfecta, que si, sostenida por la gracia, hubiera sido un modelo de paciencia. ¡Me aprovecha tanto al ver que Jesús es siempre tan dulce, tan tierno para conmigo! Verdaderamente hay motivo suficiente para morir de reconocimiento y de amor. Madrecita mía, ya comprenderá que para su hija se ha desbordado esta tarde el vaso de la misericordia divina. ¡Ah, desde ahora lo reconozco: sí, todas mis esperanzas serán colmadas...! Sí, el Señor obrará por mí maravillas infinitamente mayores que mis inmensos deseos.»[13]

¡Oh, cuan consoladoras son para nosotros esas palabras, si tenemos grandes deseos de santidad! He aquí otro rasgo semejante: Un día una hermana que la había contristado, vino a pedirle perdón. Se conmovió profundamente, y esa emoción fue para ella una oleada de luz que inundó su alma: «¡Si supiera lo que experimento!, dice a su hermana. Nunca he comprendido tan claramente con

[12] *Carta V a su hermana Celina.*
[13] *Carta VIII a la M. Inés de Jesús.*

cuánto amor nos recibe Jesús cuando le pedimos perdón después de una falta. Si yo, su pobre creaturita, ha sentido tanta ternura para con usted en el momento en que acudió a mí, ¡qué pasará en el Corazón de Dios cuando uno se dirige a Él...! ¡Sí, ciertamente, mucho más pronto todavía de lo que yo acabo de hacerlo, olvidará todas nuestras iniquidades para no acordarse jamás de ellas...! ¡Y aún hará más: nos amará todavía más que antes de nuestra falta...!»[14]

No excusamos, pues, nuestra falta de confianza pretextando que nuestras faltas son muy numerosas, nuestras infidelidades muy grandes. Nos vemos fácilmente tentados a decir: Sí, Teresa era una santa, para ella la confianza era fácil, pero para nosotros, pobres pecadores... La menor de sus faltas, estemos seguros de ello, no le parecía menos repugnante de lo que nos parecen a nosotros nuestras faltas más graves. Pero esto no menoscababa en nada su confianza, como ya lo hemos visto, al contrario. Por lo demás, ella misma nos lo declaró formalmente en una página deliciosa entre todas:

«No porque haya sido preservada del pecado mortal, me elevo a Dios por medio de la confianza y el amor. ¡Ah! Estoy segura de que, aunque tuviera sobre la conciencia todos los crímenes que pueden cometerse, no perdería nada de mi confianza; iría con el corazón traspasado de arrepentimiento a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie podría espantarme, porque sé a qué atenerme respecto de su amor y misericordia. Sé que toda esa multitud de ofensas se abismaría en un abrir y cerrar de ojos, como una gota de agua echada en una ardiente hoguera.

»Refiérese en la vida de los padres del desierto que uno de ellos convirtió a una pecadora pública cuyos des-

[14] *Historia de una alma: Consejos y Recuerdos*, pág. 285.



órdenes escandalizaban a la comarca entera. Movida por la gracia, aquella pecadora seguía al santo al desierto para entregarse allí a una rigurosa penitencia, cuando, en la primera noche del viaje, aun antes de haber llegado al lugar de su retiro, sus ligaduras mortales se rompieron por la impetuosidad de su arrepentimiento lleno de amor; y en el mismo instante vio el solitario que su alma era llevada por los ángeles al seno de Dios.

»He aquí un ejemplo palpable de lo que yo quisiera decir, pero estas cosas no se pueden expresar...»[15]

*Confianza amorosamente filial.*

La confianza de Teresa era esencialmente amante y filial. Era la confianza amorosa de un niño para con su madre querida. Su confianza era toda de amor. Para ella, amar era tener confianza, tener confianza era amar. Por eso mezcla continuamente la confianza y el amor en sus escritos.

Se le preguntaba qué caminito quería enseñar a las almas. Responde: «Madre mía, es el caminito de la infancia espiritual, el caminito de la confianza y del abandono total. Quiero indicarles los sencillos medios que me han dado excelentes resultados, decirles que tan sólo una cosa debe hacerse aquí abajo: obsequiar a Jesús con las flores de los pequeños sacrificios, ganarle con caricias. Así es como yo le he conquistado y por eso seré tan bien recibida.

»Si os induzco a error con mi caminito de amor—decía a sus novicias—no temáis que os deje seguirlo largo tiempo. Me aparecería para deciros que toméis otro camino; pero si no vuelvo, creed en la verdad de mis palabras. Jamás se tiene demasiada confianza en un Dios tan potente y misericordioso. Se obtiene de Él cuanto de Él se espera.»[16]

[15] Ibid., cap. X, págs. 205-206.
[16] Ibid., cap. XII, pág. 249.

Bien se ve, caminito de amor, caminito de abandono y de confianza, para ella todo es uno.

¿Y qué tiene de raro? ¿No da el amor intuiciones maravillosas sobre las perfecciones del objeto amado? El amor, para tener confianza, no necesita de hermosos razonamientos, su confianza es instintiva. El pequeñuelo conoce experimentalmente la ternura de su madre. Si cae y se lastima, corre espontáneamente hacia su madre, para curarse de su mal con un beso. Si ha cometido una faltica, cubre de besos a su mamá, seguro de obtener el perdón.

Los escritos de la amable santa están llenos de rasgos que muestran hasta qué punto su amorosa confianza era realmente la de un niño para con su madre.

Habiendo oído decir a su director que sus faltas no contristaban a Dios, se estremecía de dicha y exclamaba: «Oh, qué dicha tan grande fue la mía al oir tan consoladoras palabras. Jamás había oído decir que las faltas pudieran no contristar a Dios. Esa seguridad me colmó de alegría, me hizo soportar pacientemente el destierro de la vida. Tal era, por otra parte, el eco de mis pensamientos íntimos. Sí, yo pensaba desde hacía mucho tiempo que el Señor es más tierno que una madre, y conozco a fondo más de un corazón de madre. Sé que una madre está siempre dispuesta a perdonar las pequeñas indelicadezas involuntarias de su hijo. ¡Cuántas veces lo he experimentado!»[17]

Hacia el fin de su vida, decía de manera encantadora: «Si soy humilde, si permanezco siempre pequeñita, tendría derecho de hacer, sin ofender a Dios, pequeñas travesuras hasta mi muerte. Mirad a los niños, no cesan de romper, de desgarrar, de tumbar, pero aman siempre mucho a sus padres, y son muy amados de ellos.»[18]

Sus acciones de gracias después de la comunión muy raras veces eran consoladas. Escribe a este respecto: «Debería atribuir mi sequedad a mi poco fervor y fidelidad, debería desconsolarme por dormir muy a menudo durante mis oraciones y acciones de gracias. ¡Pues bien, no me desconsuelo! Pienso que los niños agradan lo mismo a sus padres cuando duermen que cuando están despiertos; pienso que el Señor ve nuestra fragilidad, que se acuerda de que no somos más que polvo.»[19]

[17] Ibid., cap. VIII, pág. 137.
[18] Palabras del 7 de agosto de 1897.



Fácilmente se ve, la conciencia que tenía de ser un hijito de Dios era de todos los instantes e inspiraba todas sus palabras. ¿Y será extraño esto tratándose de aquella que vino a enseñarnos su nuevo caminito de «la infancia espiritual»?

Ella decía: «Yo no puedo participar del temor de condenarme; los niños no se condenan.» «Usted procura siempre asemejarse a los niños, le decían, pero díganos qué hay que hacer para poseer el espíritu de infancia. ¿Qué es permanecer pequeño?» «Permanecer pequeño —decía— es reconocer su nada, esperarlo todo de Dios, como un niñito lo aguarda todo de su padre. Es no inquietarse por nada, no querer hacer fortuna. Aun en las casas de los pobres, mientras el niño es pequeñito, se le da lo que necesita, pero tan pronto como crece, su padre no quiere ya alimentarle, y le dice: Ahora, trabaja; puedes bastarte a ti mismo. ¡Pues bien! Para no oir esto, no quiero crecer, pues me siento incapaz de ganar mi vida, la vida eterna del cielo... Ser pequeño es, en fin, no desanimarse por sus faltas, porque los niños caen a menudo, pero son demasiado pequeños para hacerse mucho daño.»[20]

## *Confianza incansable.*

Otra de las características de su confianza era también el ser incansable, obstinada, ciega. Las pruebas espiri-

[19] *Historia de una alma*, cap. VIII, pág. 132.
[20] Ibid., *Consejos y Recuerdos*, pág. 267.

tuales, las arideces, las sequedades, las noches, sólo servían para manifestarla más y hacerla más inquebrantable.

«Cuando estoy en la sequedad, incapaz de orar—decía a su hermana Celina—busco pequeñas ocasiones, naderías, para complacer a mi Jesús... Si no tengo ocasiones, quiero al menos repetirle a menudo que le amo; esto no es difícil, y mantiene el fuego en mi corazón. Aun cuando me pareciera extinguido este fuego del amor, no dejaría de echar pajitas sobre la ceniza, y estoy segura de que se reavivaría.»[21] Más abajo añade: «He leído en el santo Evangelio que el divino pastor abandona en el desierto a todas las ovejas fieles para correr tras la oveja perdida. ¡Cuánto me conmueve esta confianza! ¡Ya lo ves, está seguro de ellas! ¿Cómo es posible que huyan? Son cautivas del amor. Así también el amado pastor de nuestras almas nos priva de su presencia sensible para dar consuelos a los pecadores; y si nos conduce al Tabor es por breves instantes..., el pasto se encuentra casi siempre en los valles. Allí es donde descansa al mediodía.»[22]

No, las sequedades no restaban nada a su amorosa confianza en Jesús. Al contrario, las amaba especialísimamente, porque le ofrecían ocasión de agradar a Jesús sin sentir placer ella misma. ¡Hay tantas almas pusilánimes que se espantan en las pruebas espirituales! Su confianza se menoscaba al punto. Esas almas le causan disgusto al divino Salvador. Ella decía: «Lo que ofende a Jesús, lo que le hiere en el corazón, es la falta de confianza.» Por eso, para compensar a Jesús y consolarle, le decía que no se preocupara de ella.

Desde su infancia la encantaba aquella frase de Job: «Aunque Dios me matara, todavía esperaría en Él.»

En el último año de su vida fue presa de terribles tentaciones contra la fe. Le parecía que no había cielo. Un muro se levantaba ante ella para ocultárselo. A esta pena

[21] *Carta XVI a su hermana Celina.*
[22] Ibid.



moral se añadieron los padecimientos tan vivos de su última enfermedad. Pero su confianza siguió siendo obstinada, terca hasta el extremo. Un día dijo a su Madre Priora: «Madre mía, quisiera darle cuenta del estado de mi alma, pero no puedo, estoy demasiado conmovida en este momento.» Y por la tarde le envió estas líneas, escritas con lápiz y con mano temblorosa: «¡Oh Dios mío, cuán bueno eres para con la víctima de tu amor misericordioso! Ni siquiera ahora que has añadido los padecimientos exteriores a las pruebas interiores, puedo decir: Cercáronme angustias de muerte. Sino que exclamo, poseída de reconocimiento: He descendido al valle de las sombras de la muerte; pero nada temo, porque Tú estás conmigo, Señor.»[23]

Se habían hecho oraciones por su curación. Como respuesta del cielo, sus sufrimientos físicos y morales aumentaron. Esto le dio ocasión de decir: «Creo que los santos del cielo quieren ver hasta dónde llevo mi esperanza.»

*Confianza audaz.*

La confianza de Santa Teresa del Niño Jesús fue, como ella misma decía, *audaz*.

Muchas almas tienen miedo de esperar demasiado. No desean una elevada perfección, la santidad, por la sencillísima razón de que no se atreven a esperarla. ¿Acaso no tienen delante su pasado que les muestra claramente cuán poco avanzan en la virtud? A esas almas les dice Teresa: «Jamás se tiene demasiada confianza en un Dios tan bueno...[24]. Se obtiene de Dios cuanto de Él se espera.»

Una hermana le manifestaba su impotencia para avanzar en la virtud y el desánimo que se apoderaba de ella. Le respondió estas palabras, que nunca grabaríamos demasiado en nuestro corazón: «Hasta la edad de catorce

[23] *Historia de una alma*, cap. XII, pág. 256.
[24] Ibid., cap. XII, pág. 249.

años practiqué la virtud sin percibir su dulzura; deseaba el sufrimiento sin pensar en hacer de él mi alegría; ésta es una gracia que me fue concedida más tarde. Parecíase mi alma a un hermoso árbol, cuyas flores caían apenas entreabiertas. Ofrezca a Dios el sacrificio de no recoger jamás frutos, es decir, de sentir toda la vida repugnancia en sufrir, en ser humillada, en ver todas las flores de sus deseos caer a tierra sin producir nada. En un abrir y cerrar de ojos, en el momento de su muerte, Él sabrá muy bien hacer madurar hermosos frutos en el árbol de su alma.»[25]

Gustaba de decir que Dios no tiene necesidad de tiempo para santificar a una alma. Un día es para Él lo mismo que mil años. «Jesús lo puede todo —decía—; la confianza hace milagros.» «Jesús no tiene necesidad de nuestras obras —decía también—, sino únicamente de nuestro amor.» Y exclamaba con vivos trasportes: «¡Ah!, si las almas débiles e imperfectas como la mía sintieran lo que yo siento, ninguna desesperaría de llegar a la cima de la montaña del amor, puesto que Jesús no pide grandes acciones, sino únicamente abandono y gratitud.»[26]

Inmensamente audaz fue su confianza, y he aquí por qué sus deseos llegaban hasta la locura, sus deseos de santidad personal y de apostolado que abraza al mundo entero. Verdaderamente tenía razón al decirle a Jesús: «Perdóname, si digo desatinos al querer manifestar *mis esperanzas y mis deseos, que llegan al infinito*..., perdóname y sana mi alma, dándole lo que espera.»

Y después de estas palabras, se desahoga y nos revela sus ardientes aspiraciones de ser a la vez sacerdote, doctor, apóstol, mártir. Quisiera predicar el Evangelio en todas las playas a la vez, sufrir todos los géneros de martirio. Quisiera haber hecho todas las acciones de todos los santos para satisfacer sus ardientes deseos. Entonces abre las epístolas de San Pablo y encuentra en ellas la realización

[25] *Consejos y Recuerdos*, pág. 271.
[26] *Historia de una alma*, cap. XI, pág. 209.



de sus sueños. En el cuerpo místico de Jesús, la Iglesia, ella será el corazón que hace vivir a todos los demás miembros y los anima, será el amor que comunica el ardor a los apóstoles, la constancia invencible a los mártires. Así se habrán realizado sus sueños de santidad y de apostolado.

Esos sueños inmensos no se extendían únicamente a esta vida; miraban sobre todo a la vida eterna del cielo.

Decía: «Lo que me atrae hacia la patria celestial es el llamamiento del Señor, la esperanza de amarle por fin tanto como lo he deseado, y el pensamiento de que podré hacerle amar de una multitud de almas que le bendecirán eternamente.»[27]

El Señor le concedió desde aquí abajo la dulce seguridad de que desde lo alto de los cielos continuaría haciendo un bien inmenso sobre la tierra, le reveló en lo íntimo del corazón que su autobiografía sería el instrumento escogido de las misericordias infinitas, que gracias a ella enseñaría su caminito de infancia espiritual y formaría una legión de «almas pequeñas». Una tarde acogió a su hermana Inés con serena alegría y le dijo: «Presiento que mi misión va a comenzar, mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo..., de enseñar mi caminito a las almas. Quiero pasar mi cielo haciendo el bien sobre la tierra. Esto no es imposible, puesto que en el seno mismo de la Visión Beatífica, los ángeles velan por nosotros. No, yo no podré hallar reposo hasta el fin del mundo. Mas cuando el ángel haya dicho: «Ya no habrá más tiempo», entonces descansaré, entonces podré gozar, porque el número de los escogidos estará completo.»[28]

Su confianza fue audaz, inmensa. He aquí por qué, decíamos, sus deseos fueron también inmensos. Ahora bien, esos deseos tan grandes, Dios los realizó tan plenamente que podía exclamar al fin de su vida, en un arranque

[27] *Carta VIII a un misionero.*
[28] *Historia de una alma*, cap. XII, pág. 249.

profético: «¡Ah, desde ahora lo reconozco; sí, todas mis esperanzas serán colmadas!... Sí, el Señor obrará por mí maravillas, *infinitamente mayores que mis inmensos deseos.*»[29]

La santa no se engañaba, su confianza no fue una ilusión. Muy bien lo sabemos. Su palabra, célebre en el mundo entero, se ha realizado perfectamente: «Jamás he dado a Dios otra cosa que amor, Él me devolverá amor. Después de mi muerte haré caer una lluvia de rosas.»[30]

Esa lluvia de rosas, todos la conocemos. Inunda el universo con sus perfumes bienhechores. Y uno de sus mayores beneficios es el de confirmar magníficamente las palabras de la amable santa y el mostrarnos que no se engañó en manera alguna al enseñarnos el camino de la audaz y perfecta confianza. ¡Qué estímulo tan precioso para nosotros que deseamos tanto llegar a ser santos! Desde lo alto del cielo, Teresita ve nuestros ardientes deseos. Conoce nuestra impotencia, pero nos dice también a nosotros: «Jesús lo puede todo; la confianza hace milagros; bien lo veis, yo no me he engañado. Esperadlo todo de Dios, y Él os hará santos. Sí, se obtiene de Dios cuanto de Él se espera.»

Un hecho extraordinario y maravilloso nos muestra, mejor que cualquiera otra cosa quizás, hasta qué punto ha realizado Dios todos los deseos de la santa, queriendo de este modo confirmar de una manera deslumbrante sus enseñanzas tan bienhechoras sobre la confianza. Su Santidad el Papa Pío XI declaró a la santa carmelita patrona de las Misiones del mundo entero, con el mismo título que San Francisco Javier... Recordamos los ardientes deseos de la santa de ir a las Misiones a predicar el Evangelio en los países de infieles. Ese deseo, que se había hecho aparentemente irrealizable, a causa de su enfermedad, lo vio cumplido un día la santa entusiasmada, en el hecho de que se le dieron dos hermanos misioneros,

[29] *Carta VIII a su hermana, la M. Inés de Jesús.*
[30] *Historia de una alma*, cap. XII, pág. 248.



por los cuales podría orar, amar y sufrir. Pero ese deseo se realizó de una manera mucho más eminente aún. Desde lo alto de los cielos, la ardiente misionera se ha señalado de tal manera por su maravilloso apostolado en los países de infieles, que el Papa Pío XI no dudó en proclamarla patrona de las Misiones del mundo entero. Teresa, la humilde contemplativa, patrona de las Misiones, ¡quién lo hubiera creído jamás hace algunos años!...

*Confianza que florece en la vida de abandono y de infancia espiritual.*

Finalmente, la confianza de la santa carmelita fue también una confianza que abrazaba todos los detalles de la vida y florecía en un perfecto y delicioso abandono, el abandono apacible de los pequeñuelos que duermen sobre el seno de su madre.

Plenamente confiada en los cuidados tan maternales de Dios, se entregaba sin reservas, se abandonaba enteramente a Aquel que nos ama infinitamente más y mejor que nosotros mismos.

Espiguemos al azar en sus escritos algunos pensamientos sobre esta materia.

Aun antes de entrar en la vida religiosa, se había ofrecido al Niño Jesús para ser su juguetito, para ser su pelotica de ningún valor, que Él podía tirar al suelo, empujar con el pie, agujerear, dejarla en un rincón, o bien, estrecharla contra su corazón, si le agradaba. ¡Qué le importaba el uso que de ella hiciera Jesús, con tal que se divirtiera! No deseaba otra cosa que agradarle.

Ya carmelita, esa disposición de total abandono no hizo más que perfeccionarse.

Su hermana Celina deseaba seguirla al convento, pero había obstáculos invencibles. Teresa pidió como señal de que su padre había ido directamente al paraíso, el que cesasen esas oposiciones. Cesaron, en efecto, de una ma-

nera prodigiosa. Entonces la santa, encantada de la ternura de Jesús, exclamó: «Ahora ya no tengo más que un deseo: el de amar a Jesús hasta la locura. Sí, sólo el amor me atrae. No deseo el sufrimiento ni la muerte, y sin embargo los amo a ambos. Durante mucho tiempo los he invocado como mensajeros de alegría...

»Estuve en posesión del sufrimiento y he creído arribar a las playas del cielo. Desde mi más tierna infancia tuve la persuasión de que la florecita sería cogida en su primavera. Hoy, sólo me guía el abandono, no tengo otra brújula. No sé ya pedir nada con ardor, excepto el cumplimiento perfecto de la voluntad de Dios en mi alma.»[31]

La prueba de sus tentaciones contra la fe fue una prueba que Dios le envió, no tanto para purificar y santificar su alma, llegada ya a la más elevada santidad, cuanto para permitirle expiar los crímenes de los pecadores y merecer salvarlos en gran número, durante su vida y después de su muerte. No deseaba ni aun verse libre de esas tentaciones tan penosas, y cantaba su abandono en candorosas estrofas:

*Vivir de amor, cuando Jesús se duerme,*
*es reposar sobre las olas encrespadas.*
*¡Oh!, no temas, Señor, que te despierte,*
*tranquila aguardo del Edén las playas.*

El pensamiento de la muerte la encantaba: «Si no tuviera la prueba de las tentaciones contra la fe —decía—, creo que moriría de gozo ante el pensamiento de dejar muy pronto esta tierra.» Pero añadía: «No deseo más morir que vivir; si el Señor me pusiera a escoger, no escogería nada; no quiero sino lo que Él quiere; lo que Él hace es lo que yo amo.»[32]

Sus compañeras estaban contristadas al verla sufrir

[31] *Historia de una alma*, cap. VIII, pág. 146.
[32] Ibid., cap. XII, pág. 239.



tanto y al pensar que tal vez tendría que sufrir más todavía. Ella las consolaba: «Oh, no os aflijáis por mí; he llegado ya a no poder sufrir, porque todo sufrimiento se me hace dulce. Por otra parte, os equivocáis mucho al pensar en los dolores que pueden sobrevenir en lo futuro, es como meterse a creador... Los que corremos por el camino del amor no debemos inquietarnos por nada.»[33]

«¿Estaría usted más contenta —le preguntó una hermana— si se le anunciara que moriría dentro de algunos días? ¿No preferiría esto a la perspectiva de sufrir cada vez más, durante meses y años? ¡Oh, no! De ninguna manera estaría más contenta —replicó—; lo único que me contenta es el hacer la voluntad de Dios.»[34]

A Teresa, entregada a Dios por medio de una confianza llena de abandono, se le pueden aplicar a la letra las hermosas palabras de monseñor Gay: «Como un niño dormido a quien su madre no puede despertar sin que él le tienda los brazos, el alma abandonada sonríe a todos los divinos quereres y los abraza con piadosa ternura. Su docilidad es activa y su indiferencia amorosa. No es para Dios más que un sí viviente. Cada suspiro que lanza y cada paso que da es un amor ardiente que va a unirse y se conforma con el amor celestial.»[35]

La mejor manera de terminar estas meditaciones sobre la confianza en Dios, en Jesús y en María, es sin duda una oración a la gran santa de la confianza. Todos los razonamientos del mundo no podrían darnos esta preciosa virtud, aunque pueden disponernos para ella. Se requieren poderosas gracias de Dios, una efusión abundante de los dones del Espíritu Santo y, sobre todo, del don de piedad filial. ¿Qué mejor manera de esperar estas gracias que la intercesión de aquella que pasa su cielo en la tierra, y que se complace en hacernos gustar íntimamente sus

[33] Ibid., pág. 238.
[34] Palabras del 30 de agosto de 1897.
[35] Monseñor Gay: *De la vie et des vertus chrétiennes. De l'abandon à Dieu*, cap. II.

admirables enseñanzas y en formar una legión de almas confiadas y abandonadas?

Oh amable Santa Teresa del Niño Jesús, que nos indicaste de una manera tan excelente, con tus ejemplos y palabras, el caminito de amorosa confianza en Dios, y que continúas mostrándonoslo desde lo alto de los cielos, alcánzanos, por tus oraciones todopoderosas, la gracia de una inmensa confianza. Tú conoces todos nuestros ardientes deseos de santidad. Cuentan con todas tus simpatías. Pero sabes también que gemimos muy a menudo por nuestras innumerables imperfecciones. Haz que podamos experimentar como tú, gracias a tus oraciones, la verdad de tus palabras: «Dios no infunde deseos irrealizables». Concédenos esa confianza que «obtiene de Dios cuanto de Él se espera», y que nos obtendrá la realización del mayor de nuestros deseos, de nuestro único deseo, la santidad. Ojalá seamos, como tantos otros, el objeto de tus amantes ternuras y que, gracias a ti, sintamos en nuestras almas lo que sentías tú misma respecto de Dios, a fin de que, «por débiles e imperfectos que seamos, ninguno de nosotros desespere de llegar a la cima de la montaña del amor»[36].

[36] *Historia de una alma*, cap. IX, pág. 209.

# ÍNDICE DE MATERIAS

## Capítulo I

### Naturaleza de la confianza

Páginas

Necesidad de la confianza.—Objeto de nuestra esperanza.—Sus razones.—Sus condiciones . . . . . 13

## Capítulo II

### Ventajas de la confianza

§ I. Sostiene nuestro ánimo, sobre todo en las desolaciones y en las noches místicas.—Arranca de nuestra alma la presunción, obstáculo a la gracia. Es un talismán que nos lo obtiene todo.—Nos hace muy agradables a Dios. . . . . 26

§ II. La confianza supone mucho amor y es un ejercicio maravilloso de él.—Lleva a la más encumcumbrada cima del amor, la infancia espiritual . 30

## Capítulo III

### Verdadera y falsa confianza

§ I. Confianza falsa, basada en nosotros mismos; confianza verdadera y pura, enteramente basada en las divinas perfecciones.—Las pruebas, crisol donde nuestra confianza se revela y purifica.—Aplicación a las dificultades materiales. A las dificultades espirituales . . . . . 38

Páginas

§ II. Santa Teresa del Niño Jesús y la confianza pura. Tenemos quizás la humildad requerida, pero no la fe necesaria.—Nuestras mismas faltas no deben disminuir nuestra confianza.—Al contrario, conviene tener confianza, como los mendigos, a causa de nuestras miserias e impotencias . . . . . 46

§ III. Falso concepto que vicia nuestra confianza.—Dios escoge a menudo para sus gracias singulares a las almas más miserables.—Temor exagerado de las faltas involuntarias . . . . . 53

CAPÍTULO IV

**Jesús, doctor de la confianza**

§ I. La bondad compasiva de Jesús manifiesta la de Dios.—Parábolas que esclarecen la bondad de Dios; es nuestro Padre.—Se impone una confianza filial . . . . . 59

§ II. Promesas de Jesús: la confianza perseverante lo obtiene todo.—Sus milagros, lecciones de cosas. Orad en mi nombre, dice con insistencia. . . . . 64

§ III. Lecciones de abandono: mirad los lirios del campo.—Abandono para la vida material.—Y sobre todo para la vida espiritual . . . . . 70

CAPÍTULO V

**Jesús crucificado y la confianza**

§ I. Jesús crucificado es el Rey incomparable del amor.—Cuán amable es en esta realeza.—Es el amor infinito hecho carne.—Muere para conquistar todo mi corazón y hacerme santo. . . . . 76



Páginas

§ II. Jesús muere sobre todo por amor a su Padre. Mirado así es encantador; es una fuente de alegría pura.—Muere para conquistar nuestros corazones y nuestras vidas y multiplicar hasta el infinito su amor al Padre.—¡Cómo no tener confianza!. . . . 82

CAPÍTULO VI

**Jesús Eucaristía y la confianza**

§ I. *Sacrificio perpetuo.*—Jesús perpetúa sobre el altar el drama del Calvario, para conquistar mejor aún mi amor y mi confianza.—Me pide mi vida para amar en mí al Padre. Por lo tanto, ¡confianza! . . 86

§ II. *Sacramento de amor.*—No envidiar a los apóstoles, ni a Magdalena.—*Magister adest et vocat te; si quis sitit, veniat et bibat;* me envía a mí en busca de amor, como a sus discípulos.—¡Ay! Nuestra confianza es como un barómetro.—¡Cuántos motivos para atrevernos a esperarlo *todo* de Jesús-Eucaristía!. . . . . 90

§ III. *Jesús, huésped del corazón.*—Ofrecer a Dios Padre el amor de Jesús que muere por su gloria, y después, esperarlo todo de Él.—Goces indecibles de la comunión.—¡Ha hecho tanto Jesús por mí! ¡Qué motivo de confianza!. . . . . 100

CAPÍTULO VII

**Jesús, Verbo divino, huésped permanente del corazón**

El alma, ciborio permanente de Jesús, Verbo divino.—Verdad muy poco conocida.—Feliz el que se apoya para todo en el brazo de Jesús.—Su confianza es de todos los instantes.—Tiene con-

Páginas

fianza sobre todo para la santidad, porque Jesús la desea más que él.—Mensaje de Jesús al corazón del sacerdote. . . . . 104

CAPÍTULO VIII

**Jesús, viviente en el alma identificada con Él**

Lo que es la vida de identificación con Jesús. Preparación que supone; llamamiento eficaz de Jesús.—Hacer provisión de confianza. . . . . 112

CAPÍTULO IX

**El Corazón de Jesús y la confianza**

§ I. La devoción al Sagrado Corazón de Jesús reservada para un mundo resfriado por el jansenismo; su importancia; su maravillosa propagación. Promesas del Sagrado Corazón.—Confianza, a pesar de mis imperfecciones; abismos del Sagrado Corazón; esperanza de llegar a ser santo . . . . . 120

§ II. Aguardémoslo todo del Corazón de Jesús, nosotros sus consoladores.—Octava promesa del Sagrado Corazón.—La gran promesa. . . . . 128

§ III. Gracias inmensas de apostolado, con tal que no nos apoyemos en nosotros mismos.—Jesús debe escuchar las oraciones de sus apóstoles.—La promesa de mover los corazones más empedernidos. 135

CAPÍTULO X

**Jesús, nuestro divino remedio en la Eucaristía**

§ I. Gran necesidad de la suficiencia de Jesús.—Jesús, necesario y perfecto remedio para la adoración,



Página

para la reparación, para la acción de gracias, para el amor . . . . . 14

§ II. Jesús, nuestro divino remedio para todas nuestras peticiones.—Mientras más aumentan nuestras necesidades, más las colma Jesús.—Cómo recurrir más a menudo a la divina confianza de Jesús . . 15

CAPÍTULO XI

**Jesús, divino remedio de las almas que se identificada con Él**

§ I. La vida del alma que se identifica con Jesús es un continuo recurso a su divina suficiencia. Cuánto agrada a Dios.—Está siempre alegre y confiada.—Jesús colma sus inmensas necesidades de impetración y de reparación. . . . . 15

§ II. El alma identificada con Cristo tiene una necesidad infinita de amor, que Jesús colma plenamente.—Sin cesar hace la entrega de Jesús a Dios. Exhortación a un entero abandono . . . . . 16

CAPÍTULO XII

**Las perfecciones divinas y la confianza**

§ I. *Las perfecciones divinas en general.*—Las perfecciones divinas son para muchos como inexistentes. Las almas interiores viven de ellas y de allí sacan una inmensa confianza.—Pesares y resoluciones. 17

§ II. *La santidad de Dios.*—La santidad divina es el amor que Dios se tiene a Sí mismo y el inmenso deseo que tiene de ser amado perfectamente por nosotros.—Confiémosle nuestros ardientes deseos de santidad . . . . . 17

Páginas

§ III. *La belleza divina.*—La belleza de Dios no tiene horror a nuestras fealdades sino para curarlas comunicándosenos.—Recurramos a ella.—Las demás perfecciones divinas son también todas «comunicativas». . . . . 179

CAPÍTULO XIII

**El amor misericordioso de Dios**

§ I. Inmensidad del amor misericordioso de Dios. Jesús vino a revelárnoslo. . . . . 184

§ II. El amor misericordioso de Dios es incomprensible y distinto de todo amor creado.—Sed dolorosa de confianza que crea esta consideración; para extinguirla, acoger con alegría mis pruebas, mis miserias y, sobre todo, esperar la verdadera santidad. 189

CAPÍTULO XIV

**Yo soy el poema de amor de Dios y de Jesús**

§ I. *Poema de amor de Dios.*—Dios crea a cada instante el mundo, y esto con su solo pensamiento. Está presente en cada una de las creaturas, por su inmensidad, para conservarla en el ser y manifestar algo de sus adorables perfecciones.—Yo también soy el poema de amor de Dios.—¡Cuánto me ama!—Lección de unión con Dios y de confianza.—Dios me piensa también en el orden sobrenatural. . . . . 199

§ II. *Poema de amor de Jesús.*—Yo soy también el poema de amor de Jesús; en mí y por mí manifiesta Él su amor al Padre.—¡Cuánto me ama el Padre en retorno! ¡Qué alegría y qué confianza deben reinar en mi alma!. . . . . 211



CAPÍTULO XV

**Confianza en la desolación**

Páginas

§ I. Importancia de las desolaciones.—Virtudes que hacen florecer.—El gozo del amor no es siempre sensible.—Actos «directos» del alma, infinitamente preciosos; renunciar al placer de sentir su actividad . . . . . 21[illegible]

§ II. Puedo siempre agradar a Jesús.—Aunque parezca lo contrario.—No confundir el placer de agradar con el placer de sentir que se agrada.—Amar al Dios de las consolaciones y no las consolaciones de Dios.—Se puede suspirar por el retorno del Amado . . . . . 22[illegible]

§ III. La desolación nos hace recurrir a los tesoros de Jesús, nuestro divino remedio, que vive y ama en nosotros.—Concepto verdadero de la desolación: invierno necesario de la vida espiritual, lo mismo que la primavera de la consolación.—Indulgencia de Jesús para con nuestras debilidades en la desolación. . . . . 23[illegible]

CAPÍTULO XVI

**Confianza en las noches**

§ I. Místico no quiere decir extraordinario.—Grandes etapas de la vida mística.—Características de la noche de los sentidos.—El fin de Dios explica los sufrimientos de estas noches . . . . . 23[illegible]

§ II. El punto capital es la confianza. Nada debe desanimar al alma: ni la duración de la prueba.—Ni las distracciones e inactividad en la oración. Ni la inactividad en la vida espiritual.—Los sufrimientos son sufrimientos de amor. Características con-

Páginas

soladoras de estas noches.—Comparación de San Juan de la Cruz. Recuerdo de las horas de consolación.—Jesús revive en nosotros su pasión . . . 251

CAPÍTULO XVII

**Confianza en las tentaciones**

§ I. Diversos géneros de tentaciones. Tentaciones contra la pureza. Éstas sobre todo piden una gran confianza.—Motivos de confianza en Dios: bondad, pureza, santidad, belleza divinas. Amor de Dios a Jesús, nuestra cabeza mística . . . . . 264

§ II. *Confianza en Jesús.*—Sus vivos deseos de conservarnos puros, sobre todo si somos sus esposas, sobre todo si vivimos vida de identificación con Él.—Confianza en María . . . . . 274

§ III. Comprender el papel de las tentaciones: medios de aumentar la virtud atacada; ocasiones de amor ardiente, de sufrimiento, etc.—Tomar la ofensiva, haciendo actos interiores de la virtud atacada. Las imperfecciones inevitables de nuestras resistencias no impiden la alegría de Jesús. . . . . 279

CAPÍTULO XVIII

**Confianza en nuestras faltas**

§ I. Las faltas no deben disminuir nuestra confianza, porque Dios es infinitamente misericordioso; tiene necesidad de nuestras miserias para ejercitar su misericordia. *Felix culpa!*—Conducta que se debe observar: después de nuestras faltas, arrojarnos con amorosa confianza en sus brazos y ser para con Él tan abiertos y alegres como antes. . . . . 289



Páginas

§ II. Dios permite nuestras faltas a causa de sus grandes ventajas.—Fomentan el amor, la humildad, el disgusto de sí mismo, el amor de nuestra abyección y el amor puro de Dios, nuestro nuevo yo.—Acordémonos del fin de Dios y las faltas se nos harán dulces . . . . . 298

§ III. El amor propio se despecha por sus faltas. El alma interior encuentra en ellas el amor delicioso de su propia abyección.—Opinión de los maestros espirituales sobre el amor de su abyección. . . . . 307

CAPÍTULO XIX

**Confianza en nuestra impotencia**

§ I. Primavera y estío de la vida espiritual. La santidad es una obra lenta. No admirarnos de nuestra impotencia.—Ni tampoco desanimarnos jamás. Conservar siempre vivos nuestros deseos de santidad, señal segura de progreso. . . . . 315

§ II. Nuestra santidad, obra sobre todo divina.—Nuestros planes de santidad y los de Dios . . . . . 325

§ III. En el abismo de nuestra impotencia, clamar hacia Dios. La hora de las maravillas se aproxima.—El olvido perfecto de sí mismo, único medio de encontrar la paz en ciertas ocasiones. . . . . 331

CAPÍTULO XX

**El amor divino trabaja incansablemente en nuestra santidad**

§ I. Amor unitivo de Dios a mí.—Todos sus dones son también «unitivos».—Él mismo está presente en sus dones.—Se revela un poco en ellos . . . . 338

Páginas

§ II. Yo también amo a Dios con un amor profundo e innato.—Gran descubrimiento que hay que hacer de este amor.—Lección de confianza. . . . 350

CAPÍTULO XXI

**Confianza en María**

§ I. «Convencernos» de que María es verdaderamente nuestra Madre.—Gracias inmensa que sólo María puede conceder . . . . . 361

§ II. Jesús hizo a su Madre amabilísima y perfectísima. Placer que causa la contemplación de las amabilidades de María.—Jesús hizo también a María infinitamente amante.—¡Qué alegría pensar en ello! . . . . . 367

§ III. Vida de abandono de los verdaderos hijos de María; su dicha y su confianza instintiva.—Los hijos de María tienen razón para confiar.—Sobre todo porque María ama en nosotros a Jesús, y más aún, porque ama a Jesús en sí mismo . . . . 375

CAPÍTULO XXII

**María y el alma identificada con Jesús**

§ I. Jesús quiere también amar a María en nosotros y por nosotros. El alma que está identificada con Él es invitada a hacer ella misma las veces de Jesús para con María.—Dicha inefable de esta vida encantadora.—Confianza que inunda el alma. 387

§ II. María en retorno quiere amar a Jesús con nosotros y por nosotros. Yo puedo hacer las veces de María para con Jesús.—Felicidad de esta vida. Confianza. Lucha de amor en mí entre Jesús y María.—Súplica en mi Madre celestial . . . . . 396



CAPÍTULO XXIII

**Santa Teresa del Niño Jesús y la confianza**

Páginas

§ I. Bases de su confianza: el conocimiento de sí misma, por medio de la humildad, y el conocimiento de Dios, por medio de una fe viva y de un ardiente amor . . . . . 404

§ II. Cualidades de su confianza: confianza pura y sobrenatural;—amorosamente filial;—incansable;—audaz;—que florece en la vida de abandono y de infancia espiritual . . . . . 411

# ÍNDICE GENERAL


| | Páginas |
|---|---|
| DEDICATORIA | 5 |
| INTRODUCCIÓN | 7 |
| PRÓLOGO | 9 |
| I.—NATURALEZA DE LA CONFIANZA | 13 |
| II.—VENTAJAS DE LA CONFIANZA | 26 |
| III.—VERDADERA Y FALSA CONFIANZA | 38 |
| IV.—JESÚS, DOCTOR DE LA CONFIANZA | 59 |
| V.—JESÚS CRUCIFICADO Y LA CONFIANZA | 76 |
| VI.—JESÚS EUCARISTÍA Y LA CONFIANZA | 86 |
| VII.—JESÚS, VERBO DIVINO, HUÉSPED PERMANENTE DEL CORAZÓN | 104 |
| VIII.—JESÚS VIVIENTE EN EL ALMA IDENTIFICADA CON ÉL | 112 |
| IX.—EL CORAZÓN DE JESÚS Y LA CONFIANZA | 120 |
| X.—JESÚS NUESTRO DIVINO REMEDIO EN LA EUCARISTÍA | 141 |
| XI.—JESÚS DIVINO REMEDIO DE LAS ALMAS QUE SE IDENTIFICAN CON ÉL | 157 |
| XII.—LAS PERFECCIONES DIVINAS Y LA CONFIANZA | 172 |
| XIII.—EL AMOR MISERICORDIOSO DE DIOS | 184 |
| XIV.—YO SOY EL POEMA DE AMOR DE DIOS Y DE JESÚS | 199 |
| XV.—CONFIANZA EN LA DESOLACIÓN | 216 |
| XVI.—CONFIANZA EN LAS NOCHES | 238 |
| XVII.—CONFIANZA EN LAS TENTACIONES | 264 |
| XVIII.—CONFIANZA EN NUESTRAS FALTAS | 289 |
| XIX.—CONFIANZA EN NUESTRA IMPOTENCIA | 315 |





| | Páginas |
|---|---|
| XX.—EL AMOR DIVINO TRABAJA INCANSABLEMENTE EN NUESTRA SANTIDAD | 338 |
| XXI.—CONFIANZA EN MARÍA | 361 |
| XXII.—MARÍA Y EL ALMA IDENTIFICADA CON JESÚS | 387 |
| XXIII.—SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS Y LA CONFIANZA | 404 |
| ÍNDICE DE MATERIAS | 427 |